

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XVI.

ÉLIA,

Ó LA ESPAÑA TREINTA AÑOS HA.

POR

FERNAN CABALLERO.

COMPRENDE ADEMAS ESTE TOMO:

EL ULTIMO CONSUELO. — LA NOCHE DE NAVIDAD. — CALLAR EN VIDA Y PERDONAR EN MUERTE.



LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1881.

UNA PALABRA AL LECTOR.

Este podrá no ser siempre benévolo; y en verdad que el que se atreve á arrostrar la publicidad sin que nadie se lo mande, no tiene motivo para exigir que lo sea. El derecho del lector es ser juez; bueno ó malo, juez es sin que nadie se lo quite. La benevolencia es un favor. Pedirla, es una atencion á la que no debe faltar ningun autor que haya leido á Lord Chesterfield [1]).

Deseamos salir al encuentro de algunos de los muchos cargos, que sin ser malévolo, podrá hacernos el lector, y que debilitarán algunas explicaciones ó descargos del autor.

Dice Balzac: «¿Quién podrá lisonjearse de ser siempre comprendido? — Morimos todos desconocidos: esta es la muerte de las mujeres y de los autores.» — ¡Cuán cierto es esto!

Haránnos el primer cargo aquellos que, considerando como el verdadero tipo del amor contrariado á la célebre Eloisa, juzguen que el nuestro, Elia, es nulo, descolorido y fuera de lo natural en parecidas circunstancias.

Harémosles notar, que el amor puro de una niña criada en el convento, — á cuya alma inocente é infantil apénas ha llegado el perfume de la flor de amor, — y que impelida por

---

1) Autor inglés que ha escrito sobre buena crianza, y buenos modales, y goza de una popularidad europea algo pasada de moda, ó *rococó,* como dicen los franceses.

terribles circunstancias y la propia inclinacion, se vuelve voluntariamente al retiro que ama, porque no quiere ni puede arrostrar la opinion, ni rebajar uniéndose á él, al hombre á quien ama, es en todo y por todo, el mas perfecto contraste con la mujer hecha, con la gran señora que en la edad y en la fuerza de las pasiones desenfrenadas hasta la brutalidad, cogió el fruto de la pasion siendo amante y madre; con la mujer enérgica que es encerrada en un convento, como lo seria en una prision, que la separa de un hombre á quien honra y eleva con su cariño. Esto en punto á las analogías de situacion. Pero aun es de mas cuantía la razon que debe diferenciar estos tipos de dos amores distintos. Cada individuo ama con los sentimientos que le son propios. Si la pasion enérgica es un tipo de novela, no siempre — á Dios gracias — es una realidad en la vida. Balzac, que es un profundo conocedor del corazon humano, dice: «que las grandes pasiones son poco frecuentes; así como lo son en artes las obras maestras.» Puede que una mujer que no ama con furor, no sea el tipo que llena el ideal que muchos se crean; pero, puede tambien que sea el que prefieran almas ménos romancescas y mas poéticas; es decir, las que simpaticen mas con la verdad y la sencillez, que no con la elevacion y energía, á veces ficticia y forzada en las producciones literarias, como en la vida real. 1)

Esta falta de pasion, cuando nace de la mansedumbre del alma, del poder de la razon, de la fuerza é influencia de la religion, de esa delicada modestia femenina que se extiende hasta sobre los sentimientos, es una cosa que léjos de vituperarla y hallarla poco interesante, deberian los hombres

---

1) Elia ha sido traducida al frances, y en el prefacio que le antecede dice el traductor: «Cada uno comprende el amor segun sus propios sentimientos. Si la pasion enérgica es el tipo mas apropiado á la novela, está léjos, gracias al cielo, de ser una realidad en la vida. Puede que una mujer que no tenga en su amor aquella vehemencia que la hace sacrificarlo todo á la voluntad del hombre á quien ama, no sea el tipo ideal de algunas; pero tambien puede que sea un tipo que prefieran mentes ménos romancescas, y que simpatizan mas con la sencillez y con la verdad, que no con esa energía, á veces supuesta, y siempre forzada, que se encuentra mucho mas en las producciones literarias que no en la naturaleza.»

apreciar, teniendo para ellos el atractivo que tienen todos los puntos de contraste con la mujer, y que son justamente los que le dan todo su encanto femenino.

Otro cargo se nos podrá hacer, como á todo el que pretenda copiar al natural, y es, que hay puestas en boca de personajes sencillos y poco pensadores, razones que no serian capaces de emitir. El corazon humano es un libro de música, que con variadas notas contiene ya tiernas y dulces, ya graves é impetuosas partituras. El observador las descifra sin alterarlas; cuando á veces le faltan voces ó voluntad á él mismo, para hacerlo, halla voces á la persona que pinta, á la manera que el abogado halla razones para la que defiende.

Pudiérasenos tambien atacar sobre la mas ó ménos razon que lleven los personajes en sus argumentos. Pero, advertimos que cada cual habla y argumenta segun su carácter, su modo de ver y de sentir, y que el autor no sale responsable á nada. Ni aun las razones de la señora de Calatrava, que tiene todas nuestras simpatías, presentamos como ortodoxas.

Mucho se vanaglorían otras naciones con su estético espiritualismo, el que alternativamente ha hecho furor ó ha caido en ridículo: ¡triste suerte de las cosas que se exageran ó alambican, y á las que no se les busca el solo orígen de donde pueden emanar! El espiritualismo, que es el elevado estado que sobrepone al hombre á los apetitos, intereses y pasiones terrestres, no es una utopia, no es el sueño de un visionario de fuerte inteligencia y de cuerpo débil. — No. — El espiritualismo existe, pero aun en la literatura existe sencillo, natural, real y estable, en su firme y única base, la religion católica. Fuera de esto, es alambicado, metafísico, afectado, y se eleva cual un globo sin direccion, expuesto á caer si le falta el lijero gas que le hincha.

La demonstracion de este aserto se halla desenvuelta en la pintura de nuestro tipo, Elia, tipo real y querido que ofrecemos aquí con la satisfaccion de un pintor, que muestra el traslado de un hermoso tipo deseando agrade el original, y recibiendo como justas y sin que le lastimen, las críticas que merezca su pincel, pero rechazando las que se hiciesen del modelo.

El asunto que desenlaza esta relacion es tan sencillo, tan cotidiano, hemos visto todos tantos casos análogos, su consecuencia en el sentido moral que hemos indicado, es tan palpable, que las personas que sin prevencion y de buena fe hagan la aplicacion que hace el autor, podrán convencerse, si no lo están, — así como Newton al ver caer una manzana se convenció de la atraccion de la tierra sobre todo cuerpo material, — de que *la verdadera atraccion de todo espiritualismo es el cielo.*

ELIA,

Ó LA ESPAÑA TREINTA AÑOS HA.

La déclamation et l'enflure sont proprement l'éloquence de l'erreur. Il n'y a que la vérité qui puisse être simple, comme il n'y a que la beauté qui puisse se passer d'ornements.

La declamacion y la hinchazon son propiamente la elocuencia del error. — Solo la verdad puede ser sencilla, como no hay sino la belleza que puede excusarse de adornos.

On avait considéré la religion comme un besoin de l'homme. — Les temps sont venus de la considérer comme une nécessité de la société.

Se habia considerado á la religion como una cosa precisa para el hombre. — Ha llegado el dia de considerarla como una necesidad para la sociedad.

BONALD.

Pico de la Mirándula ha dicho en el siglo XV: «La filosofía busca á Dios, la teología le halla, la religion le posee.»

CAPITULO I.

Brillaba uno de esos dias esplendorosos, con los que se engalana Andalucía, como con un collar de brillantes. El sol derramaba por todas partes sus rayos como una red de luciente oro. Algunos celajes transparentes cual velos de encaje, desplegaban en el puro azul del cielo sus formas indefinidas y diáfanas, como se elevan y se ciernen en una mente tranquila, poéticas y vagas concepciones. La suave y perfumada atmósfera vibraba al glorioso sonido de todas las campanas de la religiosa Sevilla, que anunciaban la solemnidad del dia, confirmada á intervalos por la poderosa voz del cañon. De todos los balcones de la ciudad colgaban vistosas colgaduras, que se mecian alegremente, como animadas del júbilo universal. — Las gentes engalanadas, con rostros radiantes de alegría, se hablaban, se abrazaban por las calles sin conocerse. Todo aquel gentío enajenado se dirigia hácia la catedral, cuyas grandiosas puertas abiertas de par en par, daban salida á los sonidos de su magnífico órgano, que alzaban al cielo las solemnes notas del *Te-Deum.* — ¡Oh! era una alegría inmensa, profunda, unánime, eléctrica, que hacia latir todos los corazones, humedecia todos los ojos, y ponia en cada labio una accion de gracias al Señor de los ejércitos. — ¡Fernando VII acababa de volver á ocupar el trono de sus antepasados!

Despues del *Te-Deum,* debia llevarse en procesion, acompañado de las autoridades y con brillante séquito, el retrato del legítimo y Deseado Monarca.

Las señoras, ricamente prendidas, ocupaban los balcones, y el gentío se agolpaba en la carrera de la procesion, la que

era anunciada or músicas, y á su paso cubierta con una lluvia de flores.

En un balcon estaba sentada, en una silla baja, una señora anciana, de aspecto vivo y afable, que lloraba á lágrima suelta, y echaba flores á manos llenas sobre el carro triunfal en que llevaban el retrato del rey. — Vestia una saya de sarga negra; un pañuelo de encaje negro cubria sus hombros; de encaje era igualmente su mantilla, colocada sin pretensiones sobre sus blancas canas. Ostentaba al cuello unos magníficos hilos de perlas, de los cuales pendia engarzado en gruesos brillantes, el retrato del rey.

Detras de esta señora, en el quicio de la puerta del balcon, estaba en pié un señor de cara simple y benévola, que tenia en la mano el canasto del que sacaba la señora las flores.

Al lado opuesto del balcon se hallaba sentada otra señora, grave y derecha, rica pero sencillamente vestida, desdeñando hacer valer una hermosura que respetaban aun los años. Entre ambas señoras, estaba en pié y apoyada en la meseta del balcon, una jóven que tenia la distinguida é impasible belleza de una estatua de alabastro. La riqueza de su traje parecia ocuparla tan poco, como la admiracion de que era el blanco.

— ¿Quién es esa muchacha? preguntó un oficial de artillería que acababa de llegar á Sevilla, á uno de sus amigos.

— Es Esperanza Orrea, hija de la Marquesa de Val de Jara, que está sentada á su lado.

— ¿Las tratas? preguntó el artillero.

— Sí, respondió el amigo, somos parientes. Su tatarabuela era prima tercera de la mia. Aquí se les sigue la pista á los parentescos, como el perdiguero á la caza.

— Pues llévame á su casa, dijo el oficial: la hermosa Esperanza me ha dado flechazo.

— ¡De ello me libre Dios! exclamó su interlocutor. Son todos los de esa familia y los de su círculo servilones de siete suelas, y tú que la echas de liberal, serias recibido de ella, como perro en misa.

— Aguardaré, repuso el artillero, á que llegue Cárlos Orrea, que es mi amigo, y tan liberal como yo, para que me

presente á ella, é introduzca en su casa la tolerancia, tan necesaria en las ideas como en la sociedad. Díme, ¿y esa señora de edad que está con ellas, les toca algo?

— Esa señora anciana, que tiene la cara arrugada como una pasa, y los ojos pequeños y vivos como granos de pimienta, es Doña Isabel de Orrea, hermana mayor del difunto Marques de Val de Jara. Es viuda del poderoso y muy nombrado Asistente de Sevilla Don Manuel Farfan y Calatrava. Es una excelente señora, y su historia es interesante. Muchas veces me la ha referido mi madre. — A los diez y siete años, lindísima, é hija única del Marques de Val de Jara, estaba para casarse con un hombre á quien amaba. En un año perdió á su novio, que murió de una caida de caballo, le dieron las viruelas que la desfiguraron, y su padre, volviéndose á casar, tuvo un hijo, cuyo nacimiento la privó de títulos y mayorazgos. — Pero no pudieron estos golpes repetidos agriar su excelente índole. — Se apegó á su madrastra con sincero cariño, y amó á sus hermanos como á sus hijos. El mayor fué padre de la bella Esperanza, de tu amigo Cárlos y de su hermano Fernando. El segundo fué oficial de marina, y murió en la batalla de Trafalgar, dejando una niña, que crió su tia la Asistenta, y hoy dia está casada con el Conde de Palma, nuestro embajador en Lóndres. Casóse Isabel Orrea con el Asistente, hombre de edad y amigo de su padre, sujeto eminente y de gran valer, que supo apreciar sus cualidades, y la dejó á su muerte el considerable caudal que habia heredado de su padre, que fué virey de Méjico.

— ¿Y la Marquesa? preguntó el oficial.

— La Marquesa, contestó su amigo, es Doña Inés de Córdoba, de la sangre mas azul de la de añil de aquella ciudad del mismo nombre: es virtuosa, caritativa y muy señora, pero orgullosa, intolerante y rígida. — Allí no hay entrada, mi amigo. — Los teatros están proscritos, los bailes anatematizados, los galanteos desterrados, y los obsequios son género prohibido. Así, si quieres seguir mi consejo, dí al mirar á la hermosa Esperanza lo de la zorra de la fábula: «están verdes!»

El artillero miró sonriéndose á su interlocutor, y le dijo:

— ¿Serán estos consejos de amigo... ó de competidor?

— ¿Yo? exclamó el otro con franca sinceridad, te equivocas mucho. Lo que no he de comer, lo dejo cocer, como dice el refran.

— ¿Y ese señor, volvió á preguntar el oficial, que las acompaña vestido de negro, y que tiene empaque de clérigo?

— Es hijo del mayordomo del difunto Asistente, que le educó con intencion de que siguiese la carrera de la iglesia. Pero como el buen hombre no puede pasar de primeras órdenes á causa de su poca capacidad, teniendo buena letra, le hizo su secretario, y ha quedado en el mismo puesto con la viuda. Es el hombre mejor del mundo; sencillo como un niño, pero apegado á sus bienhechores con un amor, un respeto y una adhesion que hacen su elogio. Se llama D. Benigno.

Cuando hubo pasado la procesion, las señoras de Calatrava y Orrea, se trasladaron á casa de la primera, que daba aquel dia una gran comida. Era la casa grande y antigua. En el zaguan empedrado estaban las cuadras, cocheras y cuartos de mozos, llamados con este motivo de *escalera abajo*. A la izquierda una cancela de hierro daba paso al gran pátio de la casa, rodeado por tres costados de galerías, sostenidas por columnas de mármol; el cuarto lado lo cerraba una verja de hierro, separándolo del jardin que era muy grande, y cuyos espesos bojes, altos cipreses y copudos naranjos, atestiguaban su antigüedad. — Viéndolos tan ancianos, se colegia habian perdido la cuenta de las generaciones de pájaros á quienes habian dado abrigo, y de las generaciones de hombres á quienes habian dado sombra.

Alegraba el aspecto algo austero de esta grandiosa entrada, la fuente, que enmedio del patio ofrecia sus frescas aguas al que entraba, y el murmullo de la del jardin que se las ofrecia á las flores. La escalera de mármol era digna de un palacio. Al frente, en su ancha meseta, habia un cuadro de Tobar, embutido en la pared por una rica moldura de yeso, representando en tamaño natural las Santas Justa y Rufina, patronas de Sevilla: en el techo estaban pintadas al fresco las armas de la casa. La sala muy grande y cuadrada, estaba colgada de damasco carmesí; con el mismo estaban forrados

los sillones, de madera de haya tallada y con filetes dorados, cuyos piés terminaban en garras de leon apoyadas sobre bolas: con el mismo tambien estaban forrados los canapés, cuyos respaldos sobresalian con mucho de las cabezas de las personas sentadas en ellos. Entre las ventanas habia dos hermosas mesas de madera finamente esculpidas y doradas; sobre ellas colgaban dos espejitos de cristal verdoso, pero colocados en magníficos cuadros dorados, cuyo dibujo era de esquisito gusto. Eranlo igualmente las mesas rinconeras que guarnecian los cuatro ángulos, y que cubrian bellos juguetes chinescos, y de esquisita filigrana de Méjico. Las ventanas, que no tenian ni visos ni celosías, dejaban entrar la luz del dia en todo su esplendor, sin cuidarse del *petit jour* tan buscado y ventajoso en la coqueteria francesa. Las sobrepuertas eran pintadas, y representaban la vida de la VIRGEN. Por una galantería obsequiosa del pintor, se notaba en una de ellas el borrico en que iba montada la Vírgen en su huida á Egipto, marcado con la marca perteneciente á las yeguadas de la casa, cosa que entusiasmaba á los capataces y yegüerizos, llenaba de orgullo al secretario D. Benigno, y en cuya impropiedad no habia caido mayormente la Asistenta.

La comida servida en bajilla de plata deslució á la de las bodas de Camacho. En la fabricacion de los postres se invirtió una caja de azúcar.

A los postres dijo la señora de Calatrava:

— ¡Ahora puedo morir en paz! porque he disfrutado del mas hermoso dia de mi vida. Dios ha oido nuestras plegarias, y recompensado á los leales y valientes. ¡Amigos, bebamos á la salud de nuestro adorado monarca!

Así se hizo con unánime aclamacion.

— Ahora, dijo la Marquesa de Val de Jara, bebamos por el exterminio de todos los enemigos del altar y del trono, esas dos santas y eternas bases de la sociedad.

— No, repuso la Asistenta; en un dia tan feliz como este, solo se debe beber al bien, y no al exterminio. Brindemos por todos los valientes defensores de la patria, y por el feliz regreso de tus bizarros hijos, hermana!

———

CAPITULO II.

Frente de Sevilla, pasada Triana, se extiende una llanura que parece bajar de unos altos cerros, para venir á beber en las aguas del Guadalquivir.

Dichos cerros forman una curva, y llegan mas abajo hasta el rio, en cuyas orillas parecen depositar al pueblecito de San Juan, que se corona de un convento levantado sobre las ruinas de un inmenso castillo moruno, como una cruz sobre un turbante. En las cimas de esta línea de colinas, están sentados como sobre lomos de dromedarios, los pueblecitos de Tomares, de Castilleja de la Cuesta y Castilleja de Guzman. — En el llano están los de Camas y Santi-Ponce, que guardan la triste bandera negra que enarbolan, como se levanta un grito de angustia cuando las fuertes arriadas los inundan; á cuyo llamamiento abre Sevilla sus graneros, y envía á sus hijos á socorrer á sus hermanos. ¿A qué tanto recalcar y acudir á la voz *filantropía*, cuando hay una voz mas propia, mas fuerte, mas simpática, mas escuchada, que siempre ha existido y ejercido su inmenso poder entre cristianos, que es la de CARIDAD? — ¡No parece sino que con la voz han inventado la cosa!

A la salida de uno de estos pueblecitos, dos jóvenes contemplaban la magnífica vista que se extendia á sus piés.

El uno alto, derecho, de aire noble y distinguido, de perfectas facciones, vestia el severo *peti* del uniforme de guardia walona, y se apoyaba contra un olivo. El otro algo mas jóven y ménos alto, se habia recostado sobre la yerba. A su hombro izquierdo pendian con un elegante dorman de húsar, los cordones de ayudante; se habia quitado el chacó, y el viento jugaba con los negros rizos de su cabellera.

— Dígote, Fernando, hablaba el húsar, que me alegro ahora doblemente de que hayamos acortado tomando el camino de Badajoz, y de que se haya desherrado mi caballo, puesto que esta tardanza nos proporciona gozar de esta magnífica vista. ¡Qué profundo es el amor á los sitios que nos vieron nacer, que no pueden el tiempo y la ausencia sino aumentarlo! ¡Qué contento estoy de volver á ver esa gallarda

Giralda! Esa á lo ménos, no han podido llevársela los franceses. ¡No seria por falta de ganas! Pero como cantaban nuestros soldados andaluces:

Que no quiere á dos tircnes
Ser francesa la Giralda;
Que dice que es española,
Y andaluza, y sevillana.

Así como los aragoneses cantaban á su vez:

La VIRGEN DEL PILAR dice,
Que no quiere ser francesa;
Pero sí la CAPITANA
De su tropa aragonesa.

Miéntras nosotros los oficiales repetíamos en coro:

La castellana arrogancia
Siempre ha tenido por punto
Recordar lo de Sagunto,
No olvidar lo de Numancia
Franceses, idos á Francia,
Y dejadnos nuestra ley;
Que en tocando á DIOS Y AL REY
Y nuestras casas y hogares .....
Todos somos militares
Y formamos una grey!

— ¡Oh! — prosiguió con expresion, — el entusiasmo no mata, pues de lo contrario no habria un español vivo. Viejos, niños, hombres, mujeres, religiosos, seglares, ricos y pobres, todos, todos un solo grito! ..... ¡Oh Fernando! un grito así llega al cielo!

— ¡Cierto, Cárlos, cierto! — ¡Y llegó! — respondió el guardia walon conmovido.

— Por cierto, prosiguió el húsar, que no cambiaba mi título de español y de ayudante de Palafox por el de príncipe heredero de cualquiera de los mas brillantes estados de Europa; un soldado de los nuestros improvisado y mal vestido, con el mas soberbio veterano de los suyos; nuestras ruinas con sus palacios! — Ahora así, Fernando mio, que vamos, sin ironía, á descansar sobre nuestros laureles! Laureles de buena ley, que se ganaron contra el estranjero, contra el agresor, contra el que holló el derecho de gentes: laureles de los que no aja el tiempo, ni carcome la envidia!

Pero, — añadió mudando de repente de tono, — ¿sabes, Fernando, que acostumbrado ya á otra vida, temo mucho aburrirme con la que se lleva en casa? Me dirás que se va á hermosas funciones de iglesia; no me divierten. Que tendremos á comer al padre Salvador de capuchinos, santo varon que honro, pero ..... que no me divierte. Por la noche la tertulia en casa de tia, en la que se juega al tresillo y se bosteza ..... no me divierte. No me queda sino echar mano á las travesuras con que me divertia antes. — ¿Te acuerdas, Fernando, aquella noche, que vino tia á casa, en su viejo coche, tirado por las viejas mulas, con su viejo cochero Juan y su viejo acompañante mi querido D. Benigno; que les corté las riendas y tirantes á las mulas miéntras Juan dormia, confiado y con razon, en su ganado, como en una áncora; y cuando al retirarse estuvieron tia y su caballero *servente* instalados en el coche, Juan arreó las mulas, que echaron á andar tan cariparejas, guardándose de volver la cara atras, donde se quedó el coche parado como se estaba? ¿Recuerdas la figura de Juan, con las riendas en una mano, el látigo levantado en la otra, los ojos espantados y la boca abierta, al ver, sin comprenderla, la inaudita emancipacion de sus mulas, que tenia por dóciles y sensatas? ¿Tienes presente cómo sacaba por la portezuela D. Benigno su cara asombrada, al ver divorciarse sin auto del provisor al coche y las mulas, que desde tantos años ha vivian en tan estrecha y pacífica union? ¿Y cómo en este silencio de espanto se oia la voz de tia que gritaba: ¡cosas de Cárlos! de ese gran pícaro, de ese niño insolente, que se divierte á mis espensas? — ¡Aguarda, aguarda, bribonzuelo! que mañana te meteré en los Toribios! — ¿Y aquella otra noche en que até con una cuerda la mesa de una castañera á la rueda de un coche? Al echar á andar el coche, la mesa le siguió dando vueltas y saltos como un volatin, y la castañera lanzando furiosos gritos, corria tras de la desertora.

— Pero, Cárlos, dijo el formal guardia walona, lo que hacias entónces, era mal hecho; ahora seria imperdonable. Tia se sentiria, y con razon.

— ¿Sentirse? ¿incomodarse? repuso Cárlos, ¡no la conoces,

Fernando! ¡Pues si despues de una travesura estaba aun mas cariñosa conmigo! El dia en que le cogí la llave de la dispensa á María y robé los dulces y chocolate, mi madre que lo supo, me condenó con su acostumbrada blandura, á tres dias de pan y agua. Fuíme en casa de mi tia, y la dije gimiendo y llorando, que el hijo de su hermano se moria de hambre. — Me llevó en seguida al comedor y me atracó de golosinas, en tales términos que tuve una indigestion. Y el bueno de D. Benigno .... ¡con qué admirable paciencia sufria mis bromas, sin que pudiese yo jamas tener el gusto de verle incomodado ó impaciente!

— ¡Raro gusto por cierto! observó Fernando.

Cárlos se reia de todo corazon al recordar estos y otros lances de su niñez.

— Pero, hermano, prosiguió Fernando, reflexiona que ya no eres un niño; que debes respetar tanto como amar á nuestra tia, que es nuestra segunda madre, y nos quiere con el cariño de tal. Ten presente que tienes poco patrimonio, y que pende de ella tu suerte.

— Hijo mio, repuso Cárlos, quiero y respeto á mi tia porque es, como dices, nuestra segunda madre; porque es la mejor de las tias y la mejor de las mujeres; porque sin un pelo de tonta, tiene el candor y la sencillez de una niña; porque tiene el corazon de un ángel. Tocante á tu segunda reflexion, no tiene ningun peso para mí. — ¡Yo! ¡yo hacer nada por cálculo ..... á mi edad, con mi genio! — ¡Quita allá, Fernando! .....

— Pero al fin tu porvenir ..... observó su hermano.

— Verdad es que no es el de un Fúcar, respondió Cárlos ..... He heredado una casa que vale ochenta mil reales, y tiene noventa mil de censo, un olivar, que han quemado los franceses y una viña que da vinagre ..... ¡Y qué! *¡El oro es una quimera!* como cantaban los franceses al saquearnos. Y ademas ..... ¿no tengo mi sable, y no te tengo á tí?

Fernando se sonrió con una profunda satisfaccion al oir estas palabras. — Hablas, le dijo, como mi hermano querido y como mi mejor amigo.

En este instante se presentó un criado á avisarles que los caballos estaban listos.

Cuando llegaron á casa de la Marquesa de Val de Jara, su madre, era tarde, y esta señora acababa de salir para ir á la tertulia de su cuñada, á la que llegaba media hora ántes que los demas concurrentes.

Fuéronse, pues, los hermanos en seguida á casa de su tia.

¡Cuál no seria el gozo de todos al ver á los dos hermanos, que vieron partir casi niños, y volvian á ver sanos y salvos, cubiertos sus pechos de bien merecidas cruces de honor, despues de tan larga y sangrienta guerra! La Marquesa, pálida é inmutada, enmudecia al peso de su profunda emocion.

La Asistenta lloraba á lágrima viva; Esperanza abrazaba tan pronto al uno, tan pronto al otro de sus hermanos; D. Benigno cruzaba sus manos, y levantaba los ojos al cielo y su corazon á Dios. Todos los criados, que eran antiguos, habian acudido, y rodeaban á los recien venidos con esa familiaridad á la que les lleva su orgullo, pero que su innata delicadeza y buen tacto impiden ser grosera y salirse de sus límites.

Cárlos, exaltado por su alegría, abrazaba á todo el mundo, y sobre todo á D. Benigno, á quien levantaba en peso, diciéndole al verlo tan apacible: Yo he ascendido de cadete á capitan; pero ya veo que Vd. ha ascendido de Benigno á Benignísimo. Voy á condecorar á Vd. con la cruz de Mayo.

— ¡Juan! le decia al cochero, no tengo mi navajilla para cortar las riendas de tus mulas, — ¿cómo están las matusalenas? ¿andan con muleta? . . . . . Pero tengo mi sable que hará sus veces . . . . . te lo advierto.

— ¡Oh! decia el cochero, ¡ese ha servido para mejores hazañas!

— María, proseguia Cárlos dirigiéndose al ama de llaves, no se me ha pasado la aficion á las golosinas; guarda bien tus llaves, y pon un vigilante en la puerta de la dispensa.

— ¡Ay señorito! respondia la buena mujer limpiándose los ojos, las llaves, los dulces, el chocolate y la que los guarda, todo está á vuestra disposicion. ¡Jesus, qué arrogantes mozos están . . . . . parecen dos generales!

— Tia, dijo Fernando, voy á completar vuestra satisfaccion con la noticia de que en breve llegará Clara, á quien los facultativos han ordenado pasar el invierno en Andalucía, por estar algo delicada de salud.

— Es cierto que solo eso me faltaba para hacer completa mi satisfaccion, exclamó llena de júbilo la Asistenta.

Entretanto volvió Cárlos la cabeza por todos lados.

— Tia, dijo al fin, nada hay aquí mudado. Parece vuestra casa, señora, un reloj que no anda: nada veo de nuevo, sino el retrato del rey narigudo.

— ¡Narigudo!... exclamó la Asistenta, ¿cómo te atreves á dar ese dictado á tu rey? ¡Jesus!... ¡qué desacato!...

— ¡Y qué!... dijo Cárlos, ¿no puede acaso un rey tener la nariz larga como cada hijo de vecino? ¿Notarlo es un desacato, tia?

— No la tiene tal, exclamó con calor la Asistenta; pero aunque tuviese una trompa como un elefante, es irreverente que esto lo noten sus vasallos, é indecoroso que se diga. Hijo mio, la corona es un sagrado que consagra al que la lleva de derecho.

— ¿Quién le toca á la corona, señora? — respondió Cárlos — ¿y qué tiene que ver la corona con las narices?

— Te digo, Cárlos, que esa es una palabra hostil, irreverente, un apodo, que solo pudo inventar un revolucionario, y repetir un liberal.

— Vaya, tia, que dice Vd. *liberal* como si dijese *frances* ó insurgente. Un liberal no es un *bú*, es un buen español, como verbi gracia, un servidor de Vd.

— ¡Ave-María!... ¿qué dices? ¿qué estás diciendo? exclamó la Asistenta. ¿Un Orrea liberal, y mancomunado con los descamisados? ¿Se te ha ido la chaveta, criatura?

— ¿Con quién has tratado? dijo con voz severa la Marquesa. — ¿Has estado acaso en Cádiz, cuna de esos enemigos harto mas temibles que los franceses, que emponzoñaban la España miéntras sus leales hijos derramaban su noble sangre por defenderla?

— ¡Está loco!..... exclamó la Asistenta.

— Está pervertido, que es peor! dijo la Marquesa.

— ¡Válgame Dios, repuso Cárlos, y qué explosion! ¡qué erupcion! ¡qué máquina infernal! — ¿Qué piensan Vds., amadas servilonas, que es un liberal? ¿Creen Vds. que se come los niños crudos, que es un Heródes..... un Robespierre?

— Si no son Robespierres, poco les falta, y navegan en sus aguas, dijo la Marquesa.

— Un liberal, añadió la Asistenta, es el que quiere destruir el trono con los derechos de la corona; el que quiere destruir la religion con los conventos; la nobleza con los mayorazgos; la España con la imitacion de todo lo inglés y frances; las leyes de la naturaleza queriendo que seamos todos iguales. ¡Caramba con ellos!.....

— No, tia, no: está Vd. preocupada, equivocada, mal prevenida. Un liberal es el que quiere los adelantos del siglo, y no dormirse sobre las glorias pasadas; está Vd. mal informada si cree otra cosa. Los verdaderos liberales jamas reconocemos otro gobierno que aquel á cuyo frente está el rey, y que solo profesa y consiente la religion católica.

— Eso es, dijo la Marquesa con vehemencia, el oro con que se dora la píldora, que una vez tragada, hará los estragos de su contenido veneno. Ya lo hubiese probado el tiempo, si los hombres que se vieron en la revolucion de Francia, que empezó con esas mismas palabritas bien sonantes, no hubiesen abierto los ojos al rey y á sus consejeros. Extraño, añadió dirigiéndose á su hijo Fernando, que tú veas con tranquilidad esa defeccion de un caballero á su sangre, de un católico á sus principios, de un hijo á la autoridad de su familia.

— Madre, contestó Fernando, no creo que dos hermanos tan queridos se deban desunir por opiniones. Pero tú, Cárlos, deberias haber reflexionado que nadie, pero ménos un hijo, debe chocar con las opiniones de sus mayores.

— Es cierto, repuso Cárlos, que deberia haberlo tenido presente, así como que la intolerancia es el distintivo del modo de pensar contrario al mio.

— No es su distintivo, dijo la Marquesa, es su derecho: el error tolera, la verdad condena.

— ¿Y quién es juez competente? dijo Cárlos.

— ¡Dios en el cielo, la experiencia en la tierra! respondió la Marquesa.

— Hermana, intervino la Asistenta, lo que ha dicho Cárlos muda de especie. Los que reconocen y respetan los derechos del altar y del trono, y quieren al rey y á la religion católica, sean cuales fueren en lo demas sus opiniones, en lo esencial están de acuerdo con nosotros. Así, hijo mio, buen mozo mio, con tal que en tu vida vuelvas á decir el rey narigudo, somos amigos y estamos de acuerdo. Entre un liberal como tú, y una servil como yo, no hay un pelo.

— Ninguno, tia mia, respondió Cárlos; no hay mas diferencia, sino que Vd. me dirá *so* . . . . . y yo responderé *arre*.

CAPITULO III.

La casa solariega de los Condes de Palma, estaba preparada, y sus tias reunidas en ella para recibir á la Condesa.

— ¡Cuánto equipaje ha enviado Clara por delante! dijo la Asistenta. Veo tantas cajas y baúles, que estoy para mí que ha dejado vacías las tiendas de Lóndres y Paris.

— Las mujeres de por allá, respondió la Marquesa, parece que no piensan mas que en divertirse, componerse y estar en competencia. ¡Dígote que estarán divertidas! Bien puedes creer que los médicos la envían aquí, en parte por sacarla de esa vida agitada, en la que la noche se hace dia, el placer pasion, las cabezas frívolas, los corazones secos, las saludes se aniquilan y los caudales se disipan.

— Cuidado me da Clara, dijo la Asistenta, ella que siempre fué delicadita como un jazmin: tampoco me gusta el método curativo de ese famoso médico que trae consigo, que la tiene á dieta y caldos de pollo! Se me figura eso como natillas de suero.

— Dice Fernando que el tal médico, que goza de gran renombre, tanto en su facultad como en punto á ilustrado, es un pedante insufrible, un filósofo, un espíritu fuerte, segun

se apellidan los de su clase. Viene aquí igualmente por su salud.

— ¡Sea por el amor de Dios! exclamó la Asistenta, ¡y qué apunte se nos entra por las puertas! Pero aseguro que bien puedo oirle hablar contra el rey ó la religion . . . que le he de caer encima, como Santiago sobre los moros! — Ni una le he de dejar pasar! Tan cierto como dos y tres son cinco; ¿y tú, Inés?

— Pienso, respondió la Marquesa, evitar cuestiones no recibiéndolo.

En este instante paró á la puerta una carretela de viaje, y un momento despues entró la Condesa acompañada de Fernando y Cárlos, que habian ido á recibirla.

Era una jóven de veinticinco años, graciosa y bien parecida, aunque algo pálida y desmejorada: venia sencilla y elegantemente vestida á la extranjera. — Llevaba una dulleta de seda guarnecida de ricas pieles; una gorguera de tul formaba bufanda alrededor de su cuello; unos vuelos de batista primorosamente bordados, caian sobre su pequeña y blanca mano; cubria su cabeza una sencilla capota de seda verde.

Abrazó á sus tias y prima con vivas demostraciones de cariño y alegría.

— No hallo mudanza alguna en Vds., mis queridas tias, decia; y eso que hay ocho años, — ¡media vida! — que no las veo. Solo á Esperanza, que dejé una niña de diez años, la hallo una mujer hermosa; sí por cierto, que estás hermosa, prima mia, añadió abrazando á Esperanza que se sonrojaba; solo, hija mia, que estás horriblemente *fagotée.*

— ¿Que está qué? . . . preguntó la Asistenta.

— Mal vestida, respondió la Condesa.

— ¿Mal vestida? repuso muy admirada la Asistenta. ¿Qué dices . . . criatura? Una saya de alepin con un fleco de botonero de media vara, con golpes y hombreras, una toquilla de tul de seda bordada con oro, una mantilla de punto redondo, media de seda calada, zapatos de raso blanco, peineta dorada. ¡Vaya, Clara, no sé en qué piensas!

— Es preciso, contestó Clara, dar mas vuelo á la nagua, batir esos rizos . . . — ¡Y Vd., tia mia, siempre luciendo ese

pelo blanco; eso es un cinismo! — es un *qué se me da á mí*, de mal tono. La traigo á Vd. de Paris una peluca y unas cofias del mejor gusto.

— ¡Jesus! ¡Vírgen del Cármen! — exclamó la Asistenta, ¡yo peluca! ¡yo cofia! ¿Quieres que salga por ahí hecha una irrision, y espantando á las gentes? ¿intentas que me lleven á San Márcos? — ¡Peluca yo! . . . ¡Dios me favorezca!

— Le quitarán á Vd. diez años, tia.

— Pero yo no me los quiero dejar quitar, sobrina. Si fuera en realidad . . . no digo que no; pero en apariencia . . . ¿á qué? ¿Te figuras que yo quiero hacer alguna conquista? ¿Una vieja con moñitos como un conejito de rifa? — ¡quita allá, Clara!

— Una señora de talento, repuso la Condesa, decia que no se componia para parecer bien, sino para no parecer mal.

— Pues yo que no lo tengo, te digo, Clara, que no quiero al fin de mis años ponerme monerías ni ringorangos que no gasté cuando moza; que estoy muy bien avenida con mis canas; y que aunque me dieras un niño de oro, no me ponia yo ese pelo de muerto sobre mi cabeza.

— Díme, Clara, ¿qué tal te ha ido por esas cortes, y qué tal está tu marido? preguntó la Marquesa.

— Ha dias que no tengo cartas del Conde, respondió Clara.

— No te pregunta por el Conde, sino por Juan María tu marido, observó la Asistenta.

— En esa inteligencia he contestado, repuso Clara.

— ¿Y qué, exclamó su tia, tú llamas á tu marido el Conde?

— ¿Acaso no lo es? contestó la Condesa.

— ¡Andar! . . . dijo la Asistenta: oye . . . ¿y le das tratamiento?

Clara soltó una carcajada, y abrazó á su tia diciéndola: Tia, es lo recibido entre gentes de buen tono, y hasta en las que quieren aparentar tenerlo, nombrar á su marido por ese título, si lo tiene, y si no . . . Señor . . .

— ¡Vamos allá! ¡vivir para ver! ¿Y ese *buen tono*, se estiende á padres, hermanos, tios y primos? ¿Tendremos para tener *buen tono* que llamarte Condesa, hija mia?

— ¡Oh, no! respondió Clara, eso no, tiita mia, y la besó la mano.

— Ea, bien, prosiguió la Asistenta; ¿con que ese *buen tono* solo se entiende con el marido, como el ménos allegado, y de mas cumplido? Ese *buen tono*, hija mia, lo han inventado los buenos matrimonios que inventaron el otro *buen tono* de apartar cama: ¡por vida de los *buenos tonos*!

— ¡Qué feo y qué anticuado está todo esto! — dijo la Condesa mirando por todos lados; — esta es la mansion de la misantropía. ¡Jesus! ¡qué sillones! requieren una máquina de vapor para moverse. Esas ridículas cornucopias habrán servido en las bodas de Mari-Castañas; ¡qué damasco tan lúgubre! ¡qué cuadrazos tan tétricos y tan sombríos! Este salon es capaz de dar el esplin al mismo Brunet.

— ¡Horribles! exclamó asombrada la Asistenta. ¿Dónde has visto muebles mas ricos en el estranjero que estos, de esquisita talla y brillante dorado? ¿género mas suntuoso que el damasco; paredes mas magníficamente cubiertas que lo están estas, con cuadros de Velazquez y Murillo; de tal valor, que están vinculados para asegurar su conservacion?

— Todo esto muy bueno, y es muy á propósito para una iglesia, repuso la Condesa; pero ni es propio, ni está de moda en salones de sociedad. Ya verá Vd., tia, cómo todo le voy á transformar, cuánto mejor le parecerá á Vd. la casa despues.

— Tú eres dueña de tu casa, y puedes hacer lo que te acomode. En cuanto á mí, te advierto que la mas pequeña mudanza, me ha no solo de disgustar, sino de afligir. Clara, á las familias, á las casas, á los muebles les da la antigüedad un sello de nobleza que lo moderno envidia, y que no compensan ni la riqueza sin raíces, ni la moda variable y sin bases. Al cabo de algunos años, lo que aquí pongas ahora, será vulgar sin tener el sello de su época; será viejo sin ser

antiguo; y puede que esa veleta que llamas moda y buen gusto, adore lo que ahora ridiculiza.

— ¡Ah! dijo de repente Clara, para cortar la conversacion, y no contradecir mas á su tia á quien amaba tiernamente. — Y su niña de Vd., Elia, ¿se conserva tan preciosa? ¿dónde está que no la he visto?

— Elia, contestó con visible satisfaccion la Asistenta, está mas bonita que nunca, seis años há en un convento, porque se me decia que la mimaba mucho, y que no aprenderia nada á mi lado.

— ¿Pero . . . está en el convento para siempre? preguntó con viveza Clara.

— ¡No, no, eso no! contestó su tia; porque aunque ella está muy contenta, es regular y conveniente que salga de allí y que esté á mi lado. Si prefiere el convento, siempre será tiempo para que vuelva á entrar.

— ¡Por supuesto! exclamó Clara; por cierto que hay un año que deberia Vd. haberla sacado, y se hubiese ahorrado un año de fastidio.

— No se fastidia, dijo la Marquesa, está buena y contenta, y tan distante de desear el salir, que la costará muchas lágrimas tener que verificarlo.

— Es preciso que conozca el mundo, la vida, y que disfrute de su juventud, opinó la Condesa. Emparedar la juventud y la hermosura . . . . . eso es monstruoso, tia.

— ¡Cuánto deseo verla! exclamó Cárlos; ¡lo que hemos jugado juntos cuando niños! Siempre Esperanza la defendia contra mí, que me divertia en asustarla. ¿Te acuerdas, hermana?

— Sí, sí, dijo la Asistenta; ¡tú siempre fuiste una linda alhaja!

— ¿La sacará Vd., no es verdad, tia? replicó Cárlos; le prometo á Vd. no asustarla, ni volver á hacerla llorar.

— Sí, la sacaremos, respondió la Asistenta; así reuniré alrededor mio, prosiguió con efusion, cuanto amo en este mundo. ¿La sacaremos, no es verdad, Inés?

Dijo esto último dirigiéndose á su cuñada, porque se habia acostumbrado á confiar en el firme y lucido juicio y la

acertada prudencia de la Marquesa, y no quedaba plenamente satisfecha en sus resoluciones, si no eran sancionadas por la aprobacion de esta señora.

La Marquesa, á quien visiblemente habia desagradado el giro de la conversacion, se contentó con responder: — Ya sabes, hermana, que mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena.

Cuando la Asistenta con su acostumbrada y franca viveza iba á contestar, se apareció en la puerta un caballero de edad, alto, flaco, primorosamente vestido y llevando gafas de oro sobre sus puntiagudas narices. Andaba con dificultad, cual si adoleciese de gota.

— Este es, dijo la Condesa, así que le vió, nuestro íntimo amigo D. Narciso Delgado, á cuya ciencia y cuidados deben Vds. el verme viva. Es persona que sabrá pronto recomendarse á sí misma mejor de lo que yo puedo hacerlo. — Suplico á Vds. le miren, como yo lo hago, como á un individuo de la familia.

D. Narciso Delgado saludó con mas afectada política que afable cortesanía, disculpándose de presentarse en traje de camino.

— ¡Qué estafermo! dijo la Asistenta á media voz á su cuñada; quiéreme parecer que se nutre de sus recetas de caldo de pollo.

Aprovechó D. Benigno este instante para acercarse á Clara, y darle con mucha deferencia la bien venida.

— ¡Oh, amigo D. Benigno! contestó esta con afabilidad; ¡distraida de mí, que no me habia acordada de Vd.! Cuánto celebro verle bueno, sin que haya pasado un dia por Vd.

— ¿Quién es ese Dómine? preguntó á media voz D. Narciso á la Condesa, echando una desdeñosa mirada sobre la poco elegante y vulgar figura del secretario.

— Es hijo de ..... empezó á contestar Clara, pero la Asistenta la interrumpió diciendo estas palabras, que recalcó con afectacion: Es D. Benigno Cordero, *mi amigo*. Deseo y espero le mire usted como un individuo de mi familia, como lo hago yo.

D. Benigno se ruborizó como un niño ..... Era D. Be-

nigno lo que el mundo llama un infeliz, y lo que un observador profundo llama un hombre honrado, un corazon sano. No tenia un grande entendimiento. ¿Y á qué habia de tenerlo? El entendimiento es un lujo, á veces inútil, á veces nocivo; es una antorcha ó una tea, segun las manos que lo manejan; como dice de Lavergne, es el peor enemigo del corazon..... Pero si no tenia entendimiento, tenia D. Benigno, en cambio, uno de esos buenos sentidos que si, como aquel, no son soles, son estrellas fijas.

Rara vez en el pequeño círculo de cosas que manejaba, pedia consejos: no por despreciar el voto ajeno, sino porque jamas vacilaba en una alternativa Si bien no era capaz de una heroicidad, no habia bien á que pudiese contribuir que no lo hiciese; y si tal vez le faltaba energía y fuerza, no tenia una sola inclinacion mala. Miraba las pasiones de los hombres como enfermedades, lastimándose de ellas, pero sin escandalizarse: todo lo atenuaba su benevolencia, á pesar de darle su comportamiento justificado derecho á la severidad.

Tenia D. Benigno otra bella cualidad que se va perdiendo por dias, de tal suerte que la buscarán nuestros nietos, como nuestros abuelos buscaron la piedra filosofal; la de tener un gran aprecio hácia los hombres y por las cosas; y sucedia que sin cálculo por su parte, recibia el reflejo de la luz en que á otros ponia.

Tenia á su señora, á quien tanto debia, el cariño de un perro; y entiéndase que si sacamos como punto de comparacion ese cariño, es porque lo consideramos como el mas perfecto.

CAPITULO IV.

Al dia siguiente la Asistenta se levantó á las siete, como tenia de costumbre, y se fué á la iglesia. Oyó dos misas sentada en una sillita baja que le trajo un monaguillo, preguntó al sacristan por el Cura que estaba indispuesto, examinó detenidamente un altar que cuidaba, rezó sus oraciones, recon-

vino á un niño que estaba con irreverencia, echó su contingente en el cepillo de las ánimas, dió al salir algunas limosnas á pobres que aguardaban su salida, y entró en su casa con el corazon lijero, como el que empieza santificando el dia con la oracion y buenas obras, y con el estómago lo mismo, como el que se levanta temprano y hace ejercicio. Pasó al comedor, donde le fué servido el almuerzo, que consistia en huevos con jamon, chocolate y tortas. — Fuése luego á una salita que precedia á su alcoba, en donde halló sobre una mesa varias papeletas y cartas, que D. Benigno se puso á leerla. Eran las primeras, convocatorias, partes de casamientos, de mudanza de casa, de nacimientos y de muertes. Entre estas se halló una de un hombre bueno y honrado, que dejaba á su probre viuda en una situacion lastimosa.

— Voy al duelo, dije la buena señora; quiero ir temprano, ántes del entierro.

Iba á levantarse, pero D. Benigno la detuvo, diciéndola habia una carta de su apoderado de Madrid, sobre un pleito que allí tenia.

No tengo tiempo de oirlo, dijo la Asistenta; voy en casa de la pobre viuda; y diciendo esto se puso en pié.

— Señora, exclamó D. Benigno alarmado al repasar la carta, hemos perdido el pleito, escuche Vuecencia.

— No, respondió la señora con la misma serenidad, he dicho que no tenia tiempo.

— Pero, señora, prosiguió apurado D. Benigno, es que dice el apoderado que debemos apelar al consejo.

— ¡Dios me libre! respondió la Asistenta.

— ¿Y porqué, señora?

— En primer lugar, porque detesto los pleitos, y celebro se acabe este aunque se pierda; en segundo lugar he oido decir que la parte contraria es necesitada, y acá somos ricos; tercero, porque cuando han condenado los primeros jueces, razon tendrán. Con que así, dejemos las cosas como Dios las ha dispuesto.

Dió la Asistenta algunos pasos para irse, pero D. Benigno lleno de angustia exclamó: ¡condenados tambien á pagar las costas! ¿Cómo hemos de hacer eso?

— Metiendo la mano en la faltriquera y sacando el dinero, dijo la señora. ¿No hay en los almacenes aceite y en los graneros trigo largo? pues venda usted.

— ¡Vender por necesidad de dinero! exclamó escandalizado D. Benigno, que era tan bueno como celoso administrador. — No, señora, no; los precios están en baja; hay dinero de sobra; no lo digo por eso; y es que aun hay mas; las cuentas son exorbitantes: mire V. E.

— No haré tal, y ménos sin espejuelos; he dicho á Vd. que no tenia tiempo, y que me iba en casa de la pobre viuda.

— Aquí hay una carta que tiene trazas de pedir limosna, dijo D. Benigno.

La Asistenta se volvió atras, y se sentó.

D. Benigno engolfado de examinar las cuentas, no lo advirtió.

— ¿Y esa carta? preguntó la Asistenta.

— Perdone la señora, dijo confuso D. Benigno, como habia dicho V. E. que no tenia tiempo . . . . .

— ¿Y cuándo no lo he tenido para oir las plegarias de los pobres? dijo la digna señora.

D. Benigno abrió la carta y leyó:

«Señora:

»Una infeliz, postrada sobre una estera, se dirige á V. E cuya caridad es tan notoria, para que la remedie. Estoy tan desvalida y desnuda como el dia en que nací. — Déme V. E. medio de taparme mis carnes, para que en la próxima hora de mi muerte no le vuelva la espalda el ángel de mi guarda á mi desnudez. — Con esta obra de caridad hará V. E. en las próximas Pascuas de Navidad una envoltura al Niño Dios, que la dará el premio en esta vida y en la eterna [1].»

La Asistenta llamó á María.

— Irás á ver á esa pobre, María, la dijo, y llevarás lo que necesite. — D. Benigno, avise Vd. al médico y boticario,

---

1) Esta carta en efecto la escribió ó dictó una pobre. Estas cosas no se inventan: ya lo hemos dicho otras veces.

que le suministre los medicamentos por mi cuenta. Ahora que me acuerdo ..... ¿fué crecida la del mes pasado?

— No señora, seiscientos reales [1]).

— ¡Vamos allá! es buena la salud pública. Y con esto no me detengo mas. — María, mi mantilla.

Antes de proseguir digamos dos palabras sobre esta buena sirvienta.

Era María una mujer de cincuenta y seis años, en extremo aseada, dispuesta, hacendosa y fiel, pero padecida, cascarrabia y regañona. Habia sido en su juventud largos años doncella de la Asistenta: — casóse talludita con un maestro de escuela, y tuvo dos hijos. Pero en el año de la epidemia grande perdió á su marido, sus hijos, y hasta un débil retoño, que estaba criando. Por ese tiempo habiendo necesitado la Asistenta un ama de leche para la niña Elia, volvió María á entrar en la casa con ese objeto, en la que permaneció despues en calidad de ama de llaves. — Era, como dice una expresion vulgar, los piés y las manos de la señora, que la queria mucho, le daba grandes alas, y descargaba en ella y en su mayordomo Pedro todos los cuidados del arreglo interior de su casa. Para María no habia secretos, ni llaves echadas. En todo metia su cucharada, y en honor de la verdad, con tino y acierto. Habíala comunicado su señora la noche anterior la intencion que tenia de sacar á la niña que habia criado, del convento, con lo que María que era muy vehemente, se habia vuelto loca de alegría.

Iba á salir la Asistenta cuando entró la Marquesa.

— ¿Qué buen pensamiento te trae por aquí á estas horas? exclamó la Asistenta al verla.

— Deseo hablarte á solas, contestó la Marquesa.

D. Benigno, despues de dar respetuosamente los buenos dias á la Marquesa, que le apreciaba mucho, se retiró; María le siguió despues y de mala gana: — Una visita á estas horas . . . . iba diciendo entre dientes, no me huele bien. ¡Mis

---

1) En esto hay tan poca exageracion, que podríamos nombrar varias useoras cuya cuenta mensual en las boticas para aliviar pobres, excede de esta suma.

narices pongo á que es para dar consejos á quien no los ha menester! Tan fijo tuviese yo un mayorazgo, como lo es que intenta echarle otra llave mas á las puertas del convento en que está Elia, esa hija de mi corazon! ¡Nunca la ha querido bien! siempre se le figuraba que se la mimaba.

Habiéndose sentado las cuñadas en el canapé, dijo la Marquesa:

— Querida Isabel, ayer quisiste que te diese mi parecer acerca de tu propósito de sacar á Elia del convento.

— Sí, contestó la Asistenta, que al punto recordó con disgusto la escena del dia anterior: recuerdo muy bien tu respuesta desabrida, hermana.

— No era sazon de hablar con libertad y con despacio de una cosa grave; y creo el paso que vas á dar necesita meditarse. Ante todas cosas, Isabel, ¿cómo vas á colocarla?

— A mi lado, contestó la Asistenta.

— ¿Pero sobre qué pié? ¿con qué titulo?

— Con el de mi hija.

— ¿Y sabes acaso si las gentes la concederán ni el puesto ni el nombre que no son suyos?

— ¿Quién podrá disputarle lo que yo le otorgue?

— Aquellos que saben que no está en tu poder, ni aun en el de Dios, el hacer que lo que ha sido, no haya sido; aquellos que saben que la legitimidad, esa santa y noble procedencia que creó la nobleza, no admite ingertos sobre su poderoso tronco, que solo nutre sus ramas; cuanto ménos una parásita.

— ¡Válgame Dios, Inés! contestó la Asistenta, ¿acaso para tratar, apreciar y querer á esa niña angelical, tendrán ántes que mirar su fe de bautismo y sus pergaminos? ¿Le preguntas, por ventura, á la rosa, cuya vista y perfume te encantan, si se crió en una maceta de china de la Granja, ó en un tiesto de barro de Triana?

— No sé considerar las personas en el mundo como flores en un florero, repusa la Marquesa. Es preciso considerar las cosas mas sériamente; no se puede dejar el porvenir como una veleta al soplo del acaso. El verdadero cariño no es ciego; es previsor. ¿Qué felicidad sólida tienes que ofre-

rce á esa niña en el siglo, en compensacion de la que goza en el convento, en el que desea quedarse?

— Ninguna.

— ¿Pues qué te mueve á sacarla?

— El amor que la tengo.

— Es un amor mal entendido, Isabel.

— El amor solo lo entiende el que lo siente, Inés.

— Pero .... ¿qué ventajas resultarán ni para tí ni para ella de esta salida?

— Para ella, el que ántes de elegir estado, conozca el que renuncia, y elija libremente el que prefiera. ¿Habíala yo de ocultar un bien con el fin de que no le apeteciese? No. — Para mí, el tenerla yo á mi lado, para que alegre mis últimos años, como alegra el ruiseñor el dia que se apaga. Muerta yo, tiempo es, si quiere, de volver á su convento.

— ¡Hermana, puede que entónces sea demasiado tarde! Ante todo, Isabel, para decidir una cosa, es preciso prever todos los resultados que pueda tener; considerarla bajo todos sus aspectos.

— Inés, si el temor de los infinitos resultados que pueden tener las cosas trabase nuestros procederes bien intencionados, pocas se llevarian á cabo.

— Al ménos, Isabel, no partas de lijero; tómate tiempo, piénsalo bien; tiempo será despues.

— Hermana, dijo con viveza la Asistenta, el que echa por la calle de *Despues* llega á la plaza de *Nunca.*

— La prudencia precavida ha impedido muchas desgracias, Isabel.

— La prudencia precavida ha sofocado muchas buenas intenciones, Inés.

— Pues si nada te hace fuerza, dijo la Marquesa levantándose; si te empeñas en obrar sin pararte ni meditar lo que vás á hacer; si mis consejos son nulos, y hasta parecen incomodarte, no me queda mas que hacer, sino pedirte que te acuerdes que te los he dado, y desear que no te arrepientas de no haberlos seguido.

Apénas habia salido la Marquesa, cuando entró María con una cara que parecia un punto de interrogacion.

La Asistenta, como toda persona viva de genio, mimada y feliz toda su vida, era voluntariosa y tenia su *voto* en gran estima, tanto mas cuanto que solia ser siempre un brote de su corazon.

— María, dijo á su ama de llaves, ponte pronto la mantilla, y despues de ir á ver á la pobre enferma, véte al convento, y díle á la abadesa de mi parte, despues de darla muchas expresiones, que tenga á bien consentir en que de aquí á tres dias mande por la niña; que ya es tiempo me la traiga á mi lado, y que todos mis sobrinos están deseando volverla á ver. — Y ahora, voy en casa de la viuda, y no me detengo mas, aunque viniese el obispo.

Diciendo esto salió, dejando á María llena de júbilo.

Esta, que con su agudeza andaluza, habia adivinado el motivo de la venida de la Marquesa, conociendo el carácter de su ama, vió sus sospechas confirmadas por la órden que acababa de recibir.

— ¡Que venga, dijo para sí, con consejos llamados de prudencia, miramientos mundanos, y categorías orgullosas! ¡Todo se estrella contra la firme bondad del corazon de mi señora!

CAPITULO V.

Algunos dias despues, estaban la Asistenta y D. Benigno sentados en el cuarto de la primera. Leia D. Benigno el Año cristiano.

— Deje Vd. el Año cristiano, dijo la señora, en la que se notaba suma impaciencia: el capítulo de hoy no tiene fin. Lea. Vd. algo del Quijote.

Don Benigno obedeció echando una triste mirada sobre el libro del Padre Croisset, con el cual su grave y devota índole simpatizaba más que con el Quijote, cuya tendencia le era instintivamente antipática, y en el que le chocaba saliese siempre mal parado un caballero de tan buenas intenciones.

Pero apénas hubo leido cinco minutos, cuando le interrumpió de nuevo la señora.

— No mas, no mas, D. Benigno, exclamó: me aburre esa novela de Dorotea; ademas hoy es su leer de Vd. tan uniforme, que se me figura oir salmodiar á los frailes. ¿Qué hora es?

— La una y cuarto, respondió el lector, sacando del bolsillo un reloj de plata, redondo como una cebolla.

— ¡Vaya si se hacen aguardar! dijo la Asistenta, ¡y á mí que no me gusta aguardar! bien lo sabe esa pesada de María; pero esa . . . en empezando á charlar, no sabe cuándo acabar.

— Como las madres monjas quieren tanto á la niña, opinó D. Benigno, las despedidas serán tiernas y largas.

— ¡Y mis sobrinos que me dijeron habian de venir á las dos, y no la hallarán! prosiguió la Asistenta. Inés fué la que no ofreció venir á verla; no quiere ni puede disimular el desagrado que la causa la salida de mi niña del convento, y esto me agua el placer tan grande que tengo en traerla á mi lado. No está esto bien en Inés, puesto que yo en mi vida la he acibarado un goce.

— Señora, repuso D. Benigno, yo no he notado tal cosa, y se me hace imposible, que á su señora hermana le pueda parecer mal nada de lo que V. E. haga.

— ¡Ya! — dijo cada vez mas impaciente la Asistenta, — si en punto á reparar, se le escapan á Vd. los borricos volando! . . Y en punto á disculpas, es Vd. capaz de hallarle alguna á la traicion de Júdas. — ¡Jesus! exclamó al oir el reloj de la iglesia, las dos!

— ¡Válgame Dios, señora, dijo María, que al entrar la habia oido, no parece sino que la han dado á V. E. en la cabeza! Señora, el convento no está á la vuelta, y hay mucha tierra que meter debajo de los piés ántes de llegar y volver.

— ¡Hija de mi corazon! exclamó la Asistenta, al ver á Elia que seguia á María, y olvidando, como todos los impacientes, su incomodidad al cesar lo que la causaba.

Elia corrió á echarse en los brazos que la abrió su madre.

Era Elia de mediana estatura y perfectamente formada. En su cara fresca y sonrosada brillaban unos ojos negros, que á no haber sido tan perfectos y rasgados, y de una expresion tan dulce, hubieran parecido desproporcionados al lado de sus diminutas facciones; pero era su mayor atractivo la mezcla de viveza y de candor, de alegría y de bondad, de gracia y de sencillez, que se manifestaban en toda ella, en cuanto hacia y en cuanto decia. Vestia un jubon de estameña negra, de manga larga y ajustada, unas enáguas de lo mismo plegadas al rededor de la cintura; llevaba al cuello un pañuelo blanco de muselina tupida, prendido debajo de la barba con un alfiler; calzaba zapatos de cordoban con hebillas de plata, y su pelo partido desde la frente hasta la nuca, formaba dos trenzas, que colgaban por sus espaldas hasta casi llegar al suelo.

— Hija de mi alma, repitió la Asistenta al notar que Elia lloraba, ¿porqué lloras? ¿No vienes acá con gusto? ¿no quieres ya á tu madre?

— ¡Qué señora! dijo María, esto es que las monjas con sus despedidas y sus lloros la han enternecido. ¡Pues no habia de venir con gusto! . . . ¡vaya!

— ¿Quieres volverte al convento? preguntó la Asistenta.

— No, señora, contestó Elia; no quiero separarme de Vd. nunca, nunca! Pero . . . iré á ver á las madres á menudo, ¿no es verdad?

— Cuando quieras y se te antoje, ángel mio, contestó la Asistenta. Pero no llores; yo no puedo ver lágrimas, ya lo sabes; si las puedo secar, las seco todas; y si no . . . se me pegan; y yo no quiero llorar, porque luego me duele la cabeza. — Así, ven acá, añadió estrechando á la niña sobre su pecho, aquí te prometo que se te han de secar todas las que viertas.

Abrióse entónces la puerta, y entraron la Condesa, Fernando, Cárlos y Don Narciso.

Elia se volvió hácia los que entraron, y todos quedaron admirados de su belleza.

Clara abrazó por repetidas veces á Elia, y dijo mirándola de piés á cabeza:

— Dios mio. Es preciso ser bonita como una Vénus para parecerlo aun con semejante disfraz! ¿Se visten así las pupilas en los conventos? ¡qué atrocidad! Elia, ¿me reconoces? ¿te acuerdas de mí?

— Sí, respondió esta sin cortarse, Clara, ya sé que sois Condesa de Palma, me acuerdo de la hermosa muñeca que me regalasteis ántes de iros, y que me dijisteis amparase á la pobre huérfana. Tambien me disteis los ratoncitos blancos; pero todos se han muerto! ¡Qué dolor!

— ¿Elia, y de mí te acuerdas? dijo Cárlos.

— ¡Cárlos!... exclamó Elia, y una dulce y alegre sonrisa se mezcló á sus lágrimas que aun corrian brillantes por sus sonrosadas mejillas: — ¿te figuras tú, que tus galones, tus bigotes y cruces, te disfrazan tanto que no te reconozca? Harto mejor te sientan que tu manteo de estudiante que te divertias en desgarrar.

— ¿Y de mí os acordais, Elia? preguntó Fernando.

El color subió á las mejillas de la niña al oir suprimir el franco tú que habia gastado Fernando con ella, y contestó con un sentimiento penoso:

— Sí señor: en el convento nada se olvida, ni nada se altera.

— Y qué... ¿acaso piensas, exclamó Cárlos, que en el mundo se olvidan las relaciones de cariño? No, no. *¡Sor Malos-juicios!* Si supieras cuánto me acordaba de tí, cuando caian las balas al rededor mio!... y me decia: esto no es tan alegre como cuando Elia y yo nos tirábamos bellotas y garbanzos tostados. Y mas adelante en los saraos, cuando veia una brillante concurrencia de señoras, me decia: «mas bonita es Elia que todas estas.»

— Esto es demasiada galantería para gastarla con una monjita, opinó la Condesa. Aguarda siquiera para ensartar tus piropos, á que la vista razonablemente, y á que cuelgue los hábitos. Tia, añadió dirigiéndose á la Asistenta, me la llevo; y á la hora de la tertulia la volveré á traer vestida como se debe; pues así, hecha una caricatura como está, no se puede presentar delante de nadie.

— Clara, hija mia, mañana cuidaremos de eso, contestó la Asistenta.

— ¡Nada, nada, hoy mismo! repuso Clara: está *impresentable;* está hecha una ridiculez! ¡Consienta Vd., tia! no me quite esta diversion: harto pocas hay en nuestra antediluviana Sevilla.

— Dejadme hoy con mi madre, dijo Elia, ¡tengo tanto que decirla! y tantos recados de las monjas que darle . . . y que entregarla todos estos regalos que la envían. Diciendo esto sacó de un canastillo una porcion de regalitos primorosamente trabajados.

Al verlos prorumpió el señor Delgado en una risita sardónica, que acompañó con el archivulgar y malévolo refran de: bizcochito de monja, costal de trigo.

— Así dicen, repuso la Asistenta, las *almas piadosas* que se lleva Barrabas, al ver á los ricos dar á las pobres monjas.

— ¿Pobres monjas? . . . exclamó el señor Delgado, entes egoistas, cuando no son débiles víctimas, que por capricho, despecho ó pereza se separan de la sociedad, figurándose entre sus cuatro paredes, elevadas sobre el género humano; envidiosas, maliciosas, murmuradoras, muy anchas por llevar á Dios un corazon que nadie ha querido.

Elia, asombrada al oir aquellas palabras, huyó instintivamente de aquel hombre acerbo, y se arrimó á su madre.

— Señor, señor, exclamó esta, ¿dónde va Vd. á parar con su ensarte de vejámenes? Habla Vd. de los conventos, como el ciego de los colores. ¿Sabe usted lo que en ellos he visto yo, que tanto los he frecuentado? Matronas de ochenta años con almas de niñas; la dignidad de la ancianidad apareada á la inocencia de la infancia: he visto serafines de veinte años, sin saber que eran jóvenes y bonitas, ignorando el precio que á esto se pone en el mundo. He visto una serenidad de alma desconocida en el siglo, y que no se altera ni aun á los piés del confesor; he visto esas existencias pasar en este mundo, suaves, puras y en silencio, como los hilos de María que vagan entre el cielo y la tierra. He visto á esas monjas, que Vd. se atreve á calumniar; las he visto llevar la vida

como una pluma, sin contar los años; y aguardar la muerte, como un tránsito.

— Tia mia, — dijo Clara para borrar la incomodidad que habian causado á la señora las palabras del protegido filósofo, — déjeme Vd. llevarme á Elia. Tenemos la misma estatura; mi doncella le arreglará uno de mis trajes, y la peinará; y esta noche cuando vea Vd. la metamórfosis que se opera, me dará Vd. las gracias.

Diciendo esto cogió la mano de Elia, se echó á correr arrastrándola tras sí, y á poco se oyó alejarse rápidamente su carruaje.

— No hay modo de rehusar nada á esa picarilla zalamera de Clara, dijo la Asistenta: no extraño que Juan María hubiese olvidado el *no*, como de ello se jacta esa voluntariosilla.

Prendados habian quedado todos de Elia: Cárlos al volver á su casa, no habló de otra cosa; Fernando calló, por no aumentar con sus elogios la repulsa que habia notado tenia su madre á la salida de Elia del convento.

A la noche se reunió la tertulia. Jugaban la Marquesa y la Asistenta. Al rededor del gran brasero de plata estaban sentadas algunas señoras.

— Con que . . . dijo la Baronesa de San Bruno, dicen que está ahí la niña Elia. — ¿Qué idea se habrá llevado la Calatrava en sacar á esa expósita del convento?

— Está claro, contestó Doña Marianita, que era una solterona de edad, parienta pobre de los Orreas, excelente criatura, sin pretensiones, sin acritud, y agradecida á la familia que la mantenia. — Claro es; tenerla á su lado, y dejarla plena libertad para que elija estado. En esto, como en todo, se ha portado como madre.

— ¿Con que es portarse como madre, repuso la Baronesa, criar á una expósita como á una señorita, sacarla de su esfera, darla tales humos, distraerla de la vida monástica, para luego casarla con un lacayo . . . como es de presumir?

— Yo no creo que se haya de casar con un lacayo, dijo Doña Marianita; es buena, linda, bien criada, rica, porque Isabel la dotará . . .

— ¿Y cree Vd., dijo la Baronesa, que porque tenga dinero,

se ha de querer casar con ella, no digo yo un caballero, pero ni aun una persona decente?

— ¿Quién sabe, opinó la generala Rios, si sus padres son ilustres?... ¿No ha podido Vd. nunca averiguar nada sobre esto, Marianita?

— Ni una palabra, contestó la interrogada, todos han guardado sobre esto un silencio inviolable. — Cuando la epidemia grande, se fué Isabel al campo, y á su vuelta la trajo consigo: no sé mas. María que crió á la niña y la adora, es una arca cerrada; Pedro el mayordomo, un candado; Juan el cochero, un pez; D. Benigno, por supuesto, mudo; é Isabel, que es boquifresca, me dijo un dia que le preguntaba, que la niña era hija del gran Turco; y al ver mi asombro añadió: — Marianita, al que quiere saber, mentiras en él.

— Por cierto, añadió la Baronesa, que la Calatrava, que se vacía como un canasto, no ha callado sino una cosa en su vida; pero esa la ha callado bien.

— Puede, dijo la Generala, que coincidiendo su nacimiento con esa desastrosa epidemia, faltasen los padres de esa niña á un tiempo, y se la encargasen á la Calatrava.

— Bien puede ser, contestó Doña Marianita, porque á la niña le ha dicho que es hija de una amiga suya, que murió cuando ella nació.

— Pues entónces, ¿á qué ese misterio? dijo agriamente la Baronesa.

— Ahí está lo incomprensible, respondió Doña Marianita: pero sus motivos tendrá Isabel, y serán buenos.

— Desengáñese Vd., repuso la Baronesa, nada bueno se calla con tanto empeño.

Entró en este instante la Condesa, trayendo á Elia de la mano. Venia esta vestida con un traje de crespon blanco con moños rosa, y una guirnalda de rosas en la cabeza. Era imposible figurarse una aparicion mas idealmente linda. Sin reparar en nadie corrió hácia la Asistenta, y con una sonrisa radiante de infantil alegría la dijo:

— ¡Mire Vd., madre, qué bonita estoy!

— Como un ángel del cielo, contestó la Asistenta mirándola con satisfaccion.

Todos concurrieron á celebrárla.

— Se ha coronado de rosas, dijo D. Narciso Delgado, para celebrar su salida y emancipacion del convento. Eso está en el órden.

Elia se quedó sorprendida y suspensa un momento, y luego asió la guirnalda, que tanto placer la habia causado, y arrancándosela de la cabeza: — Si hay quien pueda pensar eso... dijo, — no quiero llevarla!

CAPITULO VI.

Cuando la Condesa de Palma hubo acabado de arreglar su casa, y transformarla al gusto moderno, ayudada en esta ocasion por los entendidos consejos del elegante D. Narciso, dispuso dar una comida, tanto para sorprender á su familia y amigos, como para obsequiar á unos extranjeros que le habian sido recomendados por su marido.

La Marquesa no pudo asistir por hallarse indispuesta, y Elia, á quien intimidaba un convite, pudo lograr el pasar ese dia en el convento.

A las diez de la noche del mencionado dia estaban sentados á un magnífico brasero de caoba y azófar la Marquesa y su hija Esperanza, cuando oyeron un coche que llegaba aceleradamente, y se paró á la puerta.

— ¿Quién podrá ser á estas horas? dijo Esperanza sorprendida.

— ¿Si será tu tia? repuso su madre.

— ¿Cuándo han andado tanto sus viejas mulas? repuso sonriéndose Esperanza.

Abrióse entónces con estrépito la puerta del gabinete, y entró la Asistenta de prisa, seguida de su sombra D. Benigno, tan descolorido y sombrío que parecia la de Nino.

— ¡Hermana! — ¡Tia! exclamaron al verla la Marquesa y su hija.

Pero la Asistenta sin atenderlas, se tiró en el canapé, se echó atras la mantilla, y se puso á abanicar con tal violencia

que rompió su abanico. No se la oian sino su respiracion agitada y exclamaciones sueltas, tales como ¡Jesus María! ¡Tales cosas!... ¡el demonio no intenta otra!... ¡podrá darse!

— Qué sofocada estás, Isabel, dijo la Marquesa, ¿qué tienes? ¿qué te ha sucedido?

— Antes de todo, Inés, contestó la Asistenta, que me hagan chocolate. — Vengo mareada y con el estómago perdido. — ¡Semejante comida! — Y yo, con cerca de ochenta años á cuestas ¡que me conforme á estos usos, porque son los de Lóndres y de Paris!... ¡Vaya, vaya, eso faltaba! Esperanza, le dijo á esta, que salia á disponer que trajesen el chocolate, — no olvides que D. Benigno toma onza y media.

Cuando los criados se hubieron vuelto á llevar las salvillas del chocolate y los azafates de dulces y bizcochos, la Asistenta reconfortada ya, hizo la siguiente relacion á su cuñada:

— No hubiese podido dormir, hermana, si ántes no hubiese venido á desahogarme contigo, contándote el zafarrancho que mi dichosa sobrina ha hecho en su casa. ¡Hija, es solo para visto! ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué espíritu de destruccion y de trastorno! No parece sino que el mundo tiene una calentura cerebral con delirio... ¡innovar! ¡innovar! ¡este es el asunto! ¡Ay! cómo aborrezco á todos los innovadores, empezando por esos señores de las cortes, y acabando por ese estafermo ridículo de D. Narciso, que en todo ha de meter sus puntiagudas narices. En fin, vengamos al caso.

Fuí en casa de Clara á las dos. ¡Figúrate mi asombro cuando al entrar en el patio, veo que han quitado la fuente con su gran mar, llena de peces colorados, y la hermosa estatua del caballero armado, las magníficas macetas de boj, que eran la admiracion de Sevilla; arrancado los ladrillos y azulejos que formaban en graciosas labores el pavimento del patio!... Lo han dejado terrizo y plantado en él sauces llorones!...

— ¿Qué tal? me dijo Clara muy ancha.

— Al primer tapon, zurrapa, respondí: ¿cómo has tenido valor, Clara, para tocar á esta antigua estatua, que parecia formar parte integrante de la casa?

— Querida tia, me contestó, las gentes de gusto la ha-

llaban mal esculpida y desproporcionadamente grande: solo podria colocarse al final de una calle de árboles, para formar perspectiva. ¿No es mucho mas agradable ver y oir caer el agua en estas varias tacitas de alabastro?

— Pero ... ¿y los bojes? dije, ¿qué tenias contra ellos? ¿eran acaso tambien desproporcionadamente grandes? los bojes, que son el tipo de la nobleza entre las plantas; que ni se hallan silvestres en el campo, ni en ninguna casa ordinaria! ... ¡los bojes, cuyo perfume es tan distinguido! que nunca mancillan el suelo con hojas secas, puesto que las estaciones los hallan inamovibles como si no hubiese tiempo para ellos! graves plantas que no forman sus enormes bolas sino despues de haber vivido siglos en las familias, que las veneran, y al contemplarlas sienten impulsos de preguntarles por sus abuelos y de encargarles cariños para los biznietos! ...

— Tia, respondió Clara, si están en unos jarrones de loza de Triana azules y blancos, de lo mas antiguo, chavacano y de mal gusto! ... Ademas, no me gustan las plantas oprimidas y forzadas en su desarollo; esto les quita la gracia.

— ¿Qué querias, Inés, que le contestase á semejantes *sinfundos?* Subímos. ¡Querrás creer que la antesala está despojada de la magnífica coleccion de retratos de familia, que con la de los Marqueses de Moscoso, tenia fama en Andalucía! Díjome Clara que los habia trasladado por un sin fin de razones sin pié ni cabeza, á la galería de los cuartos de su marido.

Ha pintado las paredes de verde mar, y ha colgado en ellas una porcion de retratos de hombres ilustres, segun me dijo, en marcos de caoba. Fuílos mirando con cuidado; ¡Inés: no habia ni uno español! En el testero, en lugar del cardenal, tio de su bisabuelo, hay un viejo muy feo con una cara de zorra hambrienta. Al vérmelo mirar con sorpresa, me dijo ese D. Narciso de mis pecados: Este excelente buril es el retrato del incomparable Voltaire. — *¡Voltaire!* exclamé, ¿ese hombre inicuo cuyas obras están prohibidas, y cuyas máximas se condenan en el púlpito? Pues señor, ¡así como la cara son los hechos! — ¡Sobrina, buen trueque has hecho!

Entré en el estrado: no está ménos trastornado. El da-

masco voló; la sillería se ha desterrado; y en su lugar se han puesto sencillos taburetes de caoba sin brazos. — Los cuadros vinculados se han trasladado á la librería; en su lugar se han puesto unas láminas, Inés, que da vergüenza el mirarlas! Hay una *Diosa*, segun dicen ellos, abrazada con un pastor, que da bochorno. — ¿Es posible, Clara, le dije, que puedas poner á la vista cosas tan indecentes... ¡una mujer casi desnuda!

— La belleza ideal se eleva sobre los sentidos físicos, saltó diciendo sentenciosamente D. Narciso.

— Señor, le dije, póngale Vd. debajo á esta que es una belleza ideal, porque no se le conoce. Por acá entendemos que el pan es pan, y el vino es vino; y que una mujer desnuda es indecente. — ¡Clara, Clara! Si existiese la inquisicion te habian de hacer quemar esas láminas.

— ¡Inquisicion! exclamó D. Narciso dando un salto atras y tapándose la cara con ambas manos; señora, esa palabra quema la boca del que la pronuncia, y los oidos que la oyen!

— ¡Ah señor Delgado! le dije, si tuviera Vd. la conciencia tan limpia como la mia ... ni la palabra ni la cosa le habian de asustar!

Ofrecióse Clara á llevarme al jardin, con la esperanza de que me agradarian mas las mejoras que en él habia hecho.

Me propuse aplaudirlas, porque conocí lo mortificada que estaba al ver que nada me agradaba. — ¡Pero fué imposible, hermana! Ha echado abajo el risco de la fuente; el negro montado sobre un caiman con el plato de piñas en la mano, creo que ha ido á parar á Guinea con sus semejantes; las tortugas, las culebrillas, los lagartos entrepuestos con tanto arte entre las conchitas, han desaparecido, y no se solazan ya al sol; los bojes que estaban á la entrada, criados y cortados de modo que dibujaban las armas de la casa en el suelo, ese primoroso trabajo de tantos años... esos bojes que parecian haber crecido en honor de la familia... sin respeto ni misericordia han sido arrancados! — No hay ya flores finas ni de olor: en su lugar ha plantado árboles y arbustos de los mas comunes; los caminos los ha desenladrillado y trazado veredas torcidas y caprichosas, como niños mal criados; el dia que haya llovido será preciso poner en el jardin un coche,

ó mandarse hacer zapatos de piel como los hombres. — ¡Qué devastacion, Inés! — parte el corazon, é indigna! ¿no es verdad, D. Benigno?

D. Benigno no respondió.

— ¡Cáspita! exclamó impaciente la Asistenta; ni un cañon de á veinte y cuatro saca á este santo varon de su *friata!*

— Señora, contestó D. Benigno, no me compete á mí censurar lo que haga la sobrina de V. E.

— Dice bien como siempre D. Benigno, opinó la Marquesa.

— No dice bien, repuso con viveza la Asistenta. Cada uno tiene su boca para censurar lo que lo merezca; y ser de mi familia, no es para él ni para nadie un sagrado. — Mas prosigamos mi curiosa relacion. — Eran á esto cerca de las tres. — ¿Pero cuándo comemos, Clara? pregunté. — A las cinco, me contestó. — ¡San Antonio! exclamé, ¡á las cinco! . . . ¿y mi estómago, que está desfallecido? ¿y mi siesta?

Clara mandó que me trajesen una taza de caldo, y se fué á vestir. — Hija, el tal caldo de cocinero frances, es primo hermano de su caldo de pollo; yo me eché, por ver si hacia al ménos una *canóniga* 1).

A las cinco vino Clara á buscarme, y fuimos á la mesa. Entre los extranjeros habia uno vestido de negro, que era frances, con el que se deshacia en obsequios el Narciso. — ¡Pongo diez contra uno que están murmurando de España! dije á Clara. — Tia mia, dijo esta, las opiniones son libres; es una intolerancia absurda pretender que todo aquí sea lo mejor, y no poder sufrir en este punto la mas mínima observacion en otro sentido.

El Capitan General que en este instante me ofreció la mano para pasar al comedor, me impidió contestar á Clara; pero á este le dije: — Como dé Vd. un pasaporte para el extranjero, perdemos las amistades, General: tiempo será de darlos, cuando los extranjeros nos aprecien, y hagan justicia á España: cuando los miremos como buenos amigos, y no como obligados modelos; y ese dia llegará (aunque yo no lo vea mas pronto de lo que se piensa; porque todo vértigo dura

1) Llámase así la siesta que se *echa* ántes de comer. (*N. del E.*)

poco. — Pero dígame Vd., ¿quién es ese D. Narciso frances con quien el Narciso español está á partir un piñon? Díjome que era un famoso violinista que debia dar un concierto en el teatro. ¡Andar! dije yo. ¡Andar! ¡De aquí á las tablas!... ¡Andar! No iré yo á oirle, porque imposible que no toque la Marsellesa ó cosa que lo valga. — Pero vamos á la comida, hermana. ¡No habia olla! — Clara, le dije á la Condesa que estaba cerca de mí, ¿se le ha olvidado á tu cocinero el cocido?

— No, tia, respondió Clara riéndose: sino que yo no lo como nunca.

Vi entónces al Narciso, que se volvió al del violin, y le dijo: «¡País de rutina, *mon cher*, país de rutina! Desde que el primer español puso la olla, ninguno ha sabido comer otra cosa.»

Hice como que no lo oia; pero me estaban dando ganas de decirle el refran del pájaro. Inés, muchos platos habia, pero todos guisados con manteca de Flándes, que me hace daño por lo flatulenta que es. — Aguardé, pues, al segundo servicio; pero figúrate que en lugar de pavo y jamon veo que ponen... ¿qué pensarás?... ¡Una pierna de venado! Clara, la dije, ¡venado...! ¡cosa que no comen aquí sino los pobres! — Señora, me respondió, toda clase de cacería, pero en particular el venado, es en Lóndres y Paris el asado preferido.

— Eso será, respondí yo, por la sencilla razon de que allá será esa carne mejor que aquí, que tiene husmo y es correosa. — Las gallinetas daban en la nariz; pero D. Narciso metió las suyas para imponerme en que en eso consistia su mérito principal. Hazme el favor, Inés, de hacerte cargo que está la perfeccion de la cacería en estar pasada! — ¿Pero cuándo traen el pavo, Clara? la pregunté. — Tia, me contestó, ese es un asado poco delicado, es una gansería.

— ¡Una gansería el pavo! Nada me queda que oir, ni que contarte, hermana. Cuando así se tergiversan las ideas y los paladares, se debe, para no chocar, callar; y para no dejar las gentes sin comer, no convidarlas. Un pastel habia; ¿de dónde le habian traido, D. Benigno?

— De Strasburgo, respondió este; mucho mas allá de Paris, señora.

— ¡Valia la pena! prosiguió esta. ¡Qué grasiento! ¡Qué soso! qué empalagoso! Los postres fueron de los mas deslucidos; nada de nuestras ricas tortas y dulces; algo de repostería, frutas... y santas Pascuas. — ¿Y las tortas, Clara? la dije, ¿y los dulces? — Tia, me respondió, no me gustan los dulces españoles. — ¿Y porqué? pregunté. — No saben á las frutas, dije en tono de sentencia el Narciso; tienen demasiado azúcar. — ¡Pues qué! le contesté ¿queria Vd. que tuviesen sal? En fin, para no cansarte mas, Inés, cuando á la noche trajeron los criados bandejas con tazas, y pensé refrigerarme el estómago con chocolate, me hallé que eran tazas de té. — ¡Muchas gracias! dije á Clara que me lo ofrecia: no tomo ese cocimiento sino cuando estoy indispuesta. — Me levanté y me vine; y á Dios, que es tarde, y Juan tendrá frio en el pescante, y me voy á tomar ojos de cangrejos, que me ha sentado á perros la comida. Quedas, pues, enterada en las nuevas disposiciones de nuestros regeneradores. — Para tener una mesa de buen tono, debe la cacería oler mal, los dulces hacerse sin azúcar, ostentar en ella una pierna de venado en el lugar preferente, y desterrar al pavo, que es una *gansería*... ¡Vea usted, el pavon una gansería! repetia la Asistenta bajando las escaleras.

CAPITULO VII.

— Estás produciendo mas flores que la primavera, dijo un dia María al entrar en el cuarto de Elia, hallándola sentada delante de una mesa cubierta de flores de mano.

— No solo estoy haciendo flores, contestó Elia, sino que tambien estoy haciendo versos.

— ¡Versos! exclamó María asombrada, ¿quién te ha enseñado á hacer versos?

— Nadie, respondió Elia; los he hecho por los del Trisagio: conté los renglones, imité las rimas, y me han salido muy bien. ¡Tenia tantos deseos de hacerlos!

— ¿Y esos versos, son?... dijo María.

— Para el dia festivo de mi madre, el dia de mañana. Le he hecho este canastito, prosiguió enseñándole una cestita de hililllo de plata, que llenaré con estas flores, y le ofreceré con mis versos.

— ¡Bien, bien, niña mia! dijo María dando palmadas, ¡bien! eso me gusta. Me voy, pues, para no entretenerte; que yo tambien tengo mucho que hacer. — Pero ántes de irse, volvió á mirar una por una las flores con la mayor complacencia; — en verdad, Elia, dijo, que el jardin te las envidiará; no las produce el sol mas bellas; ¡qué chasco podrán dar á las abejas!

Al dia siguiente todos los felices moradores de la casa se levantaron con semblantes alegres; todos los corazones volaron al encuentro de su señora. . . D. Benigno, el primero, la presentó una torta, tamaña como una plazuela, adornada de flores, en proporcion de su tamaño; entre estas, una sofocada rosa, que llevaba como trofeo de sus hechizos una mariposa de papel con ojos de mostacilla, pegada con goma en su robusto seno. — Mas que la pomposa torta valieron sus sencillas, pero tiernamente sinceras felicitaciones. Todos los criados de las haciendas, habian acudido trayendo sus regalos, que consistian en pollos, conejos, frutas, tortas de aceite y masa frita. Todo lo admitió la señora con suma complacencia. Era demasiada la delicadeza de su corazon, para sentir, ni ménos demostrar disgusto, como lo suelen hacer los ricos, ya por orgullo, ya por lo que les cuesta el haber de retribuir, al ver á los pobres meterse en gastos y hacer sacrificios para obsequiarlos con cosas superfluas para ellos. El fin y anhelo de esas buenas gentes era agradarla, complacerla; y lo lograban por completo.

Temprano llegaron sus parientes, que la traian ricos regalos de plata y oro, escribanía, rosario, cajeta; la Condesa un lindo almuerzo de china. Esta suplicó en seguida á D. Narciso leyese él mismo la oda que habia compuesto para aquella ocasion.

Empezó, pues, este señor la lectura larga y monótona de una oda, que oyó la Asistenta visiblemente aburrida, Cárlos bostezando, y la Condesa con repetidas señales de admiracion.

— Acabó al fin, puesto que todo acaba en este mundo; que esta es la verdadera é infalible ley de las compensaciones.

— ¿Pero dónde está Elia? preguntó Cárlos, que no se hallaba sin verla.

— No sé, respondió la Asistenta, ya la he echado de ménos; dí que la llamen, Cárlos.

Pero en este momento se abrió la puerta, y Elia, radiante como el sol, el corazon en la sonrisa, el alma en los ojos, entró precipitadamente con la canastilla de plata llena de flores en las manos. — Seguíala María mas ancha que larga. Pero á la vista de tantas personas, y de los hermosos regalos expuestos sobre la mesa, se quedó Elia repentinamente parada.

— Niña mia ¿porqué no te acercas? dijo la Asistenta: ¿es acaso este regalo para mí?

Elia continuaba inmóvil.

— Vaya . . . le dijo María, ¿porqué no presentas tu regalo? ¿es porque has visto aquellos tan ricos? Amigo, cada uno hace lo que puede; y tu trabajo y tus noches pasadas en vela bien valen lo que esos otros regalos han costado.

— Dice bien María, añadió la Asistenta; y lo que yo aprecio en el tuyo, como en todas, es la voluntad, el deseo que mostrais de obsequiarme y complacerme.

— Anda, dijo María, dando, sin que los demas lo notasen con el codo á Elia, ya ves que la señora da á tu regalo el precio que pudiera faltarle.

Elia se acercó á la Asistenta, y la presentó cortada y en silencio su canastillo.

— De ese modo no, dijo María; dálo como lo tenias pensado, diciendo tus versos; precisamente han de ser muy bonitos, pues los has compuesto por unos del Trisagio.

— ¡Versos! exclamaron todos: la Condesa soltó una alegre carcajada, y D. Narciso estiró sus delgados labios en una sonrisa heróica.

— María, dijo Elia á su ama en tono de reconvencion, esto era para entre nosotras solamente. Mira cómo me has puesto, y con razon, en ridículo.

— Bien dice el refran, dijo con un poquito de calor D. Benigno al paño á María, que vale mas un enemigo discreto

que un amigo necio: ¡qué ganas de sacar á luz las gracias de la pobre niña, para que se rian de ella!

— En ridículo!... decia entretanto la Asistenta contestando á Elia, de ninguna manera, hija mia: lo que nace de cariño nunca puede serlo.

— ¿Le ve Vd., *D. Enmienda-planas?* dijo á su vez al paño María á D. Benigno.

— ¡Vamos, niña, díme tus versos! prosiguió la Asistenta. A bien que no se van á imprimir ni á echar á volar por ahí, y que no tienen mas camino que andar que de tu corazon al mio, que está bien cerca. Apuesto, añadió, viendo que Elia aun vacilaba, apuesto á que me van á causar un gran placer.

— ¿Qué mas quieres, premiosa? dijo María al oido de Elia.

Elia se acercó á la Asistenta y dijo con voz trémula y bajando sus ojos llenos de lágrimas:

Niña mi padre perdí,
Y al separarnos la losa,
Quiso mi suerte piadosa
Otra madre darme en tí.
Por premio de tus favores
Si oye Dios mis oraciones,
Derramará bendiciones
Sobre tí... como yo flores!

Al decir esto vació el canastillo en las faldas de la Asistenta. Esta la estrechó sobre su corazon, y cubriendo su frente de besos, le dijo con los ojos arrasados en lágrimas:

— Son tan sencillos, tan ingenuos y tan dulces como tú: ¡bien sabia yo que así seria!

— Y ahora... exclamó triunfante María dirigiéndose á D. Benigno, ¿qué dice Vd. del amigo necio? Y dirigiéndose á D. Narciso, añadió: — Ahora, señor mio, ¿negará Vd. que se pueden hacer buenos versos sobre los del Trisagio?

— ¡Oh! sí, contestó D. Narciso, ¡lástima es que Boileau haya olvidado este nuevo método en su arte poética!

— ¿Y no se pueden hacer versos, sino á guisa del señor Bolo? repuso María.

— Hable Vd. de tortas y de enjabonados, replicó con altivez el señor Delgado, y no desatine sobre poesía...

— ¡Habráse visto! . . . murmuró María, ¡cigarron más envalentonado!

Las impresiones que causó esta escena, fueron diversas. La Marquesa ocultó en silencio la desaprobacion que le merecian las celebraciones exageradas, á su entender, los cariños excesivos, las infinitas lisonjas que se prodigaban, como otras tantas malas simientes, á una niña modesta y sencilla, que con estas cualidades estaba expuesta á perder el reposo y felicidad de toda su vida.

Fernando, sin dejar de simpatizar con su tia, empezó á vislumbrar con séria inquietud la viva impresion que aquella niña encantadora iba haciendo en el apasionado carácter de su hermano.

La Condesa, por su parte, se entusiasmó tanto con los versos de Elia, que dijo le parecian un ramito de florecitas del campo, — y suplicó á D. Narciso los corrigiese y se los escriebiese en su álbum. Pero el señor Delgado se negó á ello, pretextando se ajarian las *florecitas* al pasar por su tintero.

— ¡Y no dice mal! murmuró Cárlos al oido de Elia; porque mas valen tus versos, á pesar de que no son una gran cosa, que su oda, cuyos alejandrinos parecen fabricados tomando por modelo, si no las estrofas del Trisagio, la larga, seca y tiesa estructura del autor.

Pero quien estaba como quien ve visiones, y agachando humildemente su cabeza ante la triunfante María, era D. Benigno . . . ¡Hacer versos! esto era para sus justos, pero cortos alcances, cosa equivalente casi á la hazaña de Colon! Sobre ascuas habia estado al ver que su querida y sencilla niña, ciertamente instigada por María, que era caridelantera, se habia metido en ese berengenal. Pero apénas vió la aprobacion que le merecieron á la Asistenta, cuya opinion era para aquel ente consagrado, identificado á su señora, el todo, cuando la alegría y la admiracion no le cabian en el pecho. Y como su moderacion y respeto no le permitian jamas mediar en la conversacion general, se prometió desahogarse á la mañana siguiente, yendo al convento, para participar lo ocurrido, á la abadesa y á toda la comunidad.

Por lo que toca á María, poco la cogió de nuevo que agradasen y fuesen excelentes unos versos hechos por los del Trisagio.

— A todo esto, Elia, dijo la Asistenta, tú no has almorzado; anda, hija mia, vé á desayunarte, y toma algo de las muchas tortas y dulces que hay en el comedor: anda, que es tarde, y ayer ayunaste.

— ¿Ayer ayunó Vd..? dijo con su risita satírica y acibarada el señor Delgado; pues no creo fuese dia de ayuno, ni que Vd. tenga la edad.

— Verdad es, respondió Elia; pero lo hice por devocion y por gusto.

— ¿Y halla Vd. gusto, señorita, dijo el Narciso, en sentir desfallecimiento, y cree Vd. es una devocion el tener el estómago vacío?

— Sí señor, respondió Elia. . .

— ¿Y cuál es, señorita? . . . ¿me lo querrá Vd. explicar? preguntó el filósofo con ironía.

— El que se halla, respondió Elia, en hacer un sacrificio.

— Cuando trae alguna ventaja al objeto á quien se lo hacemos, se puede comprender. Pero, señorita, ¿qué ventaja resulta á Dios de que su estómago de Vd. esté vacío?

— Ninguna; como de nada que podamos hacer en su obsequio, respondió Elia. Por eso su Divina Majestad admite las intenciones y recibe los corazones, pues al fin es lo único bueno que tenemos.

— ¡Digo! ¿y es poco, exclamó María, poner con el ayuno freno á los apetitos, oponer la templanza á la gula? ¿imitar á los grandes modelos de los justos y santos de todo tiempo?

Pero el señor Delgado, sin dignarse atender á María, dijo á Elia:

— Créame Vd., señorita; para ser buenos, no es necesario privarse de los bienes que el *Ser Supremo* nos ha dispensado para disfrutarlos. Seamos morales, virtuosos, tendamos una mano á la humanidad doliente, doblemos una rodilla ante el *Divino Hacedor* . . .

— ¿Y porqué no las dos? exclamó con viveza la Asistenta. — Elia, prosiguió, se te olvidó decir al señor, que ha apren-

dido en Inglaterra á definir el ayuno, que el ayuno es un *precepto*, y que por lo tanto consiste su principal mérito en la *sumision* que obedece, en la *humildad* que no examina, en la *deferencia* que respeta, en la *abnegacion* que cumple lo mandado, y en el público testimonio de fe en la infalibilidad de la Santa Madre Iglesia, que tan sábiamente y con tan santos fines lo ordena todo. Señor Delgado, añadió, estais en un país católico, en una casa católica, ante una señora (á Dios gracias), católica, y ya que no conoceis que son vuestras palabras anti-católicas, que chocais en el país y en la casa, y que me ofendeis á mí, preciso es que yo os lo advierto.

CAPITULO VIII.

Solo aguardaba la Asistenta á que pasase su dia para trasladarse á una de sus haciendas; porque le agradaba y le sentaba bien. La Condesa, á la que el aire del campo habia de ser provechoso, y á quien gustaba variar de objetos, consintió gustosa en acompañar á su tia.

Tambien Fernando y Cárlos accedieron complacidos á la invitacion.

Elia estaba loca de contenta de ir al campo, que llamaba un gran jardin, así como á su convento llamaba una pequeña ciudad.

Salieron, pues, en uno de esos hermosos dias, que crea allí el invierno para avergonzar al verano, con direccion á un pueblecillo cercano, en cuyo término tenia la Asistenta haciendas y cortijos.

Iba esta señora en un vetusto coche de camino, tirado por cuatro vigorosas mulas. A las matusalenas, como las nombraba Cárlos, no se las daba tales malos ratos, y quedaron en vacaciones.

Montaban á un lado del coche Pedro, y al otro el capataz, armados con sus escopetas.

Precedíale la Condesa en su lijera carretela, tirada por

dos caballos normandos rabones, que habia traido del extranjero.

Fernando y Cárlos montaban dos soberbios potros que les habia regalado su tia, y eran los mejores de sus yeguadas; ambos vestian el lindo traje de campesino andaluz.

Fueron recibidos en la casa-hacienda que tenia la señora en el lugar, por el Cura y muchos criados de campo.

Era la casa grande, destartalada, mal pergeñada, escasa de muebles, y estos, el desecho de la de Sevilla. Hacia con su espacioso ámbito, su erguida fachada de piedra y hierro, y su gran pórtico coronado con las armas de sus dueños, el mas perfecto contraste con esas casitas de campo sin cimientos, de yeso y celosías, que se pueden colocar sobre una batea, como primoroso juguete, que los ingleses y sus imitadores llaman *cottage*, y que duran ménos que las vidas de sus poseedores. La Condesa hubiese dado media docena de haciendas como la de su tia por un *cottage*. La Asistenta se hubiese ahogado en este, que no hubiera dejado de llamar una jaula.

Agolpáronse al rededor de los carruajes una porcion de chiquillos de todos tamaños, que estáticos y con la boca abierta, miraban la comitiva, pero en particular el coche de la Condesa. De allí á poco saltó una voz que dijo primero quedo, pero que se fué levantando por grados, uniéndosele otras muchas, hasta formar una especie de asonada, repitiendo en un *crescendo* estrepitoso:

— ¡Caballos sin cola! ¡Caballos sin cola!

Al oir esta explosion de sorpresa y de asombro, la Condesa y Cárlos se echaron á reir á carcajadas. No así el señor Delgado, que alzó el palo lleno de ira, y amenazando con él aquel hormiguero ruidoso:

— ¿Quereis, exclamó, jarapastrosos, callar y respetar los caballos de los señores?

Los chiquillos echaron á correr y se dispersaron como una bandada de gorriones; pero con la temeridad de tales, volvieron al punto, y animados por las risas de la Condesa y de Cárlos, se pusieron á gritarle al Narciso, que acertaba á llevar una gorrita de castor gris:

4*

— ¡Miren el tio de la monteruca de papel de estraza! ¡Monteruca! ¡monteruca!

El señor Narciso, que vió el pleito mal parado, se alejó furioso, y se salió por una puerta falsa al campo, murmurando entre dientes: — ¡Beduinos legítimos! ¡Hotentotes! ¡Bárbaros! ¡esto está por conquistar!

Pero el mal nombre le quedó en el pueblo; en el que solo fué conocido el elegante y distinguido huésped de los salones de Lóndres y Paris, por *monteruca.* — ¡Bien dice el refran que nadie es profeta en su tierra!

Los dias se fueron pasando alegres y uniformes, haciendo romerías ya en coches, ya en burros, á las haciendas de los alrededores. Las noches eran las que se les hacian algo largas. En una de estas, en la que el viento mugia amenazando con temporal, se habian reunido temprano. Clara, recostada sobre un sofá de pino pintado, que estaba modestamente cubierto de una manta de coco blanco, apoyaba su linda cabeza sobre uno de los cojines.

— El tiempo en que uno se aburre, no deberia contarse en la existencia, le dijo á Fernando que estaba sentado á la otra parte del sofá, leyendo á la luz de una bujía colocada sobre un alto velador, cartas que habia recibido de Sevilla; porque mira, Fernando, que aburrirse y envejecer á la par, es ciertamente miel sobre hojuelas!

— ¿Y porqué te aburres, Clara? dijo su primo.

— ¡Vive Dios! respondió Clara, ¡vive Dios! — como se dice en esas disparatadas piezas antiguas de nuestro lucido repertorio, — que tal pregunta no se haria en la montaña. ¿Con que tú, el *beau*, la *fleur des pois* de los salones de la corte, me preguntas con la gravedad de un turco, porqué me aburro aquí, en la soñolienta Sevilla, que se recrea en su inmovilidad como un Brahma Indio, y en su oscuridad como una lechuza?

— A riesgo de parecerte un sevillano oscuro é inamovible, te diré, Clara, que á veces me aburrí allí, y que jamas me aburro aquí.

— *¡Chacun à son goût!* dijo Clara:

En materia de gustos
Nadie dispute;
Que para ser de gusto . . .
Basta que guste.

— Penderá el no aburrirme en estar á tu lado, prima.

— Siento, Fernando, aunque te quiero de todo corazon, no poderte pagar el cumplido en la misma moneda.

— Cárlos, añadió dirigiéndose á este que atizaba la chimenea: ¡qué mal lo haces! ¡qué humo! nos vas á ahumar como chorizos estremeños! De las tres cualidades necesarias al que ha de sobresalir en dirigir una chimenea, poeta, enamorado ó loco, posees al ménos la última.

— Y quizas las otras dos *in petto,* respondió Carlos; pero no consiste en mí el que haga humo la chimenea; consiste en su pésima construccion.

María, á quien no faltaban pretextos para no dejar la ida por la venida, entró en este instante diciendo: — ¡Jesus, y qué mal huele el inglés!

Llamaba María así á un reverbero de pared que la Condesa habia traido de Lóndres, y regalado á su tia, el que colocado á un lado de la chimenea, alumbraba de lleno un papel público inglés, que D. Narciso leia vuelto de espalda á la chimenea. Empezaban entónces á introducirse estos alumbradores, para desesperacion de todos los Pedros y todas las Marías indígenas, que no atinaban á saber manejar su complicado mecanismo; y llevaba razon María, porque el mal cuidado reverbero daba en aquella noche de atmósfera húmeda y espesa, un tufo insoportable.

— ¡Oh Condesa! exclamó de repente D. Narciso con tal vehemencia, que hizo pegar su exclamacion un sobresalto á la Asistenta que estaba sentada al otro lado de la chimenea en una butaca, y un respingo á Elia, que sentada al lado de la señora en un banquito ó alzapié, hacia unas primorosas medias caladas con hilo de pelo.

— ¿Qué ha sucedido? preguntó la Asistenta.

— Se ha hecho, contestó D. Narciso, el mas asombroso descubrimiento en esa isla, no de cisnes, como dice la poesía, sino de titanes, como muestra la verdad positiva. Se ha apli-

cado la fuerza motriz del vapor á las fábricas con maravilloso éxito!

— ¡Qué hombres! ¡qué genios! dijo distraida y *banalmente* la Condesa á quien no interesaba lo mas mínimo el gran descubrimiento.

— Y ¿qué ventaja tiene eso que á Vd. le extasía de tal suerte? preguntó la Asistenta. Vamos á ver, ¿qué es ese gran descubrimiento?

— ¡Ojalá sea, dijo María al paño, un reverbero tan fácil de manejar como un velon!

— Señora, contestó á la Asistenta el entusiasmado filósofo, — pues, ahí es nada!... es la economía que proporciona en una fábrica la supresion de doscientos brazos. — El que concibió idea tan magna, el que la llevó á cabo, merece...

— Que le ahorquen, dijo la Asistenta interrumpiendo al extasiado anglomano.

Iba este á explayarse en un improvisado panegírico sobre toda clase de adelantos morales y materiales, cuando una nueva bocanada de aire impulsó una nube de humo dentro del cuarto. — Don Narciso que lo recibia de primera mano, cerró los ojos y con ellos la boca, estornudando estrepitosamente por repetidas veces.

— ¡Solo en España, dijo al fin, en que se vive á lo *lazzaroni,* se ven casas de campo tan detestablemente preparadas! Es la que aquí se nota una inercia fabulosa, un *sans souci,* que deja atras á los turcos y á los indios. — Esto no es solo un atraso; es una decadencia, es retrogradar! — Por cierto que deseo ver á Cádiz, á la cual llaman los andaluces con su acostumbrada jactancia y fachenda una taza de plata: siempre será una cazuela de barro de Medina!

— ¡Válgame Dios! dijo la Condesa, que esta vez se incomodó con su Hipócrates por su grosería; en todas partes he oido á Vd. quejarse! — En Lóndres estaba Vd. desesperado; en Paris rabiando; aquí lo está Vd., y lo estará en Cádiz.

— ¿No sabes tú ese cuento de aquel hombre que siempre se andaba mudando, porque tenia duende en su casa, dijo

Cárlos; y que en una ocasion en que llevaba un carro cargado con su ajuar para trasladarse á otra parte, volvió la cara, y vió encima de toda la carga formando pirámide, al duende?

— ¿De suerte, dijo la Condesa riéndose, que le llevaba siempre consigo?

— Diste en la tecla, prima.

— Deberia Vd. tener presente, para ser justa, Condesa, contestó D. Narciso, que me desesperé en Lóndres, porque aquel clima maldito exacerbaba mis dolores de reuma á punto de rabiar, y que lo que me chocaba en Paris, cuna y templo del liberalismo y de la filosofia (sagradas antorchas de la humanidad) era el ver la detestable hipocresía que habian puesto á la órden del dia los Borbones, colocándola como apagador sobre las luces del siglo.

— ¿Y en qué consistia? preguntó la Asistenta.

— ¡Señora, contestó D. Narciso, daba grima! causaba náuseas! Esas gentes mundanas, atolondradas, pecadoras, seguian las procesiones, iban á las iglesias! . . .

— Y hacian bien, dijo la Asistenta; que vengan todos, que todos entren en el templo de Dios.

— Señora, es que unos van por hipocresía.

— ¡Que entren! dijo la señora.

— Otros por divertirse.

— ¡Que entren! volvió á decir la Asistenta.

— Otros, porque el romanticismo aleman ha puesto de moda el misticismo con sus catedrales con vidrieras pintadas, sus opacas luces.

— ¡Que entren! repitió la Asistenta.

— Otros, señora, van por oir la música.

— ¡Que entren! D. Narciso.

— Otros, prosiguió este, por burlarse y criticar.

— ¿Como Vd. — Estos son los únicos que no deberian entrar, dijo la Asistenta.

— Y los otros sí?

— ¡Sí, sí y sí! pues mire Vd., D. Narciso, cada cual que entra en la iglesia, descubre su cabeza, y llega un momento solemne en que todos doblan la rodilla ante la Divina

Majestad, que ve entónces miles postrados á sus piés, y un acatamiento, aun dado caso que no fuese mas que exterior, tiene su mérito. ¿Y porqué no se mezclarian á los fieles, los que son tibios ó frios? Tanto mas, cuanto que si el vicio tiene su contagio, tiene tambien la virtud sus hálitos comunicativos. Y por consiguiente, ¿quién le dice á Vd. que no brota de esos corazones duros y frívolos, al doblar la rodilla, y bajo la solemne impresion del santo recogimiento general, un destello de adoracion divina? Puede, D. Narciso, que ciertos hombres acerbos, sean mas exigentes que el mismo Dios de las misericordias!

— Es Vd. Molinista exagerada, contestó D. Narciso con su amarga risita, á las dulces palabras que habia dictado su ferviente corazon á la Asistenta.

— ¿Qué quereis decir con eso? dijo con viveza esta señora: yo señor, no soy nada que no se pueda decir con voces claras.

— Quiero decir, señora, contestó D. Narciso, que teneis la manga muy ancha.

— ¡Y tanto! . . . señor, ¡y tanto! ¿No veis que necesito que la tengan así para mí? Pues si yo, que soy mas católica que el mismo Papa, me distraigo alguna vez, ¿qué no sucederá á la gente moza? Créame Vd., D. Narciso, deje las severidades á quien competa, y predique con el ejemplo; que entónces es cuando aquellas hacen fuerza; pero no le pegan ni á Vd. ni á mí. No pondria yo, pobre pecadora, esa exagerada exigencia, ni esa estricta austeridad que Vd. exige, como dos carabineros á la puerta de la casa del que es nuestro padre comun; pondria, sí, un letrero que dijese: ¡QUE ENTREN!

— *¡Que entren!* repitió Elia con la simpatía de un ángel del cielo por uno de la tierra.

— *¡Que entren!* dijo D. Benigno con el perfecto acuerdo de la bondad con la indulgencia.

— *¡Que entren!* exclamó María con el ferviente celo de los católicos por reunir á todos al pié de un mismo altar, en una misma fe, un mismo amor, y una misma esperanza.

— Si Vds. creen, dijo D. Narciso, con su risita que de

acerba pasaba á rabiosa, que con rezar y darse golpes de pecho basta para salvarse. . .

— No señor, no basta, dijo la Asistenta; pero sin esto no se salva nadie. Pues qué, ¿cree usted que el salvarse es un derecho? No señor, es una gracia. No se puede por sí solo merecerla; es preciso implorarla; no erguir la cabeza, sino bajarla.

— Señora, repuso con afectada dignidad D. Narciso, bastante que padecer da Dios al hombre en esta vida! Débele una compensacion en la otra; pensar otra cosa, es un absurdo.

— ¡Débele! exclamó la Asistenta, *¿débele?* ¡me gusta el *débele!* Pues qué, creen Vds. que no hay mas que tratar á Dios como tratan Vds. á los reyes hoy dia? ¿Restringirle sufragios, prescribirle deberes, limitar su poder, y hacerle si posible fuera, reconocer alguna constitucion, carta ó pamplina semejante, y los derechos del hombre? ¡Rebelion todo, puro espíritu de rebelion!

— ¡El rey! ¡el rey! dijo con acrimonia el señor Delgado. ¡Se le llena á Vd. la boca con esa palabra que insulta la dignidad del hombre!

— Y añada Vd. ¡el corazon! repuso con expansion la señora: sí, sí, con esa palabra santa, grande, eterna, que ha hecho los héroes y los leales, como la de Cristo ha hecho los mártires y los santos.

— Señora, dijo con aire despreciativo D. Narciso, el gran Voltaire lo ha dicho; el primer rey fué un soldado afortunado.

— Mintió Voltaire, ese figuron, repuso con fuego la Asistenta. Eso lo podria decir del primer conquistador; el primer rey fué un patriarca.

— ¿Quién lo dice?

— Yo.

— Señora, dijo con afectada gravedad D. Narciso, permitid que os haga presente, que contradecir la autoridad de hombres tales como Voltaire, Diderot, Helvetius, Rousseau, d'Alembert. . .

— ¡El demonio y su séquito! . . . — interrumpió la Asis-

tenta, — que con sus infames doctrinas é infernales libros son hoy dia los Nerones y Diocleciauos del Cristianismo¡ Pero, amigo, mal que os pese á vosotros, discípulos de estos nuevos perseguidores, — de ellos, como de los otros, triunfaremos, ¿no es verdad, hijos?

— ¡Triunfaremos! ¡Trinnfaremos! repitieron todos en ferviente coro.

Entró Pedro en este instante para avisar que estaba servida la cena.

— ¿No ve Vd., Pedro, le dijo María cuando hubieron salido los señores, cómo la señora que en su vida ha leido un libro, deja aplastado siempre á ese Monteruca, que no hace sino leer?

— ¡Porque lleva razon, María, porque lleva razon!

Miéntras atravesaban los corredores, decia Cárlos á Elia:

— Yo tambien quiero triunfar, Elia.

— ¿De tus malas pasiones, Cárlos? harás bien.

— No, yo no tengo sino pasiones buenas, Elia. Quiero triunfar de tu convento, que es un minotauro.

— ¡Ay! ¡qué nombre le das! ¿Y porqué se lo das?

— Minotauro era un monstruo que devoraba doncellas á cientos.

— Si así llamases á tu regimiento, replicó Elia, en que tantos pobrecitos mueren, ¡anda con Dios! Pero que lo digas del convento, eso es . . . — aguarda que me acuerde cómo llama á eso D. Narciso — es . . . una . . . añadió poniendo su blanco dedito en su tersa frente, es . . . una . . . — ello se parece en el sonido á *bala roja* . . . — una ¡*paradoja*! exclamó dando una alegre palmada, y entrando triunfante en el comedor.

CAPITULO IX.

Trajo el viento las nubes, y descargaron estas sus mares de agua dulce. Pero á los dos dias la lluvia habia pasado,

dejando la campiña tan hermosa y tan fresca, como una odalisca que acaba de salir de un perfumado baño.

Tratábase de ir á comer al dia siguiente, á una de las haciendas de la Asistenta, á una legua de distancia del pueblo.

La señora se hallaba en su cuarto arreglando á su satisfaccion los preparativos de la romería, con Pedro y María.

— ¡Qué contenta está Vd., madre! le dijo Elia al ver la satisfaccion que demostraba.

— Sí por cierto, hija mia, que lo estoy, puesto que todos van á tener un buen dia mañana.

— ¡Qué buena sois . . . madre! exclamó Elia.

— ¡Mejor sea el año! . . . le contestó la señora pasándola la mano por la cara.

— Con que . . . señora, ¿se matará una ternera? dijo Pedro.

— No, un carnero, intervino María.

— Una ternera, repuso Pedro, da mas de sí; y ya sabe Vd. que la señora quiere que toda la gente se harte. Somos un ciento; ítem mas los agregados, á los que no se pasa convite ni tampoco se enseña la puerta.

— Tambien sé, respondió María, que yo soy la que he de hacer el menudo para los amos, y que el de carnero es mejor y mas tierno que el de ternera.

— No disputarse, dijo la Asistenta; mátese un carnero y una ternera.

— Por lo testaruda de esa mujer, gruñó Pedro, se va á hacer ese gasto inútil.

— ¿Y será la señora ni mas rica ni mas pobre por un carnero mas ó ménos? opinó María.

— Sentencia de despilfarrados, objetó Pedro; muchas gotitas hacen un cirio pascual. ¡Qué largo tira Vd., señora rumbosa, con bienes ajenos!

— Siempre estais en pelea, observó la Asistenta; una de dos, ó se quieren Vds. mucho, ó no se pueden ver.

— Crea V. E. esto último, dijo María, porque es cierto que nuestros ángeles están de espaldas.

— Señora, añadió Pedro, yo soy la carne, y María es el cuchillo.

— Y dijo Vd. bien, observó María, de que era Vd. la carne, porque con la buena vida, se ha puesto Vd. gordo como un sollo. Parece Vd. un colchon sin bastas, con mas cara que el sol de Dios.

— Y Vd., respondió Pedro, con ese genio maldito que la consume, está tan delgada que parece una parra podada, y mas amarilla que los legajos del archivo de Indias.

— ¿Porqué no se han casado Vds.? preguntó la Asistenta; así, al ménos de noche, hubiesen hecho las paces.

— Con esa mujer, señora, no hay paces ni de noche ni de dia; apostaria á que en lugar de roncar, regaña.

— Ya he sido casada una vez, dijo María, pero aunque no lo hubiera sido, mejor hubiese querido quedar para vestir santos y para tranca del infierno, que no haber tenido á mi lado semejante pelmazo. ¡Jesus . . . y qué descansada quedaria su madre el dia que le echó al mundo, y se vió libre de él!

— Lo que es por mí, señora, dijo Pedro, tambien he sido casado, y no me hubiera vuelto á casar ni con la Princesa de Asturias, teniendo presente aquel cuento. . .

— ¡Pedro, por Dios, déjenos Vd. de cuentos! exclamó María.

— Cuenta, cuenta, Pedro que me divierte, dijo la Asistenta.

— Pues señor, prosiguió Pedro; eranse dos amigos muy queridos, que se prometieron que el que primero muriese vendria á traerle al otro noticias de cómo le iba por el otro mundo. — Casáronse ambos, y el primero que murió cumplió su palabra, y se le apareció al otro. — ¿Qué tal te va? le preguntó este. — Grandemente, contestó el aparecido. Cuando me presenté allá arriba, me dijo San Pedro: ¿cuál ha sido tu vida? — Señor, respondí, soy un pobre hombre, estaba casado . . . No digas mas, dijo su mercé: pasa adelante, que todo lo tienes purgado. Y en la gloria estoy. — Con esto desapareció, dejando á su amigo tan satisfecho y consolado. Andando el tiempo se le murió la mujer, y andando un poco mas, se volvió á casar.

Cuando le llegó su hora, y salió de su casa con los piés por delante, se presentó muy cariparejo á San Pedro. — ¿Cuál ha sido tu vida? preguntó el Santo. — He sido casado *dos veces*, contestó muy en si el recien llegado, dando un paso adelante para colar adentro. — Pero el Calvo le dió un llavazo y le dijo: — ¡Atras, compadre, que el cielo no se hizo para los tontos!

— ¿Quiere Vd. un recibo, Pedro? preguntó María, mas de veinte veces le he oido á Vd. contar ese cuento, que es mas viejo que el modo de andar.

— ¿Pues quiere Vd. uno mas nuevo? dijo Pedro.

— No, no, respondió María; guardelos Vd. todos para escabeche.

— Cuenta, Pedro, cuenta, chilindrinero, dijo la Asistenta.

— Un predicador, relató Pedro, predicaba la Pasion de Cristo. Despues que hubo enumerado todos sus tormentos, preguntó uno de los oyentes: ¿Padre, fué casado el Señor? — No, hombre, contestó el predicador. — Pues siendo así, dijo el otro, no supo el Señor lo que era padecer.

La Asistenta se echó á reir, y dijo en seguida:

— María, no se te olvide que á Clara ni le gustan ni le sientan bien las especias.

— Bien, señora, cuidaré de advertirlo.

— Pedro, prosiguió la Asistenta, ten presente que á mis sobrinos les gustan las tortas de las Mínimas.

— Ya está eso andado, señora.

— María, acuérdate que á Elia le gusta el budin de naranja que tú haces como nadie.

— Eso está pasado en cuenta, dijo María.

— Cuidado, siguió advirtiendo la señora, que sean de Castilla los garbanzos, y de Estremadura los chorizos de menudo que tanto gusta á D. Benigno.

— Está bien, señora.

— Pedro, no te se vaya á pasar con tu mala cabeza, que ese Delgado Narciso no bebe sino vino tinto.

— Válgame Dios, señora, exclamó María; ahora va V. E. á pensar en lo que le guste á ese de las gafas! Que beba

vinagre, si no le gusta el vino que acá se gasta! A bien que mas dulce ha de ser la bebida que su boca.

— María, repuso la Asistenta levantándose para irse, está en mi casa, y basta para que le atienda: ¡no seas gansa en tu vida, mujer de Dios!

— En todos piensa, de todos se acuerda, — dijo María al ver alejarse á su ama, — ménos de sí misma. Si Vd., Pedro, no hubiese cuidado del pavo, y yo del dulce de huevos, se quedaba mañana sin los manjares que prefiere.

— María, contestó el mayordomo, para la señora hizo Dios un molde, y lo rompió en seguida; porque como ella no ha habido otra ántes, ni habrá otra despues.

Aparejábanse á la mañana siguiente los borricos en el patio de la hacienda, y á la puerta aumentábase por momentos el corrillo de angelitos que no pertenecian á los buenos. Tenian estos fundadas sus esperanzas en ver á los caballos sin cola, que habian apellidado los ranos, puesto que ni D. Narciso ni tú, lector, aunque seas ministro, individuo de la Academia, archimillonario, ó el mismo tipo de la elegancia, ni nadie, escapa á las burlas y dichos de los pilluelos andaluces. Por eso, el gran Alejandro Dumas, que llevó su buena parte, confiesa ingenuamente y asombrado, que el pueblo español ha hallado medio de burlarse de los franceses, á pesar de ser estos el maligno pueblo que inventó el *vaudeville*, que es la zarzuela de allende los Pirineos. ¡Pobre del que lo toma á lo heróico como D. Narciso, y no se rie como la Condesa y Cárlos!

Pero no habian de gozar los muchachos de aquel fenómeno; porque la Condesa habia mandado traer un elegante silloncito de cordoban encarnado, forrado de suave badana, que puesto sobre una vistosa manta, y con una cabecera cubierta toda de moños, borlas y cascabeles, habia de engalanar, para que lo montase la Condesa, un borrico vivo y lijero cuanto cabe. Las otras señoras iban á la pata la llana, pero muy cómodas, en las dos toscas X que forman unas jamugas.

— ¡Ay *Mal-pellejo!* — dijo uno de los borriqueros echando sobre su burro, que huia el cuerpo porque el pobre animal tenia una matadura en el lomo, un seron lleno de provisiones;

— parece que no puedes con la carga, que es lijera como corazon de monja, y pueden con la Giralda! Diciendo esto le dió tal varazo con esa falta de lástima que tienen en España los hombres en general hácia los animales, que el infeliz borrico se encogió todo por la fuerza del dolor.

— ¡Por Dios no pegue Vd. así al animalito! dijo Elia dolorosameute conmovida.

— No entiende otra *parla,* respondió el hombre.

— Es una barbaridad, dijo la Asistenta, el tratar así á los animales que os ganan el pan.

— ¡Toma! repuso el borriquero, si hubiera nacido para obispo, echaria bendiciones.

— Pues no quiero que se maltrate así á los burros, dijo con viveza la Asistenta; suelta esa vara, sí has de venir; y si no, véte, que será lo mas corto.

El borriquero, sin responder, se puso á descargar el borrico.

— Señora, dijo el capataz á la Asistenta, ¿porque un burro dé una coz se le ha de cortar la pata? Es ese un infeliz que tiene seis hijos, y lleva una parada larga, y al que el jornal y la comida de hoy, venian como pedrada en ojo de boticario.

— Pues bien; que venga, respondió la señora; pero que suelte la vara.

— Miguel, dijo el capataz, vuelve á cargar, que lo dice la señora.

— ¡Sí, estás fresco! respondió el borriquero: si no lleva otro que yo esta carga, ya podrá estarse aquí hasta el dia del juicio.

— No seas tonto, Miguel, ni tires coces contra el aguijon, le sopló al oido el capataz; diez reales como diez estrellas, y carne y vino hasta tocártelos con el dedo, no es esto de desperdiciar.

— Ni por los catalanes voy, respondió el borriquero. A mí no me se dice dos veces que me vaya; con una, basta: gano mi pan con honra, ó me paso mis hambres con vergüenza. Diciendo esto se montó en su burro, y dándole un furioso varazo desapareció.

— ¿Habráse visto mas soberbio bribon? dijo la Asistenta. De buena gana, si pudiese, le mandaba dar una docena de varazos como los que él da á su burro, para que supiese á lo que saben. ¡Judío! ¡bárbaro! Pero, añadió, no lo han de pagar su mujer y sus hijos; ¡pobrecillos! mándales un duro, Frasco, y que no sepan que soy yo quien se lo da.

— ¡Genuina andaluzada! dijo con su risita el señor Delgado; pobres como Job, soberbios como Tarquino.

— Y eso, dijo la Condesa riéndose, que no han leido vuestro querido Contrato social, ni les habeis hecho una arenga sobre la *dignidad del hombre.*

— ¡Cómo ha de ser! dijo el capataz, que queria disculpar á su paisano; honra y provecho no caben en un saco.

— No hay duda, exclamó entusiasmada la Condesa; son almas de príncipes bajo paño burdo. Frasco, dé le Vd. media onza de mi parte.

— Señora Condesa, eso no es razon, contestó el capataz con su buen sentido.

Pero ya la condesa montaba en su galan pollino, se reia á carcajadas, y no se acordaba del reciente suceso.

— ¡Delgado! ¡Delgado! exclamaba, qué brillante figura haria yo así en Longchamps!

Fuéronse acomodando las demas en sus jamugas, llevando cada cual su borriquero á su lado. Los hombres montaron á caballo, ménos D. Narciso y D. Benigno, que eran ámbos á dos malos jinetes, y tuvieron que acudir á la *archigansa locomocion asnal,* como decia el primero.

El dia era hermoso. ¡Qué pocos no lo son en Andalucía! Mas alta que nunca aparecia la bóveda del cielo; mas clara la atmósfera; con mas brillo el sol; mas animados los pájaros, y mas alegre el campo. Sobre los vallados se erguian inmóviles las pitas como soldados sobre las armas guardando las propiedades; á sus piés y bajo su amparo florecian los geráneos y rosas silvestres, las pervincas, las viuditas, las amapolas, miéntras las esparragueras, como buenas madres, rodeaban á sus hijos de espinas para preservarlos de todo contacto. El tomillo, que solo nace en un suelo árido, prodigaba el perfume que de este extrae, como para probar que

por estéril, seca é ingrata que sea una cosa, hay modo para sacar de ella algun partido dulce y agradable.

Las escenas de la naturaleza hacen profunda impresion en las almas cultas, que han ensanchado los límites de sus sensaciones, ó bien en los corazones que han sufrido y gozado, que esperan y se inquietan con vehemencia. Pero para aquellos corazones que no han sufrido ni gozado, para los cuales lo pasado y el porvenir están tranquilos y uniformes, — como lo está para un navío en calma el camino andado y el que le queda que andar, — para aquellas almas que no han perdido al amoldarse al gusto y sentir ajeno en el mundo y en los libros, en gracia, vigor y naturalidad, lo que hubiesen ganado en altura y elegancia, para ellas estas escenas les agradan y alegran sin conmoverlas. Por dicha suya estaban todos los que alegremente caminaban, pisando flores y aspirando fragancia, en uno ú otro de los tranquilos estados de ánimo que hemos referido, y seguia cada cual su propio impulso presente.

— ¿Tienes muchos hijos, José? decia la Asistenta á su borriquero, que era primo del capataz, y muy pobre.

— Ocho, señora.

— ¡Tal cual! . . . y los que vengan.

— ¡Y los que vengan! repitió el pobre con resignacion.

— ¿Y los quieres mucho?

— ¡Señora, tantos son nacidos, tantos son queridos!

— ¿Son varones?

— Cinco varones y tres hembras, señora; los dos mayores han caido soldados; el tercero es burrero en la hacienda de V. E.; pero Frasco le quiere despedir porque dice que no hace falta: los dos chicos son porqueros.

— Vaya, pues ya los varones no te dan ruido, José.

— Verdad es, señora, pero tres hijas y la madre, cuatro demonios para el padre.

— Si mal no me acuerdo, ¿no te adelanté el año pasado para sembrar un pegujar?

— Sí, señora, Vuecencia; y si no le he pagado. . .

— No lo digo por eso, hombre, no lo digo por eso.

— Pues se *ajeñó*, señora; y á un cojumbral que sembré

con mi primo Frasco á parcería la entró *pringue*, se acorcharon los melones, que solo sirvieron para engordar un cerdo al que le entró *lavado*, se hinchó y se murió. — Con las ganancias iba á mercar una burra que me daban con *convenencia*, pero me salió la cuenta fallida, y me quedé mirando al celeste.

¡Válgame Dios, hombre, nada te se logra!

— Nada, señora! porque en el cielo hay un Santo que se llama San Guilindon, que está siempre bailando ante el trono del Señor, y á la par cantando para hacerle mas gracia á Su Majestad:

La cuenta del pobre
Que no se le logre!

— Verdad es, hombre, que no es la fortuna para quien la busca, sino para quien la encuentra.

— Pues hay mas, señora: en el cojumbral nos sacudieron unas tercianas que nos han tenido á todos doblados hasta ahora poco; pocos fueron los melones que cogimos. Su Divina Majestad no sabe decir sino «Denle mas.» — Señor, le dice San Buenaventura: á fulano que es rico, le cayó la lotería. — *¡Denle mas!* dice Su Majestad. — Señor, dice el Santo, á mengano, que es un infeliz, le han dado de palos. — *¡Denle mas!* dice Su Majestad; y no sale de ahí.

— José, dijo la Asistenta, de todo lleva cuenta y razon Su Majestad.

— Ya se ve, señora, contestó el borriquero, pues si no fuera por eso!...

— Este año, hombre, la parcería la haremos tú y yo.

— ¡Dios se lo pague, señora! se lo dé de gloria, y torne cada melon de los de V. E. en una talega de onzas!

D. Benigno iba detras de su señora, y con su acostumbrada parsimonia de palabras, solo decia de cuando en cuando:

— José, cuidado con ese tronco; José, cuidado que esa loma está resbaladiza; José, á la derecha hay un hoyo; José, ¿se han aflojado las cinchas?

Elia los precedia, mas alegre que el sol. Sé entretenia

en llenar su falda de flores y de plantas, que á medida que las iba pidiendo, las iba cortando el borriquero.

— Mira, le dijo á Cárlos que se desviaba poco de su lado, parezco un incensario, ¡tanta es la fragancia de las yerbas; — Esta es almoraduj; esta, yerbabuena silvestre; esta, mejorana. ¿Sabes por qué se llama así?

— ¿Lo sabes acaso tú? respondió Cárlos riéndose.

— Sí que lo sé, respondió Elia. Un dia fueron á coger yerbas San Joaquin y Santa Ana. Encontró la Santa esta, y le dijo á su marido: — Joaquin, esta es *yerba buena*; pero el Santo que habia cogido esta otra, le contestó: — esta es *mejor*, *Ana*.

— Buenas serán, Elia, contestó Cárlos; pero harto mas me gusta esa hermosa rosa encarnada, que llevas en la cabeza debajo de tu toca de muselina, y con la que estás aun mas bonita que otros dias. Estás tan bella hoy, y el campo tan hermoso, que no sé si es el campo el que te hermosea, ó tú quien embelleces al campo.

— Esta rosa es de Jericó, dijo Elia, que atendió al elogio de la rosa, y pasó sencillamente por alto el suyo. ¿Sabes porqué tienen este color tan soberano? — Estaba un rosal al pié de la cruz, cuyas rosas eran blancas; cayó una gota de la preciosa Sangre del Señor sobre una rosa, y les dió ese divino color.

— ¡Qué *Salmigondis* de temporal y eterno! — exclamó el señor Delgado, cuyo borrico, que era compañero de cuadra del de Elia, se habia ido insensiblemente acercando! — ¡qué modo de inventar absurdos! ¿A qué han de leer ni instruirse estas gentes? ¿á qué traducir á Pestalozzi, fundar enseñanza mutua, establecer escuelas gratuitas, si tienen sus crónicas, etimologías y creencias en coplas, flores, romances y cuentos? ¿Cómo han de llamarse así esas yerbas, por ese motivo, si Santa Ana y San Joaquin no hablaban español?

— ¡Que no hablaban español! dijo Elia atónita, ¿pues qué hablaban? ¿frances . . . como Vd.?

— No, señorita, hablaban hebreo, no se le olvide á Vd.; que eso es mas útil que creer absurdos, como el que le contaba Vd. muy séria ayer á Cárlos, deshojando una rosa de

Pasion; que todos los utensilios de la Pasion se hallaban en ella. Pues ¿no es una chocante irreverencia poner tales cosas en flores?

— Nosotros no las ponemos, contestó Elia; Dios las ha puesto para patentizarlas ó recordarlas, ó bien las flores lo habrán hecho por sí por honrar al Criador.

— Vaya, vaya, señorita, no hable Vd. disparates, repuso con impaciencia D. Narciso, ¿acaso las flores tienen voluntad propia? ¿acaso Dios se habia de divertir en poner sentido en miserables plantas que comen los burros? — Reflexione y raciocine Vd. un poco. . .

En este instante tropezó el borrico del señor Delgado, el que estando descuidado, en el fuego de su discurso, cayó de narices, y quedó aplastado como una rana. — ¡Maldito sea — decia levantándose y sacudiendo el polvo de su vestido en medio de la risa general, el modo de divertirse aquí, en medio de la risa general, — el modo de divertirse aquí, en el campo! esto es mas que vulgar, mas que primitivo; es villano!

— Eso es, dijo Cárlos, para castigar á Vd., de tirar cañonazos contra mariposas posadas sobre los labios de Elia como sobre una rosa.

Don Narciso se quedó atras de todos, de muy mal talante.

— Señor, dijo al cabo de un rato el borriquero, ¿no ha visto su mercé las haciendas de por aquí? Ninguna hay como la del Romeral; trescientas aranzadas bajo una linde; olivar todo nuevo y esquilmeño, sin una marra; un caserío que parece un convento; en todo el término . . .

— Hágame Vd. el favor de callarse, dijo interrumpiéndole el señor Delgado: cada hombre sensato necesita algunas horas del dia para pensar; esto estoy haciendo, y me importunais con vuestra conversacion. Nada os he preguntado; ¿qué me importan á mí haciendas que no son mias?

El pobre borriquero volvió los ojos con harta envidia hácia el borriquero de la Asistenta, de la gran señora tan encopetada y poderosa, que le iba preguntando por sus hijos y por su pegujar. — ¡Qué pronto, dijo para sí, se dan á conocer el que es algo, y el que no es nada!

Cerraban la borricada Pedro y María con las bestias que llevaban las provisiones. Iba Pedro en un caballo que á fuerza de años y trabajo se habia quedado en la espina.

— Se le olvidaron á Vd. los palillos de dientes, le iba diciendo María, ¡tiene Vd. la memoria como una zaranda!

— Y Vd. que la tiene como una alcancía, repuso el mayordomo, ¿porqué no se acordó?

— No hacen falta, dijo D. Narciso, que habiéndose quedado atras, se habia incorporado á ellos. En Inglaterra no se gastan: es de mal tono y poco aseado escarbarse los dientes en sociedad: ademas dicen, y con razon, que eso descarna la dentadura.

— ¡Espantábame yo, murmuró María entre dientes, que no hubiese salido todavía la *Ingalaterra!*

— Pedro, preguntó D. Narciso, ¿ha cuidado usted del vino de Valdepeñas? Sabe Vd. que á falta de Burdéos, es lo único que bebo.

— Sí señor, respondió Pedro, ahí viene.

— Lo que es para el vino no le falta la memoria á Pedro, gruñó Maria.

— Por decontado, repuso Pedro que la oyó; porque sepa Vd. que siempre se ha dicho: ¡agua en los trigos, vino en los hombres, palo en las mujeres!

— ¡Clara, decia Cárlos que se habia acercado á su prima, señalando hácia el grupo de la retaguardia: ¿Porqué se ve hoy la extraña anomalía de haber cambiado de cabalgadura D. Quijote y Sancho?

CAPITULO X.

Habíanse internado en los olivares, y penetraba ya por entre las oscuras hojas de los olivos la nívea blancura de las paredes de la hacienda del Romeral, enjalbegadas para dar alegremente la bienvenida á su ama. Al frente de la puerta del gran caserío se veia un enorme moral, como otro edificio vegetal levantado por la mano del tiempo. En su tronco se apoyaba un arado; en sus ramas colgaban una escopeta y una

guitarra; á su sombra estaba sentado un hombre robusto de semblante animado y enérgico, que se conocia estaba dispuesto á hacer, segun las circunstancias, uso de cualquiera de los tres.

Vino este diligente al encuentro de los señores, miéntras una mujer aseada y de cara alegre, se apresuraba á abrir de par en par la puerta.

— ¡Gracias á Dios, señora! exclamó trayendo una silla para que se apease con mas comodidad la Asistenta, — ¡gracias á Dios que la vemos por acá! Si tuviese una campana, repicaria. — ¿Cómo le va á Vuecencia?

— Como á las muchachas de mi tiempo, Beatriz; con muchos años vividos y pocos por vivir. ¿Y tú, mujer, como la pasas? ¿y tu madre? ¿y tus hijos? ¿y el que se rompió el brazo, no se resiente?

Decia esto subiendo la escalera, y entrando en un gran salon con pocas y malas sillas, una mesa de pino y sin esteras.

— ¡Dios mio, tia, dijo la condesa, esto parece un hospital robado!

— ¿Y para qué quieres que amueble haciendas en las que paso cada dos ó tres años un par de horas? contestó la Asistenta.

Se pusieron á refrescar con naranjada y limonada, y habiendo echado de ménos á D. Narciso, al asomarse á una ventana le vieron parado ante una piedra, que con su lente, ademas de sus gafas, examinaba con la mayor atencion.

De allí á un rato entró en la habitacion, tan de prisa como se lo permitian sus flacos sostenes.

— ¡Señora, exclamó con énfasis, acabo de descubrir un tesoro! ¡es la lápida de un sepulcro romano! ¡con su inscripcion! — Señora, ¿sabia usted que poseia semejante joya?

— No, respondió la Asistenta, ni me importa; ¿qué se me da á mí de lo que haya estado puesto sobre el sepulcro de un pagano?

— ¿Cómo la hallaron? preguntó entusiasmado don Narciso.

— ¡Qué sé yo! respondió la Asistenta.

— La hallaron, dijo la capataza, abriendo un horno de

cal, y mi marido la trajo para que se ponga de umbral á la puerta de la cuadra.

— ¡Oh inepcia! exclamó lleno de fuego anticuario el señor Delgado. ¡Oh estúpida ignorancia! ¡Pues qué! . . . ¿no veia su marido de Vd. la inscripcion latina?

— Mi marido no sabe leer, respondió la capataza; le estorba lo negro.

En esto entraron Fernando y Cárlos que habian ido á examinar la lápida.

— En efecto debe ser romana, dijo Fernando; la inscripcion falta porque está mutilada la piedra; pero están muy claras las S. T. T. L.

— ¿Lo está Vd. oyendo, señora? ¡las apreciables S. T. T. L.! . . . dijo D. Narciso dirigiéndose á la Asistenta.

— ¿Y qué quiere decir las apreciables S. T. T. L.? preguntó la señora?

— Quiere decir, contestó D. Narciso, *sit tibi terra levis: séate la tierra lijera.*

— Pues señor, dígole á Vd., repuso la Asistenta, que dicen una gran necedad.

— ¡Señora! exclamó D. Narciso, ¡señora! la ilustracion romana, la sancion de los siglos, la admiracion de los sabios. . . todo va envuelto en ese epíteto de *necedad* con la que Vd. se atreve á calificar esa lema sublime!

— Y lo repito, repuso la Asistenta, sin que me impongan sus palabrotas sabijondas ni su tono doctoral. Y lo hago sin mas que compararlas con las que pone la fe católica en los sepulcros; estas son, caso que sepa Vd. las paganas y no las católicas: D. E. P. A. *Descanse en paz, Amen*, solemne clamor á Dios por el alma inmortal! Pero . . . *¡séate la tierra lijera*! esa es una oracion dirigida á la *tierra*, para que se haga lijera como un volatin, y no pese sobre huesos y polvo que le estarán muy agradecidos! ¡Devota oracion son por cierto vuestras apreciables S. T. T. L.! ¿Qué le parece á Vd. ese epitafio, D. Benigno, *Séate la tierra lijera?*

— Señora, contestó con voz modesta D. Benigno, que no le pega al que se entierra en bóveda.

— ¡Por supuesto! ¡Cae de su peso! Y tú, María, ¿qué dices? ¿tú que estás abriendo ahí tantos ojos?

— Digo señora, contestó la interrogada, que parece pegaria mejor que eso, el poner, ya que algo lijero habia de haber, séante tus culpas lijeras.

— ¡Y muy bien que dices, mujer! — repuso la Asistenta, — mucho mejor que los sabios, pues en tocando á cosas del alma y de la otra vida no hay mas sabiduría, ni mas acá ni mas allá, que la religion católica. — Y á tí, mi niña, ¿qué te han parecido esas *apreciables* S. T. T. L. que entusiasman á D. Narciso?

— No despiertan en mí los pensamientos que me parecen adecuados á la muerte, respondió Elia.

— Pues ¿qué pondria Vd. sobre una tumba, señorita? preguntó con aire burlon D. Narciso, que no se habia dignado atender á D. Benigno ni á María; Vd. que le quiere enmendar la plana á los romanos?

— Pondria, respondió Elia, una cosa que decia la madre abadesa siempre que se hablaba de la muerte:

Baja, si quieres subir;
Pierde, si quieres ganar;
¡Muere, si quieres vivir!

— ¡Bien, bien! hija de mi alma, exclamó la Asistenta, ven acá, que te abrace y te chille. Ya voy viendo que todos sabemos mas que esos decantados romanos solo con saber la doctrina. ¡Váyanse á freir monas con sus latines paganos! Bien pensó tu marido, Beatriz; que se ponga la piedra para umbral en la cuadra.

— Pero, señora, dijo D. Narciso, si Vd. no pone precio á semejante objeto, véndala Vd., que es de gran valor.

— No vendo sino los años, contestó la Asistenta.

— Regálemela Vd. á mí, tia, dijo Clara.

— No estoy de humor de regalar, contestó su tia, que habia decidido determinamente el exterminio de las *apreciables* S. T. T. L.

— ¡Qué terca es tia! dijo Clara á Cárlos, que estaba á su lado, impaciente por la fresca negativa de su tia.

— Como buena propietaria de fincas rurales, no le gustan las *tierras lijeras*, respondió Cárlos.

— Ni los sobrinos pesados, dijo con viveza la Asistenta que lo oyó.

— ¡Qué lástima, Clara, prosiguió Cárlos, que no esté aquí nuestro amigo Sir Arthur Sidney, que andaba recorriendo todo Madrid en busca de antigüedades, de que era tan entusiasta!

— Como todo hombre ilustrado, dijo pavoneándose D. Narciso.

— ¿Y quién es ese? preguntó la Asistenta, ¿es aquel violinista de márras?

— No señora, contestó Cárlos; es un jóven inglés muy distinguido, hijo de un obispo.

— ¿Qué? preguntó la Asistenta; ¡hijo de un obispo! ¿qué estás diciendo, criatura?

— Sí señora, eso he dicho. En Inglaterra se casan los obispos.

— ¡Mentira mas desfachada! repuso la señora; esta es propiamente tal, que le da un bofeton á la verdad. ¿Me querrás hacer creer que hay un país en el que se casen los obispos?

— ¡Vaya con mi tia, dijo Cárlos, que le pone á uno de embustero con la frescura del mundo! Sí señora, sí señora; en Inglaterra se casan los curas, los canónigos y los obispos, los monacillos y los capellanes; es un casorio general.

— Oye, barbilampiño, dijo impaciente la Asistenta: ¿te has figurado acaso que yo me las trago como torreznos? ¡Hijo de obispo! . . . ¡ni al enemigo se le ocurre otra!

— ¿Qué ocurrir, ni qué ocurrir? exclamó Cárlos soltando una carcajada al ver la incredulidad de su tia. Pregúnteselo Vd. á Clara, que ha estado en Lóndres.

— Es cierto, dijo la Condesa: son casados allá los obispos, tia; porque como no son *papistas*, como nos llaman, pueden. . .

— ¿Y tú tambien, Clara? la interrumpió la Asistenta, ¿están Vds. locos, ó me lo quieren volver á mí? *¡Obispa! Obispa!* ¿D. Benigno, concibe Vd. una *obispa?*

— No señora, respondió este, ni una *cura.*

— ¿Quiere Vd., señora, dijo D. Narciso entre impaciente y compadecido, que la enseñe á Vd. en volviendo á Sevilla el *Peerage and Baronetage* inglés, en que están anotados de oficio los nombres de todas las casas nobles, con sus enlaces, procedencias y descendencias, y verá Vd. blanco sobre negro, las de los obispos?

— ¡Viva Vd. mil años! respondió lacónicamente la Asistenta.

— No hay peor ciego que el que no quiere ver; y así tia. . .

Pero la Condesa interrumpiéndole le murmuró al oido:

— No insistas, primo, no la convencerás, y no lograrás sino impacientarla. Déjala en su error, ¿qué mal hay en que esté persuadida de que los obispos son incasables?

— Pues á mí me enternece y llena de un sentimiento de alta veneracion, dijo Fernando á su prima, el ver una prueba de la altísima y casi ideal dignidad que han sabido dar nuestros obispos á la mitra, que acaba de demostrarse patentemente en la decidida y calorosa repulsa de tia, que eleva y separa á estos dignos prelados de todo interes, de toda pasion, de todo amor, de todas las relaciones personales de la tierra. Esta instintiva fe prueba mas en favor de la institucion y de los individuos, que podrian hacerlo copiosos argumentos.

— Pero, Marques, dijo D. Narciso que se habia acercado á ellos, confiese Vd. que pasa de castaño oscuro aferrarse así en un error como ese, sin pararse en que no se trata de católicos.

— Pues esto es, repuso Fernando, que ese santo respeto se extiende hasta sobre el nombre que se ha dado á esa dignidad de *obispo*, que mi tia no separa del catolicismo. Aun esto es grande bajo el aspecto de la fe, y bello bajo el de la adhesion; y tiene todas mis simpatías. — ¿qué quiere usted que le diga? Envidio esa indignacion de mi tia, que oye una verdad que á nosotros no nos extraña, como una profanacion, una creacion fantástica. ¡Cuán verdad es, que cuanto mas se sabe . . . ménos se siente!

— Mas vale saber que sentir, dijo el ilustrado D. Narciso.

— ¡Eso no! exclamó Cárlos; doy todos mis libros por un sentimiento.

— Sobre todo, dijo Fernando, en materias de religion; puesto que la fe del corazon se da, la de la cabeza se rinde.

Despues que hubieron refrescado, salieron á dar un paseo, miéntras preparaban la comida.

Ofreció Fernando el brazo á su tia.

— No, hijo mio, le dijo esta, te lo agradezco; déjame con D. Benigno que está hecho á mi andar; tampoco quiero alejarme. Así, véte tú con los demas: solo te encargo que cuides de Elia: corre mucho, y con el sol que hace, puede coger un tabardillo.

D. Benigno abrió un tremendo parágua colorado, de bajo del cual cabian una docena de personas, para dar sombra á su señora; el capataz iba al lado de esta quitando estorbos de la vereda. — Señora, dijo D. Benigno, Frasco y yo hemos pensado que hay aquí sobra de gente, cuyos salarios se pueden ahorrar. Las ovejas tienen tres pastores; con el rabadan, un pastor y un zagalillo basta: no se necesita burrero, porque las burras están ahora casi todas en el acarreo, y en pasando la cogida, un guarda es suficiente.

— Es verdad, contestó la Asistenta; llevan ustedes razon; solo que no han caido en una cosa.

— ¿Y cuál es? preguntaron ámbos á una voz.

— Es, contestó la señora, que si yo no los necesito á ellos, ellos me necesitan á mi. Quédese, pues, todo como está.

Entretanto Elia corria como una corza, examinaba los arbustos, cogia flores; y pronto se adelantó á todos los demas. — Mira, le dijo á Cárlos que la seguia, enseñándole una especie de campanilla morada, de una hechura particular, comun en Andaluía, ¡mira que *candil de vieja!*

— Mas me gusta mirar en tu cara antorchas de jóven, respondió Cárlos.

— Cárlos, dijo Elia, has tomado desde algun tiempo á esta parte la costumbre de celebrarme en mi cara, y esto no está bien: esas se llaman lisonjas; las celebraciones se hacen á espaldas de las gentes. ¿Te gustaria á tí que yo te dijese

en tu cara: ¡qué buen mozo eres, Cárlos; qué buen genio tienes, y qué gracia en todo! ¡ninguno de los que van en casa de mi madre se pueden comparar contigo! . . . así como lo digo á tus espaldas?

— Sí por cierto que me gustaria; dijo Cárlos alborozado. ¡Elia, eso me haria feliz!

— ¡Alabo la presuncion! repuso Elia; ¿con que las celebraciones te hacen feliz?

— Cuando salen de tu boca, sí.

— ¿Y porqué de mi boca?

— Porque te quiero, Elia, porque te quiero entrañablemente; y no es como el hermano á la hermana, la madre al hijo, el amigo al amigo; es como ama la vida al alma, sin la que no puede vivir, no puede ser perfecta, de la que no puede separarse sin sucumbir.

Una confusion extraña para ella se apoderó de Elia al oir las dulces, pero apasionadas palabras de Cárlos; bajó los ojos y dió un paso atras encogiéndose como la sensitiva, al primer latido de su corazon.

— ¿Lo crees así, Elia mia? preguntó Cárlos con voz profundamente conmovida.

Elia echándose en cara aquel primer é instintivo movimiento de desvío como una falta ó una ingratitud, levantó sus negros ojos, los fijó en Cárlos con la dulzura y candor de un ángel, y dijo: — Sí lo creo, Cárlos, ¿porqué no lo habia de creer?

— Y tú, Elia, prosiguió Cárlos con queda y temblorosa voz, ¿me quieres como yo á tí?

— Tanto te quiero, Cárlos, contestó la ingenua Elia, que si tuvieses otra vez que marcharte, me volveria al convento; porque todo se me haria triste y vacía sin tí!

— Pues yo te juro, dijo Cárlos en tono solemne, y pasando con una mano que en seguida levantó al cielo, un anillo de oro al dedo de Elia, yo te juro — y pongo á Dios, á tu padre, y á los ángeles, tus hermanos, por testigos, — de amarte siempre, de unir mi suerte á la tuya, de ser tu compañero y protector, y de partir fielmente contigo las penas y los goces que trae consigo la vida.

— ¿Esto es . . . que serás mi marido, Cárlos?

— ¡A fe de caballero!

— ¡Cuánto lo va á celebrar mi madre!

— Nada le digas, exclamó con viveza el jóven.

— ¿Y porqué, Cárlos?

— Porque. . . porque. . . porque, Elia, toca á los hombres hablar primero, y ántes que á nadie á sus padres.

— Dices bien, Cárlos, lo comprendo; pero que sea pronto. ¡Me cuesta tanto callarle algo á mi madre!

— No podrá ser tan pronto, Elia; es preciso preparar á la mia.

— ¿Prepararla? ¿y porqué, Cárlos?

— Porque, inocente mia, las madres por lo general no son gustosas en que se casen sus hijos, sobre todo . . . si . . . si son muy jóvenes.

— ¡Qué! ¿No son gustosas las madres que se casen sus hijos? ¡Pensaba yo que se alegrarian! — Un secreto! un secreto! . . . siguió murmurando tristemente.

— Elia, ¿no te parece dulce un secreto de amor como el nuestro?

— El amor, sí, Cárlos; el secreto . . . no!

— ¿Porqué, Elia mia?

— Porque todo es mas bello á la faz del sol de Dios, Cárlos; porque un secreto en un corazon, es una mancha en un cristal que le quita su transparencia; porque un secreto es un arco de hierro puesto en un pimpollo de rosa, que le impide desarrollarse.

En este momento Fernando, que buscaba á Elia segun se lo habia encargado su tia, salió de repente de detras de los olivos.

Elia, instintivamente avergonzada, huyó. Cárlos sorprendido, quedó mudo.

— Cárlos, Cárlos, dijo Fernando en tono de amarga reconvencion, este no es el proceder de un caballero!

— ¿Qué quieres decir con eso? preguntó Cárlos irritado.

— Que no lo es el engreir con galanteos á la jóven que llama hija nuestra tia; á la que es un ángel de inocencia,

una párvula en inexperiencia; y no tener presente, que son en este ramo las rosas para tí, las espinas para ella.

— Me ultrajas, Fernando, y la menosprecias á ella. En prueba de ello te repetiré lo que á Elia, á la faz del cielo que nos sonríe y aprueba, juraba en este momento. A Elia, tan elevada como humilde, tan débil como confiada, tan bella como buena, llevaré al altar, en cuyas aras se consagran lazos tan poderosos y santos, que merecieron de Dios el poder de quebrantar todos los demas de la tierra.

Fernando, al oir á su hermano, quedó largo tiempo suspenso. Los invencibles obstáculos que se oponian al intento de su hermano, las desgracias y discordias que preveia, le aterraron. Por otro lado, la satisfaccion de haber hallado á su hermano, si bien irreflexivo y arrojado como siempre, como siempre tambien noble y honrado, le desarmaron; y así, acercándose á Cárlos le dijo: — Perdona, hermano, si he sido injusto; pero no te has parado á considerar que lo que intentas se imposible; y que si insistes en llevar á cabo tu intento, vas á labrar su desgracia y la tuya.

— ¿Y porqué?

— Porque Elia, la niña exposita, no debe, ni puede, ni querrá ser la mujer de un Orrea.

— Elia, respondió Cárlos, es muy novicia en el mundo para sospechar siquiera que la falta de nacimiento levante una barrera entre dos seres que se aman. Ademas; sabes que por disposicion de tia, se cree hija de una amiga suya. Por mí, sabes el poco precio que pongo á preocupaciones caducas.

— ¡Caducas! dijo Fernando, esto lo dices con la autoridad de palabras huecas y vanas, que pulverizan á su paso el tiempo y la experiencia. ¿No sabes acaso, que hay árboles con tales raíces que, aunque logren cortarlos, vuelven á brotar con mas fuerza, porque su savia está en las entrañas de la tierra madre? ¡Cárlos, no desafíes á la sociedad!

— ¿Qué me importa su fallo?

— No se opone uno al mundo, prosiguió Fernando, sin que este se vengue; no se desprecian las opiniones de los hombres, sin que estas amarguen cruelmente la vida.

— ¡Las opiniones! exclamó Cárlos con desden, ¿me crees mujer, para que á ellas me someta?

— Están de tal suerte enlazadas en nuestra existencia, repuso Fernando, que nadie puede prescindir de su influencia. ¡Huye... Cárlos! sigue el consejo de un hermano que te quiere con corazon de padre. Sacrificar una pasion á la razon, es derramar paz en la vida.

— ¿Qué religion, qué moral, ni qué deberes me imponen ese sacrificio? ¿sobre qué altar llevaria en holocausto la felicidad de Elia y la mia? dijo Cárlos.

— Léjos estamos de entendernos, respondió Fernando con dignidad, si se encierran para tí todos los deberes del vástago de una casa ilustre, de caballero y del hombre delicado, en los morales y religiosos. Dejando este terreno en que nos separa tu pasion ciega, ten presente, Cárlos, que vas á labrar la sepultura á tu madre.

Cárlos se extremeció y quedó suspenso, pero, despues de un rato:

— ¡No, Fernando, no! dijo, es demasiado justa y buena madre, no querrá mi desgracia, se dejará ablandar; debe querer y apreciar á ese ángel puro. ¿Por ventura sofocan el orgullo y la vanidad, todos los demas sentimientos del corazon? Y tú, Fernando mio, que has sido siempre mi amparo, mi protector, ¿no me ampararás, no me protegerás ahora?

Diciendo estas palabras, apoyó su encendido rostro en el hombro de su hermano. Este le estrechó sobre su pecho, y le dijo:

— ¡Y lo seré siempre, Cárlos! pero prefiero alejarte de un precipicio, á tener que sacarte de un abismo.

CAPITULO XI.

Miéntras pasaban estas escenas, en las que varias pasiones se agitaban amenazando el porvenir, como las agitadas pulsaciones de la sangre que empiezan á precipitarse anuncian

una crísis violenta en nuestro sistema orgánico, tenia lugar una escena de muy diferente índole y consecuencias en otra parte del olivar.

— Hallábase la Asistenta enmedio de un círculo espantoso de multitud de seres cubiertos de andrajos, sucios, desgreñados, que con ademanes descompuestos, y voces discordantes gritaban ó aullaban:

— ¡Presa! . . . ¡Presa! — Lo raro era, que la cara de la señora, léjos de estar asustada como era de inferir, estaba muy complacida, y que lo decia al capataz, que hacia ademan de querer alejar á aquellos foragidos:

— Déjalos, Frasco, déjalos: están en su derecho.

— ¡Presa! ¡Presa! gritaba el motin.

— ¿Quereis callar? mandó Frasco.

— ¿No te digo que los dejes, terco? le dijo la Asistenta; no me llevarán á la cárcel. Vamos, hijos, prosiguió, ofrezco una buñolada por mi rescate.

— ¡Bien! ¡Bien! gritó la turba, pero preso el secretario.

D. Benigno se apresuró á sacar un duro del bolsillo.

— Quieto, quieto, dijo la Asistenta; á mí compiten los rescates. ¡Espantajos! añadió, un carnero doy por el rescate del señor.

A estas palabras siguió una explosion terrible de regocijo. No hubo *vivas*, pero sí muchos *¡Dios se lo pague!*

— Señora, dijo apurado D. Benigno, yo no valgo un carnero.

— Pero yo valgo mas que una buñolada: así, no se apure Vd.; que se va lo uno por lo otro, repuso la señora. Ea, hijos, Frasco queda encargado de pagar el rescate; quedaos con Dios, que pareceis unos Júdas.

Eran esta legion de visiones, los cogedores de aceitunas: suélense formar de mujeres, hombres poco útiles para otros trabajos, y de chiquillos de ambos sexos, en la detestable edad de diez á catorce años, los mas pobres de los lugares, y para colmo de perfeccion típica del género, para no echar por ahí su ropa, tirándose por el suelo húmedo, y desgarrándose en las zarzas, se visten de cuanto trapo viejo y desgarrado pueden haber. Estos, segun es costumbre, habian

preso á su señora, modo indirecto y establecido de pedir un agasajo.

Cuando volvieron á reunirse en la hacienda, se sirvió la comida.

— Delgado, ¿sabe Vd. que tengo decididamente hambre? dijo la Condesa, y que me siento capaz de comer la olla?

— ¡Como quien dice venablos! dijo la Asistenta.

— Estais tanto mejor, señora, dijo María, desde que se lo pido á San Antonio por la señora Doña Isabel.

— ¿Y quién es esa señora? preguntó la Condesa.

— Es, respondió María, el ama del Santo que le cuida y asiste con tal esmero y cariño, y el Santo la quiere tanto, que nada niega de lo que se le pida en su nombre.

— Tales disparates no se pueden oir; ni se puede sufrir que metan los criados su cucharada en todo, dijo á media voz D. Narciso.

— ¡Ojalá, gruñó entre dientes María, que ese *matasanos* no metiese la suya sino en la sopa!

— Señor, dijo impaciente la Asistenta, yo vengo sacando en claro que Vd. no tiene religion: vamos á ver: ¿cree Vd. en Dios?

— Pero. . . señora, dijo el filósofo, me parece, cuando ménos. . . que no es de sazon este exámen.

— Responda Vd., repuso vivamente la Asistenta, pues soy curiosa como una vieja que soy, y voluntariosa como bonita que no soy.

— Sí señora, sí, creo en un *Ser Supremo.*

— Voz indefinida. Pero, — adelante; ¿cree Vd. que hay cielo?

— Creo en la mansion de los justos.

— ¡Voz vaga! pero adelante: ¿cree Vd. en la oracion y su eficacia?

— Creo, debemos alabar al *Divino Hacedor,* como lo hacen los pajaritos al alba.

— ¡Buenos modelos de devocion! Pero... ¿y la eficacia?

— No creo en su inmediata consecuencia: es una arrogancia creer, que la *Divinidad* se ocupe tanto de nosotros, é intervenga en nuestros mezquinos intereses privados.

— Entónces, ¿á qué rezais?

— Oro sin exigencias pueriles: es mi culto un *himno de gracias y alabanzas.*

— ¿Con *alejandros*, como el del dia de mi santo?

— *Alejandrinos,* advirtió D. Narciso.

— Lo mismo tiene, respondió la señora; ¡para lo que yo los he de volver á nombrar!...

Todos se echaron á reir, y D. Narciso contestó picado:

— No soy poeta religioso, señora.

— Por cierto, dijo la Asistenta, que es el de usted un catecismo de nueva invencion, y me dejo cortar las orejas si se le puede hacer comprender al pueblo; y las narices, si lo entiende Vd. mismo. ¡Sobre que cuadra bien con aquellas *apreciables* S. T. T. L., y con aquello de que el diablo inventó el agur por no decir á Dios! [1])

Elia y Cárlos estaban conmovidos. La pura alegría de Elia reposaba á veces en un silencio enternecido, en el que la sonreia lo pasado y el porvenir, sucediéndole lo que al niño, que en el regazo materno sonríe á la vez á su madre y al ángel de su guarda.

Cárlos entregado únicamente á lo presente, estaba embriagado de gozo: solo veia, solo pensaba, solo se ocupaba de Elia.

— ¡Qué dia tan feliz! exclamó al fin, rebosando en estas palabras el enajenamiento de su corazon.

— ¡Qué dia tan feliz! repitió Elia, que ni sabia ni imaginaba fuese el disimular en sociedad á veces hasta decoroso.

— ¿Acaso existe la felicidad? dijo el misántropo filósofo: ¿dónde está? ¿qué es la felicidad? ¿Me lo querrá Vd. decir, señorita, Vd. que la preconiza?

Esto dijo el amable Delgado dirigiéndose á Elia, que como la parte mas inocente, débil é inofensiva, era por lo regular la que atacaba con sus agrias hostilidades.

Elia se quedó cortada con esta brusca interpelacion.

---

1) Dice el gran escritor Bonald:
«En Francia se ha sustituido la palabra *moralidad* á la de *moral.* En Alemania la de *religiosidad* á la de *religion.* En todas partes la de *honradez* á la de *virtud.* Es esto á la manera que la palabra *crédito* sustituida á la hacienda.»

— La felicidad existe, dijo la Asistenta, — en quien hallaba D. Narciso siempre un antagonista con espada en mano — consiste en *poder* y *querer* hacer el bien.

— ¡Jesus, señora! repuso el señor Delgado, en eso podrá consistir la virtud, pero no la felicidad.

— Por eso la cifro yo, dijo Elia, en hacer de nuestros deberes otros tantos placeres.

— Bien dices, Elia, le murmuró Cárlos de quedo; y así completaremos la felicidad de amarnos haciendo de ese placer un deber.

— ¿Qué piensa Vd. de esto? decia entretanto D. Narciso á la Condesa; ¿será un placer para un artillero ponerse ante la boca de un cañon?

— No es exacto ni justo vuestro argumento, Delgado, se apresuró á decir Clara. Hay deberes excepcionales y duros; pero aun estos tienen su satisfaccion, no en el acto de cumplirlos, sino en haberlos cumplido. Esto no obsta á que esté con Vd., que tanto conoce el mundo y el corazon humano, (aunque á la verdad no bajo su punto de vista mas ventajoso) en que la felicidad propiamente dicha no existe; y así la única dable es no desearla.

— ¡Eso es alta filosofía! dijo D. Narciso.

— Y á Vd., querido D. Benigno — dijo chancera la Condesa para evitar una intervencion armada que veia amenazadora en los ojos de su tia — ¿en qué le parece que consiste la felicidad?

— En no ofender á Dios, contestó el excelente hombre, á quien no turbaban ni imponian los sarcasmos.

— Esto es, dijo la Asistenta, *profundamente religioso.*

— ¿A qué se cansan, decia Cárlos al oido de Elia, en buscarla? La felicidad está en un secreto de amor como el nuestro.

— No, Cárlos, no, contestó Elia; un secreto es una media mentira.

— La felicidad, decia Fernando, es para nosotros el juguete en la mano del niño; tan luego como lo posee, lo destroza. Así la puso Dios en la esperanza. Estas se renuevan á la par que al realizarse las aniquilamos.

— Desengáñate, Fernando, dijo la Asistenta: hay gentes que nunca son felices; y esto consiste en ellas, y no en las circunstancias. La felicidad es como la buena tez: la da la sangre y no los mejunjes.

Cuando fueron á subirse en los burros, dijo Elia á María en un *aparte* que tuvieron:

— María, dos cosas tengo que decirte; la una... no puede ser por ahora; la otra es que dice D. Narciso que San Joaquin y Santa Ana no hablaban español.

— No me espanta, respondió María; ¡todo lo quiere ese renegado, á la estranjera!

TOMO II.

A l'ombre du figuier près du courant de l'onde
Loin de l'œil de l'envie et des pas du pervers,
Je bâtirai pour eux un nid parmi le monde
Comme sur un écueil l'hirondelle des mers.
Là sans les abreuver à ces sources amères
Où l'humaine sagesse a mêlé son poison,
De ma bouche fidèle aux leçons de mes pères
Pour unique sagesse ils apprendont ton nom.

LAMARTINE. — *Méditations.*

A DIOS.

A la sombra de la higuera, cercano á la corriente,léjos de los ojos de la envidia y del ámbito de los malvados, labraré un nido para ellos, como sobre un aislado escollo lo labra la golondrina marítima.

Allí sin abrevarlos *(á mis hijos)* en las amargas fuentes, en que el saber humano ha mezclado su ponzoña, de mi boca, fiel á la enseñanza de mis padres, por único saber aprenderán tu nombre.

CAPITULO I.

Habian regresado todos del campo. Cárlos con una pasion intensa y decidida á vencer todo obstáculo que se le opusiese; Fernando con una punzante inquietud y un impotente deseo de detener un torrente desastroso en sus consecuencias; Clara pronta á servir en todo á los amores romancescos, que no se la ocultaron; D. Narciso diciendo que no habia corazon mas inflamable que el de una devota; María pensando que tal para cual, y que eso no podia faltar. Solo la Asistenta y Don Benigno volvieron sin haber notado nada, ni maliciado lo mas mínimo; sin sospechar que la suave y transparente atmósfera en que vivian, se cargaba del ardoroso ambiente de tormentosas pasiones.

Se acercaba el carnaval. Era esta noche la del juéves de compadres. La Condesa, siempre dispuesta á divertirse, y siempre usando de sus derechos de niña mimada en casa de su tia, improvisó en secreto una *soirée,* como se dice ahora, ó sarao, como se decia entónces, para sacar, como ella dijo, á la soñolienta tertulia de su letargo, tal cual lo habia hecho Bonaparte con el leon español. Pero no con el fin, de que llenase como este, con sus *rugidos espantosos la tierra de pavor* [1]), sino para que con su brillantez y bailoteo, llenase á toda Sevilla de admiracion, haciendo morir de envidia á la Alameda vieja y sus inamovibles huéspedes, César y Hércules. Con este objeto, habia convidado la Condesa en nombre

---

1) Alusion á una canci n patriótica de la guerra de la independencia.

de su tia á cuantas personas se echó á la cara en los dias anteriores á este. Sucedia, pues, que se iban llenando los salones de una multitud de tertulianos exóticos, á punto que la amable y natural cordialidad de la Asistenta no podia sobreponerse á la sorpresa que la causaba la aparicion succesiva de tantas personas estrañas á su círculo habitual; resultando que se iba aumentando en su cara la admiracion cada recien llegado. Clara y Cárlos que la observaban, estaban en sus glorias, y riéndose á cual mas.

— Me hace recordar esto, dijo Cárlos á su prima, de unas bromas que teníamos unos cuantos oficiales alegres. Vestidos de paisanos fuimos una noche á la tienda de un montañes, que estaba en esquina y tenia dos puertas. Entró uno de nosotros por una puerta, saludó con cortesía al montañes, que estaba detras de su mostrador, y se salió por la otra. El montañes, lisonjeado de ver tan deferente urbanidad en un caballero de pocos años, devolvió el saludo con las mayores muestras de agradecimiento. Un minuto despues, otro de los nuestros hizo lo que el primero, y el montañes tornó á volverle el saludo, asegurando al montañuco tiznado de carbon que estaba á su servicio, que la juventud ganaba por dias en finura y buenos modales. No habia acabado este elogio cuando otro tercero y respetuoso saludo, hizo desvanecer la complacida sonrisa de sus labios, la que á la cuarta cortesía, fué reemplazada por una expresion admirada, como la que vemos en este instante en el semblante de la tia; al quinto se puso serio, al sexto, preguntó si trataban los de levita de burlarse de él; al sétimo gritó que aquello era una picardía, y al octavo, que lo hizo un muchacho tonton que llevábamos á remolque en nuestras excursiones, le tiró un candil á la cabeza.

Decíale entretanto el Maestrante que jugaba con la Asistenta:

— ¡Señora, van dos renuncios!

— ¡Qué quiere Vd., amigo, contestó la Asistenta, si no hago mas que corresponder á los saludos que recibo de tanta gente! ¿No está Vd. viendo que mi casa se ha convertido esta noche, sin saber yo el cómo ni el porqué, en una feria? Sobre que estoy como el rey en la corte, recibiendo gentes, que no conozco! Juego mas; solo.

— Tia, dijo Cárlos, acercándose con un caballero jóven y bien parecido, mi amigo Rioseco ha dias desea tener el gusto de visitar á Vd., que tiene relaciones con su madre.

— No digas relaciones, dí amistad, repuso la Asistenta: de ello me honro, así como de que su hijo favorezca mi casa.

— Tia, dijo á su vez la Condesa, presento á usted al señor Conde de Polikteiski, recomendable desgraciado hijo de Polonia.

— Muy señor mio, dijo la Asistenta, saludando á un rubio y peludo caballero. ¿De quién dijo que era hijo? preguntó la Asistenta cuando se alejaron.

— De Polonia, señora, del país mas revoltoso del universo[1]).

— Ya me tuvo el hijo cara de la madre; ¿á qué me traerá Clara aquí á ese oso rubio?

— Como es juéves de compadres. . . contestó el Maestrante.

— Es que yo no quiero en mi casa semejantes compadres, dijo apresuradamente la Asistenta. — ¡Qué dirá Inés!

— Codillo, señora.

— ¡Perder un juego así! exclamó rabiosa la Asistenta; ¡basto, malilla, un as, dos reyes! ¡y por culpa de ese Judío errante, que vendrá aquí, cuando mas y mucho, á poner una logia de masones para pervertir á la juventud! ¿A qué traerá Clara eso aquí? ¡Qué dira Inés!

Hizo entónces explosion el estrépito de una banda de música que Clara habia hecho introducir secretamente en un gabinete.

— ¡El pecado sea sordo! exclamó la Asistenta tapándose los oidos con ambas manos; ¿qué es esto? ¡Dios nos asista!

— ¡Como es juéves de compadres! . . . dijo su compañero de juego.

— ¡Dále con el juéves de compadres! replicó la Asistenta.

— En este instante Clara, trayendo de la mano á Elia alegremente sorprendida por la música, y acompañada de Cárlos y otros parientes jóvenes, se llegaron á la Asistenta y la rodearon con mil cariños y zalamerías.

---

1) El autor no ha podido averiguar á punto fijo la época de la invasion de desterrados polacos; perdónese, si lo es, este anacronismo insignificante.

— Pero... ¿qué es esto, señores? exclamó la Asistenta.

— ¡Esto es que vamos á bailar, tia! decia Clara, nos vamos á divertir y Vd. tambien; ¡venga Vd.! ¡venga Vd.!

— ¡Están locos! decia la Asistenta medio enfadada, medio risueña al verse rodeada de aquella alegre pandilla, ¡armar una fiesta! ¡en mi casa! ¡y sin contar con mi anuencia! ¡pues está bueno!

— ¡Si es juéves de compadres, tia!

— ¡Otra te pego con el juéves de compadres! ¿en ese dia por ventura no tengo yo voz en mi casa? ¡ah! ¡Clara, Clara! ¡Ya que no pudistes encajar la peluca, me metes un baile de contrabando en casa! á mí no me gustan esos alborotos. — ¡Jesus! qué dirá Inés!

— ¡Venga Vd., tia, dijo Clara, que va Vd. á ver lo mejor! y levantando casi á la fuerza á la buena señora de su silla, la sacaron del gabinete en que estaba, y se la llevaron á la sala.

Allí, en un momento, se vió subida Clara en una estrada que se habia colocado en el testero, teniendo en la mano cantidad de cintas de diferentes colores, cuyos largos cabos pendian los unos á la izquierda, los otros á la derecha. Era este espectáculo tan bonito y animado, que la sonrisa iba disipando en el semblante de la Asistenta todo resto de desaprobacion.

Hizo pasar Clara á las señoras á un lado y los caballeros al otro. Hizo á todos coger los cabos de las cintas sin deshacerse de ellas, hasta que cogidas todas, abriese su mano, quedasen sueltas, y cada pareja se hallase unida como designase la suerte. Los que así quedasen unidos por las cintas, eran compadres, y por precisa obligacion tenian que bailar uno con otro la primera contradanza.

— Que agarre tia una cinta, dijo Clara de lo alto de su estrada, y que quiso que no, tuvo la señora que acceder á las súplicas y empeños que de todos lados la hacian.

— ¡La celeste! murmuró Clara al oido de Cárlos al acechar la eleccion que de este color hacia Elia.

Cárlos siguió el consejo, y al soltar Clara las cintas, se halló unido por ese lazo de color de cielo á la que amaba.

Cárlos apretó agradecido la mano de su prima al ayudarla á bajar del tablado. Clara se echó á reir; pero paró su risa al notar la cara que ponia su tia, al verse, por una fatal casualidad, unida por la cinta que tenia en la mano, con el polaco. Fué tal el coraje de la señora, que mediendo la cinta en la mano de Clara:

— Carga tú con el compadre, le dijo, y díle al hijo de Polonia, como tú dices, que ni bailo, ni sé frances, y que soy por lo tanto una pésima comadre; á tí no te pesará, puesto que te llenas la boca al decir *hijo de Polonia*, como si dijeses los hijos de Pelayo.

Alejóse apresuradamente la señora, y se acercó á una puerta á la que estaba asomada la cabeza de María, que mas ceñuda y avinagrada que nunca, contemplaba aquel inaudito barullo.

— María, la dijo, llama á Pedro, menearse y andar lijeros, aprontad refrescos, dulces, bizcochos, pastelillos, bollos, tortas, que nada falta: ¡Vaya con esa niña! ¡no haberme siquiera avisado!...

— Ya ha cuidado de todo la señora Condesa, que bien hubiera podido dar la fiesta en su casa, respondió de mal talante María.

— ¿Y qué daño te causa que sea aquí, pizpireta? ¿estamos acaso en cuaresma? ¿no sabes que es juéves de compadres? dijo la señora.

— ¡Buenas se van á poner las esteras! gruñó María.

— ¡Anda á paseo! repuso impaciente la Asistenta, volviéndola la espalda.

María se fué murmurando, y se halló en el corredor á D. Benigno, que con un *dominguillo* encendido en la mano, tocaba de retirada, y se iba á acostar.

— ¡Ha visto Vd. el chasco! le dijo, ¡no contenta con volver patas arriba su casa, viene la señora Condesa á trastornar esta!

— ¿Qué dice la señora? preguntó D. Benigno.

— ¡Toma, dijo María, tan contenta! — ¡Tan satisfecha! respondió remilgadamente María, ¡tan embullada como los otros

— Pues entónces, repuso D. Benigno, me parece muy bien esta fiesta, y propia de juéves de compadres.

— ¡Vaya, mujer, dijo la Baronesa de San Bruno á la Asistenta, al verla pasar, que está tu sala hecha una olla de grillos! ¡y la concurrencia una mistiforis, un churiburi!

— Verdad es, Baronesa, ¿pero qué hago? ¿cojo una zaranda, ó mando tocar á silencio? ¡Esa Clara es capaz de alborotar un convento! ¡y ya no hay mas que, una vez en el burro... aguantar los azotes!

— ¡Qué fachas! prosiguió la Baronesa; aquel que habla con tu amigo Delgado, es un profesor que da lecciones á mis hijos; el currutaco aquel que da el brazo á Clara, es un hacendadete de tres al cuarto, hijo de un mercader que se hizo asentista... ¡Y no digo nada de aquel mata-moros feróstico que bailó con tu sobrina! ¡qué cara! Mira — la prudencia no riñe con nadie — díle á María que guarde los candeleros de plata.

— Pues para que veas lo que es, repuso la Asistenta, tus ponderaciones y alharacas me reconcilian con él. ¡Sobre que ahora que le miro mejor me parece un real mozo!

— ¡Cómprale dulces! dijo con sorna la Baronesa.

— No, respondió la Asistenta, pero si abre Clara una suscricion en su favor, como me lo ha dicho ha poco, pondré dos onzas.

— ¡Dichosa tú, repuso agriamente la Baronesa, que eres rica... que puedes darte el gusto de tirar el dinero para chafar á una amiga!

— Si no lo doy por caridad (que bien puede ser que así sea, que yo no miento), será para chafar una enormidad malévola, y compensar una injusticia mordaz, ¿estás, Baronesa?

Diciendo esto se alejó la Asistenta, y se acercó á la mesa en que jugaba su cuñada.

— Inés, la dijo, ¿qué te parece?

— Muy bien, Isabel, contestó está; pero yo me voy, porque es tarde y me duele la cabeza.

— ¡Quédate, Inés! suplicó la Asistenta, ¡anda, compláceme! ¡no te lleves á Esperanza!... ¡si hoy es juéves de compadres!... ¡deja que se divierta la gente moza!

— Perdóname, hermana, dispénsame, Isabel; pero el ruido y las jaranas me son antipáticas. Ademas sabes que no quiero

que baile mi hija, y no transijo sobre esto; así lo mejor es que me quite de compromisos: ahí te quedan mis hijos. — A Dios.

Habia bailado Elia la primera contradanza con Cárlos, el que segundado por la Condesa, habia fácilmente enseñado á Elia el fácil modo de bailar las contradanzas españolas, que tan bien se aviene con la graciosa languidez habanera, que las ha vuelto á poner en moda con el nombre de la *dancita*. Habia sido luego sacada á bailar Elia por Rioseco, que era un jóven teniente coronel de milicias, de arrogante figura, que no disimulaba la profunda impresion que le habian causado la belleza y angelical candor de Elia; y fué esto de una manera tan marcada, que á nadie se le ocultó, pero ménos que á nadie á Cárlos. Este, incomodado y sentido, se apoyaba en el quicio de la puerta, siguiendo á la hermosa pareja que se mecia graciosamente al compas de la música, con miradas ceñudas é inquietas. Acabóse el baile, y Elia se vino á sentar en el asiento que halló desocupado mas próximo á la puerta.

Cárlos, en lugar de acercarse á ella, se alejó, y se salió á la antesala; golpe heróico de celosos. Pero apénas habia notado Elia su ausencia, cuando ya Cárlos la habia puesto término, y estaba sentado á su lado, pero tan callado y tan ásperamente engestado, que Elia creyó ver en él otro hombre, y por segunda vez se encogió su corazon; esta vez no como la sensitiva, sino como la flor á la primera escarcha.

— Elia, dijo al fin Cárlos, ¿sabes lo que significa el color de la cinta que nos ha unido esta noche?

— ¿Celeste? respondió Elia, sí; la pureza de María.

Cárlos quedó un momento suspenso, como si la frase de Elia fuese la respuesta á sus íntimos pensamientos; pero al cabo de un rato añadió:

— En el lenguaje del mundo, Elia, significa celos. ¿Sabes lo que son celos?

— Sí, respondió Elia, es el dolor de haberse engañado en su cariño. San José los tuvo injustos de María, y así dice la copla de noche buena:

San José tenia celos
Del preñado de María,
Y en el vientre de su madre
El niño se sonreia.

— ¡Válgame Dios! exclamó Cárlos impaciente, ¡desgracia es inspirar pasiones y no comprenderlas! Elia. . . no estamos en tu convento. Sábete que la pasion que engendra celos, no aguarda pruebas; que en el mundo los celos no se fundan sobre convicciones, y que:

Son celos unos recelos
De una opinion mal fundada:
Si son algo, no son celos;
Si son celos, no son nada.

— Pues si no son nada. . . dijo Elia con dulzura.

— Es que, repuso Cárlos con vehemencia, lo que no es *nada* para el indiferente, es enorme para el que ama: es que este sufre cual el que anda sobre llamas, cuando ve á otros ambicionar sustraerle su amor, y que este se presta á ello, se distrae, olvida. . .

— ¿Y tú crees que he podido olvidarte? dijo Elia.

— Al ménos. . . que no has pensado en mí.

— ¡Sí, Cárlos!

— No lo creo.

— ¿Lo ves, Cárlos? . . . desde que he aprendido á *callar*, me crees capaz de *mentir!*

— Pero si veo que desde que empezó la música solo piensas en bailar, lucir y distraerte!

— Desde que oí la música, Cárlos, cantaba mi corazon palabras tan dulces! . . . ¡en un idioma que no pueden pronunciar los labios! Solo tu nombre sonaba distinto y repetido.

— ¿Muchas veces, Elia?

— ¡Tantas, tantas! . . . cuantos ángeles plegue á Dios enviarme á la hora de mi muerte. Así, Cárlos, no concibo esos celos que. . .

— Pero, Elia, dijo Cárlos interrumpiéndola, si me vieses bailar con otra y obsequiarla, ¿no los tendrias tú?

— No, respondió Elia; ¡no! Jamas me cabria el pensar que me querias ménos por eso; ¡nunca sospecharia que me engañabas!

— Pues yo, que no tengo tu admirable sangre fria, exclamó Cárlos volviéndose á montar, yo que tengo celos hasta de las brisas, á las que no bastándoles las rosas del jardin, vienen á posarse en tus labios, no quiero que bailes con nadie.

— No bailaré, dijo la dócil niña.

— Que no hables con nadie, prosiguió Cárlos.

— No hablaré, tornó á decir Elia.

— Que no mires á nadie, añadió Cárlos, haciéndose mas exigente á medida que mas sumisa hallaba á Elia, desfogando en despotismo el despecho que no podia desahogar en querella.

— No miraré, respondió Elia bajando los ojos.

— Pero... ¿porqué lloras? dijo Cárlos al cabo de un rato de silencio, al ver caer como estrellas del cielo lágrimas que brillaban por las mejillas de Elia sobre las flores que llevaba al pecho.

— ¡Lloro, respondió Elia... sin querer! Pero es porque siento haberte incomodado sin saberlo; y sobre todo porque jamas pensé que tales maneras y tal acritud pudiese tener nadie conmigo, y tú ménos que nadie.

— ¡Oh! ¡perdona!... ¡perdona! exclamó Cárlos vencido y fuera de sí: ¡perdona, Elia! ¡He sido duro, injusto, cruel; he envuelto en abrojos el corazon que debia colocar sobre armiño! ¡Discúlpame, Elia mia, y no juzgues la pasion por tu dulce y apacible cariño! Comprende bien que ha sido mi falta hácia tí un exceso de amor! Perdona que no haya tenido presente que el mortal que te ame, no podrá nunca hacerte descender á su esfera, y deberá elevarse á la tuya.

CAPITULO II.

Estaba Cárlos demasiado apasionado, y era Elia demasiado sincera para que pudiese quedar oculto su mutuo cariño. Así era que nadie ignoraba sus sentimientos, sino la señora de Calatrava, porque esta amaba tan tiernamente á su hija adoptiva, que ningun extremo de ternura gastado con ella podia parecerle estraño.

Muchas hablillas se hacian sobre esto: censurábase á las madres, criticábase á Cárlos, y sobre todo condenábase á la presuntuosa Elia. Se le trazaba á cada cual con admirable acierto la línea de conducta que debia seguir, las medidas que debia adoptar para lo sucesivo; en fin, era cada cual, — segun costumbre, segun lo sois vosotros que esto leeis, y yo que lo escribo, — avisado, prudente y entendido en negocios ajenos.

Explayábase sobre esto en aquella ocasion la Baronesa de San Bruno, que, como hemos visto, era una de aquellas personas que han nacido con un alma erizada de puas como un erizo, hostiles á todo por carácter, por tono, por costumbre, haciendo de la crítica zancos para elevarse, sin tener en cuenta que esos mismos zancos ponen mas á la vista las propias deformidades. Estos entes desgraciados colocados en la sociedad como atalayas por la envidia, como telégrafos por la maledicencia, parecen haber recibido la triste mision, opuesta á la de la abeja que de todo saca miel, de sacar veneno de todo. ¿Y quién podrá corregir este defecto capital de nuestra época? ¿qué freno podra retener ese desprestigio general que se ha echado sobre las cosas y los hombres, con la misma mano y espíritu atrevido que ha desdorado los altares? El ser nosotros virtuosos; que con la virtud entran en nuestros corazones sus compañeras la benevolencia y la indulgencia.

La Baronesa, decimos, daba rienda suelta á sus comentarios, afirmando no comprender la conducta pasiva de la Marquesa. Cordobesa de la Cepa [1]), tan ridículamente vana como una de sus parientas, que habiendo á la muerte de una reina de España, oido tocar una campana, que no doblaba nunca sino en la muerte de alguno de la Cepa, preguntó con un

---

1) Bajo el nombre de *Cepa* se conoce el doble concedido por el cabildo de la Santa Iglesia catedral de Córdoba en 1368, el cual se hace con la campana mayor y otras tres, á la memoria de los descendientes de los señores D. Alonso Fernandez de Córdoba, Señor de Montemayor, á los de D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, Señor de Aguilar, y á los de D. Diego Fernandez de Córdoba, Señor de Lucena, en reconocimiento de la defensa que en 1366 hicieron de aquella ciudad contra el Rey D. Pedro coaligado con los moros de Granada.

escandalizado remilgo. — ¿Dobla nuestra campana? ¡Pues qué! ¿La Reina era acaso de la Cepa? — Guardábale aquella señora ojeriza á la Marquesa por el siguiente motivo.

Era la alcurnia de la Baronesa ingerta en planta algo fresca, de lo que resultaba, que su casa que era magnífica, reunia al mejor gusto de épocas en que las artes estaban mas en flor, mas comodidades y mas solidez que la casa de los Orreas, que no solo era anterior á la conquista y al repartimiento, que fué cuando le cupo en suerte á un Orrea, sino que á ser un caseron vetusto, reunia lo destartalado, y estar situado en mal sitio, pues los antíguos Grandes se aislaban, como si temiesen les faltase espacio para estirar sus poderosos brazos; y levantaban alto los techos, como si temiesen les faltase altura para alzar sus erguidas cabezas.

Habiendo necesitado una obra de consideracion la deteriorada casa de la Marquesa, dijo la Baronesa en una ocasion, que la casa de la Marquesa era una capa burda remendada y de mala hechura, colgada en una zaquizamí. No faltó un *corre-vé-y-dile*, mas diligente que un correo palomo, y mas expeditivo que un camino de hierro, que se lo repitiese á la interesada, la que dijo sin salir de su calma, que nadie como la Baronesa, que vivia en una casa tan nueva y hermosa, tenia razon en opinar así; que consistian todas las faltas de su casa en ser muy vieja, siendo por cierto una fatalidad redundase en mal para las casas, lo que redundaba en bien para los pergaminos.

No hemos averiguado, si á fuer de cristiana, perdonó este dicho la de la casa nueva á la de la casa vieja, á la hora de su muerte.

No obstante, la Marquesa, á pesar de su aparente indiferencia y abandono, no estaba tranquila: porque aunque le parecia cosa sencilla y fácil el cortar de raíz, cuando determinase, esta *atolondrada fervorotada* de su hijo, le temia á su carácter impetuoso, el que podria llevarle á hacer extremos y exterioridades que diesen que hablar, é hiciesen perder á Elia, cuyo buen nombre era para ella un sagrado.

Consideró, pues, que ya no habia tiempo que perder, y deter-

minó hablar á su hijo, y convencerle ó forzarle á volver á su regimiento.

Entónces, una vez puesta tierra por medio, estaba tranquila; porque pensaba — y pensaba bien — que no habia amoríos que resistiesen á la razon, al tiempo, y á la ausencia reunidos.

Por su parte hacia tiempo que Cárlos habia determinado abrirse á su madre, habiéndolo dejado de dia en dia por no hallar medio de abordar la cuestion.

No habia buscado intermediario, porque á nadie conocia que ejerciese influencia sobre su madre, en punto á cosas de familia. Solo su tia habia podido intervenir entre madre é hijo; pero la delicadeza de Cárlos no le permitia mezclar en este asunto á su tia.

Un dia, pues, que habian acabado de almorzar, y se habian retirado los criados, le dijo de repente con tono templado pero firme, la Marquesa á su hijo:

— Cárlos, aunque sea contrario á la dignidad materna el mezclarse en las intrigas amorosas de sus hijos; aunque yo sobre esto, — como lo hago sobre otras cosas, — quisiera cerrar mis ojos de madre, no es posible en esta ocasion presente. Es mi deber el precaver y evitar las resultas de tus atolondros, que tú con tu irreflexivo carácter, ni prevees, ni piensas: por lo tanto, me veo en la necesidad de prescribirte tu ulterior conducta, cuando la anterior ha dado pábulo á comprometer á una jóven.

Al oir este inesperado exordio, los tres hermanos quedaron sorprendidos y sobresaltados.

Fernando, conociendo el carácter de su madre, y la pasion é intenciones de su hermano, presagió una escena violenta, cuyo resultado podria no ser el que aguardaba la Marquesa, y así le dijo:

— Madre, nosotros los hombres nos entendemos mejor entre nosotros; si quereis darme el encargo de hacer saber á Cárlos vuestra voluntad, se podrá evitar de esta suerte una escena, que para ambos debe ser igualmente penosa.

— No, respondió la Marquesa, los consejos de una madre

solo en sus labios tienen toda su fuerza; su voluntad solo en su boca tiene toda su autoridad.

Esperanza miraba á su madre temblando y descolorida. Fernando se sentó agitado y bajó la cabeza. Cárlos pensó en Elia, se limpió el sudor de la frente, y se serenó al decirse: ¡ahora ó nunca!

La Marquesa atribuyó la visible emocion de sus hijos, á la sorpresa que les causaba hallarla sabedora de los amores de Cárlos, y creyendo por lo mismo conseguir mas fácil y prontamente su intento, prosiguió con calma:

— No es mi ánimo, Cárlos, reconvenirte por haber puesto los ojos en una muchacha, que deberia haberte sido sagrada, como huérfana y como protegida de tu tia. Tu razon te lo demostrará mejor que pueden hacerlo mis palabras; tu conciencia, cuando le des oidos, lo hará mas sentidamente que mis razones.

La opinion de Elia ha padecido por tus inconsideradas exterioridades, y la opinion, Cárlos, es el primer dote que pide un hombre á la mujer que hace suya, la mas bella recompensa que da ella á sus padres, y la mas gloriosa herencia que deja á sus hijos: es su corona en el mundo, su epitafio en la tumba; y esa opinion, Cárlos, es como una rosa que se ajase de mirarle. Así, pues, es preciso se desvíen de Elia esas miradas del mundo, que marchitan. Para esto no hay mas que un medio; es fácil, sencillo, no llama la atencion, y sobre todo... es mi voluntad. Cárlos, partirás inmediatamente.

Reinó un rato de silencio: sobre las cruzadas manos de Esperanza cayeron dos gruesas lágrimas.

— Por fin, Cárlos con tono deferente, cual le inspiraba su profundo respeto á su madre, pero decidido cual se lo daba su vehemente pasion por Elia, dijo á su madre:

— Madre, si lo exigís, partiré. Mas, no penseis por eso que yo renuncie á mi consagrado amor: él es mi vida, mi alma, mi destino, y todo mi ser. Amo á un ángel que Dios ha puesto en la tierra, para cerciorarse de si los hombres lo sabrian apreciar; ha acogido mi amor, y nada en el mundo puede separarnos.

Fué tal la sorpresa de su madre al oir estas palabras, que enmudeció por lo pronto, fijando sus ojos atónitos y desmesuradamente abiertos sobre su hijo, miéntras que una palidez mortal se extendia sobre sus facciones.

— ¿Qué? . . . dijo al fin con vez ahogada, ¿qué es lo que te atreves á proferir en mi presencia? ¿que no hay poder en el mundo que te pueda apartar de una insensata demencia? ¿me han engañado mis sentidos? . . . ¡Es mi hijo, el hijo del hombre que amo y venero en la tumba, quien ha proferido esas palabras!

— Sí, madre, sí, es vuestro hijo, que está pronto á sacrificaros todo, ménos su cariño. ¡Oh, madre! ¡madre! ¡no le condeneis! ¿Porqué habiais de condenar un sentimiento tan puro, tan noble, tan invencible? No me forceis á desconocer vuestra autoridad, á la que me he sometido siempre! ¡que he consultado con la confianza del pastor á las estrellas que no fallan! ¡Consentid, madre! . . . Para que recibiendo á mi compañera de vuestra mano, me sea sagrada dos veces!

— ¿Y te atreves siquiera á imaginar, exclamó la Marquesa fuera de sí, el unirte á. . . ¡Sí! caiga el velo que cual una nube preñada de tormentas y males ha cubierto el fatal secreto de su nacimiento! Sabe, pues. . .

— ¡Oh! madre, dijo Cárlos interrumpiéndola con exaltacion, ¿qué me importa? ¿me haria mas feliz, la amaria yo mas entrañablemente, si fuese hija de un rey? ¿que me importa cuáles sean las flores en cuyo seno se crió la miel que ha de endulzar mi vida? Madre, ¿querreis tener en cuenta preocupaciones al decidir mi suerte? Solo el orgullo puede tenerlas en mas que la inocencia, la virtud y la hermosura!

— ¡Está demente! dijo la Marquesa con voz sofocada: ni oye razones. . . ni escucha á su madre. . . ¡ni atiende á nada! Vuelve en tí, Cárlos! habla como hombre cuerdo á tu madre, y deja las novelas para circunstancias ménos graves.

— No seais, madre mia, inexorable en vuestra oposicion como yo incontrastable en mi firmeza. Mandadme lo *posible,* para que pueda obedeceros que es todo mi deseo; y no estrelleis vuestra autoridad, que venero, contra un imposible.

— ¡Huye de mi vista, hijo rebelde! — exclamó la Mar-

quesa trémula con la indignacion que su carácter altivo y su genio violento agolparon en su corazon, al oir á su hijo; — que el sol de mañana no te alumbre aquí. No vuelvas á parecer ante mis ojos, sino cuando traigas tu sano juicio, el sentimiento de tus deberes, los miramientos que debes á tu familia, y el respeto que debes á tu madre.

— ¡Partiré, dijo Cárlos levantándose, partiré! pero no ántes de haber renovado en vuestra presencia el juramento que he hecho á Elia á la faz del cielo, á fin de que no confieis para que lo olvide, ni en el tiempo, ni en la ausencia, ni aun en vuestra autoridad. Elia que amo y que me ama, Elia en quien confío, y que en mí confía, Elia será mi mujer.

La Marquesa se levantó erguida, su rostro estaba desencajado, sus dientes rechinaban, y alargando su brazo hácia su hijo, cayeron de sus pálidos y trémulos laibos estas terribles palabras:

— ¡Pues llévala en arras, hijo indigno, la maldicion de tu madre!

Esperanza lanzó un grito. Fernando se abalanzó á su hermano, que cayó anonadado en sus brazos.

La Marquesa salió con pasos precipitados. Esperanza la siguió torciéndose las manos.

— Madre, madre. . . ¿dónde vais? exclamó al ver que esta se ponia la mantilla.

— Voy, contestó la Marquesa, á desengañar á la osada que se ha atrevido á admitir juramentos insensatos y á fomentar una demencia; voy á disipar sus ilusiones locas!

— Madre, volvió á exclamar Esperanza echándose de rodillas delante de su paso, Elia está indispuesta. ¡Dejadme ir á mí! ¡Dejad que una amiga le abra los ojos, si en ello persistís. . . pero no vayais vos! ¡no vayais. . . ¡en este momento al ménos. . . no vayais!

— Déjame, respondió la Marquesa, desprendiéndose de las manos de su hija, con las que se asia esta á sus rodillas: — ¡que no halle yo hoy en cada uno de mis hijos un contrario! — Diciendo esto salió, y Esperanza, anonadada, quedó de rodillas con los brazos extendidos hácia la puerta por la que habia salido la Marquesa.

CAPITULO III.

Estaba Elia algo indispuesta, recostada en su sofá. Habíale arropado María, que en pié delante de ella, con un vaso y una cuchara en la mano, le decia:

— Vamos, Elia, toma este lamedor de malvavisco: yo misma lo he hecho, y está muy rico.

— Lo tomaré, María, respondió Elia; pero aunque tú misma lo hayas hecho, está muy feo; — y hacia un gracioso gesto de asco.

— ¡Cómo arde tu piel! dijo María pulsando á la niña.

— Empeñada estás en que estoy mala, repuso esta, y todo por hacerme tragar tus queridos jarabes: tómatelos tú, ama; que yo aunque rabies, estoy buena, buenísima, y mas contenta y mas alegre que unas pascuas, porque mañana ó pasado ó el otro, sale á luz mi secreto. Y desde ahora te digo, que tú de puro contenta, no vas á dormir en tres noches, ni á gruñir en tres dias.

— Siempre será ese secreto, dijo María sonriendo para sus adentros, con el que me tienes tan curioso, la montaña que parió un raton.

— Al contrario, repuso Elia con viveza y ahinco, al contrario, María, es el raton el que va á parir la montaña: ¡verás! . . . ¡verás!

Abrióse de repente la puerta del cuarto, y la Marquesa, pálida, severa, imponente, apareció en el quicio.

La cuchara cayó de la mano de Elia, y María se volvió sorprendida.

— María, alejaos, dijo la Marquesa, que tengo que hablar á Elia.

María no se movió, y dejó caer sobre la asustada Elia una mirada de insondables sentimientos tiernos.

— ¿Me habeis oido? dijo secamente la Marquesa al cabo de un momento.

María, aturrullada y confusa, se retiró.

— ¡Seria posible! . . . no, no, ¡no lo es! ¡no puede ser! ¿Y mi señora? . . . ¡no puede ser! seria preciso, si lo hiciese. . . ahorcarla con su propia lengua! iba María murmurando.

Cuando María hubo cerrado la puerta, la Marquesa tomó una silla, y se sentó á alguna distancia frente de Elia.

— Elia, le dijo, hay cosas en este mundo que pueden quedar ocultas miéntras que el ignorarlas no da pábulo á graves males; pero que deben descubrirse si no se halla otro medio de evitar estos males. Este es el caso respecto al secreto que se te ha guardado con el de tu nacimiento, por lo cual me veo precisada á revelártelo.

Calló un momento y prosiguió:

— Escúchame, y sírvate lo que te voy á referir de gobierno, para graduar lo que en adelante te toque hacer. En uno de los viajes que hizo mi hermana al campo, en el que la acompañé, nos detuvimos en la venta que se halla en el camino, por el empeño que puso mi hijo Cárlos en ir á besar la mano al Cura, á quien queria mucho, y al que vió á la puerta de la venta.

Mi cuñada quiso saber qué motivo poderoso le determinaba á entrar en Sevilla, donde ya hacía estragos la primera epidemia que tan desastrosa fué. Nos retirámos á un cuarto, y el Cura nos contó lo siguiente:

«Habrá ocho dias que me despertaron fuertes golpes que daban á mi puerta; me levanté, y abrí. Un hombre desconocido, que se tapaba la cara con una manta en que venia embozado, me dijo se necesitaba mi ministerio, y que le siguiese. Vacilé un instante ante aquella imponente aparicion; pero en seguida le dije: — andad, que os sigo. — Atravesámos las solitarias y oscuras calles del lugar, hasta llegar á la salida, en la que hallámos dos caballos atados á un árbol. — ¿Dónde vamos? le pregunté. — A donde se necesita de vuestro ministerio, tornó á contestar.

«Vi que me exponia á ser parte ó víctima en algun lúgubre misterio. Pero me encomendé á Dios, y seguí á mi guia.

«Habríamos andado á buen paso media hora, cuando se paró mi conductor en la portada de un olivar cercado. Nos apeámos, y me llevó por una vereda angosta, hasta llegar á un claro en que ardia una hoguera; en su alrededor estaban sentados ocho ó diez hombres: no era fácil equivocarse; eran ladrones. — Padre, me dijo uno de ellos, jóven y de buena

presencia, y que parecia el jefe, á juzgar por su porte altanero y su tono de mando: confesad á esa mujer; y me señalaba, al hablar, á una infeliz, que estaba tendida en el suelo sobre una manta; en seguida se alejó con sus demas compañeros. Pensé que iban á asesinarla, y mi sangre se heló en mis venas. Me acerqué á ella, y viendo que no hacia movimiento, la alcé la cabeza; la luz de la hoguera dió de lleno en su rostro: era hermoso. — Padre, exclamó la malhadada, yo me siento morir. Pero ántes quiero confesar mis culpas, que son sin cuento! Decid, padre, decid, ¿podrá nunca morir en paz tan gran pecadora? ¿concederá Dios esta gracia á la que la pide, cuando ya no le queda otra cosa que pedir? — Tranquilicé cuanto pude aquel agitado espíritu, y vine en conocimiento al redoblar sus quejidos, de que la infeliz estaba con dolores de parto. Era urgente procurarla socorros temporales. Llamé al capitan, le hice presente el peligro que corria la paciente, y me brindé á llevarla á mi casa, en la que mi hermana la daria la asistencia que la era indispensable. Despues de algunas objeciones que allané, se avino á mi propuesta; pero con la condicion de que en pasando algunos dias, los mas precisos á su restablecimiento, se la volveria á entregar, acerca de lo cual le empeñé formalmente mi palabra. Fuéme preciso concederle su exigencia, lo que sin embargo hice poniendo á mi vez por necesaria condicion el que ella lo consintiese voluntariamente; pero esto no parecia dudarlo el bandolero.

«Trájose, pues, la infeliz á mi casa, en la que despues de infinito padecer, dió la existencia á una niña, perdiendo la suya, que entregó en manos del Señor, lavada en las eficaces aguas de lágrimas de contricion. Cuando vino por ella el que me la entregó, le llevé al féretro. Mucho tiempo estuvo en silencio contemplando con asombro aquellas hermosas facciones, que blanqueaba y serenaba la muerte, como purifica y tranquiliza el alma del que sabe morir como cristiano. Así se hallaban á cada lado del féretro de aquella bella jóven, á quien el amor costó la honra y la maternidad la vida, el hombre que la perdió, y el que tuvo la santa mision de salvarla; el que lleno de terror y espanto consideraba aquella muerte

como un horroroso castigo, y el que rezaba tranquilo considerándola como una misericordiosa disposicion de Dios.

«Traje á la criatura; pero al verla el bandolero, prorumpió en una imprecacion, cual si le reprochase la muerte de su madre, se golpeó la frente, y se arrojó fuera de la casa.»

— ¿Y . . . la abandonó? exclamó Elia, que con las manos cruzadas y el alma en sus bellos ojos, escuchaba el relato de la Marquesa, conmovida; pero sin atinar á comprender el secreto en que vendrian á combinarse estos lejanos hechos, y que tan solemnemente le habia sido anunciado por la Marquesa.

— ¡Pobre criatura de Dios! ¡Pobre desamparada! siguió murmurando en queda voz . . . al ver que la Marquesa proseguia, sin contestarle, la relacion del Cura.

— «Aguardé aun varios dias á ver si volveria su padre por la criatura, que habia bautizado con el nombre de su madre. Pero no habiendo parecido nadie, me vi precisado á encomendar á la providencia de Dios y á la caridad de los hombres, á la pobre huérfana abandonada, y llevarla á la inclusa de Sevilla.»

— Que es el purgatorio de los ángeles que expían las culpas de sus padres [1]), exclamó mi cuñada con su acostumbrada petulancia. Traiga usted la criatura, señor Cura, que quiero verla.

Se la trajeron dormida; pero al tomarla Isabel, abrió los ojos y pareció fijarlos en los suyos. Isabel, que siempre se deja llevar por su primer ímpetu, la besó y dijo: — Señor Cura, esta niña es mia. — Esa niña, añadió la Marquesa levantándose, *eras tú!* Ahora. . . pesa bien si la hija de un facineroso y de una mujer perdida, puede pensar en unirse á las dos primeras casas de Andalucía.

Diciendo esto salió la Marquesa, ostentando una tranquilidad no alterada, que desmentian un temblor involuntario y una palidez mortal.

María, que no se habia alejado, vió salir á la Marquesa, y se apresuró á volver al cuarto de Elia. Sus gritos atrajeron á todos los de la casa, cuando al entrar halló á la

---

1) Téngase presente la fecha en que se habla.

niña que habia criado, que habiendo caido sin sentido, yacia en el suelo como un cadáver.

Con pasos acelerados y sostenida por D. Benigno, llegó la Asistenta.

— ¿Qué es estó? exclamó atravesando el cerco de criados que rodeaban á la inanimada Elia, ¿qué ha sucedido?

— ¡Que se muere! . . . ¡que se muere! gritaba María, que habia perdido la cabeza.

— ¡Elia! ¡Elia! ¡hija de mi corazon! exclamó la Asistenta, ¡un médico! ¡un médico! corred, volad todos!

D. Benigno corrió á abrir la ventana: — Pedro á traer vinagre.

— ¡Pero, María, estás sin tino! decia la Asistenta: ¡habla! dí; ¿qué ha motivado esto?

— No lo sé, respondió María, yo no estaba aquí.

— ¿Pues dónde estabas, mujer descuidada, yo que confiaba en tí para cuidarla en su indisposicion que creí leve?

— Señora, respondió María, la señora Marquesa me mandó salir.

— ¿Mi hermana ha estado aquí? dijo sorprendida la Asistenta.

En este momento Elia, que se habia acostado sobre el sofá, abrió los ojos, los que apénas hubo fijado en el angustiado rostro de la Asistenta, cuando levantándose con un repentino impulso, se echó á sus piés, y abrazando sus rodillas:

— ¡Señora, señora! exclamó, ¡yo no soy hija de una amiga vuestra; soy la despreciable hija de un bandolero . . . de un padre que me abandonó! ¡yo no soy digna de que me deis el dulce nombre de hija; llamadme esclava, señora! ¡Yo serviré á vuestros criados si no desdeñan mis servicios! ¡Yo me pondré en mi lugar, y poco me costará si de todos vuestros beneficios me dejais el que mas vale, el que mas aprecio. . . vuestro cariño!

Sus sollozos no la dejaron proseguir. La señora de Calatrava se habia echado en un sillon, pálida, trémula; y á la mas dolorosa sorpresa que se habia pintado en su franco y expresivo rostro, iba siguiendo la mas violenta cólera. —

¡Esto es una iniquidad! murmuraba, ¡esto es una vil traicion¡ ¿Y á qué? ¡y sin prevenirme!... ¡eso es tener corazon de tígre! Levanta, hija mia, dijo estrechando á Elia sobre su corazon, este es tu lugar, y lo será siempre. Eres mi hija; y quien no te quiera considerar como tal... que se aleje de mí para siempre! ¡Yo te vengaré, hija mia! ¡Quieren rebajarte; yo te subiré, ó he de poder poco! ¡Hija mia, hija mia!

Pero Elia no le respondió; habia caido en un nuevo síncope acompañado de delirio.

— ¡Señora, señora! gritó María loca de dolor, ¡la han matado! ¡esto es una puñalada! ¡Señora, señora! la niña estaba mala ya; y esto la abre la sepultura! ¡Clama al cielo! ¿qué le habia hecho esta inocente, esta rosa sin espinas? y María deshacia en lágrimas.

— María, no aflija Vd. mas á la señora, dijo Don Benigno, sin apartar la vista del alterado y lloroso semblante de la Asistenta.

— ¡Consuélela Vd. si puede! contestó María.

Entró en este momento Pedro con el médico, que hizo sangrar y recoger en cama á Elia, prometiendo volver algunas horas despues.

Cuando este se hubo ido, hizo seña la señora á D. Benigno de que la siguiese, y se fué á su cuarto.

— Traiga Vd. el tintero, le dijo cuando se hubo sentado, con la voz clara y las palabras breves que le eran naturales cuando estaba sobreexcitada.

D. Benigno se aturrulló de tal modo al oir estas palabras y al presagiar lo que iba á suceder, que en lugar del tintero trajo el candelero.

— ¿En qué está Vd. pensando, hombre de Dios? dijo la Asistenta con rabia, levantándose y trayendo ella misma el tintero con la agilidad de una jóven.

Cuando todo estuvo preparado, dijo la Asistenta:

— Escriba Vd.; y dictó:

— «Me has matado á mi Elia....

D. Benigno se detuvo, miéntras temblaba la pluma entre sus dedos, como si la hubiese movido el aire.

— ¿Porqué no escribe Vd? preguntó la señora.

— Pero. . . ¿á quién va dirigida la carta? preguntó á su vez D. Benigno, incapaz de empezar una carta sin encabezarla con el nombre de la persona á quien iba dirigida.

— Ya lo dirá el sobre, contestó deshaciéndose de impaciencia la Asistenta.

— «*Elia*, repitió D. Benigno, despues de haber estampado la frase.

«Me has hecho traicion, siguió diciendo la Asistenta, me has herido en la parte mas sensible de mi corazon; ¡me has ofendido irreconciliablemente! La crueldad de tu proceder *con mi hija*. . .

— (Subraye Vd. la palabra *hija*, Don Benigno): *con mi hija*, — ¿está?

— Sí señora, respondió con doliente voz el secretario.

La señora prosiguió:

«Y tu ofensiva é inexplicable conducta para conmigo, me llevan á declararte que tanto tú como tus hijos, podeis renunciar para siempre, á mi amistad, tú; á mis bienes, ellos.»

Hasta la palabra amistad inclusive, escribió bien que mal D. Benigno; pero cuando llegó á la de *bienes* se le cayó la pluma de las manos, y suplicó á su señora con un valor nunca visto en él, que retractase aquella inmeditada sentencia, ó que le eximiese del cargo de estamparla, cargo que le era imposible cumplir.

La Asistenta le arrancó el papel de las manos, echó dos borrones, puso con letras grandes y desiguales la cuestionada palabra *bienes*, firmó la carta, la dobló como Dios quiso, le puso una grande y cuadrada oblea encarnada, luego el sobre y la envió en seguida en casa de su cuñada.

Media hora despues recibió una esquela primorosamente doblada. Era este su contenido:

«Las casas de Orrea y Córdoba han vivido siglos en opulencia y con decoro, sin que para eso hubiesen menester tu caudal. Por lo tanto lo miramos todos con indiferencia, dejando la sed de oro á las clases y almas bajas. No me sucede otro tanto con tu amistad, que siento haber perdido. He

dado un paso acaso duro, pero necesario: á grandes males, grandes remedios. Pero no trato ni trataria de disculparme, en razon de que no reconozco otro juez á quien satisfacer, que mi conciencia.

«Tu S. S. q. t. m. b.

INES DE CORDOBA.»

— ¡Y llama, exclamó indignada la Asistenta despues de leida la carta, llama esa cuñada mia *grandes males* al que yo mime á ese ángel, y que la llame mi hija! ¿Podrá creerse? ¡Pues mi hija ha de ser! . . . ¡pésele á quien le pesare!

De lo que es fácil deducir que la Asistenta estaba á mil leguas de sospechar la peripecia de aquel drama, cuyos efectos tocaba sin adivinar las causas.

CAPITULO IV.

Cuando salió la Marquesa de su casa, Esperanza, fuera de sí, llamó á su hermano Fernando, le contó sollozando la determinacion que habia tomado su madre en su concentrada ira, y le suplicó fuese á traer al padre Salvador, de Capuchinos, confesor de la Marquesa, única persona á quien se le conocia ejercer algun influjo en aquella alma altiva, cuyo temple no cedia al del acero, y tan celosa de su autoridad de madre. Esta autoridad la habian hecho siempre respetable á sus hijos el juicio y la austeridad de la viuda, la nobleza y dignidad de la señora, la entera consagracion á los intereses de sus hijos, de la madre; las virtudes de la cristiana.

— Solo su confesor, decia Esperanza á su hermano, solo su voz, que es la de la religion, podrá aplacar esta tormenta del alma, como el Salvador del mundo calmó la de las olas del mar.

Fernando aprobó el dictámen de su hermana, y para evitar toda intervencion de criados en tan críticas circunstancias, fué en persona al convento, del cual volvió trayendo consigo al padre Salvador.

Era tan venerable el aspecto del religioso, en su tosco sayal y con su plateada barba, que hacia patente que no es en el oro ni en la seda en lo que resplandece mas la dignidad del hombre.

Cuando regresó la Marquesa, ya el padre Salvador sabia que sobre aquella casa tan virtuosa y pacífica habia caido cual un rayo el anatema materno, dejando su huella funesta, y conmoviéndola hasta los cimientos.

Al ver á su confesor se sorprendió amargamente la Marquesa, tan exasperada ya; echó una mirada de indignada reconvencion á sus hijos, y con la mano les hizo seña de salir de su presencia.

Cuando se hubieron alejado, dijo la Marquesa con aspereza al Capuchino:

— Habeis sido llamado, segun presumo.

— Y bien: si así fuese . . . contestó el religioso.

— ¡Creeria que ha sido una inaudita insolencia en mis hijos la de quererme imponer un juez!

— No vengo como juez; vengo como mediador.

— ¿Y qué, pensais por ventura convencerme á que consienta en el monstruoso casamiento que intenta hacer mi hijo?

— Sabeis, señora, que jamas he intervenido en los negocios temporales de vuestra casa: ménos mundano y mas elevado es el interes que me trae.

— Ante todas cosas, padre, supongo estais enterado de la enormidad de los proyectos de mi hijo, del escándalo de su conducta, de la insolencia de su emancipacion. Siempre temí se portase segun era de temer de su poco seso, y de lo perverso de sus principios. Pero que pensase, como intenta hacerlo, deshonrar á su familia, mancillar su nobleza, desafiar la opinion pública, manchar su estirpe y la de sus hijos, y hollar á sus piés, á los veinte y dos años, la voluntad de su madre, eso . . . no, jamas pude figurármelo! !

— Vuestra juventud santamente pasada en el retiro del convento, repuso el P. Salvador, vuestro carácter sentado, vuesto feliz matrimonio, os han preservado de las pasiones; no las conoceis, no graduais su violencia, y así juzgais sus resultados con demasiada severidad.

— ¿Quereis disculpar desenfrenos y locuras?

— De ningun modo. Solo os advertiré, Señora Marquesa, que nunca es la pasion mas absoluta y decidida, que cuando, se halla hostigada con obstáculos despóticos; ni mas arrogante, que cuando se la desprecia. La dulzura, la prudencia alcanzan mas con el tiempo, que lo que pueden hacer de pronto el rigor y la intolerancia.

— ¿Y es un ministro de la religion, un juez en el confesonario, dijo con agria ironía la Marquesa, el que aconseja lenitivos hácia las pasiones?

— Porque lo soy, por eso lo hago, señora y si no... ¿se arrodillarian muchos á nuestros piés? Marquesa, añadió con voz compasada pero firme el Director: os habeis conducido con violencia y con soberbia, aunque en lo que condenais llevais razon, y en prohibirlo estais en vuestro derecho. Y así vuestra voluntad se hará, vuestro hijo partirá, no podeis ni debeis exigir mas por ahora; pero vos retractareis vuestra maldicion materna, dada con harta lijereza.

— ¡Yo! ¡yo! exclamó la Marquesa, cubriendo sus pálidas facciones el carmin de la cólera. ¡Yo retractarme un momento despues, de lo que hice un momento ántes! ¡Yo humillarme á mis hijos! ¡yo ceder á un rebelde insensato!... ¡Os chanceais, padre! ¡harto sabeis que la veleidad no es culpa de que tenga que abochornarme!

— Pero ha de ser en esta ocasion virtud de que os podais gloriar. Os lo he dicho hartas veces, Marquesa, la humildad, esa virtud tan pequeña, tan menospreciada, que cual el diamante sin pulir, ni luce ni brilla, esa virtud es no obstante el guia mas seguro para la perfeccion.

— Si la humildad exige de una madre bajarse y acatar á un hijo demente y aferrado en su demencia; si exige esta virtud que á él le dé su madre alas, en lugar de ponerle trabas, para correr á un precipicio ... señor, una buena madre renuncia á tal virtud.

— Pues, miéntras sostengais lo hecho, dijo el P. Salvador levantándose, no podreis bajo mi direccion acercaros á los santos sacramentos.

— A bien, repuso con irritada altivez la Marquesa, á bien

que hay otros sacerdotes en Sevilla, que mirarán el asunto bajo otro punto de vista, y no exigirán de mí una cosa que comprometa mi dignidad! Cese la causa, y cesará el efecto. Predique usted esa humildad al hijo en quien mas propia es que en la madre.

— No soy director de su conciencia, señora: lo sabeis.

— Pues tampoco lo sois ya de la mia: no quiero dejar á ese indómito esa ventaja.

— Pues cesan aquí mis funciones, repuso sin alterarse el confesor. Nuestro yugo es tan voluntario en el que lo lleva, que basta desear sacudirlo para soltarlo. Cuanto viene de Dios, viene acompañado del libre albedrío, para que el bien sea meritorio y el mal sin disculpa.

Por mí, añadió el recto consejero acercándose á la puerta, no transijo con lo que me parece mi deber como vuestro Director espiritual. A Dios, señora: tened presente que si no cedo, es porque no debo, y que me lo impide mi conciencia; y que si vos no lo haceis, es porque á ello os induce vuestra obstinacion.

Diciendo esto, saludó y salióse con paso lento; y cuando el último doblez del tosco hábito del capuchino desapareció en el quicio de la puerta, se oyó una voz ahogada que exclamó:

— ¡Padre Salvador! ¡Padre Salvador! ¡volved... que os obedezco!

La mujer religiosa habia triunfado de sus pasiones: ¡la católica pisaba la cerviz de la serpiente!

Con esta exclamacion habia dejado caer la Marquesa su erguida cabeza, sobre sus manos, y un torrente de lágrimas llenó por fin aquellos secos ojos.

El P. Salvador volvió á entrar.

— ¡Hija! le dijo á la afligida madre con voz profundamente conmovida, ¡en esto hay mas mérito que en un año de vida ascética y perfecta!

Al dia siguiente Cárlos, absuelto, se alejaba de Sevilla, sacrificando con violento dolor su felicidad presente, pero firme en sus esperanzas para la venidera.

CAPITULO V.

Un mes despues de los sucesos referidos, reinaba en el cuarto de Elia, que poco há parecia el santuario de las flores, los cantos y la alegría, un profundo silencio. Las cortinas estaban cuidadosamente corridas en las ventanas, para interceptar la luz. El perfume de los nardos y jazmines estaba reemplazado por el sahumerio de la alhucema y azúcar: pomadas, cintas y flores habian cedido el puesto sobre el tocador á jarabes, píldoras y recetas. La Vírgen de la Esperanza, advocacion predilecta de la Asistenta, y San Antonio, santo de la devocion de María, se hallaban colgadas á la cabecera de la cama. Sobre la cómoda habia un Crucifijo, ante el cual ardia una vela bendita; bajo de las almohadas de una camita blanca como una azucena, asomaban los cordones de seda carmesí y oro de una bolsita con reliquias, que habian sido enviadas por las monjas. En fin, se observaba allí todo aquel aparato católico que mira el desgraciado á quien le falta la fe, sin poder comprender que aliente en el peligro, sostenga en el dolor y dulcifique la muerte.

A la cabecera de la mencionada cama estaba sentada la Asistenta; frente de esta, á los piés del lecho, D. Benigno, que alternativamente y lleno de solicitud fijaba los ojos, ya en la que yacia en la cama, ya en su señora, cuyo semblante abatido manifestaba sus vigilias y cuidados. Al otro lado de la cama estaba María, sentada en una silla baja, y teniendo en la mano una caña coronada de tiras de papel cortado, para poder ahuyentar con ella cualesquier mosquito ó mosca que se acercase al sitio donde reposaba Elia. Esta yacia inmóvil en el lecho; los brillantes colores de la salud y de la juventud, habian desaparecido de su semblante; y á cierta distancia se hubiese confundido la dormida niña con sus blancas sábanas, si en su cabello no tuviese dibujado el contorno de su pura frente. Caia aquel partido en dos largas trenzas por ambos lados, apareciendo así á una imaginacion supersticiosa como los negros y descarnados brazos de la muerte,

que ponia sus manos, como atrayendo una presa, sobre aquella cabeza inerte.

Este grupo que hemos descrito, estaba lleno de profundo interes, formando contraposicion con los que solemos imaginar para nuestro consuelo, en los cuales los ángeles compasivos son los que velan sobre las miserias de la humanidad, siendo en el que pintamos, el ángel el que era custodiado por tres seres que resumian en sí aquella, personificando la Asistenta á la vejez, D. Benigno á la impotencia, y María á los achaques.

— Este es el sueño mas largo y mas tranquilo que ha tenido, dijo en voz baja la Asistenta.

— Seguramente, respondió D. Benigno, sacando su gran reloj; cuarenta y tres minutos y medio.

— ¡Si hoy es dia de San Antonio! exclamó María abriendo las manos, y extendiéndolas hácia la imágen del Santo con vehemente expresion de ferviente gratitud.

De ahí á un rato dijo la Asistenta, como si lo que dijese fuese el fruto de sus reflexiones anteriores:

— Cárlos se ha ido, segun me han dicho, ¡y ni siquiera se ha venido á despedir de mí! ¡Pero, ni tampoco de mi pobre niña, á quien aparentaba querer tanto! . . . ¡ni de Vd., D. Benigno, que tanta paciencia tiene con él. ¡Quién lo hubiese creido! ¿Qué yerba han pisado los de esa casa? A ninguno veo, sino á Fernando, que disculpa muy mal á su hermano, con la premura de su salida. ¡Y esa cuñada mia, mas dura que una roca, mas cruel que el rey D. Pedro . . . despues de ponerme mi niña á morir, no venir á verla! pero, ¡ni siquiera enviar un mal recado! ¡Esto pasa de castaño oscuro! — Si halla Vd. á esto todavia palabras de disculpa, D. Benigno, — ¡y qué bien le viene á Vd. el nombre! ¡ni que lo hubiese bautizado á Vd. Zacarias! — si le halla Vd. disculpa, dígole á Vd. D. Benignísimo, — como decia mi Cárlos, que es Vd. capaz de levantarle un altar á Heródes.

En este momento abrió Elia sus hermosos ojos, y los fijó con una indecible expresion de dulzura y gratitud en las personas que la rodeaban.

D. Benigno se levantó con estrépito, y fué á correr un lado de la cortina, por el que entraba un rayo de sol.

María se apresuró á extender y estirar los falbaláes de las sábanas, y la Asistenta tomó la mano de la enferma, observó su calor, sus pulsaciones, y puso su mejilla sobre la frente tersa de la enferma.

— ¿Cómo me será dado, dijo Elia con debilitada voz, agradecer tantos beneficios? ¡Un solo corazon no basta; una sola vida no alcanza!

— ¡Calla, respondió la Asistenta poniéndole la mano sobre la boca, calla, tontilla! nosotros somos los que tenemos que agradecerte á tí, que no te hayas muerto, y que te estés restableciendo á toda prisa tomando tus jaropes y tus bebistrajos de la botica, como una buena y dócil niña que eres. Pues, hija mia, si tú faltases . . . ¿habria sol en esta casa, flores en el jardin, ni consuelo para nosotros?

Ahora, corazon mio, añadió despues de un rato la Asistenta, me voy á la catedral á oir la misa que ofrecí á la Virgen de los Reyes si te ponias buena. Son las diez, y la misa se dice á las once. ¡A Dios, gloria mia! Maria, cuéntale un cuento, y tenla entretenida hasta mi vuelta.

Cuando la Asistenta y D. Benigno hubieron salido, se hallaron Elia y su ama por primera vez solas deste la mejoría de Elia. Esta fijó sus ojos por largo tiempo en los de María, y en la suave languidez de su mirada habia una súplica que no se atrevian á pronunciar sus labios, ni aun ante su ama.

La agudeza de María comprendió luego esta muda pregunta que aguardaba y temia, porque no queria supiese Elia la partida de Cárlos, la que María desaprobaba altamente. Por otro lado temia la supiese á la primera ocasion por la Asistenta, que nombraba continuamente á sus sobrinos. Saberlo así de repente por la señora, podria sobresaltarla, y ser causa de varios males. Tomó, pues, María, un medio indirecto para dar de una vez, y con la misma mano, la herida y el bálsamo.

— Voy á contarte un cuento, dijo, segun me lo ha mandado la señora y principió en estos términos:

Habia una vez una pastorcita, tan buena, tan preciosa y tan cristiana, que era un hechizo. Guardando un dia sus ovejitas por unos parajes muy solitarios y desiertos, llegó á un vallecito mas fresco y verde que una maceta de albahaca. Enmedio de muchas florecitas silvestres, que parecian querer enterrarla entre ellas, notó unas ruinas, cuyos paredones estaban tan tristes como el que no puede ni vivir ni morir. En el que mas descollaba y que aun estaba en pié, — gracias á un cipres que habia crecido á su espalda como para sostenerlo, — vió en un nicho una imágen de la SEÑORA. Sus vestidos que habian sacudido los vientos y empapado los aguaceros, estaban descoloridos y hechos jirones.

Nada adornaba el nicho sino unos pabellones de telarañas y una rama de yedra, que entreponia sus hojitas entre el temporal y la imágen. La pastorcilla se puso á llorar amargamente diciendo: ¡Ay madre mia, madre mia! ¡qué sola y qué abandonada estais! ¡qué dolor, qué dolor! . . . que la Reina de los cielos esté tan desatendida en la tierra! ¡Quién fuera rica para volver á levantar esta capilla y restablecer aquí vuestro culto! ¡quién tuviese siquiera lo necesario para compraros un vestido! — Y la pastorcita, no pudiendo hacer otra cosa, se puso á limpiar el nicho, y lo rodeó con guirnaldas que hizo con las florecitas del campo; y todos los dias miéntras sus ovejitas pastaban en aquella abundante pradera, ella hacia guirnaldas frescas para adornar el nicho de la Vírgen, y enseñaba á los corderitos á doblar la rodilla ante la imágen.

Sucedió que un príncipe muy hermoso, volviendo un dia de caza, llegó al vallecito; y cuando vió á aquella pastorcita tan bella y tan buena, se enamoró perdido, y le dijo se queria casar con ella. Pero la reina, que era mas orgullosa que el mismo Lucifer, no queria para nuera una pastorcita hermosa y santa, sino una princesa, mas que fuese mas mala que Barrabas, y mas fea que yo. Y así, para desatarlo de esos amores, envió á su hijo con una embajada á un vecino reino. El hijo, que era obediente por demas, — ¡ sí . . . *por demas!* — repitió María, apoyando sobre el *por demas,* — cumplió lo mandado; pero volvió muy luego mas enamorado

con la ausencia, como al amor firme compete; y se casó con la pastorcita tan real y santamente, como yo me casé con el maestro de escuela; y la postorcita á quien la Vírgen habia hecho feliz y rica, en recompensa de buena devota suya que era, le labró de nuevo la capilla, como se lo habia ofrecido; y se acabó mi cuento con pan y pimiento, y un granito de sal; no lo cuento mas.

— No, María, — dijo Elia con triste y débil voz, miéntras sus lágrimas rodaban incesantes por sus escuálidas mejillas, porque habia comprendido á su ama y supo que Cárlos habia marchado; — no es así el *ejemplo;* que yo lo sé mejor. Tú lo has mudado á tu antojo y hecho *cuento.* La verdad es que la infeliz pastorcilla nunca mas vió á su hermoso príncipe. Lo que sí sucedió fué, que una noche oyeron los pastores unos quejidos; se acercaron, y al entrar en la choza de la pastora que estaba entre las ruinas, la hallaron tendida sobre la paja mojada porque habia llovido, y su cabecita caia sobre la dura tierra, y al verla tan mala fueron corriendo á avisar á un convento y salieron á socorrerla al punto dos religiosos.

Cuando se acercaron á la choza vieron una claridad muy grande y pensaron que estaria ardiendo. Pero cuando entraron en ella, vieron unos mozos cuyas túnicas blancas resplandecian tanto que causaban aquella claridad. Cerca de la pastorcita estaba una señora muy hermosa, reclinada, y le habia levantado la cabeza y apoyádola sobre su pecho, y cuando entraron vieron á la pastorcita sonreir, suspirar y morir. Entónces la hermosa Señora hizo seña á aquellos bellos mozos que se acercaron, la cogieron entre sus brazos y se la llevaron consigo al cielo, porque eran los ángeles y la VIRGEN DE LAS RUINAS; y esta se volvió á su nicho para ganar mas almas al cielo. Esta es la verdad, María: tú todo lo has echado á perder con traer un príncipe. ¡Oh! ¡dichosa pastorcita, María, que nunca partió su corazon, y tan entero se lo guardó á Dios y á María!

Yo, ama mia, me iré á un lugar en que purifique mi alma, y me haga digna de tal suerte!

Elia levantó los ojos hácia la imágen de la Vírgen, y sus

lágrimas se secaron, como si lágrimas mundanas no tuviesen cabida en el cielo. María al contemplarla tan ideal de belleza, y tan sublime de santidad, se volvió hácia la imágen de la Virgen, por haberse imaginado que esta Señora bajaba sus miradas al encuentro da las que Elia levantaba.

CAPITULO VI.

La pobre María, cuya energía moral habia vencido su debilidad física, como le sucede á toda mujer que ama, percibió al tranquilizarse su espíritu con la mejoría de Elia, que habia abusado de sus fuerzas. Habíanse estas agotado á punto de obligarla á guardar cama.

Su cuarto estaba situado en un entresuelo debajo del de Elia, y como este, daba al jardin.

Aquel dia se habia levantado María; sentada frente de la ventana y con la mano en la mejilla, miraba sumida en tristes cavilaciones, al cielo azul en que resbalaban algunas altísimas nubes, blancas y puras como todo lo que se eleva de la tierra. Los jazmines que se enredaban en las rejas de las ventanas, mecidos por el aire de la tarde parecian llamar, con sus deditos blancos á los cristales, como convidando á María á que abriese estos y gozase de su fragancia. La dama de noche, que no quiere luz ni ruido, aguardaba á que se acabase de poner el sol y callasen los pájaros, para extender su fragancia á la noche. Los cipreses, á los que se acogen legiones de pájaros como á un sagrado, estaban hechos unas verdes torres de Babel. Las cañerías de los estanques destapadas daban paso á alegres borbollones de agua, que salian como chiquillos de la escuela, para ir á alegrar, como aquellos, el cuadro que era su paradero.

— Y bien, María, dijo Pedro al entrar trayéndola una taza de caldo, ¿cómo vamos? como siempre, supongo; ¡el mal por menor, las quejas por mayor!

— Come Vd. está bueno y sano como una manzana respondió María, y tiene la cara como la luna de enero . . . qué

sabe Vd. de males? míreme y verá si los tengo sellados en esta cara de desenterrada!

— Y tambien . . . ¿porqué no se cuida Vd.? repuso Pedro. ¿No hubiera podido estar bien cuidada la niña, sin Vd. matarse? ¿no habia acaso quien la cuidase?

— Nadie como yo, Pedro.

— Fantasías de enfermera, contestó este: las señoras mujeres se figuran en su alta sabiduría que no hay sino ellas para ciertas cosas.

— Sí, Pedro, sí; y son aquellas que necesitan una consagracion absoluta, un amor infinito.

— Pero, mujer de Dios ¿no queremos todos á la niña como á nuestro corazon?

— Todo el mundo podrá quererla; pero nadie como yo, que la he criado. Vd. no sabe lo que es criar una criatura á sus pechos, Pedro.

— Lo que sé es que siempre andan Vds. buscando razones para querer mas y mejor.

— Pedro, dijo María, Vd. que tiene tantos cuentecillos necios que sacar en prueba y apoyo de sus majaderías, oiga Vd. un sucedido para que sepa lo que es alimentar una criatura á sus pechos.

Habia una mujer tan dada á los vicios, tan liviana y codiciosa, que su corazon se hizo duro y frio como el metal que era su ídolo. Cuando esa desalmada paria, iba á su ventana, que daba á un rio, y arrojaba por ella lo que daba á luz.

Si alguna vez por Cuaresma entraba en sí, iba á confesar y lloraba sus culpas; pero era tal su perversidad que á poco reincidia en ellas.

Habiendo vuelto en una ocasion al confesonario, y viendo el padre hasta qué punto eran poco estables los buenos propósitos en aquella perdida, le mandó que si alguna vez era tentada de volver á cometer semejante iniquidad, ántes de ejecutarla diese de mamar á su hija. La mujer obedeció; la primera vez que volvió á parir, dió el pecho á su criatura, fué en seguida á la ventana para echarla al rio; pero . . .

Pedro, ¡no pudo! la estrechó sobre su corazon deshecha en lágrimas, se hizo madre, y volvió á la virtud.

Oyéronse en este momento unos golpecitos dados á la puerta, y Pedro se escabulló.

— ¿Quién es? preguntó María.

— Quien no será, contestó una voz conocida.

— ¿Usted, comadre Catana?

— Servidora de Vd.

— De Dios lo sea Vd. por muchos años.

— Este Señor guarde á Vd., dijo entrando el ama de llaves de la Marquesa.

— Venga Vd. con Dios, comadre, repuso María queriendo levantarse para ir al encuentro da su visitadora.

— ¡Quieta, quieta! dijo esta, agarrando á María por los brazos, y forzándola á volverse á sentar; el mejor de los cumplidos es no hacer ninguno. ¿Con que ha estado Vd. mala?

— ¡Ay, comadre! he pasado las noches en un potro, y los dias en un ay!

— ¡Ya! ¡ese solano maldito!

— No, comadre, el solano y yo nos llevamos bien.

— ¿Acaso será ese viento de la mar, mas húmedo que las olas de entre las que sale?

— Tampoco; ese viento de la mar ahuyenta al norte que es mi verdugo.

— ¿Pues qué es, comadre

— Comadre, la fe de bautismo.

— De ese color, amiga mia, todas tenemos un vestido.

— El color será el mismo, señora, pero no la tela! la de mi sayo está averiada!!

No era, no obstante, segun lo indica este coloquio, solo el interes por la salud de su comadre, el que traia á verla á la señora Catana. Habia esta visto con asombro la desunion de las cuñadas, tan unidas hasta entónces: la repentina marcha de Cárlos, la enfermedad de Elia: notó el coincidir todos estos eventos á un tiempo, sin haberse traslucido lo mas mínimo acerca de las causas de estos trastornos, en aquella casa tan austeramente reservada. Venia, pues, á ver

si algo sonsacaba á María, sabiendo por notoriedad que nada le ocultaba su señora. Pero para sonsacar algo á María, era preciso mucha maña, porque era igualmente notoria la discrecion de la fiel criada. Así fué que Catana entabló la conversacion, tomando el punto de partida el mas distante del objeto que la traia.

— Comadre, la dijo, vengo á que me diga usted como hace el budin de naranjas; porque mi señora siempre me está echando en cara que Vd. lo hace mejor que yo.

María se halló sumamente lisonjeada de un triunfo tan palpable, como lo hacia el ser reconocido por su competidora; se sonrió con mas satisfaccion que Apolo cuando triunfó de Marsias; pero mucho mas generosa que el Dios, en lugar de desollar á su competidora la contestó:

— La Marquesa me favorece demasiado. Esto será aquello de «sol de casa no calienta.» Ese es el *budin de mi niña,* como le llama la señora mia; y la diré á Vd. cómo lo hago:

Al zumo de nueve naranjas se le echa una libra de azúcar molida, que ántes se deslié con una docena de yemas de huevos frescos, y dos cucharadas en colmo de flor de harina de la superior: se tiene preparado un molde de hoja de lata, untado con manteca de Flándes, que se derrite acercándolo á la lumbre, para que no quede sin percibir la manteca ninguna parte del molde; de lo contrario se le pegaria la masa Se pone en el baño de María á que cueza tapándolo con una cobertera de lata con ascuas, que se renovarán si se apagan. [1])

Catana dió las gracias á María por la minuciosa receta, y le dijo en seguida: ¿No sabe Vd. nada de nuevo, comadre?

— ¿Qué quiere Vd. que sepa, contestó María, metida aquí entre cuatro paredes como un pollo en su cascaron? No veo sino á Pedro con quien poder hablar algo en razon; y este nada dice, porque como es tan desvergonzado, asegura que decir una cosa á una mujer es dar dos cuartos al pregonero.

---

1) El gran Dumas ha dado en una de sus obras una receta de tortilla; séanos permitido poner una de *budin* en boca de una ama de llaves.

— Sabe Vd., comadre, dijo Catana, que el cocinero frances de la señora Condesa, que tiene mas humos que un Grande de España, se despidió dias pasados, porque dijo no eran aquí las carnes cebadas, que era rancia la manteca de Flándes y flacos los pollos! Pero la Condesa añadió diez á los veinte duros que le daba de salario, y se ha dignado quedarse.

— ¡Vaya con el señor príncipe de las cacerolas! repuso María; mi señora dice que no le gustun sus guisos, y que no sabe asar un pavo.

— Pero, comadre, aquí que nadie nos oye, ¿no es una verdadera desgracia que las señoras que siempre se han llevado tan bien como los dedos de las manos, se hayan indispuesto?

La fisonomía de María hasta allí tan abierta y tan complacida por su reciente triunfo, que la colocaba en una altura de la cual miraba de arriba á bajo al discípulo de Carême, mudó de expresion al oir estas palabras, reemplazándola su habitual gesto avinagrado?

— Lo que ha motivado esta desavenencia, prosiguió Catana, es un misterio hasta para los mas antiguos y fieles de la casa. Apuesto á que la señora Asistenta no ha sido tan reservada con Vd., y que Vd. no ignora nada de lo que debe haber acaecido. ¡Mire Vd. que es cosa desairada, despues de tantos años de estar en la casa, verse una tratada como una extraña, y no saber qué contestar cuando le preguntan!

María no desplegó sus labios al pronto. Al fin contestó:

— Comadre, sí Vd. desea saber algo que me concierna, la abriré mi corazon de par en par como á amiga; pero en tocando á cosas de mi señora, perdone Vd. que calle; porque mis faltas tendré; pero leal soy como el oro, fiel como el peso, y de fiar como el sello.

CAPITULO VII.

Algun tiempo despues, en el cuarto de Elia, estaban esta y la Asistenta sentadas frente á frente, delante de una

mesa cubierta de primores que la Señora habia mandado comprar para su niña, cuya profunda tristeza se notaba al traves de los profundos esfuerzos que hacia la infeliz para ocultarlo. Elia estaba mas hermosa que nunca, porque las primeras lágrimas que derrama una mujer, si bien apagan en sus ojos la abierta y graciosa mirada de la niñez, inauguran en ellos la sentida y elevada ojeada de la juventud; son como el pedal qnc apaga y suaviza las melodías que brotan del corazon; forman un velo de gasa, que se interpone sin ocultarla, entre la mujer y los ojos que la miran.

Discutian la Asistenta y María, que estaba sentada sobre una silla baja, el capítulo de la salud.

— Por cierto, María, decia la Asistenta, que si la damos á Elia caldo de pollo, como lo mandaba don Nareiso, que todo lo cura por empacho, las lia.

— Dice que la dieta acaba con el mal, observó D. Benigno

— Y tambien con la persona, repuso la Asistenta. Son estos hombres que curan á lo nuevo, como aquel que por matar á una mosca en la frente de su vecino le dió tal mazazo, que le mató á él.

— ¡Y á buena parte venian con eso, dijo María, á mí que hacia el caldo! Sobre que el que quedaba, al dia siguiente estaba hecho jalea, sin necesitar para cuajarla, de nieve, como la necesita el príncipe de las cacerolas de la señora Condesa.

— Y ahora que estás restablecida, niña mia, dijo la Asistenta, es preciso que vuelvas á estar como lo estabas ántes, alegre y contenta; porque no veo motivo para que te dejes ir á esa tristeza en que estás sumida. Si al ménos me fuera dado atinar con lo que pudiera distraerte! . . . ¡Ah! prosiguió dirigiéndose á D. Benigno, ¿dónde está aquella carta que llegó cuando la gravedad de la niña, y le dije á usted de guardarla? ahora que me acuerdo, tráigala Vd.; que puede le sirva al alma mia de distraccion.

Era preciso ser tan cándida y falta de malicia como lo era la Asistenta para no percibirse del embarazo y de la emocion que produjeron sus palabras en las personas que la escuchaban; las tres callaron.

— ¿He hablado en griego? dijo despues de unos instantes la señora.

— Era tal la confusion en aquellos dias, respondió María, al ver el vivo carmin y la espresion de angustia que se pintó en el rostro de Elia, que es positivo que perderia D. Benigno la carta.

— ¡D. Benigno perder una carta! exclamó la Asistenta; ¡vaya una proposicion! ¡de tal cabeza tal sentencia! ¡parece que le conoces de ayer de mañana, Maruja! ¿No es verdad que no la ha perdido Vd., D. Benigno?

— No señora, no la he perdido, contestó este, demasiado honrado y verídico para ayudar á María en su estratagema.

— ¿Pues porqué no va Vd. á buscarla? preguntó la Asistenta.

— Señora, contestó D. Benigno perturbado, me temo le sea perjudicial á la niña aplicar la vista á una letra tan confusa que apénas se entiende el sobre.

— Usted se la leerá como me lee á mí las mias, repuso la Asistenta.

— Pero . . . opinó María con una sonrisa que procuraba hacer alegre y chancera, y que mas parecia una mueca; pero, señora, la señorita podrá tener sus secretillos que no quisiera ver descubiertos!

— ¡Secretos! . . . ¡y para conmigo! exclamó la Asistenta mirando á Elia con sorpresa, y notando el vivo color de sus mejillas y la alteracion de sus facciones, añadió: — Bien está. No hablemos mas de la carta, ya que contiene secretos.

— ¡No! no los quiero tener, exclamó Elia: pesarian á mi conciencia como una culpa; á mi corazon como una ingratitud. D. Benigno, añadió, suplico á Vd. que traiga la carta.

D. Benigno quedó inmóvil y miró á María como el molinero al viento. Esta tiraba de las faldas á Elia diciéndola á media voz: — ¡No es sazon de eso, Elia! deja que vuelva; no tienes quien te sostenga.

— Traiga Vd. la carta, D. Benigno, dijo en voz grave la Asistenta. Hace bien Elia en no ocultar nada á su madre,

y encuentro extraño por cierto, que haya quien de ello quiera disuadirla!

D. Benigno obedeció al punto, y volvió con la carta que entregó á Elia; esta sin abrirla, la puso en manos de su madre.

— ¿Sabes, pues, de quién es? la preguntó esta.

— No, respondió Elia; pero lo sospecho.

La Asistenta abrió la carta, se puso sus espejuelos, y leyó:

«Elia, una voluntad despótica, un deber tiránico me obligan á partir, sin dejarme aun el triste consuelo de decirte adios, esa dura palabra que precede á la ausencia y á la muerte; sin dejarme renovar con la voz del corazon los juramentos que estampo aquí con mi sangre! Mia has de ser ante el mundo y los hombres, como lo eres ya santamente ante Dios y los ángeles, desde el dia en que tomándolos por testigos, puse en tu dedo el anillo de oro, símbolo de la eternidad.

«No te arredren ni perturben reprobaciones que no pueden alcanzarte, que la razon hará impotentes y acallará el tiempo, así como te probará mi amor infinito y mi constancia sin término.

CARLOS.»

Imposible es explicar cómo se fueron sucediendo en la móvil fisonomía de la Asistenta, que jamas pudo ni quiso ocultar ninguno de sus sentimientos á medida que iba leyendo la carta, las diversas expresiones de sorpresa, de espanto, de desagrado y de dolor.

Al concluir la carta, escapó esta de entre sus manos, que cruzó y levantó al cielo, dejándolas caer en seguida sobre sus rodillas al echarse atras en su butaca exclamando: — ¡Jesus María!

Siguió á esto un grande silencio que nadie se atrevió á interrumpir, pues estaba la señora tan absorta en sus reflexiones, que ni notaba los desgarradores sollozos de Elia.

Gruesas lágrimas caian por las escuálidas mejillas de María, que miraba á su hija querida con una expresion de amor y lástima tal, que en ellas parecia fundirse su alma

D. Benigno fijaba la vista en su señora con ansiedad y angustia.

— ¡Con que por eso fué!... dijo despues de este largo silencio la Asistenta; y en seguida calló.

Pero Elia que la habia comprendido, acabó la frase. — Sí, dijo, por eso fué que la Marquesa vino, como debió hacerlo, á desengañarme, y impedir que mi ignorancia abusase del cariño y desprendimiento de su hijo; y fué delicadeza de su proceder, el poner el *no* que debia volver las cosas á su lugar, en la boca que al pronunciarlo no ajaba á la persona que lo recibia. Ya veis, madre mia, que hizo lo que competia á la buena y noble madre de Cárlos, y á la señora generosa que se interesaba por mí. Así es que vuestra queja hácia ella solo puede fundarse en haber ignorado las causas de su proceder. Si supieseis, madre mia, cuál es mi dolor y mi remordimiento, al ver desunida por mi causa á la noble familia que amo y venero, á la que tanto debo! ¡Oh, madre!... ¡Oh señora! añadió echándose á sus rodillas; — os suplico, como suplicara á Dios por la gloria, que os reconcilieis con vuestra hermana. No sea yo, como la serpiente que amparó el generoso leñador, y vierta cual ella veneno en el pecho que la abrigó. Haga vuestro corazon justicia al de la digna madre que vela sobre la honra de su casa y de su estirpe ahora, como veló sobre la cuna de sus hijos, apartando siempre peligros que no veian los ojos que entónces cerraba el sueño, y que ahora ciega la pasion. Perdonad á su justo recelo: si tuve yo el baldon de la enemistad, tenga el lauro de la reconciliacion.

— ¡No! respondió la Asistenta. Perdono el mal que se me hace, pero no perdono el que se hace á las personas que quiero. Disculpo todo, ménos la dureza de corazon. Sin consultarme . . . contra toda mi voluntad . . . vendió un secreto que no era suyo. Y despues de ponerte á las puertas del sepulcro, no se ha movido ni su corazon ni su conciencia siquiera á informarse de tí. Este no es solo una falta á mí, es una falta de caridad; ¡y la caridad es la llave del cielo! Levanta, hija mia, añadió asiéndola de las manos, y no vuelvas á tocar á este punto, si no quieres incomodarme;

en la inteligencia de que miéntras mas humilde, mas desprendida, mas dulce te veo, mas dura, mas egoista me parece ella: así logras lo opuesto de lo que pretendes.

Volvióse á sumir despues de haber dicho estas palabras la Asistenta en sus dolorosas meditaciones.

Eran estas amargas. — ¡Y yo que nada he notado, se decia, es imperdonable! ¡ciega! ¡ciega, como el dia que nací! ¡Un Orrea, un descendiente del rey D. Pedro! ¡no puede ser! ¡Oh! ¡Dios sabe si tendria Inés razon! . . . ¡si habria sido la hija mia mas feliz en su convento! ¡si la habré labrado su desgracia! ¿Es, pues, posible que el bien haga un mal? ¿que dañen la bondad por demasía, el cariño por exceso? — Estos dilemas tenian confusa y absorta á la Asistenta.

— D. Benigno, dijo al fin, Vd. que ha estudiado, explíqueme en qué consiste que las gentes que se guian por la prudencia y la razon, atinan por lo regular mejor en hacer el bien, que no aquellas que se dejan guiar ciegamente por su corazon.

— Señora, contestó B. Benigno, en mis estudios, que no fueron muchos, no me acuerdo haber hallado nada que esto explique; pero á mi corto entender, paréceme que es porque la esfera de la prudencia es el mundo y la del corazon es el cielo, y porque, como dice el evangelio, no se puede servir á la vez á dos amos.

CAPITULO VIII.

El conocimiento que adquirió la Asistenta de la mutua pasion de los dos séres que mas amaba en este mundo, habia sido un golpe terrible para ella. Resultaba del incesante combate que sostenian su cariño y su razon, así como de la amarga inquietud que le causaba la idea de que su imprevision habia dado márgen á esta desgracia que hubiese podido evitar, atendiendo á los prudentes consejos de su hermana, una perenne lucha en el ánimo, hasta allí tan tranquilo de

la señora; un incesante mal estar que gastaba sus fuerzas morales; á lo que se agregaba el vacío que sentia en su corazon y en su vida, con la separacion en que vivia de toda su familia, pues Clara habia ido á Cádiz á tomar los baños de mar. Influyó este estado de sufrimiento en su salud.

En vano engordaba Pedro pavos con nueces; en vano se esmeraba María en poner en práctica todas sus recetas de las mas exquisitas golosinas! Su ama, tan alegre y buena vividora, no comia; de noche, la doncella que dormia en el cuarto de junto al de la señora, la oia suspirar é inquietarse en su desvelo, y por la mañana volvia mucho mas tarde de la iglesia.

Fernando, que nunca habia dejado de visitar diariamente á su tia, á quien amaba con la ternura que por ella tenian todos sus sobrinos, consultó con el facultativo acerca del decaimiento que se notaba en la señora, y este opinó por el suave beneficio de la mudanza de aires. Habia refrescado el tiempo con las largas noches de octubre, y le fué fácil á Fernando persuadir á su tia á que emprendiese ántes de lo que solia hacerlo, su viaje al campo, que debia igualmente aprovechar á Elia que seguia aun macilenta.

Emprendióse el viaje; pero faltándole aquella alegría y bien estar con las que se hacia otras veces, como si le faltasen á la primavera sus flores y sus pájaros.

Se apearon en la venta que se hallaba en el camino, en la que los aguardaba, como siempre lo hacia, el Cura, que salia á su encuentro. ¡Recuerdos dolorosos despertó esta vez la pobre venta en todos los que en ella se reunieron! Allí era donde diez y siete años habia, trajo el Cura á aquella desamparada crriatura, que ni aun voces tenia para pedir piedad! Y allí fué donde halló una caridad tan grande, que en su exceso le habia quizas de ser mas perjudical que la escasa y seca de los que la practican por oficio. Allí habia sido arrancada á su humilde suerte; ¿pero era esto un bien? — ¿era un mal?

Guardaban todos sumidos en sus reflexiones un triste silencio, cuando se oyó un repentino rumor: las gentes de la venta se arrojaron hácia la puerta y se les oyô repetir:

— ¡Castro! ¡Castro!

— ¿Qué es eso? ¿y quién es ese Castro? preguntó la Asistenta.

— ¿No ha llegado el nombre de Castro á vuestros oidos? contestó el Cura: es el nombre de ese implacable oficial encargado en la persecucion de ladrones.

— Señora, exclamó María, precipitándose en el cuarto son soldados, han venido á las manos con los ladrones, y traen consigo á los heridos. ¡Jesus, señores, qué espanto! ¡vámonos!

El Cura se levantó para salir.

— ¿Dónde va Vd., señor? preguntó angustiada la Asistenta.

— A socorrerlos, señora, contestó el Cura.

Salió, y María se apresuró á cerrar la puerta para ocultar á su señora el terrible espectáculo de que iba siendo teatro la venta. Entraban bruscamente los soldados dando golpes con la culata de sus fusiles, descargando en el suelo heridos y moribundos que no se quejaban; las mujeres gritaban, los caballos relinchaban y pateaban, y sobre todo el tumulto se hacia oir la voz fuerte de mando del Comandante.

— ¡Vámonos! ¡vámonos! exclamó la Asistenta sobrecogida, puesto que aquí nada podemos hacer ni aliviar.

— Aguarde V. E. á que hayan entrado y dejado el paso libre, respondió María, que se habia asomado á la ventana, y pálida y temblando, acechaba el momento en que les fuese posible alejarse de aquella terrible escena.

Al cabo de algunos instantes se abrió la puerta dando entrada al Cura.

Al traves de la serenidad habitual de su semblante, penetraba una profunda emocion. Se acercó á la Asistenta diciéndola deseaba hablarla reservadamente, y habiéndose retirado con ella á un lado: — Señora, la dijo, á dos pasos de aquí está el padre de Elia; está expirando, me ha reconocido, y en este instante supremo me preguntó por su hija. ¿Cumpliré con mi deber si se la oculto? ¿Le arrancaré á un moribundo su último consuelo? ¿Seria mi silencio la causa que impida á una hija el cerrar los ojos á su padre y evitará mi ocultacion la posibilidad de que su presencia haga brotar los suaves

sentimientos que puedan alzar á Dios el corazon de un criminal, y preparar su alma á no morir en la terrible impenitencia final?

La Asistenta quedó aterrada.

— ¡Mi pobre niña! exclamó con vehemencia, eso la mataria! ¡No no, no consiento en ello! ¡Qué obligacion tiene hácia aquel que tantos lazos rompió al abandonarola! No, no, que no lo sepa, ¡alejaos! ¡alejaos!

— Señora, dijo el Cura, considerad que no teneis el derecho de interponeros entre padre é hija; decidla lo que ocurre, y que decida ella lo que debe hacer. Hay circunstancias, señora, tan delicidas y de tan insondable trascendencia, que intervenir en ellas es asumir sobre su cabeza una inmensurable responsabilidad.

La Asistenta cayó abismada sobre un banco.

Elia al notarlo corrió hácia ella. — ¿Qué es eso? madre mia, exclamó, ¿qué sucede?

— No hay momentos que perder, dijo el Cura. Elia, tu padre está aquí y está expirando.

Al oir estas palabras, dió Elia un penetrante grito, y se precipitó fuera del cuarto; el Cura la siguió, y cuando la Asistenta, trémula, fuera de sí, la alcanzó, y cuando llegó sostenida por Fernando, la halló de rodillas, divina como la caridad, sublime cómo el valor cristiano, hermosa como el deber filial, sosteniendo con sus blancas faldas una cabeza oscura, ensangrentada, terrible, que habria causado repulsion á un valiente, apretando sobre sus puros labios una mano negra, dura, manchada por el crímen, cuyo contacto hubiera rechazado el verdugo.

El bandolero, moribundo, habia abierto sus ojos, y los habia fijado en aquella celeste aparicion.

— Esta es, le decia el Cura, vuestra pura é inocente hija, que viene á enseñaros la clemencia de Dios y el camino del cielo.

— ¡Serafin que Dios me envia á la hora de la muerte — dijo el moribundo con lentas palabras y apagada voz, — como la esperanza... como la misericordia... para que en ellas confíe! ¡ruega á Dios por el perdon que imploro! Dios oirá

tu voz, porque tú has oido la suya cuando dice: «Honra á tu padre y á tu madre,» y no exceptúa á ninguno.

Apretó la mano al Cura . . . y expiró!

Elia fué llevada al coche que partió al galope.

— ¡Ah! decia María prodigando á la anonadada Elia sus cuidados, ¡qué imprudencia! ¡qué crueldad! ¡qué barbarie! ¿Cómo ha podido el Cura hacer semejante atrocidad?

— María, repuso la Asistenta hecha un mar de lágrimas, no juzguemos las cosas que creen deber hacer los sacerdotes. Si en lo que han hecho han atinado, nuestro juicio es una temeraria calumnia; si han errado con buenos fines, es una atrevida censura que no nos compete. ¿Quien te asegura, lo que en tus cortos alcances no puedes comprender, si acaso no habrá salvado una alma?

El Cura y Castro quedaron solos en el cuarto de la venta, en donde este último aguardaba los auxilios que habia mandado á pedir á Sevilla.

Habia volado la tarde tras del sol, y llegado la noche con su silencio.

Estaban sentados ambos frente á frente en una mesa, en que ardia un velon cuya llama se mecia inquieta y vacilante, como si la fatigase su impotencia á rechazar todas la tinieblas de aquel recinto. Arrojaba, empero, sus luces de lleno sobre la venerable y blanca cabeza del Cura, miéntras que la cabeza inquieta y severa, de crespa cabellera negra, de Castro, quedaba en la sombra que hacia la pantalla del velon. Estas dos figuras, la del hombre de paz y la del hombre de accion, que eran el apóstol del poder divino, y el ministro del poder humano, formaban así un marcado contraste, teniendo uno en su sencillo traje negro á su lado un breviario, el otro en su abigarrado vestido militar al suyo unas pistolas. Levantábanse á menudo, el Cura para velar á los heridos, Castro para asomarse á la ventana, por observar si en el silencio de la noche no le anunciaria algun ruido la llegada de los socorros que aguardaba, ó alguna sorpresa hostil de los bandidos por libertar á su jefe, que no sabian era muerto.

Dijo al fin el Cura á Castro:

—Llevais una vida bien fatigosa! ¿no quereis dormir un rato?

— Es preciso, contestó este, que unos velen, para que otros puedan dormir tranquilos.

— Pero... ¿no apeteceis á veces el descanso?

— No hay descanso para mí! respondió amargamente Castro.

— Señor, dijo el Cura con suave sonrisa; esa queja no existe sino en boca de los réprobos.

— O de los desesperados, repuso Castro.

— No hay dolor sin consuelo, señor de Castro, en un alma cristiana.

— Sí, señor, existen dolores que dejan el alma sin consuelo, y sin mas que una necesidad y un placer.

— ¿Y es este?... preguntó el Cura.

— El de vengarse! contestó Castro.

— ¡Ojalá hubieseis dicho el de perdonar!

— ¡Cuán fácilmente pronuncia la boca esa palabra, señor Cura!

— Señor de Castro, cuando la boca tiene la fuerza de pronunciarla, el corazon no la desmiente!

— ¿Y creeis, señor Cura, que segun lo deseais, todo se pueda perdonar?

— ¡Sin excepcion!

— Pues, decidme cómo se perdona lo que os voy á referir, dijo Castre, y si hallais dable el hacerlo, bórrese de la lengua la palabra imposible.

En un viaje que hice recien-casado con una mujer que amaba con tanta pasion como ternura, fuimos asaltados por bandidos que se apoderaron de ella, y de mí, despues que hube disparado dos pistolas, una de cuyas balas mató al que mas de cerca me amenazaba; furiosos por esto, me ataron á un árbol con las correas de los caballos del carruaje, encadenaron mis manos, y pusieron una mordaza á mis labios. Entónces trajeron á mi mujer, que asesinaron ante mis ojos, despues de cubrirla de todos los oprobios; la vi rodar á mis piés, en las augustias de la deshonra y de la muerte; vi fijarse en los mios sus ojos moribundos, pidiéndome auxilio en su agonía; conté sus suspiros y gemidos; la vi morir abandonada del universo; ¡y yo estaba allí!!! ¡estaba allí... sin

poder socorrerla ni desviar mis ojos de aquel cuadro aterrador! mis miradas eran la única y última prueba de cariño que podia darle. ¡Su sangre vino á mojar mis piés! ¡expiró clavando en mí sus ojos! en los mios halló una inestinguible promesa de venganza... y vivo solo para cumplirla!

En este momento se abrió la puerta, y vieron entrar á Fernando.

— Señor de Castro, dijo, vengo á pediros un favor.

— No es la voz pedir, sino la de mandar, la que debeis emplear, señor Marques, contestó Castro en tono brusco pero franco.

— ¿Podeis disponer, prosiguió Fernando, de á quién habeis de entregar á los malhechores que perseguís?

La cara de Castro se puso ceñuda.

— ¿Venís, señor, dijo, á hablarme en favor de alguno de esos foragidos?

— No, respondió Fernando, vengo á pediros un cadáver.

— ¿El del capitan quizas? ¡no! no puede ser; su cabeza se va á poner sobre un poste, para que aterre en muerte á los malos, como aterró en vida á los buenos.

— ¿Me negais, pues, mi súplica? dijo Fernando con creciente y austera dignidad.

— Me es forzoso, contestó Castro. Pero despues de un momento de silencio, añadió: ¿qué quereis hacer con el cuerpo de ese malvado? ¿Es acaso un estudio curioso frenológico?

— No señor, respondió Fernando, le quiero enterrar.

— ¿Como á un buen cristiano?... ¿como á un hombre honrado? exclamó Castro. No, eso seria un funesto ejemplo.

— ¡Señor de Castro, repuso Fernando, los vivos no envidian las prerogativas de los muertos!

Castro dió algunas vueltas por el cuarto.

— ¿Y poneis, dijo al fin, mucho precio á lo que me pedís?

— ¡ Un precio infinito! repuso Fernando.

Castro siguió dando algunas vueltas por el cuarto: luego, parándose dalante de Fernando:

— Lleváoslo, dijo. Nada puedo ni debo negar al Marques de Valdejara, no por su clase ni por su rango, sino por su persona, que mucho há aprecio y respeto.

— Señor de Castro, respondió Fernando; creed que la estimacion y gratitud que me inspiran el favor y el modo de hacerlo, no se borrarán jamas de mi alma.

Cuando el dia abrió los ojos, el cuerpo del bandolero habia hallado descanso y amparo en el campo santo del lugar, en cuya iglesia se decia una misa de difuntos en solemne silencio y con profunda devocion. La iglesia estaba aun desierta; no se veia en ella sino á un noble y bello jóven arrodillado cerca del púlpito.

Un mes despues, la casa de la Asistenta habia cambiado de aspecto. No era aquella casa apacible y risueña cuya atmósfera parecia tener un tinte color de rosa, y dar la bienvenida con la cordialidad con que la daba su ama. ¡No! Reinaba en ella un hosco silencio: veíanse solo rostros azorados y abatidos: sus puertas estaban abiertas de par en par. Junto á la cancela del patio se hallaba colocada una mesa con plumas y tintero: al lado de estos se veia una lista cubierta de nombres de infinitas personas que habian acudido á inscribirse; estaba la lista encabezada con estas palabras:

«La enferma sigue en la mayor gravedad.»

En la alcoba de la Asistenta reinaba una casi oscuridad. Entre las cortinas de damasco que colgaban del macizo cielo de la cama, yacia la Asistenta, la única en la casa, que en el peligro que corria habia conservado su serenidad; á un lado de la cama estaba Elia, al otro lado María; al pié del lecho estaba D. Benigno. Seis dias habia que ninguna de estas tres personas se habian movido de su sitio, ni tomado mas alimento que caldos que Pedro les forzaba á tomar, haciéndoles observar eran necesarias sus fuerzas para la asistencia de la enferma. Ninguna de estas personas hablaba, lloraba, ni casi respiraba; sus vidas parecian haberse suspendido.

En el cuarto inmediato consultaban cinco facultativos. Fernando apoyado sobre una mesa, los escuchaba pálido, pero sereno. Pedro temblando y con el semblante desencajado, se mantenia en pié cerca de la puerta.

— Señor Marques, dijo el médico de cabecera dirigiéndose á Fernando; es inútil ocultarlo, ¡no hay esperanza! Desde que volvió la señora del campo, ha hecho el mal rápidos pro-

gresos; ha sostenido su postracion una pasion de ánimo, producida tal vez por el presentimiento de su cercano fin: es preciso que se disponga.

Fernando inclinó la cabeza en silencio en señal de haber oido.

— Pedro, dijo, que se avise el confesor de la señora.

Pedro salió cubriendo su rostro con ambas manos.

En seguida se sentó Fernando, y escribió estos renglones que envió con un criado en casa de la Marquesa.

— Madre, nuestra tia va á ser administrada.

Pronto llegó el confesor, que entró con Fernando en el cuarto de la enferma. Esta no se sorprendió al verle, pues habia venido con frecuencia en el curso de su enfermedad, habiendo la señora misma pedido confesarse.

— ¿Cómo os hallais, señora? le dijo.

— Bien, respondió esta, entreabriendo sus apagados ojos.

— ¿Teneis todavía algo que decirme? prosiguió el confesor.

— Nada, respondió la señora; mis disposiciones temporales están hechas; desearia, si de ello me hallais digna, recibir los últimos sacramentos.

— Grato me será, repuso el sacerdote, administraros esas fuentes de gracia y consuelo.

Un profundo gemido brotó del pecho de Elia.

— ¡Pobre niña mia! dijo la Asistenta procurando mirarla.

Fernando quiso alejarla, pero ella se asió con fuerza al pilar de la cama.

— Déjala, hijo mio, dijo la Asistenta que lo notó, ¡es tan grato para mí el verla á mi lado!

Entre tanto María, animada con lo augusto del acto que se preparaba, estaba levantando con la auyda del Cura y de Pedro un altar enfrente de la cama, que cubria de seda, de oro y plata, y coronaba con un magnífico crucifijo de marfil. Habíaseles pasado recado de aviso á los parientes y mas íntimos amigos.

La casa se iba llenando de una multitud de gentes, cuyo silencio, recogimiento y afliccion testificaban su respeto y su cariño. No se oian sino los sollozos sofocados de los criados y de los pobres, que se agolpaban en el zaguan.

A poco viéronse las gentes pararse en las calles, arrodillarse y descubrir sus cabezas, abrirse los balcones, y prosternarse en ellos los que en las casas estaban. Se vieron los muchachos de la calle dejar sus juegos, y decir al ponerse de rodillas en los umbrales de las puertas:

¿A dónde vas, Jesus mio,
Tan bizarro y tan galan?
— Voy en casa de mi hija
Que me ha mandado llamar,
Y si me recibe en gracia,
La tengo de perdonar
Aunque tenga mas pecados
Que arenitas tiene el mar.

El toque de una campanilla anunciaba, y dos largas hileras de hombres con cirios en la mano, precedian al sacerdote que traia á aquel Señor que no hay voz que no oiga, para cuya clemencia no hay choza chica, para cuya grandeza no hay palacio grande. Seguíale una banda de música militar grave y solemne.

— ¿Qué es esa música y ese esplendor? preguntó la Asistenta á María.

— Señora, contestó esta, es el aparato con el que ha querido el señor Marques que entre Su Majestad en esta casa.

— ¡Cuánta pompa! ¡cuánto boato! ¡tanto para mi... y tan poco para Dios! dijo la señora.

Fernando y un primo suyo salieron con cirios al encuentro del Augusto Huesped, y le precedieron al cuarto de la enferma.

Habíanla levantado y apoyado en cojines. Fijaba esta sus apagadas miradas dirigiendo en ellas fervorosas oraciones al Redentor, cuando entró el sacerdote.

Recibió el viático con una profunda y tierna adoracion. Acabada la solemne ceremonia, quedó la religiosa moribunda en una santa y tranquila meditacion. Su confesor la sacó de ella diciéndole:

— Señora, sé que toda clase de resentimiento contra la Marquesa está extinguido en vuestro corazon.

— ¡Oh! del todo, del todo, dijo la moribunda, siento no verla ántes de morir.

— No será vano ese deseo, repuso el padre, y la Marquesa pálida y conmovida se arrojó y estrechó á su hermana entre sus brazos, miéntras que Esperanza cayó sollozando á piés de la cama.

— Hermana! dijo con débil voz la Asistenta, ¡cuán agradecida te estoy! y cayó fatigada por su emocion.

Despues de un rato de silencio entreabrió sus ojos y dijo:

— Inés, mi Elia, mi pobre niña... ¡queda sola y desamparada!

La Marquesa se volvió hácia Elia que se mantenia siempre en su sitio en un estado lastimoso, la tomó y estrechó en sus brazos, y dijo: Admito el depósito, hermana.

— ¡Dios mio! murmuró la Asistenta, muero tranquila!... su virtud, su caudal, su bienestar, todo queda asegurado. ¡Dios os bendiga á todos¡ !y os haga dulce la vida, como me habeis hecho la muerte!

Al cabo de un momento oyó el padre que la auxiliaba, salir de sus labios con su último aliento estas quedas palabras: ¡Señor, recibe mi alma!

— Así, dijo el sacerdote, pasan las almas de los justos al seno de Dios; ¡roguemos!

Todos se postraron con el solemne respeto que causa la muerte, con los profundos sentimientos de piedad que inspira, con el dolor desgarrador que deja tras sí en los que sobreviven á los que aman.

— ¡Madre mia! ¡Madre mia! gritó Elia desesperada. Se la llevaron en brazos á su cuarto, á pesar de su resistencia.

— Aléjate, hija mia, dijo la Marquesa cogiendo del brazo á Esperanza, que besaba sollozando las manos del cadáver. Vé con Elia, y llorad unidas, cual compete á dos hermanas que han perdido á una madre.

Esperanza se apresuró á obedecer.

La Marquesa dió las órdenes necesarias, tomó las disposiciones que exigian las circunstancias. Quiso avisar á las mujeres del oficio para que amortajasen á la difunta; pero María se opuso. — No, señora, le dijo, no la tocarán manos mercenarias; yo seré la que le haga este último servicio.

Despejaron el cuarto, y entónces observaron oculto entre

los anchos pliegues de la colgadura de la cama á D. Benigno, con los ojos huraños y estúpidos clavados en el cadáver de su señora, las manos unidas y estendidas hácia él, los labios sin voces, el pecho sin sollozos. Se lo llevaron, y él se dejó conducir como una masa inerte y sin voluntad.

CAPITULO IX.

Al dia siguiente levantaban tristes las campanas su solemne plegaria mortuoria, santos sonidos que levantan con ellos los corazones al cielo: gruesos cirios colocados en altos hacheros cual guardias de honor de los cadáveres, estaban repartidos por el patio, escaleras y corredores de la casa mortuoria. En el estrado colgado de negro, estaban las ventanas cerradas y ardian blandones. Estaban allí reunidas y sentadas en rigurosa escala de parentesco y amistad las parientas y amigas de la difunta. Fernando con sus mas allegados, en otra sala, en pié y de riguroso luto, recibia el pésame de los que con ellos habian vuelto del servicio fúnebre, celebrado con gran magnificencia en la parroquia; y esa casa á la que afluia toda Sevilla, estaba vacía, como una cabeza sin pensamientos, como un pecho sin corazon!... pues aquella mañana bajaba para no volver é subirla la ancha escalera, aquella cuya presencia era como la primavera para aquellos sitios, y que dejaba un vacío en cada corazon, un huérfano en cada pobre.

Nueve dias duró este triste aparato de duelo, que en algunos corazones habia de ser eterno.

Al décimo estaba Elia en su cuarto, del que no habia podido ni querido salir, en un desconsuelo sin treguas.

A su lado estaba la buena doña Marianita, que queria mucho á Elia, y que en ella respetaba el cariño que le habia tenido su difunta y excelente parienta. Echaba mano la buena señora de cuantas palabras de consuelo contiene el repertorio vulgar.

— Es una santa mas en el cielo, decia.

— Sí, contestaba Elia, ¡pero una ménos en la tierra!

— ¡Cuántas penas y males le ha quitado Dios llevándosela para sí!

— ¡Y cuántas felicidades y dulzuras á mí!

— Es preciso, niña mia, conformarnos con los golpes que nos envía el Señor en este valle de lágrimas.

— Es preciso sentirlos; si no, no serian golpes, ni el mundo valle de lágrimas.

— Pero... Elia ¿para qué sirven el talento y la razon?

— ¡Para mas sentir!

— Pero hija, ¡si ya no tiene remedio!

— ¡Pues ese, ese es el dolor que parte mi corazon! exclamó Elia hundiendo su cara en el cojin del sofá mojado de lágrimas.

Volvia doña Marianita á su repertorio de consuelos vulgares sin fuerza, sin lógica, sin efecto, y que no obstante sirven de mucho, porque hacen ver el buen deseo del que quiere consolar, aunque no lo logre; porque para las heridas del corazon no hay sino un bálsamo que es el del cariño é interes, que si no las cura, las alivia.

Abrióse en este momento de paroxismo del dolor de Elia la puerta y entró la Marquesa.

— Hija mia, dijo al ver á Elia, ¿cómo es que te veo sin luto?

La infeliz no habia pensado en ello.

— Vamos, prosiguió la Marquesa, vístete de negro, y ven conmigo.

La dócil niña obedeció sin pregunta ni réplica, se puso su basquiña y un pañuelo negro, y siguió á la Marquesa. En el estrado donde la llevó, se hallaron á todos los de la casa reunidos. Un escribano estaba sentado delante de una mesa, sobre la que habia un pliego cerrado.

Sentado en un rincon, vestido de negro, con la cabeza agachada y las manos cruzadas, estaba D. Benigno siendo presa á la vez del mas profundo dolor y de la mas viva inquietud. Pero cuando vió á Elia, extendió los brazos hácia ella. Esta se precipitó en ellos y sus sollozos se confundieron.

— Vamos, cálmate, dijo la Marquesa á la desconsolada dos veces huérfana; siéntate á mi lado y contráete, que lo exige la presente circunstancia.

— Señores, dijo el escribano cuando se hizo silencio, aquí está el testamento de la difunta señora doña María Isabel Orrea de Calatrava, — ¡que Dios goce! — hecho en pliego cerrado, legalizado, y depositado cn mi escribanía, que he sido llamado á abrir.

Elia se levantó.

— ¿Para qué he de estar yo presente á esta escena cruel, en que llega la voz de mi madre al traves de las tablas de su ataúd?

— Es, respondió la Marquesa, que ese testamento te interesa, y te incumbe asistir á su apertura.

— Señora, ¡por Dios! suplicó Elia, este es un acto de familia, y yo soy una extraña.

— Elia, repuso la Marquesa con suave firmeza, quedarte es un deber que te impongo, con los derechos que sobre tí me legó tu madre; es un homenaje á su memoria. Y si hay mas ternura en llorar, hay mas mérito en respetar y acatar á las personas que Dios llamó á sí.

Elia se volvió á sentar, y el escribano abrió el pliego y se puso á leerlo.

Despues de varios legados, y mandas pias, declaraba el testamento á Elia por heredera universal.

— ¡Jesus María! exclamó esta tornándose la palidez de su rostro en un subido carmin. ¡Jesus María! volvió á repetir con mas asombro aun que sorpresa.

— ¡Cómo! dijo la Marquesa, ¿esto te sorprende? ¡serás la única!

— ¡Dios mio, repuso Elia, en quien una palidez mas marcada que la anterior habia reemplazado los vivos colores; ¡este es el único sentimiento que jamas me ha causado esa santa madre mia! Su cariño la llevó á hacer una enormidad, una lesion á los suyos insostenible. Señor, añadió acercándose al escribano, extienda Vd. incontinenti un acta que pueda firmar ahora mismo, — pues ansío el quitarme este peso que me oprime y avergüenza, — en que exprese Vd. claramente

que renuncio á ese caudal ajeno, para que pase á sus legítimos herederos.

La Marquesa se levantó. — Elia, dijo con serveridad, esa acta, si se hiciese, seria nula y de ningun valor, por ser tú menor y hecha contra la expresa voluntad mia, que soy la persona en quien tu madre moribunda legó sus poderes sobre tí; pero fuera de esto, díme, ¿cómo te atreves á quebrantar con tanta lijereza la voluntad de tu madre, cuyo cadáver aun no se ha enfriado?

— Pero ¿para qué quiero yo, para qué me serviria ese gran caudal? exclamó Elia con la mas sencilla naturalidad y sincera conviccion.

— Tuyo es, repuso la Marquesa; la edad y el tiempo te enseñarán su uso y su manejo.

— ¡Pero yo no lo quiero! ¡no lo quiero! insistió Elia, lo cedo, como es natural, á sus dueños legítimos.

— ¿Y crees acaso, inocente, dijo la Marquesa, que nosotros admitiríamos de tí el caudal que no nos legó su dueña? Si lo has pensado, sírvate de excusa á la ofensa tu inocencia que no la alcanza.

Al oir estas últimas palabras que pronunció la Marquesa con severa dignidad, Elia quedó cortada.

— ¿Nos habeis creido tan interesados, le dijo Fernando con dulzura, que habríamos aceptado vuestro noble desprendimiento y generoso sacrificio?

— Pero ¿que poder en el mundo, dijo Elia despues de un momento de reflexion, me podrá forzar á considerar como mio lo que no conceptúo como tal?

— La voluntad de la testadora, contestó la Marquesa, la solemne voz de los muertos, la que tú desoirias al rehusar, así como nosotros al admitir.

— ¿Qué hacer? ¡Dios mio! ¿qué hacer? exclamó Elia cuando se halló sola con María y D. Benigno.

— Darles, dijo la primera, si te escrupuliza tu conciencia timorata, lo que pertenezca al caudal de Orrea, que es poco, y quedarte con lo de Calatrava, que es mucho, y tan tuyo como tus cabellos.

— ¿Qué hacer, D. Benigno? dijo Elia sin atender á lo que le decia María.

— Dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, contestó sin vacilar D. Benigno.

— Y á Juan Lanas lo que es de Juan Lanas, gruñó María.

Elia apretó con calor la mano al ente simpático que la comprendia.

Y la Baronesa de San Bruno decia aquella noche en una tertulia:

— ¿No saben Vds. la novedad? La Asistenta que ya chocheaba, ha dejado todo su caudal á la mojigatilla de la cunera, que sabe mas que las culebras, y que con este fin indispuso á las cuñadas que siempre se habian llevado tan bien. ¡Cómo estará la soberbia de Inés, que ya habria pensado mudarse de su cascajo á la hermosa casa de la Calatrava! ¡qué chasco! ¡Buenas danzas dicen que ha habido en la casa! ¡En la apertura del testamento hubo una de San Quintin! me han dicho que está tan contenta la improvisada ricacha, que ni luto queria ponerse. ¡Vaya si sabe la taimadita de la niña! Pues Carlitos tambien supo lo que se hacia: ahora se casará con ella, y será solo dueño del caudal, y la Marquesa tendrá que tragarlo, mal que le pese: bien empleado se la está por vana!

¡Este es el mundo! ¡¡Así cumplimos aquel divino precepto de amar al prójimo como á nosotros mismos!!

CAPITULO X.

Repetíase el justo y piadoso juicio de la Baronesa por un oficial recien llegado de Sevilla, con la excesiva fe que se da á toda crítica, fe que tanto se escasea á los elogios, en un café concurrido de Madrid.

Hacia este oficial parte de un alegre círculo de jovenes sentados alrededor de una mesa, sobre la que humeaba un tazon de ponche. Ninguno de ellos habia reparado en un jóven enlutado, que se hallaba sentado en una mesa detras

de la que ellos ocupaban, apoyando su cabeza sobre su mano, y no levantándola sino para mirar hácia la puerta de entrada, como si aguardase á alguno con impaciencia. Pero apénas acababa de referir el oficial esa sarta de denigrantes falsedades, cuando vió frente de sí al jóven enlutado, pálido y con aire altivo.

— Caballero, le dijo, lo que acabais de decir es una infame calumnia.

La sorpresa que causó esta brusca interpelacion, fué tan grande y general, que todos enmudecieron.

— Caballero, dijo al fin el oficial irritado, ¿con qué derecho os constituís juez de mis palabras?

— Con el derecho, contestó el jóven, que da la verdad á todo hombre honrado, de defenderla; con la obligacion que impone la justicia á todo corazon bien puesto, de sacar la cara por ella.

— Es D. Cárlos Orrea, dijo al oido uno de sus amigos al oficial.

— En ese caso, dijo el oficial, dirigiéndose al enlutado, os suplico esteis persuadido que no fué mi intencion la de ofenderos; ignoraba delante de quién hablaba.

— Así lo creo, replicó Cárlos, cuya voz estaba trémula de indignacion. No pido razon de una ofensa hecha á mi persona, sino de un ultraje hecho á la verdad. Exijo os retracteis de una vil calumnia, si la habeis forjado, y si no, que me digais su autor.

— Me retractaria con mil amores de una cosa que me importa poco, y que solo repito por oidas, repuso el oficial, si lo contrario me fuese demostrado; pero la voz de mando no la reconozco fuera del servicio.

— Pues yo, señor mio, dijo Carlos, espero obligaros á dar crédito á una verdad que un caballero defiende con su espada.

— Estoy á vuestro mandato.

— Mañana á las seis estaré fuera de la Puerta de Recoletos.

— No aguardaréis.

Cárlos saludó y salió dejando á aquel grupo, poco há tan alegre, en una consternacion general.

— Tiene razon... y yo la tengo tambien, dijo el oficial; ¡mal haya la facilidad con que se habla de las gentes sin conocerlas! Y luego añadió para sí: ¡Pues ya tengo puesta una pica en Flándes para con el rey, que odia los desafíos y tiene buena memoria! ¡Pues y mi madre que es viuda, y no tiene mas hijo que yo! Pero no anticipemos (prosiguió en alta voz) males que no se han podido evitar. Vamos al teatro, que representa Maiquez.

Cárlos al salir del café se encontró con un amigo á quien dijo cogiéndole por el brazo para seguir paseando: — Te aguardaba aquí, segun convinimos ayer, para participarte el proyecto que habia formado de ir á Sevilla, y por lo tanto encargarte de varias cosas. Pero ha mudado el caso, y es ahora otro el favor que quiero de tí.

Afligióse el amigo cuando Cárlos le participó que consistia el favor en que fuese su padrino en un desafío.

Eran entónces los desafíos poco frecuentes en España, siendo fácil colegir la razon de esto, cuando se examinan las principales causas que los hacen frecuentes en otros países. Son estas amenudo:

Ostentacion y alarde de valor.

No se hacia, por creerse pierde en mérito intrínseco lo que se exhala en bravatas.

La susceptibilidad, hija de la vanidad.

Existia en contra de esto una tolerancia fácil y de buen gusto en un país donde era desconocida la grosería, que tan frecuentemente origina los lances en otras partes. Ademas no estaban los ánimos exasperados, agriados, desunidos y soberbios, cual los han puesto, para eterna desgracia, la diversidad de opiniones políticas y la libertad de imprenta, ese punto culminante de las modernas exigencias, la que va introduciendo las luces que es un contento!

Habia aun mas; los desafíos estaban *mal vistos*, y no existia la completa despreocupacion moderna en punto á la opinion. El que hubiese creido adquirir la fama de bizarro por medio de los falsamente llamados *lances de honor*, solo hubiese logrado adquirir la de quimerista y *valenton*. Omitimos el hablar de las santas y nobles ideas religiosas que

ejercian su influencia adorable sobre las cosas, los hombres y la opinion; porque mezclarlas hoy dia en las cosas del mundo, que hace gala de desatenderlas, es mezclar un solemne acorde del órgano, al discordante y estrepitoso toque de tambores y cornetas.

Añádase á esto que el rey tenia una animadversion pronunciada á este resto de vandalismo, que miéntras exista impedirá al fatuo siglo XIX de gloriarse de haber sacudido todo el polvo de los siglos bárbaros. Dicen los que la echan de puritanos tocante al punto de honor, que no se pueden evitar, ó por mejor decir, desterrar los desafíos, siendo estos un freno que contiene al insolente. Pueden evitarse sin leyes, prohibiciones ni castigos, y solo con observar la noble calidad del respeto. Respetémonos unos á otros, no por lo que pueda cada cual valer, sino porque el respeto y la política son para quienes los merecen, un tributo debido, y al que no, le son barreras las mas difíciles de superar. Se engaña el que piensa imponer por la insolencia; porque de cierto hallará siempre otro mas insolente que él.

Fuése en seguida Cárlos á su casa; escribió algunas cartas y rompió varios papeles. Entre estos halló el único recuerdo que le habia dado Elia. Era una estampita que representaba al Niño Dios sentado en el suelo, teniendo en la mano una rosa cuyas espinas le han herido. Debajo estaban escritos con una letra tiesecita y poco ejercitada estos versos:

«¿Qué producirá, mi Dios
Tierra que regais así?»
— «Las espinas para mí
Y las flores para vos.»

¡Regada con tales fuentes
Un jardin se habrá de hacer!
— «Sí, mas de él se han de coger
Guirnaldas muy diferentes.»

¿Cúyas han de ser, mi Dios,
Esas guirnaldas, decí?
— «Las espinas para mí
Y las flores para vos.»

Cárlos besó mil veces el recuerdo tan dulce y santo como la que se lo habia dado: lo regó de lágrimas, y escribió al pié:

Que este mi último adios
En papel que riego así
Siendo un recuerdo de mí . .
Sea un consuelo para vos!

Le puso dos sobres, uno para Elia y otro para Fernando, á quien debia ser entregado si sucumbia, y sin embargo, al dia siguiente á las seis y media de la mañana, el oficial yacia con un hombro deshecho por una bala, y Cárlos con una grave herida en el costado era trasportado sin sentido por sus inconsolables amigos á una casa de poca apariencia en un barrio extraviado.

CAPITULO XI.

La Marquesa se habia llevado á Elia á su casa, en la que era objeto de los comedidos agasajos de la madre, y de los tiernos cariños de la hija. Pero Elia nada decia sobre sus proyectos futuros, y esto tenia inquieta á la Marquesa.

Pensaba á veces que podria Elia, como dueña de un gran caudal, quizas figurarse allanados en parte los inconvenientes que se oponian al desproporcionado enlace que habia proyectado. Era dable tambien que prolongándose la estada de Elia en su casa, cobrase Cárlos esperanzas, se arrojase á volver, y comprometiese su autoridad de madre, y la hospitalidad que tan generosamente habia ofrecido á la desconsolada huérfana, que le habia encargado su hermana en su lecho de muerte. No le permitia la delicadeza tomar la iniciativa en la cuestion de los futuros proyectos que formase Elia; pero entretanto un dia la ocasion se presentó naturalmente.

Una mañana que estaban reunidas en una galería de cristales que daba al jardin, despues de leer el Año cristiano, dijo la Marquesa á Elia, que bordaba en un mismo bastidor con Esperanza un paño de altar:

— Elia, ¿conoces há tiempo á Lorenzo Rioseco?

— Sí señora, contestó Elia, le he visto con frecuencia en casa de mi bienhechora.

— Es hijo, prosiguió la Marquesa, de una excelente señora amiga mia y de mi difunta hermana, de familia distinguida, aunque escasa de riqueza: es teniente coronel de milicias, y seria coronel si tuviese los veinte y cuatro mil reales de renta que se necesitan poseer para obtener ese destino. Conoces su buena presencia y finos modales; pero aun no conoces como yo, las bellas prendas que lo adornan, la nobleza de sus sentimientos, su conducta ejemplar. Te ama desde que te conoce, y aunque el amor no sea necesario en un enlace que por todos estilos conviene y promete la felicidad, tanto mejor que exista cuando todo lo demas concuerda. Quiere hacerte su mujer, y por mi parte he prometido á su madre apoyar su solicitud con tanta mejor voluntad, cuanto que creo hará tu felicidad, así como tú la suya. Como he prometido á tu madre en su lecho de muerte, hacer contigo sus veces, debo aconsejarte este enlace, pues si tú le llevas caudal, él te da una posicion y un rango distinguido en el mundo.

Elia no levantó la cabeza miéntras habló la Marquesa. Un vivo carmin se extendió sobre su rostro, y lo que no habia logrado la accion de postrarse, y besar la mano de un bandido infame, llamándolo padre... lo que ningun desprecio ni dureza habian podido lograr, el humillar á aquella alma suave y sin hiel, lo logró la proposicion que la hizo la Marquesa.

Pero, comprimiendo ese impulso de un alma superior que se siente rebajar, respondió con dulzura, pero con firmeza, miéntras que dos gruesas lágrimas cayeron por sus mejillas, puras y silenciosas como su dolor:

— Señora, mucho tiempo ántes de la muerte de mi bienhechora, estaba irrevocablemente fijada mi resolucion; mis intenciones han sido siempre y son, las de volver al convento cuando tuviese la desgracia de perder á aquella, de quien ni podia ni queria separarme. Si he venido á vuestra casa, solo ha sido con el objeto de demostraros toda la gratitud que me infundian vuestros beneficios, aceptándolos. A no ser por eso, ya estaria con las monjas, tan hermanas mias en la tierra, como lo seremos todos en el cielo!

La Marquesa miró á Elia con admiracion: ahora que no la temia, le pareció lo que era. Conoció era sublime renunciar á su edad, con su hermosura y sus riquezas, á unm undo que la adulaba; renunciar á su amor, y á una lucha en que podia tener fundadas esperanzas de vencer. Era esto una elevacion de alma, una abnegacion que la commovieron profundamente. Una lágrima asomó á sus ojos, al fijarlos sobre aquella suave flor del convento, y se sintió impulsada á estrecharla sobre su corazon.

— Hija mia, le dijo despues de un rato de silencio, admiro tu resolucion sin aprobarla. Antes de arrojarte á dar un paso tan decisivo, es preciso examinar profundamente tus inclinaciones; y eso no se hace en un dia ni en dos. A tu edad, son variables; tu vida empieza, no decidas lijeramente de tu porvenir. Ten presentes las ventajas de tu posicion, que la edad y la experiencia te harán apreciar mas de lo que lo haces hoy dia.

En este instante anunciaron que habia visita, y la Marquesa se fué á recibirla.

— ¡No te separes de mí! dijo Esperanza á Elia echándole los brazos, ¡quedemos unidas! ¡casémonos al gusto de mi madre, para vivir tranquilas!

Elia no pudo responder sino con lágrimas, y se fué precipitadamente á su cuarto.

Allí encontró á D. Benigno que habia venido á verla; hablaba con María, pero no parecian estar muy de acuerdo. María estaba animada, D. Benigno impasible como siempre, pero moviendo la cabeza en señal de desaprobar lo que María con gran profusion de voces y de gestos le queria inculcar.

Elia entró enjugándose las lágrimas.

— ¡Jesus! exclamó María, ¿qué es esto? ¿qué tienes, hija de mi alma? ¡No llores! ¡que me partes el corazon! ¿Te han ofendido? ¿te han lastimado?

— ¡No, no! respondió Elia, al contrario; me han dado nuevas pruebas de interes y aprecio. Lloro, María . . . al despedirme de las personas que tan bondadosamente me han acogido en mi desamparo.

— Eso es otra cosa; dijo María; me parece bien; porque en lo que es fino, mas vale quedar por carta de mas, que por carta de ménos. — ¿Y dónde vamos?

— Voy al convento, respondió Elia.

— ¡Al convento!!! exclamó María; se te ha ido el juicio, la memoria, y la voluntad á un tiempo? ¿Así guardas consecuencia, flaca criatura? ¿Qué dirá el príncipe de la pastorcita?

— La hallará muerta al mundo, ¡y llevada por los ángeles léjos de la tierra! María, los príncipes no se casan con pastorcitas, sino en tus cuentos.

— ¿Pero tú has considerado, ciega criatura, dijo María, que si la señora te dejó todos sus bienes, fué con intencion de que volviesen á entrar contigo en la familia?

— Se engaña Vd., María, dijo D. Benigno; nuestra difunta señora, en paz descanse, no tuvo otra intencion al dejar sus bienes á su hija de adopcion, que la de hacerle en muerte como en vida todo el bien que pudo.

— Dice bien D. Benigno, María, opinó Elia; su recto juicio no transige con nada: no le ofuscan pasiones, ni le inclinan intereses, ni le intimidan declamaciones mundanas. Tus canas, María, no han calmado la exaltacion de la cabeza que cubren, y los extremos con que me amas ofuscan tu razon. Solo hay dos existencias para mí posibles: una brillante, de incesante combate; otra humilde, de inalterable paz: una adecuada á mi genio; la otra, antipática: escojo, pues lo que me conviene. Mi bienhechora te dejó una cómoda independencia. Quédate unida á D. Benigno para cuidarle, y vivid ambos en la casa en que ella vivió, murió y santificó, que no deben profanar extraños.

— No hago falta á D. Benigno, respondió María, se puede quedar en la casa con Pedro. Pues... ¿crees acaso que te dejaré ir sin mí al convento?

Elia abrazó á su ama.

Encerróse luego con D. Benigno, hizo el arreglo que habia tiempo tenia meditado, y tomó las disposiciones siguientes:

«A su muerte pasaria el caudal á la familia de los Orreas.

Entretanto, las rentas que produjese, serian empleadas en mejoras, redencion de censos, nuevas adquisiciones que agregar al caudal; una quinta parte de dichas rentas se destinaria á obras de caridad.»

D. Benigno quedaba de administrador.

María al presenciar tantos absurdos, no trató de combatirlos. Se retiró bajo su tienda, como Aquíles, pensando que el año de noviciado contaba muchos dias en que muchas cosas podian suceder. Decíase, que hacer nada en ausencia de Cárlos, era contar sin la huéspeda, y echaba anticipadas miradas de triunfo á D. Benigno, al que no sacaban de su paso, ni de su andar de cronómetro.

Algunos dias despues, habiendo permanecido Elia inflexible en su resolucion, la Marquesa la llevó al convento.

— Entrego á Vd., dijo á la abadesa, esta vuestra hija tan pura como salió del convento, trayendo ademas grandes virtudes que ha adquirido, y de que ha dado muestras en el mundo.

Esperanza y Elia se echaron en los brazos una de otra; Elia pasó la reja que se cerró tras ella.

Al atravesar el zaguan del convento se encontró la Marquesa con D. Benigno y María, que venian trayendo el equipaje de Elia.

— ¿Con que... venís, dijo la Marquesa á María, á encerraros en el convento con Elia? Esto es una prueba de cariño que os honra.

— Sí señora, contestó María; me vengo con el fin de amonestarla dia y noche, para que no profese.

— ¿Vd. tambien ha venido? preguntó la Marquesa á D. Benigno, sin contestar á María.

— Sí señora, respondió este; vengo á darle el parabien, por su santo propósito.

— ¡Vaya Vd. bendito de Dios, señor D. Benigno! le dijo María al separarse de él. Vd. ha estado metiendo el palo en candela para que este cordero se sacrifique: ¿á Vd. le parece que ha ganado la borla de doctor con contribuir por sus sentencias de Salomon á separar á estas dos criaturas...?

lo que es contra Dios! ¡Y eso que decia Vd. que queria tanto á la niña! ¡Vivir para ver!

— María, contestó D. Benigno, tiene Vd. la vista mas corta que un topo.

— ¿Y Vd.?... dijo María volviéndose bruscamente; ¿pretende Vd. tenerla de águila?

— Si no veo largo, veo justo.

— Justo, lo largo de su nariz, dijo el ama.

— Vamos, María, despues de treinta años de llevarnos bien, separémonos amigos.

— ¿Amigos? No señor; no, no lo soy de quien quiera mal á mi niña, y se compincha con *la Reina de Egipto:* servidora de Vd., D. Benigno; reñidos; sí, señor; reñidos hasta el valle de Josafat!

Con eso se entró con pasos apresurados en el convento.

CAPITULO XII.

Cárlos despertó de un estado semejante á un largo sueño. Se incorporó en su lecho apoyándose sobre su codo, y extendió sus miradas por el cuarto desconocido en que se hallaba. Al fin se fijaron en una persona sentada á su cabecera. De repente dió un grito de sorpresa y gozo, que despertó á la persona sentada á su lado, á quien la falta de descanso habia embelesado. Levantóse y estrechó en sus brazos al enajenado Cárlos que murmuraba, ¡hermano! ¡hermano!

Era en efecto Fernando, que á la primera noticia de lo acaecido á Cárlos, voló á Madrid, siendo en esta ocasion, como en todas, su protector, su amparo, su refugio, en fin, el noble tipo del mayorazgo que con los bienes de la casa, con el consagrado derecho de primogenitura, hereda los deberes de padre, uniendo la proteccion de este á la simpatía de hermano.

Despues de los primeros desahogos, tan tiernos en Fernando, tan vehementes en Cárlos, se informó este de la impresion que su funesto accidente habria causado en su madre.

Pero Fernando le tranquilizó, asegurándole que le habia sido cuidadosamente ocultado, y que lo creia enfermo por causas naturales. A las preguntas de su hermano sobre Elia, contestó que estaba esta en casa de su madre, siendo por parte de la Marquesa, objeto de atenciones y de aprecio. Estas palabras causaron en Cárlos la mas viva alegría, haciendo nacer en él las mas halagüeñas esperanzas.

Era Fernando demasiado franco y recto para no disiparlas desde luego. Así, pues, dijo á su hermano:

— No te lisonjees, Cárlos, ni tomes la noble y generosa conducta de madre, como prueba de que desista de su sensata oposicion á tu intento. El gran caudal que posee ahora Elia, esos bienes que á los ojos del mundo parecen aproximar distancias, esas riquezas que *alzan*, si no *elevan*, son, hermano mio, un nuevo obstáculo á tus deseos. Madre se creeria envilecida si diese á Elia rica, el nombre de hija, que negó á Elia pobre. Te creeria rebajado de tu clase, si debieras tu caudal á una mujer, separada de tí por todos los escalones de la escala social. Difícil era, pero estaba en la posibilidad que hubiese alzado del caño á una nuera indigna; pero que la vaya á buscar sobre una pila de oro, no lo está. ¿Has podido creer por un momento, Cárlos, que hubiese circunstancia alguna, que llevase á madre á tolerar el ver enlazados en las soberbias ramas de su árbol genealógico, la cuerda del ahorcado, los grilletes del galeote? ¿á consentir en sus puros pergaminos la imborrable mancha de la ilegitimidad? ¿el baldon de la prostituta? ¡Cárlos, aun deliras en la fiebre si esto pensaste! ¿Exiges de la Marquesa de Val de Jara, consienta en lo que no consentiria el hombre de la clase mas humilde? Ademas, Elia está decidida á volver al convento, su única patria, como ella le llama, y razon lleva, siendo la de la inocencia y de la virtud.

Cárlos hizo un ademan de despecho y rabia.

— ¡Madre será, exclamó, la que se lo haya imbuido! Quiere sacrificar esa criatura angelical, á miras de orgullo; pero no lo conseguirá. No, no; si hay mérito en no arrostrar la voluntad de una madre justa y benévola, hay debilidad en someterse al despotismo de una madre dura é inflexible, en

quien el orgullo sofoca todos los sentimientos amantes y generosos. Y estas son, añadió con amargura, estas son las personas que se jactan de religiosas, y hablan de virtudes cristianas! ¡y que queriendo la religion en política, la desatienden en la vida privada!

— ¡Cárlos!... dijo severamente Fernando.

— ¿Pues es acaso, prosiguió con vehemencia Cárlos, es acaso humildad cristiana la que quebranta dos corazones, y destroza dos existencias, solo por orgullo? ¿es espíritu religioso el que hace de conventos prisiones? No; en los corazones endurecidos por viles intereses mundanos, no puede existir verdadera religion.

— Indignacion causaria el oirte, dijo Fernando, si el estado de padecer físico y de trastorno moral en que te hallas, no antepusiese un sentimiento mas dulce, el de lástima. ¡Raro derecho es por cierto, el que se arroga el que quiere fallar temerariamente en lo que le place llamar deberes ó virtudes! ¡Rara exigencia es la de no tolerar, que una persona por ser religiosa no sea perfecta, y perfecta á la manera que cada cual le prescribe! ¡Que una persona por ser religiosa, pierda todo derecho á la tolerancia, es un odioso absurdo! ¿Y acaso es virtud religiosa en una madre, el consentir que los primeros arranques amorosos de su hijo le lleven á decidir de su suerte, y esto de una manera que toda su vida le pese? Considera, Cárlos, si haria bien madre en tolerar un enlace, que bien pueden aprobar hoy tus correligionarios, apóstoles de la igualdad, á pesar de que mañana serian los primeros en mirar á tu mujer con desden. Porque, Cárlos, las teorías, aunque admitidas y otorgadas, son acerca de lo existente, establecido y sancionado por la mano de los siglos, lo que el papel moneda acerca del oro: formó el uno un rasgo de pluma, salió el otro de las entrañas de la tierra. Lo que sí es duro, acerbo é injusto á todas luces, Cárlos, es el juicio que te atreves á formar sobre tu madre. ¡Pues qué! aquella voluntad firme y altiva de una madre ofendida, que un pobre capuchino quiebra como un junco, aquella reconciliacion tan tierna en el lecho de muerte, con una hermana que causó todas sus penas, y deshereda á sus hijos por una extraña;

ese amparo y proteccion tan generosamente prometida y tan noblemente cumplida, á la que, aunque inocentemente, le ha amargado la existencia, y amenaza la honra de su casa, esa vida que ha sido y es un modelo de austeridad y de virtud, todo eso, Cárlos, que el mundo admira y la sociedad venera, su propio hijo no lo ve. ¡Todo eso se desconoce por el solo hecho de oponerse como madre prudente á lo que todo el mundo reprueba y condena, como severo juez! Dices, hermano, que ciega el orgullo. ¡Oh! ¡cuánto mas ciegan otras pasiones!

— ¡Sí! repuso Cárlos amargamente, la generosa proteccion prometida, y el noble modo de cumplirla, que consiste en persuadir á una tímida y dócil criatura á encerrarse en un convento, es un modelo en su género jesuítico é hipócrita. ¡Pero, tú defiendes admirablemente todo esto! A otra Santa Mónica no podia faltarle otro San Agustin.

— Ni faltará, dijo Fernando sin alterarse, á un hermano imprudente que zahiere, un hermano sensato que disimule.

— Perdona, hermano! exclamó Cárlos echándose á su cuello, es mi sangre á veces tan agria y efervescente, que dudo pase por mi corazon. Pero, Fernando, cree que en su contacto, si él no la calma á ella, ella tampoco le amarga á él.

— Así lo creo, repuso Fernando. Ademas te engañas si crees que madre haya influido sobre la determinacion de Elia; al contrario, puedo asegurarte que la ha aconsejado con insistencia, postergue la ejecucion de su propósito. Es madre demasiado leal y altiva para usar de medios indirectos ó solapados, para alcanzar sus fines; confía solo en lo justo de su causa, y en el poder de su voluntad. Si en el fondo no deja de aprobar la resolucion de Elia, es aun mas por motivos de razon que por inclinacion religiosa. Conoce que la posicion de Elia en el mundo que la adula y la desdeña, que la busca y la rechaza, que la sonríe y la hiere, que la acaricia y la humilla, es una falsa posicion, en la que aquella alma tan suave se hallará siempre desgraciada. Demasiado humilde para sobreponerse á la opinion; demasiado tímida para arrostrarla, pero demasiado delicada para no sentirse

lastimada por ella; demasiado modesta para embriagarse con las ficciones de la vanidad y el oropel de la riqueza, tiene cabalmente las cualidades que le impidieran gozar de las ventajas de su posicion, y la harán sufrir por todas sus desventajas.

— ¿Pero acaso crees, Fernando, dijo Cárlos, que yo pueda conformarme con perderla? ¿en nada me toman Vds. á mí en cuenta? Yo no consentiré en que se nos sacrifique: ¿qué me queda á mí en la vida sin ella?

— El olvido! respondió Fernando.

— ¿El olvido, Fernando!... ¿te burlas ó me insultas? ¿qué has dicho?... ¿el olvido?

— ¡Sí hermano, si! pero no quiero decir el olvido que borra la imágen de las cosas, sino el que embota sus impresiones: avergüénzase nuestra alma del olvido, á la par que cede á su irremediable influjo. Dios ha hecho del olvido una necesidad moral de nuestra existencia, como del respirar una necesidad física; y así, aspira el alma el olvido, como nuestro pecho el aire, por un irremediable impulso.

— ¡Dignas palabras del hijo de nieve de una madre de hielo! exclamó Cárlos.

— Cárlos, prosiguió Fernando, el fuego de las pasiones, las lágrimas lo alimentan, las quejas lo atizan. Solo un medio hay para evitar sus estragos; este es ahogarlo.

— ¡Imposible! gritó Cárlos.

— Te engañas, repuso Fernando; es posible... y puedo, prosiguió con voz profundamente conmovida, afirmártelo con palabras, y probártelo con hechos!

Al oir el tono doloroso con que su hermano profirió estas palabras, Cárlos sorprendido volvió la cabeza y le miró fijamente. Fernando tenia esa mirada vaga, que se clava sin interes en lo primero que halla, como sobre un punto de apoyo; su bello rostro estaba pálido, pero tranquilo. Solo la contraccion de sus negras cejas, y un imperceptible movimiento de su oscuro bigote, imprimian en él fases de dolor como sobre un papel blanco imprime la tinta la expresion de un acerbo sufrimiento.

— ¡Fernando! ¡Fernando! dijo Cárlos. ¡Oh!... com-

prendo! Ya cuando niño la amabas. ¡Mal haya el corazon egoista que ama y presencia, sin notarlos, los sufrimientos callados y ocultos de un hermano! ¡Sí, Fernando, la amas! ¡amas á Clara!

— No pronuncies su nombre, repuso Fernando, sino como el de tu hermana, si no quieres privar á mi padecer de su pureza y de su virginidad. Sírvate mi secreto de prueba de que todo lo bueno es posible, y vuelva á su tumba, que es mi corazon!...

— ¡Eres un héroe, Fernando! exclamó Cárlos.

— No, respondió Fernando, pero soy un hombre honrado.

— Vamos, añadió Fernando observando la creciente emocion y desasosiego de su hermano, esta conversacion se ha prolongado demasiado: es preciso que descanses y te tranquilices. Nada apremia en los acontecimientos venideros; lo que urge es que te restablezcas del todo.

En breve pudo Cárlos levantarse. Entónces Fernando le informó de que la madre y parientes del oficial su contrario, el cual aunque no habia muerto seguia en el mayor peligro, habiéndose hecho necesaria la amputacion del brazo, perseguian este asunto con la mayor actividad, habiendo reunido unánimes declaraciones que atestiguaban ser Cárlos el agresor. El rey estaba furioso, y habia prometido castigar al promovedor del lance.

No le quedaba á Cárlos, por el momento, sino la alternativa de ir á un castillo ó emigrar; no podia razonablemente oponerse á adoptar la última, tanto mas, cuanto que presumia que una vez en el castillo, su madre influiria para que saliese de este otro convento, hasta que Elia profesase en el suyo. Partió, pues, con lágrimas de despecho y rabia, confiado en la promesa que le hizo su hermano, de poner en ejecucion cuantos medios estuviesen en su poder para facilitar su regreso en el mas breve término. Confiaba, y con razon en una palabra de su hermano, como en un evangelio. Así fué que dejó igualmente á su cuidado una carta para Elia, en la que le decia, que viéndose obligado por asuntos del servicio á alejarse por un par de meses, no se oponia á su estada en el convento, en el que tranquila podria aguardar su

regreso. En toda la carta reinaba la expresion del mas profundo y apasionado cariño, la suplicaba una y mil veces no olvidase las promesas que le habia hecho, las que vendria en breve á reclamar, y que le daban derecho á arrancarla aun al pié de los altares para que se las cumpliese.

Algunos dias despues, llegaba esta carta al convento, esa *trinchera de almas frias egoistas,* como decia el filósofo Narciso; y Cárlos llegaba á Inglaterra, *nido de cisnes* como decia Shakspeare; sobrenombres que, en justicia, ¿no te parece, querido lector, que haremos bien en trocarlos?

CAPITULO XIII.

La Marquesa no ignoraba el desafío de Cárlos, aunque aparentó ignorarlo. Le causó una profunda afliccion; no obstante respondió al amigo que se lo comunicó: — Si todos hiciesen lo que él ha hecho, al oir ultrajar á su madre, los mal hablados pondrian freno á sus lenguas.

Pero miéntras Fernando se desvivia en Madrid para conseguir la gracia de su hermano, su madre conseguia por sus amigos y parientes que se retardase. Deseaba que Cárlos no regresase hasta que Elia hubiese profesado, sin otra razon que la de evitar locos extremos, que eran á su carácter grave y sentado en alto grado repugnantes. Así era, pues, que se hacian infructuosas las diligencias de Fernando, paralizadas por un ministro inclinado á los intereses de la madre: solo podia este consolar á su hermano, con las esperanzas que le daban á cada nueva solicitud. Exasperaban estas demoras á Cárlos, el que con su apego exclusivo español á su amor y á su patria, maldecia su destierro. Todas las magnificencias de Lóndres, pasaban ante sus ojos, como sombras chinescas, sin interesar su mente ni su corazon. En las reuniones de la alta sociedad en las que iba á aburrirse tanto ó mas que un viejo millonario Lord, resbalaban sobre el gallardo español como agua sobre hule, las *vivísimas ó languidísimas* miradas de las inglesas, que al imitar á las hijas del Sena, las han sobrepujado en coquetería.

Entristecíase profundamente bajo aquel cielo ceniciento, que parece el primer atacado del indígena mal, el *spleen*; en aquella fria neblina, en la que se envuelve la gran ciudad como en una mortaja, y que es sobre vuestras cabezas una noche sin estrellas, á vuestro alrededor, una noche sin descanso. Alzábanse sobre la nieve tersa y fria como el mármol, los negros y deshojados árboles, como esqueletos que levantasen sus brazos al cielo para pedir sepultura. Para él los dias no tenian fin, y las noches eran eternas. Y á pesar de parecerle parado el reloj del tiempo, los meses corrian persiguiéndose sin descanso. El invierno daba sus últimos bramidos en el equinoccio al ver triunfar de sus lúgubres noches los dias apacibles de la primavera. Aunque pálido y débil aparecia el sol, como un convaleciente. Cubríase el suelo de un aterciopelado césped como de un fresco vestido de primavera; el campo ostentaba todas sus galas, prodigaba todas sus sonrisas, y brindaba todos sus encantos en aquellos sitios campestres, tan suaves y románticos como sus poemas. Pero nada hablaba al corazon del desterrado... en que solo cabian recuerdos y esperanzas!

Acabósele de hacer intolerable su situacion, cuando calculó que solo quedaban á Elia dos meses de noviciado. Aguardó aun el último plazo que le habia señalado su hermano; pero cuando llegó este, y vió que como los anteriores, era este nuevo plazo otro eslabon de una cadena forjada para retenerle ausente, se indignó, y sin esperar mas, sin cuidarse de las resultas, pidió su pasaporte, y se embarcó á la ventura.

¡Cómo palpitó su corazon de intenso gozo, cuando vió bosquejarse al horizonte la España y redondearse las costas de su patria como el seno de una nodriza! — El puro azul del cielo y el brillante azul del mar, parecian entreabrirse como una concha de turquesa para mostrar en su seno la blanca Cádiz, como una perla. Veia á su izquierda la ciudad de San Lúcar, pareciendo la urna en que se apoya el Betis, con su corona de juncos, su barba de plateada espuma, y su aliento de azahares. Vió á Rota, el Puerto de Santa María, Puerto Real, la isla de San Fernando, formadas como corte-

sanos de la primavera en derredor de Cádiz; á Medina que han labrado en alto como un nido de alabastro. Vió en la bahía aquella selva movediza de masteleros, árboles esclavos tostados con los soles de los trópicos, endurecidos con las nieves de los polos, diciendo alegremente el nombre de su patria con sus lenguas de colores, recogiendo sus velas como pájaros que descansan sus alas, confiando en sus áncoras como el comercio en la buena fe. Fijó una mirada agradecida en el faro de San Sebastian, que Cádiz ha alejado de sí, y edificado sobre unas peñas en medio del mar, á fin de que el ruido de la ciudad no pueda distraerle y el de las olas le recuerde su santa mision; cíclope de granito, centinela impasible como la confianza, vigilante como los celos, miéntras la mar le azota los piés con sus olas y le salpica la frente con sus espumas; perenne vigía, vestal cristiana, cuidando esa pequeña llama que da tanta claridad! ¡Llama santa, con la que la caridad estampa en la pérfida oscuridad la voz CUIDADO! dedo de fuego con el que la humanidad indica el peligro que oculta la noche; buen consejo, que envía al traves del espacio, las tinieblas y las tempestades, el hermano al hermano; simpatía práctica, que une al que peligra aislado, con los que descansan seguros; aulas de caridad, que los ángeles señalan á Dios con el dedo para mostrarle que los hombres recuerdan su santo evangelio!

Vió Cárlos todo este conjunto tan vasto, tan espacioso, tan dilatado, y sin embargo recogido y distinto por la pureza del aire, que impide se confundan los objetos en la distancia. Sobre este inmenso cuadro, el cielo andaluz, que tiene el encanto de una sonrisa, el embeleso de una mirada de amor, la poesía de lo infinito, cuya magia es un magnetismo del alma; ese cielo tan puro que no se empaña sino con albas nubecillas como copos de nieve, que vagan sin direccion, como la mirada de un recien nacido, y por la noche con sus estrellas, como con sus brillantes la mujer que desea agradar; ese cielo siempre sereno, siempre apacible como la virtud, que no se cubre de nublados, sino despues que reseca la tierra le dice: *¡tengo sed!*

Apénas hubo desembarcado Cárlos en Cádiz y recorrido

algunas de sus calles primorosas y derechas como niñas bien-criadas, se embarcó para el Puerto, en un falucho que con su semi-arrogante semi-piadoso letrero de

¡CON DIOS VOY!
MIS OBRAS DIRAN QUIEN SOY!

se le brindaba. Este, desplegando su enorme vela latina que se hinchó al soplo de la brisa, como se hincha de alegría el corazon del que emprende la vuelta á su hogar, se puso á bogar lijero contra las olas, que sorprendidas murmuraban á sus costados como entes voluntariosos á quienes se les quiebra la voluntad. Pasada la barra, que precede á la entrada del rio Guadalete, en cuya orilla se extiende el Puerto de Santa María quitóse el patron su sombrero, y entonó en alta voz un padre nuestro por las almas de los muchos que han perecido en aquel peligroso escollo; ¡santo sufragio, tierno recuerdo del que se salva al que sucumbió, que debian respetar por humanidad los que no lo respetan por devocion! Pero esta tierna, piadosa y grave costumbre, ha sido abolida, sirviendo el impío sarcasmo de puñal para unos, de espantajo para otros. Así hicieron los impíos el gran servicio á la *ilustracion,* de helar la oracion en la boca de la generalidad. Las gentes superiores á quienes ni hieren ni imponen escarnios, enmudecieron tambien, temiendo dar pábulo con el testimonio de su fe á que se emitiesen impiedades y herejías que hiciesen mas daño que provecho podria causar su buen ejemplo (que buen ejemplo es el socorro, la dádiva moral, obligatorios del que es rico en inteligencia al que es pobre). Tal es la osadía inaudita y provocativa de los blasfemos, en esta lucha, que hace considerar á los fieles un silencio como una concesion, una tregua como una gracia.

Llegó Cárlos al Puerto de Santa María, que con ser una ciudad poco poblada, y tener alrededores estériles, halla medio de ser alegre y bonita; anduvo en poco tiempo en una lijera calesa las tres largas y monótonas leguas que separan este Puerto de San Lúcar, que rico de frutas, como Pomona, ofrece al sediento viajero su fina manzanilla y las puras y variadas aguas de sus fuentes. Allí donde se traga el mar

ansioso las dulces aguas del Guadalquivir, se embarcó en el vapor; el que voló hácia Sevilla cual si adivinase llevaba un amante que depositar al lado de la que amaba. Subió Cárlos las orillas del rio, monótonas, solitarias, tristes, como una larga existencia al llegar á su término, y que tanto se alegran, se visten de huertas y naranjos al acercarse á Sevilla, porque Sevilla es su querida, y fueron los confidentes de sus amores los poetas antiguos y lo son los modernos; que el amor no tiene secretos para la poesía, ni la poesía para el amor; así como no los tienen el alma y el corazon.

Llegó de noche. Alumbraba la luna con su serena luz á la naturaleza arrullada en su dulce *farniente* por el canto del ruiseñor, que tiene una indefinida emocion que llena de lágrimas los ojos; por el sonido de las guitarras que esparcen pensamientos de amor, y por la perfumada brisa que la refrescaba, como á una hurí el aire de su abanico de olorosas plumas.

Cárlos no quiso desde luego entrar en la dormida ciudad, y se quedó vagando por aquellas calles de árboles de los paseos, entre cuyo ramaje brillaban aun algunas luces de los reverberos, que parecian rayos, que el sol hubiese olvidado, escondidos como estaban entre la hojarasca.

Es preciso tener en Sevilla su patria y sus amores, para enajenarse y gozar, como lo hacia Cárlos de la felicidad del regreso — ¡que se compra tan cara con la ausencia! — y saborear como él, la encantadora armonía que entre sí tienen el amor, la primavera, los cantos, la soledad y la luna, astro que está — como el corazon que ama, — entre el cielo y la tierra.

CAPITULO XIV

Daban las siete cuando el jóven llamó al torno de las monjas de Madre de Dios.

— Voy á llamar á la madre tornera, dijo una voz que le era bien conocida.

— ¡María! esclamó el jóven.

— ¿Quién me llama por mi nombre? preguntó la misma voz.

— ¿No me conoces, María?

Un grito vivaz de alegría resonó detras del torno, y se oyeron pasos precipitados alejarse al mismo tiempo que estas palabras: — ¡Lo sabia! ¡sabia que habia de venir! ¡ni un momento dudé! ¡Yo sé lo que es querer!

Llegó entónces la madre tornera, y habiéndose hecho conocer Cárlos por el hijo de la Marquesa de Val-de-Jara, le dió la llave para que pasase al locutorio.

Cárlos entró en una pieza vasta, entrelarga; á la izquierda de la puerta, en el fondo, se hallaba una grande y fuerte reja doble, detras de la cual se extendia una gran cortina negra; sobre esta reja se leia esta inscripcion:

NOSTRA CONVERSATIO IN COELIS EST.

Del lado opuesto, una pequeña ventana enrejada y abierta cerca del techo, derramaba por el ámbito con perfecta igualdad una grave y pálida luz, cuyo reflejo moria sobre la cortina negra. En la pared, frente á la puerta, colgaba un cuadro de grandes dimensiones que representaba á Santa Cecilia renunciando en sus bodas á las seducciones del amor, convirtiendo á su marido al espiritualismo de su elevada fe, transformando el tálamo en altar, coronado por los ángeles con blancas rosas.

Algunas sillas de rejilla y alto espaldar con filetes dorados, guarnecian las paredes del locutorio, frias y albas como la nieve.

Cárlos sintió al entrar en aquel austero y silencioso recinto, como si una mano fria se pusiese sobre su corazon y comprimiese sus latidos. Sucedíale como al vivo y brillante pájaro de los trópicos al cual llevase su destino sobre las ramas de los pinos de la Laponia, cuyas hojas son témpanos; se estremece, sus alas se rinden, y su garganta se anuda.

Cárlos se dejó caer sobre una silla. De repente se descorrió rápidamente la cortina. Un aposento grande y claro apareció á los ojos deslumbrados del jóven. En pié, en medio

del cuarto estaba Elia. Cárlos no pudo hablar y estendió los brazos hácia ella.

— ¡Oh, Cárlos! dijo esta con el acento de la mas pura serenidad y cariñoso contento, ¡qué placer me das en venir para el feliz y solemne dia en que voy á pronunciar mis votos! ¡Solo tú, entre las personas que quiero y me quieren, me faltabas!

Cárlos fijó los ojos en Elia como se fija la atencion sobre un enigma que se quiere adivinar.

No podia darse nada mas bello que aquella encantadora aparicion, cercada de una auréola de luz. Sus ojos brillaban serenos reflejando su alma amante y pura; sus cejas negras se dibujaban con nobleza en su plácida frente. La toca cortaba en línea recta esa frente, y ceñia el óvalo perfecto de su cara. Su hábito blanco, que caia en anchos pliegues hasta el suelo, el velo que ondeaba desde su cabeza hasta sus piés, daba á aquella figura juvenil una dignidad dulce y grave, y hacian que al mirarla se mezclasen en igual grado el respeto y la admiracion. En aquel instante parecíale á Cárlos que se marchitaban sus esperanzas como flores arrancadas á la tierra y puestas en el altar de una Santa; pero sobreponiéndose á su dolorosa impresion:

— No vengo, Elia, dijo, para presenciar tus votos, vengo á impedir que los hagas; vengo á cumplir mis promesas, y á reclamar las que me hiciste. ¿Acaso las has olvidado? ¿hásete borrado el recuerdo de lo pasado?

— Todo se ha borrado de mi corazon en el convento, á medida que ha aumentado mi gratitud, que lo llena todo.

— ¡Y te atreves á decirlo! exclamó Cárlos. ¡Te atreves con esa misma mano, que distribuye limosnas, que seca las lágrimas de los que padecen, que adorna los altares con flores, á clavar el puñal en el corazon del hombre que te ama, del compañero de tu infancia, de aquel que tu madre llamaba hijo!

— Me atrevo, contestó Elia, á alargársela para separarle de una senda extraviada, y traerle á la senda que debe seguir.

— ¡Estas son las ideas que te han inculcado! Con eso,

lo que han hecho es trazarte á tí la senda del sacrificio... y á mí la de la desesperacion! Elia... ¿destruirias la felicidad del hombre que te ama únicamente y se llama tu compañero? ¡Tú, tan dulce, tan buena... serias ingrata y cruel! Tan jóven, tan hermosa... ¿serias bastante insensata para renunciar á los goces de la vida, aferrándote en un intento que todos deben reprobar?

— ¿Y quién podrá culparme, respondió Elia, porque me separo de un mundo que cada uno de sus habitantes maldice? Hállame uno solo que esté contento con su suerte; hállame uno solo que diga: «el mundo me ha dado una felicidad constante; una tranquilidad inalterable: he conservado en él una conciencia pura, aun de rencor; ninguna palabra, ninguna sonrisa, ninguna mirada llegó jamas á herirme, he vivido sin temores y sin esperanzas; ó bien he visto realizarse los primeros y desvanecerse las segundas sin sufrir ni abatirme; no he encontrado ingratos y malévolos, ó bien no me han lastimado el corazon»... Hállame, Cárlos, en el mundo quien diga: «he visto huir la juventud sin sentimiento, he visto llegar la vejez sin repulsa:» hállame uno solo, y será una razon sólida que oponerme, un elogio práctico del mundo que convenza, un argumento que triunfe. ¡Cárlos! rápida fué la ojeada que eché al mundo!... pero fué lúcida, y la repercusion la he sentido en el corazon! La sensatez, — á falta del dedo de Dios, — me trazaria la senda que debo seguir: me es dulce y querida, y no me separaré de ella. ¡Sí, Cárlos, mis dias de silencio y de oracion se deslizarán semejantes y dulces, como las gotas que destila el panal de la miel!

— Elia, repuso Cárlos, estás bajo la influencia de una exaltacion religiosa, que en este momento cubre tu vista, como una nube de incienso que te hace desconocer tu corazon, te ciega sobre tu porvenir y sofoca tus sentimientos. Pero yo no consentiré jamas, prosiguió con viva agitacion, que tiranices tu suerte y sepultes tu porvenir; á mí has prometido tu fe, á mí has jurado pertenecer; á mí estás ligada desde el dia en que con el anillo de esposa admitiste sus derechos y sus deberes. No puedes disponer de tu destino, que me pertenece. ¡Sabré hacer valer mis derechos!

— ¿Dónde están, cuáles son esos derechos? exclamó Elia en tono de reconvencion. ¿Soy ya la que era? ¿no están entre nosotros el mundo, la opinion, la voluntad materna? Atrévete á venir á arrancarme al pié de los altares; atrévete á decirme, «te privo de un bienestar tranquilo y constante; y te ofrezco en cambio la efímera felicidad del amor mundano:» — atrévete á separarme de mi conviccion con la crueldad, con la que se arrancase á un niño del seno de su madre. ¡No, no! Abandona toda esperanza; estamos tan separados en la vida, como lo están el sol que se rodea de brillo y ruido, y la luna que busca el silencio y la noche. Sigue tu destino como una corriente vivaz y presurosa, y no quieras arrancar la débil florecilla, que hallas á tu paso en la márgen, y que no podria unirse á esa corriente sin perecer en ella. Así, Cárlos... el que está ciego eres tú; cegado por una pasion, que esas sí ciegan, y no el incienso como dices, que no hace mas que dirigir nuestros ojos hácia el cielo, al cual sube.

— ¿Y porqué dices, exclamó Cárlos, que sea ciega mi pasion, Elia?

— Porque, Cárlos, todo lo que lleva á arrostrar la opinion y arrollar el órden establecido, es ciega pasion; y esa no guia bien y debe ser guiada.

— ¡Qué tranquila, qué serena, qué fria estás! dijo Cárlos con despecho.

— Porque he orado, Cárlos.

— ¡No me has amado nunca! exclamó Cárlos cayendo en una silla y cubriendo con ambas manos su rostro bañado de lágrimas.

— ¡Oh, sí! te he querido y te quiero! contestó Elia con voz suave y dulce. Pero en este íntimo é infinito amor que te tengo, no hay presencia ni ausencia; presente, pasado ni futuro: el tiempo pasa sobre él como sobre la eternidad, sin alterarlo. Es un amor que no distrae de Dios el corazon, sino que lo identifica mas con ese Dios, fuente y fin del amor perfecto. Es un amor que no teme la ingratitud, porque se da sin exigir correspondencia; es un amor inalterable, que se mezcla en las oraciones y se lleva consigo al cielo. Es un

amor que en la noche terrestre brilla como una estrella de otras regiones, que se ama cual ellas sin querer asirlas, porque subiremos á ellas.

— ¡Pero ese amor, dijo Cárlos con desconsuelo, ese amor que separa aquí á los que se aman, no da la felicidad, Elia!

— ¿Y á qué llamas felicidad, Cárlos? preguntó Elia. Si es la paz que da la ausencia de todas las pasiones, el reposo de la conciencia; si es la suave calma que se disfruta cuando lo pasado no tiene remordimientos que roan, ni el porvenir temores que torturen, si se halla en una vida que tiene el sueño tranquilo y el despertar sereno, si la hay en esperar la muerte sin desearla ni temerla, si esta es la felicidad verdadera y sin liga ... la he comprendido, Cárlos, y la he hecho mia!

Cárlos profundamente conmovido, destrozado el corazon, elevada el alma, echó su cabeza atras sobre el respaldo de su silla, se tapó los ojos con sus manos, y al traves de sus dedos rodaron gruesas lágrimas, miéntras su pecho se henchia agitado.

— ¡Cárlos! prosiguió Elia conmovida, y en tono de súplica. — ¡No me aflijas con tus lágrimas, no me inquietes con tu dolor! Amame lo bastante para no perturbar mi tranquila felicidad: ven fuerte y generoso á unirte á mí en aquella altura, de la que yo contemplo los intereses y pasiones de la tierra; esa altura, Cárlos, — ¡harto lo he visto en el mundo! no la alcanzan el talento, el saber, el genio; la alcanza la Fe, aquella fe divina, que llena el mar mas vasto, y halla cabida en el corazon mas sencillo. No la alcanzaba D. Narciso, y la alcanzaba D. Benigno. En esa altura, Cárlos, ¡parece la vida tan corta! ¡tan mezquina!... ¡es una nada con la eternidad! y sin embargo, puede encerrar muchas lágrimas y preparar muchos remordimientos. Solo en esa altura, Cárlos, se despoja de ignominia la que la heredó de sus padres, como los hijos de Adan la maldicion que él mereció. Allí se ve despojada de ella como la mariposa que vuela en la atmósfera, del sofocante capullo en que la crió la oruga. En esta altura, hermano mio, se está mas léjos de la tierra; pero mas cerca del cielo, del cielo, repitió levantando los ojos y

los brazos hácia él, con una santa y suave exaltacion, allí... en donde se reunirán todos los corazones amantes en el amor celestial y perfecto que es la bienaventuranza!

Elia inspirada, llenos de santas lágrimas sus ojos, se presentó á la vista de Cárlos, divina como una aparicion bajada de altas regiones, y pronta á volver á subir á ellas.

Conmovido, fascinado, arrastrado por un poderoso impulso comunicativo, Cárlos se postró, y apoyando su inclinada cabeza sobre los hierros de la reja: —

— ¡Comprendo, por mi desgracia demasiado tarde, exclamó, que en medio del torpe materialismo, que va invadiendo los espíritus, cual las crecientes olas de un diluvio universal, en que perecerán nuestras inteligencias, hay seres, cuyas almas arden como divinas antorchas en las tinieblas, como faros en la noche, que están tan elevados que los profana una pasion, y que solo se deben amar sobre la tierra, como se aman los ángeles en el cielo!

EPILOGO.

Si se preguntase ¿qué se hizo de los que quedaron en el grande y variado escenario del mundo? debiendo dar cuenta y razon el novelista de los personajes que pone en escena, podríamos responder, lo que Schiller en unos hermosos versos á los que le preguntaron qué se hizo de Thecla.

«¿Preguntais, acaso, qué se hace de los ruiseñores cuyos cantos os encantaban en la primavera? ¡No existieron sino miéntras amaron!» No obstante, la vida se compone de dos partes: la ideal y la material, y referiremos la segunda que sobrevive á la primera.

Fernando murió en Madrid en la malhadada jornada del 7 de julio de 1822 defendiendo al rey.

Cárlos, fiel á una causa ya perdida, pereció en el Trocadero el año 23 en aquella desgraciada accion en que se derramó sangre sin entusiasmo, se peleó sin esperanza, y se halló muerte sin fruto.

La Marquesa sufrió con valor la muerte de Fernando, de aquel hijo querido y perfecto, que habia realizado todas sus esperanzas, aquel hijo, segun su corazon, digno de ser cabeza de la casa de Orrea. No se puso luto, ni se la vió derramar una lágrima. Tenia en su cuarto el bello retrato de su hijo, que adornó con una corona de laurel y una palma. Pero la muerte de Cárlos la destruyó. Era el último Orrea, y el primero que habia muerto defendiendo una causa, que no era la de la religion, la del rey ni la del país. Su existencia se rindió, y aplomó, como las velas del barco al que falta la brisa vivificadora. Murió en los brazos de la inconsolable Esperanza, que se habia casado con un hombre de mérito, elegido por su madre.

Esta hija perfecta tuvo dos hijos. El mayor, criado al lado de sus padres, pasó en 1837 á las filas de D. Cárlos, y sucumbió en el sitio de Bilbao. El segundo, criado en el colegio de artillería, hizo sus primeras armas al lado del general de la reina, Córdoba, y halló la muerte en la accion de Mendigorría.

Cuando Esperanza, loca de dolor por tan crueles pérdidas, por ver todos los ídolos de su corazon víctimas de la terrible y horrorosa guerra civil, el mas espantoso azote que se fragua el hombre por su propia mano, se hallaba ahogada por lo intenso de su dolor, se iba al convento á ver á Elia, y volvia de él serena y resignada.

EL ULTIMO CONSUELO.

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES.

ADVERTENCIA.

Hase dicho, para rebajar la realidad, segun la propension de los pesimistas, que inventamos los cuadros que escribimos. Lo que la imaginacion crea en punto á hechos y sentimientos religiosos, está patente, en la impúdica religion de los griegos, en la feroz de los salvajes, en lo grotesco de la de los indios, y en lo ridículo de los ídolos chinos. Lo santo y lo sublime, en sentimientos como en hechos, *no lo inventa la imaginacion,* y solo se encuentra en aquello que dimana de su fuente, que es la religion cristiana, en su pureza y en su no interrumpida filiacion católica.

EL ULTIMO CONSUELO.

CAPITULO I.

Votre indulgence à vous, ne se lasse jamais,
Mères! vous n'avez point d'enfer pour les mauvais,
Et rien ne peut tarir ces sources éternelles:
L'amour dans votre coeur, le lait dans vos mamelles!
CHARLES RAYNAUD.

Nunca, ¡oh madres! se agota vuestra indulgencia, é infierno no teneis para los malos hijos. Nada logra secar las dos perennes fuentes, que para ellos manan en vosotras, la de savia vida en vuestros pechos, la de bálsamo de amor en vuestros corazones.

En la curva que abre el continente para formarle á Cádiz su espaciosa bahía, entre el Puerto de Santa María y la ciudad de San Fernando, generalmente denominada la Isla, se halla situado Puerto Real, el mas modesto de los vecinos de Cádiz, á pesar de su nobilísima procedencia, puesto que la fundaron los reyes católicos, como lo atestiguan y blasonan sus armas y su bello y sonoro nombre.

Este pueblo, como los otros, — ó acaso mas que los otros, — debe su buen caserío, su elegancia, la riqueza de sus iglesias y ex-conventos, á aquellos poderosos y espléndidos moradores de la rica y activa hija de Mercurio que se trasladaban á ellos, para gozar de las auras del campo, y variar los goces y pasatiempos de que en el pasado siglo disfrutaban sus felices contemporáneos con ánimo alegre y espí-

ritu tranquilo. Así es que el caserío del mencionado pueblo, aunque no tan elevado, no desmerece del de una capital, aventajándole en sus jardines, en los que, si bien han enterrado los gaditanos muchas talegas, han recolectado abundante cosecha de hermosas flores; trueque que han visto las gaditanas con tanto placer como si fuesen hijas de Flora, en lugar de serlo del cisne del océano.

Puerto Real está separado del mar por terrenos pantanosos, cortados por caños que llena y vacía el mar en su magno é incesante bamboleo. A la izquierda, y en los terrenos que hemos mencionado, ha creado la industria las vastas salinas tan renombradas por la bondad y abundancia de sus sales. La vista que ofrecen es triste y monótona, no cubriendo estos terrenos salitrosos sino una vegetacion pobre y mustia, entre la que predomina una especie de brezo llamado armajos, unos juncos llamados sapina y una planta llamada salada, de verde ceniciento y menudas flores, las que florecen como avergonzadas y de mala gana; ellas, madres de la dulce miel, á orillas del amargo mar que las desdeña, y entre la incisiva sal que las marchita! Asemejándose en su destino estas pobres flores á la poesía en nuestra época, que presenta sus flores sola y triste, á orillas del amargo piélago de la política que las desdeña, y entre el incisivo y descreido sarcasmo que las marchita! [1])

No alegran por cierto á estos parajes anfibios los enormes montes de sal, que de trecho en trecho se alzan como pirámides monumentales, muy saladas en la materia de que se componen, pero muy sosas en su desfusion. Bien mirado podria simbolizar un famoso mote y generalizado axioma,

---

1) Como para probar la exactitud cumplida de esta comparacion, existe y canta entre estas salinas una Rosa, cuyos dulces y sonoros cantos, que contienen siempre una *idea,* por lo regular elevada, bella y santa, la que expresan con claridad y elegancia, no alcanzan á pesar de eso, y de los merecidos elogios que de ellos hizo en el Heraldo uno de nuestros primeros y mas autorizados críticos, D. Manuel Cañete, todo el lauro á que son acreedores. Ya que en la prosáica era en que vivimos, la fama no cultiva ni riega las flores de la poesía, reciba al ménos esta Rosa en su cáliz, como una gota de rocío, nuestro pobre tributo de elogio y la espresion de nuestra sincera simpatía.

vigente y puesto en práctica cuando la guerra de la independencia, pero que desde entónces acá ha desaparecido con los héroes que la sostuvieron. Es este mote, que hoy dia solo á las pirámides cuadra. *En la union está la fuerza*, en vista de que estas moles se amontonan, porque así reunida resiste la sal á los temporales y aguas del invierno, criando su superficie con las primeras sales derretidas por las lluvias una costra, sobre la cual resbalan las aguas sucesivas.

A estas pirámides que llaman sencillamente *montones*, y que suelen reunir hasta doce mil fanegas de sal, se les hace cimientos á manera que á las casas de Amsterdam, primer puerto de la pantanosa Holanda, hundiendo en la tierra movediza enormes estacas, bastante largas para encontrar terreno sólido en que apoyarse. Esto ha dado lugar á que se diga de aquella ciudad, «que si se volviese lo de abajo arriba, apareceria como un espeso bosque.» Llaman á estos terrenos *albinas*, y á los que no se les halla fondo *rabizas*.

A la derecha de Puerto Real, aunque separado por iguales terrenos, está el famoso Trocadero, de cuyo nombre se apoderó la fama, y que hasta llenó de moños esa lijera y mudable francesita que se llama la *Moda* 1), miéntras que su individuo permanecia en el mas completo silencio, soledad y abandono. Labrado dicho fuerte en el espacio mas saliente de la costa, como lo ha sido Puntales en la orilla opuesta, parecen ambos venir mancomunadamente al encuentro uno de otro, como dos valientes y alertas centinelas que guardasen uno de los tres arsenales, joyas de la península, y vigilasen el interior de la bahía, que como salon de descanso y como hospital, brinda Cádiz á los peregrinos del mar.

El Trocadero, ántes de vestir la armadura y empuñar la lanza, era un pacífico y benévolo calafate, al que con motivo de volver los buques para carenarlos, denominaron *el Trocadero*, nombre que ha conservado, porque los nombres son lo mas adherente que se conoce, por mas que el furor de cambiarlo todo, no los exceptúe hoy de su universal *quita y pon*.

---

1) En el año de 1833 se hicieron en Paris sombreros, y fabricaron telas llamadas Trocadero.

El Trocadero guarece á Puerto Real de las poderosas embestidas de la mar, á las que no resisten ni aun las potentes murallas de Cádiz; así pues abrigado por el fuerte, y parapetado con sus pantanos, duerme tranquilo ese lindo pueblo entre sus flores, bajo la custodia de su patrono San Roque.

Pero si carece del contacto de su terrible vecino el mar, no por eso carece de su vista, y el que por la tarde pasee por su bonita alameda de carretones, que abriga con sus álamos al camino real, y desde donde el espacio se ostenta en toda su anchura, podrá divisar á su derecha el gran coto que se prolonga hasta las primeras alturas, las que siempre creciendo y elevándose, constituyen la Sierra de Ronda. Al frente puede ver al Puerto de Santa María mirándose en las aguas de su rio Guadalete; á la izquierda á Cádiz con sus rocas por cimiento, sus murallas por pedestal, sus torres por corona, su faro por antorcha, y sobre su blanco pecho su iglesia del Cármen por santo escapulario. Y por último, puede admirar entre el Puerto de Santa María y Cádiz la inmensidad del mar, y al rey de la luz apagarla con despacio entre las olas, dejando miéntras descansa, su mision de luz en el cielo á las estrellas, y en la tierra al faro, el mas santo de los monumentos que erige el hombre, despues del templo del Señor.

CAPITULO II.

No admiraba ni la mar ni la puesta del sol un hombre que montado en su burra se encaminaba á esta hora por el camino de las canteras al pueblo. Aunque solo contaba cincuenta años, sus cabellos habian encanecido, y las arrugas que surcaban su inclinada frente atestiguaban que las penas aventajan á los años en la triste mision de destruir al hombre.

El que se dirigia en su burra al pueblo, era uno de sus honrados vecinos, que estaba casado con una mujer de aquellas que reconcilian á Dios con la humanidad, de esas mujeres en que todo es corazon y todo lágrimas, que ponen en prác-

tica el divino y ascético lema *amor no dice basta;* aplicándolo así al amor á Dios y á las cosas divinas, cuanto al amor de familia y al amor del prójimo, hasta hacerlo extensivo al enemigo; amor sublime que bajó de la cruz, y se ha ido debilitando de manera, que cuando la generalidad lo ve en seres privilegiados, apénas puede darle crédito.

Este matrimonio, bien acomodado en su clase, que gozaba de buena salud y de gran consideracion en el vecindario, hubiera podido ser feliz, si fuese la felicidad cumplida (por mas que digan los filósofos) cosa concedida al hombre, que por la culpa degradó su propio primitivo ser y el de su estirpe. Los trabajos en el hombre, los dolores en la mujer... ¿quién levantará ese anatema de Dios que pesa sobre la humanidad?

Amarga habia sido la parte de sufrimiento que á este buen matrimonio habia cabido. Padres amantes, lloraban aquel dia como el primero, la muerte que en la guerra civil hallaron dos hijos que habian sido su gloria, y la de una hija que habia sido su encanto, y que les arrebató el mal que desde el Gánges viene á buscar sus víctimas. Unicamente les quedaba el mas pequeño de sus hijos, que habia acertado á ser, como lo calificaba la vecindad, el Júdas de aquella honrada familia.

Bernardo, tal era su nombre, que á la sazon contaba doce años, tenia todas las malas cualidades, que suelen nacer unas de otras. La pereza habia traido la ociosidad, y esta las viciosas inclinaciones. No habia dejado de contribuir á tan peligroso desarrollo el extremado cariño de sus padres, en particular de su madre, que les impedia gastar con él el rigor necesario para domarlo. Así es que su hijo habia acabado por unir á sus demas malas cualidades, el fatal espíritu de independencia, padre del desenfreno y verdugo del respeto, hermoso sauce del verjel de las virtudes; y cuando en almas díscolas y groseras falta el temor que le suple, pierde el bien en este mundo, despues de su ángel custodio, su salvaguardia.

Miéntras Antonio Parra montado en su burra caminaba cabizbajo hácia el pueblo, estaba María, su mujer, sentada en la sala de su casa, teniendo á su lado á una niña de seis

años, á la que enseñaba la costura y la doctrina. La madre de esta niña, hermana de María, era una pobre viuda que ganaba su vida lavando en las casas pudientes, la que ni podia costear á su hija la amiga, ni tampoco podia tenerla á su lado, por lo cual su buena tia la tenia por el dia en su casa.

— Verónica, hija mia, le preguntó la buena mujer, ¿sabes ya de corrido la relacion que te ha enseñado tu vecina la santera?

— Sí, señora tia, contestó la niña sin dejar de trabajar en su dechado, lo que hacia con sumo placer; — y en seguida relató la siguiente relacion:

En la gran Jerusalen
Caminaba hácia el Calvario
Una afligida mujer
Vestida de azul y blanco.
— ¿Ha visto Vd. por aquí
Al hijo de mis entrañas?
Por aquí pasó, Señora,
Antes que el gallo cantara,
Con una cruz en sus hombros
De madera muy pesada,
Y una corona de espinas
Que el cerebro le traspasa.

Como el madero le abruma,
Tres veces ha arrodillado;
¡Tres veces tocó la tierra
Con sus santísimos labios!

Allí salió una mujer
Que Verónica la llaman,
Con un paño que traia
Limpia aquella hermosa cara
Tres dobleces tiene el paño,
Tres caras allí estampadas.
La primera está en Jaen,
La segunda en Roma estaba
Y la tercera en la mar
Para consagrar las aguas.

— Tia, añadió en seguida la niña, aquella cruz, que tanto abrumaba al Señor que le hizo caer tres veces, ¿de qué era que pesaba tanto?

— Pesaba tanto el divino madero por su gran tamaño; el tronco era de cipres, de palma el palo que lo atravesaba,

aquel en que asentaron sus divinos piés, de cedro, y la tablilla de las cuatro letras de olivo; que todo tiene gran misterio, contestó á la niña su tia. Pero, ahora, prosiguió, ya puedes dejar tu tarea y ponerte á jugar, hija mia.

La niña dobló con mucho primor su dechado, que guardó con la seda y el dedal en una faltriquera que, formada de la misma tela, traia anexa la almohadilla; en seguida se levantó, y arrodillándose ante una imágen de bulto de la Señora, que estaba colocada sobre una mesa, cruzó sus manitas y dijo:

Vírgen Santísima,
Vuestra esclava soy·
Con vuestra licencia,
A jugar me voy.
Con vuestra mano bendita,
¡Madre de mi corazon,
Aunque soy pecadorcita...
Dadme vuestra bendicion!

En seguida se puso á vestir un niño de barro, que despues de cuidadosamente envuelto en uno de los recortes que le habia dado su tia, acostó en sus brazos, meciéndole y cantándole suavemente la tonada que para dormir á los niños tienen sus madres, infantilmente denominada la nana, con la siguiente copla:

Todo lo chiquitito
Me hace gracia,
Hasta los pucheritos
De media cuarta.

— ¿No quieres dormir? añadió, sentando á su niño en la falda, pues entónces, te voy á enseñar á rezar. Por las mañanas, lo primerito que se dice es:

¡Bendita sea la luz del dia,
Y el Señor, que nos la envía!
Tenga Vd. muy buenos dias.

— Y para acostarse, prosiguió la niña, se dice:

Me acuesto con mi Señor,
Que no hay otro mejor,
Ni lo ha habido, ni lo habrá,
Ni nació, ni nacerá.

¡Señor,
Si me duermo, despertadme;
Si me muero, perdonadme! [1])

— ¿Dónde habrá ido ese niño? dijo al cabo de un rato la buena madre; ya es cerca de oraciones, su padre va á venir, y si no lo encuentra en casa se va á incomodar!

— Estará jugando al toro con los otros muchachos, — contestó la niña, que era todo lo dócil y bien inclinada que no era su primo. — ¡No sé qué gusto encuentran en semejantes gritos, carreras y embestidas!

— Lo que gusta á los muchachos, no puede, ni debe gustar á las niñas, — repuso su tia, que instintivamente disculpaba siempre á su hijo, aun en aquellas cosas que mas la mortificaban. — El sentará, hija mia, él sentará.

— ¡Ya se ve! cuando sea viejo, contestó sin malicia la niña.

Oyéronse carreras y desentonados gritos, de esos con que los muchachos soeces lastiman sin compasion ni miramientos los tímpanos ajenos; y el niño de quien se hablaba entró estrepitosamente en la sala.

— ¡Válgame Dios, hijo, cuál vienes! exclamó su madre al notar su chaqueta y pantalones desgarrados. ¿Con qué te has hecho esa ropa jirones?

— ¿Qué mas le da á Vd. que sea con un clavo ó con un gancho? respondió el muchacho. Si no quiere Vd. que me desgarre no me haga Vd. los vestidos con esta tela de tiritaña.

— ¡Qué habian de ser de tiritaña, hijo! Son nuevos y de *pan de pobre.*

— Pues hágamelas Vd. de *pan de rico*, repuso con descaro el muchacho. Verónica, prosiguió dirigiéndose á la niña; en el pretil de tu azotea estaba tu gato, le tiré un chinarro; no lo maté, otra vez será.

— ¿Y qué te ha hecho mi pobre gatito para que lo persigas? repuso la niña prorumpiendo en un amargo llanto.

---

1) ¡Qué fe, qué ternura, qué encantadora sencillez hay en todas estas oraciones infantiles!! Solo podemos compararlas con las alas que ponia Murillo á las cabecitas de ángeles, pue confiados y sonrientes se ciernen en las glorias que pintó en sus cuadros.

— ¡Ay qué guaza!... ¡llorar por un gato! exclamó el muchacho echándose á reir. ¿Pues no era menester, Doña Soponcios, enjugarte esas lágrimas con un manojo de ortigas?

— Capaz eres de hacerlo, Heródes, dijo la niña yendo precipitadamente á guarecerse al lado de su tia.

Oyéronse entónces una campanada, y despues otra, y otra, como si muchas veces repitiese la santa voz de la iglesia la palabra «¡*Orad*, *orad*! que acaba el dia en que no habeis muerto, y empieza la noche en que podeis morir.» La tia y su sobrina, que atendian y comprendian ese lenguaje católico, se pusieron instantáneamente en pié, y la primera dijo á su hijo:

— Vamos, Bernardo, á saludar á la Vírgen y á rezar, que esta mañana no tuviste gana.

— Es que ahora tampoco la tengo, contestó este sacando de su faltriquera piñones, que se puso á partir y á comer.

Su buena y mansa madre, que conoció que nada conseguiria con insistir, dijo suspirando:

— Pues yo rezaré la oracion dos veces, una por tí y otra por mí: y en seguida empezó la salutacion á la Vírgen, respondiendo con su voz infantil Verónica, concluyendo ambas la devocion de esta suerte:

Recibid, Vírgen María,
Estas tres Ave-Marías
Que esta tu esclava te envía.
La primera, por los que están en agonía,
La segunda, por los que están en pecado mortal,
La tercera, por los que andan en las aguas de la mar
Y peligros de la tierra;
Las pongo en las manos vuestras,
Para que sean perdonados
Nuestras culpas y pecados.

— «Y que estén á punto asados
Los piñones que he mercado.»

añadió Bernardo, con esa facilidad que tienen en España hasta los niños, para sacar consonantes.

— Calla, Bernardo, dijo su madre apurada, que lo que dices es un desacato.

— Así me pagaran cada uno á dos cuartos, que los habia de enristrar como sartas de pimientos, repuso el muchacho.

En este instante llegó el padre.

— ¿Tú no sabes, exclamó al entrar dirigiéndose á su mujer entre indignado y sentido, lo que ha hecho ese mal alma? — y señaló á su hijo.

La pobre madre se puso á temblar, y ántes de saber el motivo de su dolor, asomaron á sus ojos las lágrimas que le arrancaba.

— De una pedrada ha abierto la cabeza al hijo de Juan de Silva, prosiguió su marido.

— El me tiró primero, dijo con desparpajo Bernardo; quien debe y paga, cuenta saldada.

— Es mentira, repuso su padre, que quien presenció el hecho, me lo ha referido; pero si el diablo no hubiese inventado la mentira, la hubieras inventado tú. El muchacho, ni te habia visto cuando recibió la pedrada. Otro mas provocativo que tú en el pueblo, no le hay. Y estás tan fresco como si nada hubieses hecho! Ni sentimiento muestras por estar desconsolada una familia por tu culpa, malvado; ni vergüenza, por haber mentido, villano!

— No he mentido, contestó Bernardo: me la tiró el otro dia, y se la tenia guardada.

— ¡Perverso! exclamó su padre, ¡á tan tierna edad guardar rencores! mal nacido y mal medrado, quién diria que te parió esa bendita, y que por tus venas corre la honrada sangre de los Parras!

— ¡Quien me la hace... me la paga! murmuró entre dientes el indómito muchacho.

El padre se dejó caer sobre una silla, y tiró con indignacion su sombrero sobre otra.

— ¿No sabes, hijo, exclamó con dolor su madre, no sabes que manda la ley de Dios no vuelvas mal por mal ni con palabras, ni con obras, ni con deseos de venganza; que Dios la tomará por tí? ¿y que dice San Juan, que el que odia á su hermano es un homicida?

— María, le dijo su marido, te lo he dicho ya, este mal hijo, á mí me va á llevar al hoyo, por su causa te se van á secar á tí los ojos, de llorar, y por remate ha de tener mal fin.

— ¡Madre mia, Vírgen de Misericordia! que lo tenga cristiano, exclamó cruzando las manos la ferviente cristiana.

CAPITULO III.

Diez años despues, se habian realizado en parte los vaticinios del anciano. Bernardo habia perseverado en su mala senda, y en varias ocasiones, sus locuras y temeridades, le habian expuesto á un fin desastroso. Las lágrimas que sus angustias y sus penas arrancaban sin cesar á la buena madre, habian acortado en tales términos su vista, que no conseguia, por mas que lo intentaba, ocultar los progresos de su mal. En cuanto al padre de este mal hijo, yacia en el lecho del que no habia ya de levantarse.

— ¿Con que tampoco esta noche ha entrado Bernardo? preguntó el enfermo á su mujer.

La interrogada no contestó.

— María, prosiguió su marido, estoy afrentado, y la afrenta es una pesada cruz con la que no puedo yo. Años ha que tengo muerto el corazon; y el cuerpo va detras: ese mal hijo me entierra!

— Hombre, contestó su mujer ocultando las lágrimas que la ahogaban, no es tan fiero el leon como lo pintan. El se enmendará; cobra buen ánimo. Considera que dice el refran: carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda: déjalo que desbrave; está en la fuerza de la calentura de la mocedad . . . ella pasará: segun son los penitentes, es menester absolverlos!

— Por tanto absolverlo, está como está, María! Y así es que parte de esta perdicion cae sobre nosotros, que no le pusimos freno desde un principio. Si no hubiese encubridores no habria ladrones; y tú no has hecho otra cosa que encubrir sus desmanes, y darle dinero para mantenerle sus vicios.

— ¿Qué dineros le habia de dar? exclamó María . . . si tiene el pobre siempre los bolsillos que pueden correr por ellos ratones!

— Porque cuando viene á vestirse trae la moneda gastada. No falta quien diga que tiene parte en el robo que se hizo dias atras; y aunque no sea cierto, ha caido en descrédito; y si él tiene cara para arrostrar esas voces y se echa el alma á la espalda como un perdido, no así yo!... que toda mi vida he tenido vergüenza, y he andado con el sombrero echado hácia atras, y no hácia la cara.

— Bien sabes, repuso su mujer, que nada tuvo que ver mi pobre hijo con el robo, pues aquella noche durmió en casa. Ya ves, hombre, cuántas cosas parecen lo que no son.

— Durmió en casa, gracias á una borrachera de que no se podia tener, repuso su marido; porque de las veinte y cuatro horas, veinte y cinco está bebido; pero como no se pasea mas que con gentes sospechosas y de mal vivir, las sospechas que sobre aquellos caen, calan hasta él. La sangría que ha dado á mi casa no ha sido floja; y dará con ella en tierra, despues de dar conmigo en la huesa, en la que, segun me ha puesto de consumido ese mal hijo, poco dará mi cuerpo á los gusanos! Así es que la pena que llevo conmigo al hoyo, es dejarte á tí sin mas amparo que el de Dios, con una pena siempre viva, con ese hijo sin entrañas, el que por remate, — como muchas veces te lo he predicho, — ha de tener mal fin!

— Madre mia de la Misericordia, rogó sollozando la pobre madre, *que lo tenga cristiano!*

Poco tiempo despues de la precedente escena murió el honrado Antonio Parra en los brazos de su desolada compañera, con todos los consuelos divinos que hacen santa á la muerte, y con todos los consuelos humanos que la hacen suave; pero sin que su hijo, que estaba en una de sus correrías, ayudase á su madre en la santa y sublime obra de asistir á su padre.

Verónica fué la que sin desviarse un instante del lado de su tia, partió con ella sus cuidados, y despues que faltó su tio, la acompañó y consoló en su triste soledad como una buena hija.

Era Verónica á la sazon una linda jóven, muy tímida, muy retenida, muy devota y muy recogida. Vestia con mucha sencillez y recato, pero con sumo aseo y pulcritud. Su rostro,

un poco parado y de buenas y regulares facciones, tenia la serena, grave y fria belleza de las imágenes. Su habitual ademan era el de bajar los ojos, ademan que usurpa á veces la hipocresía á la austera virtud, lo que sirve de pretexto á la *franca* disolucion para burlarse y censurarlo amargamente, aun cuando sea la sincera expresion de una persona humilde y morigerada. Guarda el espíritu antireligioso sus inagotables tesoros de indulgencia y tolerancia para mejor ocasion, esto es para los *pobrecitos* judíos, para los *filantrópicos* misioneros protestantes que quieren ilustrarnos, como los otros enriquecernos; pero... llevar los ojos bajos y el continente morigerado, tales desmanes, y semejantes perjudiciales ejemplos, deben en bien del país, y provecho de los adelantos del siglo, reprimirse, menospreciarse y entregarse al escarnio!

En Bernardo la muerte de su padre no habia causado gran sensacion, ó al ménos no habia sido de especie tal que bastase á mejorar sus costumbres. Pasada la primera impresion, la falta de su padre mas bien habia servido á romper el último freno que lo retenia. Este freno era el respeto, que aunque no fuese sino en su presencia, le infundian las venerables canas que ceñian como una corona de plata la frente del hombre honrado; que ese hombre honrado era su padre, y canas que se habian anticipado á la vejez, eran cada cual hija de un pesar causado por él! La vergüenza, que es la conciencia profana, hacia doblegarse á aquella indómita cabeza ante su padre; por que aquel hombre, aunque malo y viciado, habia aprendido á hablar en las faldas de su madre, con estas palabras: *amar á Dios sobre todo, honrar padre y madre.*

Así fué que en los primeros instantes admiró y casi envidió la conducta observada en aquella ocasion por su prima, y mas adelante al verla consecuente á sí misma en todas las circunstancias de su vida, serena siempre como el espejo que refleja el sol de mayo, llegó á adquirir la suave Verónica para con aquel hombre inquieto y efervescente, el dulce atractivo que tiene una tranquila y plácida bahía para el marino que en altas mares lucha entre las corrientes que lo arrastran, y los huracanes que lo empujan.

Pero las osadas é incisivas miradas que clavaba Bernardo en su prima, habian retraido á la modesta y encogida inocente de fijar en él las suyas, que eran tan cándidas, tan puras, tan confiadas y tan serenas. Tiempo habia, — ó mejor diremos, siempre habia sucedido, — que el lenguaje brusco, burlon y poco respetuoso de su primo, habia originado en ella hácia él un alejamiento temeroso y repulsivo; evitaba con cuidado las ocasiones de encontrarse con aquel, y al efecto elegia para acompañar á su tia aquellas horas en que sabia que estaba él ausente.

En vista de lo referido hacíanse difíciles los naturales preliminares, que son al amor lo que sus albores al sol, entre dos seres tan opuestos, entre un hombre que una vez definido su objeto, camina á él sin ambages, y una jóven que nunca ha pensado, ni comprendido, ni deseado, ni oido palabras de amor.

No se le ocultaba á Bernardo el desvío de su prima. Pero era él justamente de aquellos hombres á quienes empeña una contradiccion, y enardece un obstáculo: era de esos fatales idólatras de su voluntad, llamados tercos, y la terquedad es la mas estúpida fusion de la tontería y del orgullo; es vicio de niños, vicio de necios, vicio de pesados, vicio de los que gustan hacer alarde de todo.

Como la naturaleza poco elevada de Bernardo le hacia incomprensible que hubiese quien renunciase voluntariamente al mundo y al amor; como por otro lado no creyó posible que lo dejase de querer una mujer sin un motivo, y este motivo á su entender no podia ser sino el querer á otro, se puso á acechar á su prima á todas horas. Pero nada oculto pudo descubrir en aquella existencia que se deslizaba santa y silenciosamente al pié del altar y en el encierro de su casa.

No hallando las sospechas de Bernardo sobre quien recaer, se fijó en este dilema: — ó Verónica no tiene amores, y en ese caso me corresponderá cuando la diga que la quiero; ó no me corresponderá, y eso será porque quiere á otro, y este otro no puede ser sino Juan de Silva, que es su vecino, y puede hablarle sin que nadie lo llegue á entender.

Decidido, pues, á salir de dudas, Bernardo aguardó una

noche á su prima, apostado detras de una esquina; de manera que al volverla Verónica, se halló frente á frente con él.

— Te aguardaba, Verónica, le dijo Bernardo.

— ¿Y para qué? contestó ella instintivamente alarmada.

— Para decirte que te quiero, replicó él.

Quizas aquel que no comprenda el íntimo sentir de una criatura como Verónica, imagine que ponderamos al decir, que el efecto de pavor y de tedio que le causó esta abrupta declaracion fué aterrador, que en aquel instante las ardientes miradas de su primo la horripilaron cual si hubiesen sido víboras, y que sus palabras la inspiraron la repulsa que la hubiesen causado culebras que se acercasen para enroscarla. Fué tal su turbacion que no halló su labio un sonido, ni su razon una palabra para contestar, y permaneció muda.

— ¿No me respondes, mujer? prosiguió Bernardo en un tono suave, desconocido en él.

— ¡A mí no... á mí no! contestó Verónica entre aturrullada y asustada.

— ¡A tí, prima, á tí! que te has puesto tan hermosa que paras al sol; á tí es á quien quiero!

— ¡A mí no... quiere á otra! tornó á decir Verónica.

— ¿Y por qué habia de querer á otra y á tí no?

— Porque otra podrá corresponderte.

— ¿Y tú no?

— Yo no.

— ¿Y porqué? preguntó volviendo á su natural tono brusco Bernardo.

— Porque eso de amores no es para mí, contestó Verónica; yo no quiero amores.

— ¿Pues qué quieres?

— Yo no quiero nada.

— No lo creo.

— Pues qué ¿no se puede vivir sin desear algo?

— No; no se puede vivir sin desear algo, y despues de desearlo, no se puede vivir sin lograr lo que se desea. Tú á alguno has de querer; si no es á mí será á otro, eso no puede marrar; y lo que yo deseo es que sea á mí; ¿estás?

— Bernardo, dijo fatigada Verónica, por Dios no me de-

tengas con palabras inútiles, ni con chicoleos que son buenos para las casquivanas.

Dió un paso para irse, pero Bernardo la detuvo agarrándola por un brazo de una manera tan brutal, que la pobre niña lanzó un débil ¡ay! debido tanto al dolor como al sobresalto.

— ¿Me haces violencia, Bernardo? exclamó, ¿y con qué derecho?

— ¿Y con qué derecho me das tú con la puerta en el rostro sin escuchar siquiera mis razones? repuso Bernardo, un grillo es y se le escucha.

— He oido tus razones, Bernardo, te las he contestado y me voy, porque no está bien que se pare una mocita á hablar con un hombre en la calle, aunque este sea su primo.

— Pues acude á la reja.

— Nunca.

— Dáme una esperanza siquiera, esquiva, una siquiera y te dejo ir.

— Con que ¿quieres que te engañe?

— No quiero que me engañes: lo que quiero es, — ya que otra cosa no puede ser, — que ántes de darme un no tan pelado y tan duro como los chinos que estamos pisando, lo pienses con despacio.

— Lo tengo pensado, Bernardo, y no he de variar; te lo digo porque me gustan las cosas claras y sin vuelta de guia.

— Es que todo no lo tienes pensado, repuso con comprimido despecho Bernardo; quédate que pensar que si me desprecias, en Juan de Silva me tengo de vengar.

Bernardo se alejó dejando á la pobre Verónica mas atónita aun de oir nombrar á Juan de Silva, con el que no tenia ninguna clase de relaciones, aunque era su vecino, que asustada de la amenaza.

CAPITULO IV.

Algunos meses despues de la muerte de su marido, estaba la pobre María sentada en su solitaria sala. En su pálido y marchito rostro se veian unidas las huellas del sufrimiento perenne y del temor incesante, como se ven en un barco que naufraga á ímpetus de las olas del mar que lo asaltan y del huracan que lo zamarrea, los destrozos que unidos le causan ambos elementos. Verónica estaba á su lado, semejante á los ángeles de Dios, á quienes no ahuyenta, sino á quienes atrae el dolor para ejercer su mision de consuelo.

— ¿Tia, qué tiene Vd., le dijo con su suave y queda voz á María, que desde esta mañana no se la secan las lágrimas? Ya le han hecho á Vd. surcos en el rostro y acabarán por hacerla canales.

— Hija, contestó María, estoy que no puedo parar y que no quepo en el mundo! Tu primo no ha entrado desde ayer de mañana que salió.

— Señora, ¿no está Vd. hecha á que esto suceda? Habrá ido á los toros del Puerto.

— Aunque eso fuera, deberia haber vuelto ya; los toros fueron ayer.

En este momento entró azorada y precipitadamente la hermana de María, madre de Verónica, y le dijo con la abrupta franqueza del pueblo: — ¡María, en la calle larga hay una riña, y tu hijo es uno de los que se hallan en ella!

María se levantó desatentada, y aun sin tocarse su pañolon se arrojó á la calle, dirigiéndose despavorida hácia el sitio indicado.

Su hermana y Verónica á pesar de su espanto y de su terror, salieron á alcanzarla; porque el pueblo mira con harto mas respeto las relaciones de familia que la clase que se denomina culta, y atiende á las obligaciones que impone con harto mas cariño y respeto.

Cuando llegaron al sitio de la riña, vieron á María, esa mujer tan blanda de corazon, tan retenida por hábito, tan temerosa y encogida por carácter, arrojarse entre dos hombres,

que lívidos los semblantes por la ira, y ardientes los ojos por el furor, terciada una manta en el brazo izquierdo y teniendo en la mano derecha una larga y ya ensangrentada navaja se preparaban á darse una embestida.

— ¡Hijo, hijo!... ¿Qué vas á hacer!!! gritó abalanzándose á uno de ellos.

La madre del otro combatiente habia acudido tambien con una hermana, y lo sujetaban cada una por un brazo, pero sin que gran esfuerzo fuese necesario, porque en este instante vaciló, sus ojos se cerraron, la navaja se escurrió de sus manos, y cayó sin sentido.

— ¡Le mató!... murmuraron los que al ruido de la pendencia habian acudido.

— Quítate de en medio, Bernardo; dijo á este uno de los conocidos, mira que han ido á avisar á los civiles.

Bernardo, que se desangraba por una ancha herida en el costado, se alejó apoyándose en su madre, cuyos vestidos empapaba con la caliente sangre que vertia, y cuyos castos y religiosos oidos heria con las obscenas blasfemias y palabras de venganza que le arrancaba el furor al sentirse mortalmente herido. A su otro lado iba sosteniéndolo Verónica, aterrada, pero atenta y silenciosa; y su tia le anudaba con fuerza su ceñidor para comprimir la hemorragia.

Así caminaban lentamente, solos y sin auxilio; porque los hombres todos habian huido, con ese temor profundo que hay en España á verse comprometido á figurar como testigo en una causa criminal.

Nadie hablaba. La debilidad y el cansancio habian hecho callar al herido; las demas callaban por no darle pábulo á volver á prorumpir en su horrible lenguaje, que sin freno ni represion va cundiendo de un modo espantoso, y como no se oye en nacion civilizada alguna, pero ni aun entre los salvajes. ¿Para qué pagan las gentes honradas las contribuciones, y la policía, si no ha de servirles para evitarse á sí, á sus mujeres é hijos este intolerable vejámen?

¡Qué grupo formaban estas hermanas de caridad, (en llegando la ocasion todas las mujeres lo son). alrededor de la cama en que fué acostado aquel hombre de espantoso aspecto,

el que mas pálido por grados á medida que iba perdiendo su sangre, con los ojos cristalizados, la mirada extraviada y perdida, la boca entreabierta, y la respiracion estridente, yacia inmóvil é insensible! Con qué consagrado amor manchaban de sangre debida al delito, sus puras é inocentes manos, al aplicar á la herida paños, miéntras no llegaba el cirujano! ¡Con qué caritativo celo secaba Verónica con su blanco pañuelo el sudor, con que bañaban la frente del herido las fatigas de muerte que la causaba la pérdida de la sangre! — ¡Señor! estos prodigios de santo y consagrado amor, de valerosa y paciente caridad te ofrece la humanidad, para que en favor de ellos no reniegues de la criatura que criaste y que olvida su elevado orígen, su mision en este mundo, y su destino en la eternidad!

El cirujano declaró la herida grave, pero no mortal. Despues de la cura el herido acabó de perder del todo el conocimiento, y quedó sumido en un letargo semejante á la muerte.

Entónces, María, exenta ya de la activa asistencia que reclamaba su hijo, cayó desplomada sobre una silla y ocultando su rostro en sus manos prorumpió en sollozos clamando con desconsuelo: ¡habia de tener mal fin; así lo predijo su padre!

— Tia, no se aflija Vd., ni piense lo peor, replicó Verónica: eso lo dijo mi tio en el supuesto de que no se enmendase. ¿Quién sabe si Dios se vale de este medio para preparar su enmienda? ¿No vemos en las vidas de los Santos, á cuántos de ellos llamó Dios á sí por medio de enfermedades, naufragios, y otras calamidades que han puesto á los hombres frente á frente con la eternidad? Bernardo sanará, tia: así lo ha asegurado el médico, y mediante Dios, sanará á un tiempo de cuerpo y de alma.

— ¡Verónica, hija mia! Dios te premiará el bálsamo que dan tus palabras de consolacion á mi alma: ¡tú no sabes, hija, lo que es una pena sin consuelo!

— No las hay, tia, repuso Verónica. Dios los tiene muy grandes y muy dulces para quien se los pide, y el mayor de todos es el que Su Majestad se digna recibir nuestras penas como ofrendas, cuando se las ofrecemos. ¿Quién, pues, por

tal de tener una ofrenda que ofrecer al Señor, que le sea grata, no quisiera sufrir como lo ansiaba Santa Teresa?

— ¡Madre mia! ¡si decretada está la muerte del hijo mio... si la he de presenciar como presencié la de su padre..., conforme estoy, y cúmplase su santa voluntad! ¡Pero tú, Señora y afligida madre, alcánzale á otra su último consuelo; y logra por tu intercesion bendita, que tenga el hijo, como la tuvo el padre, una muerte cristiana!

CAPITULO V.

Al tercer dia que sin moverse de la cabecera de su hijo, pasaba María entre la agonía del temor y los consuelos de la esperanza, sin que sus ojos se cerrasen ni hicieran otra cosa que verter lágrimas, sin que sus labios se abriesen para otra cosa que para orar, salió el paciente de su letargo, y dió señales de vida: esto es, suspiró é hizo algun movimiento.

Bernardo habia pronunciado algunas palabras, y su madre se inclinó hácia él, prestó el oido y pudo distinguir las siguientes:

Allí salió una mujer
Que Verónica la llaman,
Con un paño que traia...

— Tu relacion, Verónica, exclamó María, aquella que decias cuando eras pequeña! ¡Retrocede, hijo de mi alma, añadió dirigiendo sus palabras al enfermo, retrocede al tiempo de tu inocencia! No lo creas imposible y por eso te desanimes, hijo de mis entrañas! El arrepentimiento y la enmienda nos abren nueva vida; y el padre sienta al hijo pródigo que lo implora, á la cabecera de su mesa. Así lo ha dicho el mismo Dios hecho hombre, brindándonos el perdon, que á tan poca costa podemos adquirir, pues

Al que llorando, á Dios suspira y pide,
Siempre le acoge, y nunca le despide.

— ¿Quién me habla de Dios? dijo el paciente abriendo los ojos y fijándolos en María. Mi madre; ¡quién habia de ser sino mi madre!!

— Es mi obligacion, hijo de mi alma.

— ¡No me digais hijo! exclamó Bernardo.

— ¿Y por qué no, ingrato?

— ¡Porque no merezco serlo!

Diciendo estas palabras el enfermo, prorumpió en un amargo llanto y tuvo una fuerte congoja.

— La debilidad, dijo el cirujano que entraba en aquel momento.

— ¡Dios! que por la intercesion de su Santa Madre, abogada de todas las madres, le tocá en el corazon, exclamó María entre sus lágrimas de gozo. ¡Pues qué, Señor! ¿solo el cuerpo influye en nosotros?

— Un poco de vino, mandó el cirujano.

— ¡No, no, exclamó Bernardo, no quiero volver á probarlo en mi vida!

María cruzó sus manos con exaltada gratitud y alzando sus ojos al cielo: Antonio, dijo, desde la mansion de los justos bendice á tu hijo, y retira el terrible fallo que te infundieron tus temores!

— Vamos allá, dijo riéndose el cirujano al paciente, todo enero es buen alcalde. No vuelvas á beber vino cuando estés restablecido; me parece bien; pero ahora toma este poco, que te lo mando yo por medicina. En seguida que tome una taza de caldo, y que no se le hable, ni se le consienta hablar. ¿No se lo dije á Vd., tia María, añadió el cirujano al despedirse, no le dije á Vd., que á pesar de la gravedad de la herida, sanaria? Mala yerba nunca muere.

María suspiró al volver á recomendar el cirujano que no se hablase al enfermo, conociendo que perdia los mejores momentos para atraer á su hijo al bien y á la religion de que únicamente aquel dimana, sobre todo en el pueblo, para el que no han podido hallar todos los filósofos antiguos ni modernos otro código de moral que comprenda, que le mueva, que le convenza, que le simpatice, ni que le hable al alma y al corazon cual este; lo que aun, faltando la revelacion, probaria su orígen divino.

Algunos dias despues, ya se hallaba Bernardo en plena convalecencia.

— Con que, hijo mio, le decia una mañana María, ¿no beberás ya mas vino?

— En la vida de Dios, madre, que mas de cuatro cosas no he hecho yo, sino el compañero que traia [1]).

— Lo sé, hijo, lo sé; porque sé tambien que tú no eres malo; la mocedad, el vino, las malas compañas, todas las asechanzas del enemigo!... Ya confiaba yo en la Vírgen, la que tanto vale con el que tanto puede; y para que tú te cerciores de este valimiento, y cobres buen ánimo y confianza de que Dios te ha de perdonar si arrepentido se lo pides, te voy á contar un ejemplo.

Habia una vez una pobre viuda, que no tenia mas que un hijo, y era este un facineroso de los mas sonados. La pobre madre se moria de pena, y no comia un pedazo de pan que no estuviese empapado en sus lágrimas. No tenia la desgraciada mas refugio, mas consuelo, ni mas esperanzas, sino en sus oraciones á la Vírgen, para que se apiadase de aquel perdido sin fe ni ley, y le volviese á traer al santo redil del Buen Pastor. Entre tanto aquel perdido seguia en su mala vida asumiendo iniquidades, hasta que llegó el caso de que perseguido y acosado por la justicia, no hallaba albergue en que hospedarse, ni guarida en que refugiarse. Huyendo, pues, sin saber dónde esconderse, se internó por esos andurriales de Dios, y llegó á un yermo solitario en que habia una capilla. Como estaba rendido de cansancio y fatigado por el calor, entróse en ella para descansar. Apoyóse en una columna y levantó la vista hácia el altar, sobre el que se veia una hermosa imágen de bulto de la Señora con el Niño en brazos. Mirábala el facineroso, apartaba la vista y la volvia á mirar. Al verla con el Niño en brazos, se acordaba de su madre, y una angustia amarga fué creciendo y subiendo mas y mas en su corazon, como la marea del mar. ¡Queria sacudirse y no podia; queria irse y se volvia!... porque aquella Señora le miraba á él con tanta dulzura y tanta compasion, que parecia rogarle que no se fuese, hasta que brotando copiosas lágrimas de sus ojos, y doblándose sus rodillas,

1) El vino.

cayó postrado clamando: ¡Misericordia! Madre mia, misericordia!

Al verle postrado y derramando muchas lágrimas, la Vírgen le dijo al niño: Hijo mio, perdona á este pecador arrepentido. Pero Jesus respondió: No puede ser; sus maldades superan toda clemencia.

El malhechor que esto oia, se golpeaba el pecho, sollozaba y exclamaba: Madre de Desamparados, mírame desamparado de Dios y de los hombres por mis maldades! No me desampares tú tambien, refugio de pecadores; así me enseñó mi madre á llamarte; aquella madre que tanto confiaba en tu intercesion.

— ¡Hijo! tornó á decir la Vírgen, por su madre que fué tan devota mia; por sus lágrimas, y por la preciosa sangre que derramaste para redimir al pecador ... redime al que á tus piés ves postrado!

El infeliz pecador al oir esto, se echó al suelo golpeándose su frente contra las losas del pavimento y gritando: ¡Madre mia! ¡Madre mia! ¿me he de condenar? ¿serán para siempre cerradas las puertas del cielo al que aunque tarde, abre los ojos á la luz y detesta sus culpas?

— Hijo, ¿desde cuándo eres sordo á la voz de arrepentimiento? dijo la Vírgen ¿qué mas que otro ha hecho este pecador?

— Se ha emancipado en su soberbia de su Dios.

— Ahora se le humilla, y le adora postrado.

— Ha profanado mi templo.

— Ahora le consagra y purifica con sus lágrimas.

— Ha causado grave escándalo y mal ejemplo.

— Ahora edificará con su conversion.

— Ha sido mal hijo.

— Su madre le ha perdonado.

— Sus crímenes son muchos.

— Mas son sus lágrimas de contricion.

Y bajándose la Señora del altar, puso sobre él á su Hijo que tenia en brazos, se hincó de rodillas y dijo:

— ¡Hijo, aquí postrada te pido la gracia de este pecador!

— ¿Qué haceis? ¡qué haceis, madre mia! dijo el Niño

alzando á la Señora. ¿Quien vió nunca á una madre arrodillarse ante el hijo que parió? Alzad, y séale perdonado á aquel que tanto en vuestra misericordia y valimiento confió. Al oir esta misericordiosa sentencia el pecador, alzó los ojos, abrió enajenados los brazos, dió un grito de júbilo y murió, porque su dolor fué tal que le habia partido el corazon el pecho. Ya ves, hijo, añadió María, que no hay caso en que esté proscrita la esperanza, ni negada la misericordia al arrepentido contrito que muere cristiano.

— ¡Lo que es tener una buena madre! dijo Bernardo.

— Y esa la tenemos todos en la Vírgen Santísima, repuso María.

Pocos dias despues, y cuando iba convaleciendo de cuerpo y alma, fué preso Bernardo y llevado á la cárcel, pues aunque su contrario no habia muerto, aparecia Bernardo, segun las declaraciones, como el agresor.

¡Qué contraste! ¡y qué escuela y ejemplos iba á tener aquel hombre naturalmente mal inclinado!

Renunciamos á pintar el dolor de su infeliz madre.

CAPITULO VI.

Un año despues estaba la desdichada madre casi ciega, destruida y enferma, pero paciente y sumisa oyendo á Verónica que le leia una carta escrita en papel fino y con buena letra. En el devastado semblante de aquella mujer, viva imágen del sufrimiento, se veia una dulce expresion de consuelo, que si bien no brillaba en sus casi apagados ojos, posaba en suave sonrisa sobre sus labios.

— Siempre, hija mia, dijo la pobre madre, hay que dar gracias á Dios, que nunca hiere con dos manos. La herida que ebrio hizo mi hijo á Juan de Silva, que se creyó mortal, no lo ha sido, y Dios le sanó en su infinita misericordia. ¡Loado sea! que no tiene mi hijo una muerte sobre su conciencia! Fué condenado el pobre por cuatro años al presidio de Melilla, y un buen alma consiguió que viniese al Troca-

dero, donde están los presidiarios trabajando; así podemos ir á verle á menudo. Está el infeliz desesperado, por tener que estar cuatro años en presidio, y me amenaza de continuo con que se fugará conforme se le presente la ocasion, sin atender á las razones que le doy, para hacerle ver, que eso seria peor, y que debe sufrir su condena con paciencia y resignacion. Y mira tú ahora, cómo esa señora tan rica y tan principal que estuvo aquí este verano á los baños de mar, á la que tu madre habló de mi desgracia, y que prometió que haria cuanto pudiese por aliviarla, ¡mira con qué eficacia y con qué caridad lo ha hecho! cómo ha hablado Su Señoría á todos los gobiernos, ha escrito á Sevilla á los justos jueces, y cómo se toma el trabajo de escribirme de su puño y letra, para consolarme y decirme que en pocos meses cumplirá mi hijo su condena, que le ha sido acortada por ruegos y empeños que ha hecho su mercé hasta llegar al regente, á quien ha expuesto que soy una pobre viuda, casi ciega y enferma, que no tiene quién la mantenga, ni mas amparo que ese solo hijo.

— ¡Ojalá y lo fuese! murmuró suspirando su sobrina.

— ¡Y que haya, prosiguió la excelente anciana, pobres díscolos, de malas y desagradecidas entrañas, que se pongan á murmurar de los ricos, sin mas razon que la de no serlo ellos! Estoy para mí, Verónica, que estos mismos que los motejan, si ricos fuesen, y los ricos pobres, los habian de tratar con harta mas soberbia y altanería, y con ménos caridad que son tratados ellos. En particular las señoras, nunca, nunca desmayan cuando toman á su cargo una obra de caridad. Allá se lo hallarán, que Dios es buen pagador. El Señor le pague á esta bienhechora lo que ha hecho por mí, y le dé á ella y á todos los suyos salud para hacer muchas obras de caridad, y la gloria que es su recompensa.

— Bien se lo puede Vd. agradecer, dijo Verónica, que gran favor ha alcanzado.

— Verdad es, repuso María. Pero hija mia, ¿no basta para castigo de lo que ha hecho, sin saber lo que se hacia, porque quien allí obraba no era él, como lo confesó, sino el compañero que llevaba..., no basta, digo, un año de grillete

en aquellos piés, que tanto he besado cuando era chico y lo tenia en mis faldas? ¡Ay! que no permanecieran siempre pequeños en sus cuerpos y ángeles en sus almas los hijos! ¡Crecen para penas! Verónica, continuó la buena madre, quiesiera ir yo misma á llevarle esta carta á mi hijo.

— ¡Señora! repuso su sobrina, tan mala como habeis estado y estais, con la debilidad que teneis despues de tantos dias de no comer, cuando apénas os podeis tener en pié, quereis hacer esa caminata? ¿No veis que no puede ser?

— Sí, hija, sí! ¿No sabes que la alegría da fuerzas? Pero en fin, por si no pudiese llegar á pié, anda, hija mia, vé á ver si está en su casa Miguel Santos, el lanchero, y si en caridad de Dios me quiere llevar en su lancha.

Verónica se tocó el pañuelo, y fué á buscar al lanchero, con el que volvió al cabo de un rato para que entre los dos condujesen á su tia al embarcadero.

— Solamente por Vd., tia María, me movia yo hoy. He estado esta noche pescando con hachon y queria descansar. Ademas, tengo el ánimo perturbado, por que la noche ha sido de prueba; y puede Vd. creerme que el lance no ha sido para ménos, y eso que nadie lo sabe sino quien lo pasa.

— ¿Y qué le ha acontecido á Vd., señor? que la noche ha estado serena y apacible, como tengo yo hoy mi ánima, gracias á Dios y á las buenas almas, dijo María.

— Sabrá Vd., repuso el lanchero, como estando yo en mi lancha pescando en el caño del Trocadero, á eso de las doce de la noche oí hácia los centros de las albinas un son tan lastimero que me se helô la sangre en las venas. Yo no acertaba en lo que podria ser aquel son: si era el ahullido de un perro, si el graznido de alguna ave de la noche venida por esas mares de lejanas tierras, si el quejido de alguna criatura, ó si el gemido de alguna alma en pena, porque la distancia de donde venia era grande, y si á mí llegaba era porque la noche estaba mas serena y mas callada que la muerte. Bien sabe todo el que conoce á Miguel Santos, que no es de los que vuelven la espalda cuando hay peligro, ni de los que se perturban por poca cosa; pero puede Vd. creerme que el vello se me herizó de piés á cabeza, y me

persigné como cristiano, porque tampoco soy de aquellos que no le temen ni á Dios ni al diablo. Así fué que me serené, y me puse á escuchar por si me podia cerciorar de lo que era aquel clamor. Pero entónces fué peor, porque poco á poco vine á caer en que era una voz de criatura que empezaba con los brios del que llama y remataba con el desconsuelo del que se queja. Lo grande era que lo oia siempre el mismo, á la misma distancia y hácia el mismo punto, sin variar, sin otro ruido alguno, como la campana de la agonía.

Me discurrí si serian señales de contrabandistas, pero no; no podia equivocarse! aquel era un gemido, como no permita su Divina Majestad que vuelva yo á oir otro en mi vida! Cada vez que lo oia, me levantaba en peso como una sacudida! Ni podia pescar, ni podia parar, ni hacer otra cosa que encomendar aquel desgraciado á la clemencia de Dios, porque ya le he dicho á Vd. que estaba la noche mas negra que la conciencia de Júdas, y que aquel gemido sonaba muy léjos de donde me hallaba yo, hácia las rabizas y los barriales en que se hunden las criaturas, y por entre los cuales solo puede andar de dia y con mucho cuidado el que conoce los sitios, pues en dando uno en un barrial, de Dios le venga el remedio!

El lanchero hizo una pausa, y levantó el cabello de su frente, como si esta le ardiese.

— Pero señor, dijo María llena de profundo interes y compasion al escuchar el relato ¿Vd. ha averiguado lo que ha sido?

— Sí, señora, contestó el lanchero, que el alba con sus luces vino á confirmar lo que rato habia me estaba dando el corazon. Es de advertir que á medida que pasaron las horas se fueron debilitando y estinguiendo los clamores, pero como yo no habia perdido el norte, me desembarqué, y como pude me encaminé hácia allá, porque conozco las albinas y marismas como las palmas de mis manos. Lo que me presumí habia sucedido; un infeliz, ó ignorante del peligro, ó mas temerario que el vino, habia venido á dar en una rabiza y se habia hundido, poco á poco, pero sin descontinuar, en su sepultura! Toda la noche habia durado ese entierro de un

vivo, y el barrial se lo habia tragado sin dejar mas que un brazo que el desdichado habia levantado como para señalar su sepultura.

— Jesus! Jesus! qué desgracia! exclamaron á un tiempo Verónica y su tia, ¿y quién será ese infeliz?

— No puede ser, repuso el lanchero, sino uno de los presidiarios que han traido al Trocadero, que habrá querido escaparse esta noche.

Entró en este instante un encargado del presidio. Vengo, dijo ásperamente, á registrar la casa.

— Señor... ¿por qué? preguntó sobresaltada María.

— Por que su hijo de Vd. se ha fugado esta noche.

María dió un agudo grito, abriendo las manos, extendiendo hácia adelante sus brazos, como si quisiera apartar de sí una espantosa conviccion.

— ¿Qué tiene? preguntó el encargado ¿qué es esto?

— Es, respondió el lanchero, que el que se fugó erró la senda, dió en un barrial y se ha enterrado vivo.

— ¿Lo sabeis de cierto?

— Estuve, puede decirse, presente, respondió el lanchero, sin tener ni haber medios humanos de remediar la desgracia. Id á la albina, y si no se lo ha tragado ya la tierra, veréis un brazo que dice: aquí yace un cristiano.

El encargado salió.

María, que habia enmudecido un momento como anonadada por la fuerza del golpe, se levantó ahora bruscamente con la energía de la desesperacion.

— Hijo! hijo mio! gritó; hijo de mi vida, hijo de mi alma! hijo de mis entrañas! ¡hijo! ¡hijo! ¡qué habrá sufrido, María Santísima! ¡qué desamparo, qué desconsuelo! ¡Morir sin auxilio divino ni humano! ¡Y yo que te parí, dormia! ¡Y yo que soy tu madre no te prestaba auxilio! ¡Ay Dios del cielo! ¡Dios del cielo! ¡Que bien lo dijo su padre: *mal fin ha de tener*! ¡Ay, ay, que los fallos de los padres son profecías! Ay, ay! que el dolor me ahoga! ¡que el dolor me mata! ¡Qué dolor! ¡qué dolor! ¡Ay de mí, madre infeliz! ¡Ay hijo desventurado, Dios nos ha desamparado á ambos!

— ¡Tia, tia! esclamó Verónica entre sus lágrimas: Dios no desampara á nadie.

— ¡Pues que me ampare, que me ampare! gritó en ahogada voz la infeliz madre.

— Decid ántes como hija sumisa: *cúmplase su voluntad:* dijo sollozando la religiosa Verónica.

— ¡Cúmplase! repitió cruzando con un temblor convulsivo sus manos la desesperada madre, y si cual el hijo de mi alma he de morir sin consuelo... ¡cúmplase! ¡cúmplase!

— Uno os queda, dijo en voz grave y conmovida el lanchero.

— ¿A mí? — no lo hay para mí! gimió María.

— ¿Y no lo seria, dijo el lanchero, la seguridad de que hubiese muerto como cristiano?

— ¡Ah! ¡si esa la tuviese yo!... ¡Si la Vírgen Santa hubiese oido la peticion de toda mi vida, desde que madre soy!

— Pues podeis tenerla, dijo el lanchero.

— ¿Qué? ¿qué? ¿que la puedo tener? murmuró la madre con una emocion que ahogaba la voz en su garganta. ¿Quién me lo asegura?

— Yo, que sé su último pensamiento, dijo el lanchero.

— ¿Lo sabeis? Pero... ¿cómo lo sabeis? ¡Decidlo por Dios, decidlo!...

— Porque lo manifiesta la cruz que con sus dedos tenia formada, y que cruzados quedaron despues de muerto, y alzados sobre su sepultura para atestiguar que murió como cristiano, esto es, arrepentido de sus culpas, creyendo, amando y esperando en Dios.

La ferviente cristiana cayó de rodillas, cruzó sus manos y exclamó:

— ¡*Glorificado sea Dios*! ¡Y bendita tú, *madre de misericordia,* que oistes mi ruego y alcanzastes que se cumpliera; pues la muerte de mi hijo, ha sido la de un cristiano! ¡Bendita sea la providencia de Dios, que me ha enviado *mi último consuelo!*

La pobre madre cayó hácia adelante con el rostro en tierra. Cuando la levantaron era cadáver.

Su débil vida, mortalmente lastimada por el golpe cruel que habia recibido su corazon, y á la que solo sostenia la vehemente energía de su dolor, se habia extinguido cuando aquella cedió, al recibir *su último consuelo.*

FIN.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES.

PRIMERA PARTE.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

Esta noche es Noche-buena,
Y no es noche de dormir;
Que está la Vírgen de parto,
Y á las doce ha de parir.

Era una nublada y fria noche de diciembre, tranquila en su crudeza, silenciosa en su oscuridad. El firmamento parecia cerrar los ojos, y la naturaleza doblar la cerviz, vencidos por el rigor del frio. Una partida de soldados habia llegado tarde á cierto pueblo en que solo debian descansar algunas horas, y despues proseguir su marcha hácia un puerto de mar en el cual debian embarcarse para América.

El oficial que la mandaba, al retirarse á su alojamiento, notó una animacion extraña en un pueblo tan quieto, y mas á esa hora. Aunque no distinguia bien los objetos, por la oscuridad completa en que estaban las calles, notó que se arremolinaba un grupo numeroso en la esquina de la plaza; el oficial se dirigió hácia allá sin ser notado. ¿Qué podria ser? ¿Qué se intentaba? — Lo raro era que los conspiradores, caso que lo fuesen, eran, como notó el oficial al acercarse, sumamente pequeños, y hablaban sumamente recio.

— En *cá* de tia Belem hay zambomba, dijo uno en voz perentoria.

— Y en *cá* de tia Beatriz hay zambomba, pandereta y palillos, dijo una vocecita de tiple, clara como un pito.

— En *cá* de tia Belem hay tortas, repuso con energía la voz anterior.

— Y en *cá* de tia Beatriz buñuelos y mistela, contestó el tiple con brio.

— ¡Pues vamos allá! gritaron todos en coro; y el grupo voló como una bandada de gorriones.

La tia Beatriz era una viuda sin hijos, de buena edad y mejores proporciones, muy buena, muy primorosa, muy caritativa y muy dada á las cosas devotas. Vivia sola con una *vieja* que le servia de *moza;* esta vieja que tenia un genio de vinagre no aguado, se llamaba la tia Pavona, porque su marido habia tenido por nombre el tio Pavon; como la lengua española marca clara y perentoriamente los géneros femeninos y masculinos con la *a* y la *o*, habíanla colocado una *a* al fin del apellido para significar con este distintivo que la persona así nombrada pertenecia al bello sexo, terriblemente degenerado en esta ocasion, porque la tia Pavona, que era chica, delgada, apergaminada, bisoja y negra como un cisco, podia darle un susto al miedo.

La bandada de gorriones habia llegado en casa de la tia Beatriz, que estaba llena de bote en bote.

— Ea, largaos, que no se cabe; fuera la polilla. — Este fue el cumplido con que fueron recibidos por la amable tia Pavona, que á la sazon se hallaba en el zaguan, añadiendo aceite al farol, al que soñoliento se le iban cerrando los ojos. Los recien llegados no hicieron caso ninguno, ni se dejaron intimidar.

— Cuela tú, Juanillo, dijo al oido del mayorcito la voz del tiple que bajó al suave susurro de un céfiro, miéntras se empinaba mirando con curiosos y alegres ojos hácia lo interior de la sala, de donde salia un balsámico olor de yerbas aromáticas, un brillante resplandor de luces y un alegre son de zambomba, pandereta y cantos. Juanillo se escurrió de entre las manos de la tia Pavona, que le queria retener, se deslizó por entre las piernas de los hombres como una anguila, y los demas lo siguieron fácilmente, como si hubiesen estado untados de jabon.

— Mal haya vuestro pelo, sabandijas del demonio, gurrapatos del mismísimo Lucifer! gruñia la tia Pavona; por el ojo de una aguja son capaces de colar! Donde pueden estorbar,

ahí están ellos, es decir, en todas partes. ¡Qué plaga de *gito*! ¡Que no se quedasen para descanso del mundo en las mientes del Señor!!!

— Válgate Dios, tia Pavona, dijo la viuda que acertó á pasar por allí: déjelos Vd. ¿No sabe Vd. que hoy es la fiesta de ellos, hoy la santa Noche-buena?

— Su fiesta es la de todos los dias del año, contestó la tia Pavona; ¿en dónde por ventura no meten esos gusarapos sus pestiños? ¡Dios los bendiga! ¡Comejen! ¡Langosta! ¡Jesus, y qué bien vendria otro Heródes!

— Tia Pavona, que entren todos; que el niño Dios los quiere alrededor de sí.

Cuando entraron los niños en la sala, tan embalsamada, tan iluminada, y vieron el hermoso Nacimiento colocado en ella, una inmensa alegría inundó sus corazones. — Pero ¿quién es el que ha visto un Nacimiento y no la ha sentido? — ¿Quién no se ha hallado como en su casa, en su propiedad, en aquella naturaleza fantástica de corcho y papel engomado, con sus oscuras cuevas, en que ora ante un crucifijo un santo ermitaño, gracioso y sencillo anacronismo, como lo son el cazador que en una selva de matitas de romero dispara un tiro á una perdiz posada en la torre de una ermita como una cigüeña y aquel contrabandista con su manta y su sombrero gacho, que con una carga de tabaco se esconde tras de una roca de papel, para dejar libre paso á los tres reyes que por las altas cumbres de esos Alpes de corcho caminan en toda su gloria?... ¿Quién no siente un placer inexplicable al ver pasar aquel borriquito cargado de leña por un soberbio puente de cantería de papel?... ¿Y aquel pradito de bayeta verde desmenuzada en que pacen tan tranquilos y tan blancos aquellos corderitos? ¿No os da frio aquella escarcha tan bien imitada con arenilla de acero? ¿No os da gana de calentaros aquella hoguera tan coloradita que encienden los pastores para calentar al Niño? ¿Quién no se afana por descubrir debajo de los cristales que figuran tan bien un rio helado, los peces, las tortugas, los cangrejos que están con toda comodidad sobre el cauce de dorada arena, trastornando en sus tamaños respectivos los que les atribuyen los naturalistas?

Vese aquí un cangrejo, por cuyas tenazas puede pasar una anguila su vecina, como por el ojo de un puente; aquí un raton colosal mira con aire de Matamoros á un diminuto y pacífico gatito; mas allá un borrico disputa con una liebre sobre el grandor de sus orejas, que son del mismo tamaño; un toro se ve en igual contienda en punto á cuernos con un caracol, y un fornido pato no quiere ceder la primacía á un cisne raquítico. Y estos pájaros de todos colores, que alegran los intrincados bosques de ramas de lentisco, que forman el fondo de este cuadro encantador, ¿no os parecen acaso acudir de las cuatro partes del mundo? ¿No os alegra ver bailar á los pastores? Y sobre todo, ¿no adorais enternecidos el divino misterio contenido en aquel portalito con su techo de paja, y en el fondo su auréola ó gloria de luz? Nosotros lo decimos francamente, en aquella santa y alegre noche todo nos parece vivir y sentir; aquellas figuritas de barro hechas por torpes manos, puestas allí con tanta buena fe y tanta devocion, nos parecen animarse y recibir alma, de la alegría y entusiasmo que reinan. La estrella que guia á los magos, ese oropel y cristal, se nos figura flamígera, y arrojar resplandores. La auréola que circunda el pesebre en que yace el Dios hecho hombre, nos parece brillar, no por las luces que trasparenta, sino con un brillo del cielo, con los rayos del sol; las zambombas, panderetas, y cantos nos son tan simpáticos y tan gratos, como si fuesen los ecos de los que en aquella dichosa noche hicieron resonar los pastores.

¿Puede acaso darse una fiesta mas alegre, mas sencilla, mas tierna y al mismo tiempo mas elevada? el nacimiento de un niño en un portal abandonado, y celebrado por pastores; la inocencia, la pobreza, la sencillez, primeras bases del magnífico edificio del cristianismo. Así, ¡cuánto no celebran los niños y los pobres esta fiesta! Traen á Dios lo que mas le complace, la inocencia, la fe y el amor. ¡Oh noche, bien denominada *buena,* mas alegre que el carnaval, y santa como la semana que lleva este nombre!

El cómo entiende y siente el pueblo esta fiesta, hasta qué punto está instruido de ella, y cómo la explica, lo probarán algunos de los cantos de Noche-buena, que aquí trascribiremos,

escogiendo al acaso entre los muchos que hemos recogido. La sencillez en el modo de expresarse da á estas composiciones un sello de puro candor y de inimitable *genuinidad;* tienen una buena fe que conmueve, y aun literariamente un gran valor, que no está al alcance de todos. Dia llegará, no nos cansemos de repetirlo, en que en España, como en los demas países de alta cultura, se aprecien estas composiciones populares, como se buscan las fuentes de todo rio.

Cuando los niños entraron, cantaba una muchacha:

Cuando el Eterno se quiso hacer niño
Le dijo á un ángel con mucho cariño:
«Anda, Gabriel, véte á Galilea,
Allí verás una pequeña aldea;
Es Nazaret su gracioso apellido;
Junto á una casa hay un ramo florido;
En esa casa, que de David viene,
Hay una niña que quince años tiene:
Está casada con un carpintero
Y, aun cuando es muy pobre, así yo la quiero.
Díle que quiero en ella hospedarme,
Y en su seno puro tomar cuerpo y sangre.»
Fué el santo ángel bebiendo los vientos
Hasta llegar al humilde aposento,
Y cuando vió á la hermosa María,
Le ha dado el encargo con que Dios le envía. —
«¡Dios te salve, dice, con gran alegría,
Dios te salve, reina y dichosa María,
El Señor es contigo y bendita tú eres,
Unica escogida entre las mujeres,
Y bendito el fruto que has de dar á luz
El rey de los cielos y tierra, Jesus.»

Acabado este canto, cantado en su tonada propia, se cantaron los villancicos y las canciones, en que una voz cantaba una de tantas infinitas coplas ó sabidas de memoria ó improvisadas, y todas las voces se unian en el estribillo, al mismo tiempo que una pareja de niños bailaba ante el nacimiento. Cada vez que concluia una copla, los dos niños que habian bailado, se acercaban con sus mejillas encendidas y sus brillantes ojos al retablo, y abriendo sus bracitos, se arrodillaban, y exclamaban: ¡*por tí*!

No es posible explicar el sentimiento tan profundo y tierno que despierta esa sencilla exclamacion: *por tí.*

¿Y qué significa esa frase, *por tí*?

¿Vos no lo habeis comprendido? será porque la veis friamente estampada sobre el papel. Pero si la hubieseis oido de aquellos labios fervientes é infantiles; si hubieseis observado en aquellos expresivos y animados ojos el sentimiento que la dictaba, hubierais conocido, como nosotros, que decia *por tí* nuestra alegría, *por tí* somos cristianos, *por tí* somos felices, *por tí* seremos salvos, *por tí* laten nuestros corazones, *por tí* cantan nuestros labios, *por tí* queremos vivir, *por tí* queremos morir. Todo, todo, *por tí.*

Cantábanse estas alegres coplas:

Ha nacido en un portal,
Llenito de telarañas,
Entre la mula y el buey
El Redentor de las almas; —
Y dijo Melchor:
Toquen, toquen esos instrumentos,
Y alégrese el mundo que ha nacido Dios.
Esta noche nace el niño
Entre la paja y el hielo,
Quién pudiera, niño mio,
Vestirte de terciopelo.
En el portal de Belen
Hay estrella, sol y luna:
La Vírgen y San José
Y el niño que está en la cuna.
En Belen tocan á fuego,
Del portal sale la llama,
Es una estrella del cielo,
Que ha caido entre la paja.
Yo soy un pobre gitano
Que vengo de Egipto aquí,
Y al niño de Dios le traigo
Un gallo quiquiriquí.
Yo soy un pobre gallego
Que vengo de la Galicia
Y al niño de Dios le traigo
Lienzo para una camisa.
Al niño recien nacido
Todos le traen un don;
Yo soy chico y nada tengo;
Le traigo mi corazon.

En este momento se oyó la voz de la tia Pavona, cancerbero de la casa, que bregaba á brazo partido con una nueva bandada de gorriones invasores; pero con el mismo mal éxito que la vez anterior; pues por entre el grupo de hombres que de pié estaban á la entrada de la sala, se vieron asomar

simultáneamente cabecitas de niños, cuyos cuerpos no se sabia si existian, de tal suerte se habian encogido y embutido entre las capas de los hombres: de manera que imitaban á lo vivo las de los angelitos que adornan con tan linda profusion los grandes retablos de gusto y estilo churrigueresco.

— ¡Un sarampion! ¡Un sarampion! gritaba la declarada enemiga de los niños, ¡y qué bien que nos vendria un sarampion! Desde que dieron con la *vajuna*, el demonio que pueda parar en el mundo; ni uno se muere! ¿Dónde vamos á parar? ¡Esto es un loqueo!

Los hombres, que oian regañar á la tia Pavona se pusieron á cantar:

Una pandereta suena
Yo no sé por dónde va,
Camina para Belen
Hasta llegar al portal; —
Y dijo Gaspar:
Que por buena que sea una vieja
¡Ni el mismo demonio la puede aguantar!

Restablecida un poco la calma que esta invasion de infantiles conquistadores habia producido, se apareció el alcalde precedido de una soberbia barriga, y seguido por un humilde alguacil llamado Florin.

El alcalde habia sido compadre del marido de Beatriz; era viudo como ella, y habia tiempo que andaba empeñado en que ambos de un golpe dejaran de serlo. Pero no habia que pensar en que Beatriz mudase de estado. Habríase Beatriz dejado arrancar el corazon ántes que su estado de viuda; no porque aborreciese á los hombres, ni le pareciera mal el estado de casados, sino porque el de viuda le parecia preferible á todos, mas tranquilo que ningun otro, y mas cercano á la perfeccion á que aspiraba. El alcalde era un Creso de pequeñas dimensiones. Tenia cuatro yuntas de bueyes, un olivar, casa propia, y labraba un rancho á parcería con la viuda. En cuanto á Florin, era amigo íntimo de la tia Pavona, y como los muchachos lo molian y perseguian terriblemente á causa de su extraña figura, las largas conversaciones de estos dos amigos: hallaban inagotable pá-

bulo en murmurar y renegar de cuanta criatura viviente bajaba de veinte años.

Despues que el alcalde hubo bebido un trago de mistela que le ofreció la dueña de la casa, le suplicó que cantase.

Esta, que poseia muy buena voz, y tenia un placer en cantar cosas santas, consintió desde luego, y habiendo los demas vuelto á coger la pandereta y zambomba para acompañarla, empezó á cantar así este villancico:

Pues la noche está fria
Y está serena,
Canten los villancicos
De Noche-buena (*bis*).
El Niño ya ha nacido;
Venid, pastores,
No le temais al frio
Ni á sus rigores (*bis*).
A un portalito pobre
Se han retirado,
Donde el buey y la mula
Lo han albergado (*bis*).
En ese portalito
Su cama ha sido
Una poca de paja
Que han recogido (*bis*).
Aunque en Belen te vea
Tan pobrecito (*bis*),
Te creo rey poderoso,
Pero muy rico,
Que á conquistar bajastes
Todas las almas,
Pero sin armas (*bis*).

Las mujeres cantaron en seguida estas coplas:

La Vírgen lava pañales,
Y los tiende en un romero,
Los pajaritos cantaban,
El agua se iba riendo.
La Vírgen lavando estaba
Las pobrecitas mantillas,
Y San José las tendia
Al sol, en las maravillas,
Miéntras cortaba la tela
Y hacia las camisitas,
¡Cuántas lágrimas de amor
Corrian por sus mejillas!

Entró á la sazon un pastor, pariente de Beatriz con su zamarra, sus alforjas, su chivata. Venia del campo, como lo

atestiguaba el olor á tomillo de que estaba impregnado. No bien entró, cuando le dijeron que dijese una relacion, lo que hizo sin hacerse de rogar, y fué esta:

¡Alegría, alegría, alegría!
Que ha parido la Vírgen María,
Sin dolor ni pena,
A las doce de la Noche-buena,
Un infante tierno,
En la fuerza y rigor del invierno.
Y los angelitos,
Cuando vieron á su Dios chiquito
Metido entre pajas,
Le bailaban haciéndose rajas.
Se asombra el ganado;
Los pastores bajaron al prado,
Y ven de repente
Unas luces muy resplandecientes,
Y luego, al momento,
Por quitarse de ese pensamiento,
Si era cosa mala,
Un mocito de aquellos con alas,
Les dice: «zagales,
Arrimaos aquí á estos portales;
Ninguno se asombre
Que esta fiesta se hace por el hombre.» —
Con este consuelo
Los pastores bajaron de un vuelo.
Llegan al establo,
Y en él de los cielos hallan un retablo:
En un pesebrito
Ven á un niño con su refajito;
Y por todos lados
Angelitos ven arracimados
A la dulce madre,
Y á su espcso, que nunca fué padre.
Ven dos animales
Recostados sobre los umbrales:
Pidiendo licencia
Se entraron con gran reverencia:
Llegan á la Vírgen,
Se arrodillan y humildes la dicen: —
«Señora del cielo,
¿Cómo á Dios ahí teneis por el suelo?
¡Misterio profundo!
En buen hora paristeis al mundo.
Mi niño, no llores,
Que nos quemas con agua de amores [1]).

---

1) ¿Qué poeta calificó jamas mas bellamente las lágrimas?

A Dios, grau Señora,
Padre Pepe, á Dios por ahora;
Que vamos á casa,
A ofrecéroslas todas sin tasa.
A Dios, mi niñito,
Descansad, y dormid un poquito.
A Dios, señor buey,
Señor mulo, con Dios os quedeis.» —
Y así van saliendo
Lcs pastores, y á Dios bendiciendo.

— ¡Otra, otra! clamó el auditorio á una voz.

— ¡Otra, tio Gaspar! ¡Así Dios dé salud! Tia Pavona, un vaso de mistela á Gaspar, que trae tanto frio como sed, gritó el alcalde.

— Toda la mistela se la ha dado la tia Pavona á Florin, chilló una voz de tiple, que salió de un grupo de niños sin editor responsable.

— Es muchísima mentira, dijo con su agria voz la tia Pavona, apareciendo enmedio del cuarto con un vaso de mistela en la mano, y echando con sus desaparejados ojos furibundas miradas hácia el grupo de niñas. Las muchachas, que estaban muertas de risa, cogieron la pandereta y se pusieron á cantar:

Francisca, por tu tejado
Va subiendo una culebra;
Madre, como pica el sol; —
Mas pica una mala lengua.

— ¿Burlarse de las canas? ¿Quién vió eso? decia furiosa la tia Pavona á su amigo Florin.

— El mundo anda perdido, contestaba este.

Entretanto Gaspar habia bebido su vaso de mistela, y recitaba la relacion pedida.

Hácia Belen caminando
Iba una niña preñada,
Montada en un jumentillo,
De un anciano acompañada.
— «Vamos, vamos de prisa
Porque ya la noche viene,
Y quizas no encontraremos
Casa donde nos alberguen:
Abre, abre, mesonero,
La puerta de tu meson,
Que está María de parto,
La traigo en el corazon.»

Salió al punto el mesonero
Diciendo: «¿Quién es quien llama
Con tanta prisa á mi puerta,
En una hora tan mala?» —
Yo soy, le respondió el santo,
Que vengo á pedir posada
Para un pobrecito anciano
Y una doncella preñada. —
El mesonero responde:
«Vaya San José con Dios,
Que yo no quiero esta noche
Mas ruido en mi meson.» —
«¡Ay! Dános albergue
Hazlo en caridad.
¡Que el vernos tan pobres
Te mueva á piedad!» —
«No doy posada ninguna
Si no me aprontan la paga;
Que con recoger á pobres
Mi bolsa no gana nada.»
El mesonero era tuerto,
Y al cerrar el aldabon,
Se le saltó el otro ojo,
Que fué castigo de Dios:
Y bien merecido;
Por tan temerario:
Ya puede vender
Coplas y rosarios.

En este instante sonaron las ánimas. Sucedió á la alegre algazara un profundo silencio. Se pusieron todos en pié, y los hombres se quitaron los sombreros.

En esta hora, que la iglesia dedica á las ánimas, los católicos unen sus oraciones á las de su santa madre, y un clamor unánime y universal en el orbe católico llega al trono de Dios, cual una humilde intercesion que el Señor de la misericordia no desatiende. Este santo recuerdo que la iglesia ha instituido, es eterno como todo lo suyo: — Vence al poderoso tiempo, destruye el ingrato olvido, y todo muerto católico deja en la tierra miles de hermanos que oran por él. Beatriz, como dueña de la casa, dijo en voz alta la siguiente oracion, que fué seguida de la domínica [1]):

---

1) Llámase así el padre nuestro por dirigirse á Dios, porque domínico es lo perteneciente á Señor ó amo.

Animas benditas fieles,
Que en el purgatorio estais,
Tremendas penas pasais
Y tormentos mil crueles!
El Señor que os redimió
Tenga por bien el llevaros
A la gloria que os ganó.

No parecia sino que la campana de la iglesia, al imponer con su grave voz silencio, habia tenido dos fines para hacerlo, y que despues de implorar el socorro espiritual para los muertos, lo implorase material para los vivos, dando lugar con la repentina suspension de la alegre algazara á que llegase á oidos de todos, apénas hubieron concluido la oracion, un quejido.

¡Dios mio! ¿á quién no estremece un quejido? ¡un quejido, que es un llamamiento á la humanidad! ¡un quejido que es á veces el triste desahogo de la mansa resignacion, á veces el desatinado gemido de la angustia, á veces el brote de la desesperacion, y á veces el estertor de la muerte! ¿Qué corazon no saltó en el pecho que le encierra al oir un quejido? ¿qué alma no se estremeció, y qué voluntad hubo bastante inerte para no prestarle socorro? ¿qué corazon de hierro hay que un quejido no hiera como un cuchillo, que no atraviese como un puñal?

El primer quejido que se oyó, débil y plañidero, dejó á todos suspensos y como aterrados, porque el contraste de las sensaciones que experimentaron los que participaban de aquella alegre fiesta, en aquella tibia é iluminada estancia, al oir el triste quejido que les llegaba de fuera en donde reinaba la noche tan fria y tan oscura, era demasiado grande, la sacudida que les causaba demasiado fuerte para que no turbase al pronto sus ideas y suspendiese sus facultades. Pero al oirse poco despues el segundo, todos simultáneamente se lanzaron hácia la calle. La primera fué la buena viuda, á quien siguió de cerca el alcalde. Pocos pudieron imitarlos; porque apénas habia salido Beatriz, cuando volvió á entrar con un niño en los brazos.

Quien conozca la caridad de las mujeres, en general, y de las españolas en particular, sobre todo si esta se ejerce sobre

un ángel de Dios desvalido, podrá figurarse la manera con que todas las que allí se hallaban, rodearon á la viuda, y las exclamaciones de lástima, de cariño y de dolor, que como un coro santo saludaron á la abandonada criatura; en cuanto á Beatriz, lloraba á lágrima viva; abrigaba contra su latiente pecho el arrecido y desfallecido expósito; calentaba sus yertas manitas con su aliento, y acercaba sus piececitos al brasero. Las mujeres se afanaban en prestar mano á la buena obra: una traia de la cocina un poco de caldo, la otra un poco de vino; y aquel pobre niño, bajo la influencia de esos cuidados simpáticos, iba reviviendo: el calor volvia á hacer circular activa su sangre: por fin, abrió sus ojos, y miró con asombro cuanto le rodeaba; y prorumpiendo en llanto, dejó caer su cabeza sobre el seno de Beatriz, llamando á su madre. Tendria la pobre criatura abandonada sobre dos años; traia puesto un capisayito de bayeta color de castaña, y en la cabeza una marmotita de punto de lana encarnada, todo pobre y raido.

No era el niño del lugar; allí nadie abandonaba sus hijos. Habia su madre de ser transeunte, y haberse alejado tan luego como allí expuso al niño. Es imposible que las personas mas cultas y delicadas discurriesen mas consuelos y mas alhagos que los que fueron puestos en juego para consolar á la pobre criatura. ¡Tan cierto es, que la verdadera delicadeza es hija de la bondad, y tiene su fuente en el corazon! No obstante, nadie logró mitigar la angustia y el dolor de aquel niño infeliz, cuya madre no respondia á su llamamiento; nada pudo borrar en su acongojado ánimo la extrañeza y repulsa que le inspiraban las caras extrañas de que se veia rodeado; quien lo logró fueron los demas niños. Este mondándole una castaña, el otro dándole un bizcocho, un tercero enseñándole una muñeca, y cuando la consabida voz de tiple se acercó, y pasándole sus manitas por las mejillas le dijo: misi gatito, pan con ajito, etc., las lágrimas se secaron, y la sonrisa se asomó á los labios que poco ántes gemian en espantosa congoja. Con la del niño volvieron todas las sonrisas á todos los rostros, y mas bellas y alegres que ántes, porque en ellas brillaba la santa satisfaccion que comunica al hombre la buena

accion que se ha hecho, porque digan lo que quieran los pesimistas, pinten como solo fruto del bien en este mundo la ingratitud y la injusticia, la mala interpretacion y á veces hasta el ridículo, no hay tal, no hay tal; el bien que se hace, trae aun en este mundo su recompensa interna y externa; el que diga lo contrario, es porque ha hecho poco bien en su vida. Uno de los hombres mas caritativos que hemos conocido, y que toda su vida esparció alrededor suyo el bien, como el labrador esparce el trigo al sembrarlo, solia decir: «Muchos se quejan de la ingratitud y yo me quejo de la gratitud que me persigue é importuna.» Este hombre era el padre de quien escribe estas líneas. Perdónesele el santo orgullo que le mueve á nombrarlo, al esparcir las ideas y sentimientos que inculcó á sus hijos. ¡Oh caridad, virtud de las virtudes, y placer de los placeres! ¡Tú, que eres tan buena, que en todos los corazones te introduces aun en aquellos que te despiden de palabra, no nos abandones nunca! Santa caridad, ¡qué seria el mundo sin tí!

— ¿Cómo te llamas? preguntaba Beatriz al niño que todos seguian rodeando.

— Memé, Memé, respondió el niño.

— Eso es que se llama Manuel, Manuel, gritaron las mujeres.

— Comadre, ¿y qué va Vd. á hacer con ese niño? preguntó el alcalde.

— ¿Y qué he de hacer? contestó la buena viuda; quedarme con él, ampararlo, prohijarlo. ¿No veis, compadre, que ese niño que en esta santa noche aquí á mi puerta lloró de desamparo, de hambre y de frio, me le envía el Niño Dios? ¿Habia de cerrarle mi puerta? ¿Habia de desentenderme del llamamiento? ¡No lo permita el Señor! Y tomando al niño por la mano, con esa santa exaltacion que inspiran los sentimientos religiosos, se acercó Beatriz al Nacimiento: «Señor, dijo, tú me lo envías; por tí le prohijo, por tí le seré madre, por tí hago esta obra de misericordia, *por tí, por tí.*»

— ¡Bien hecho! ¡Bien hecho, Beatriz! gritaron en coro las mujeres. Dios te premiará tu buena obra, mujer; que quien bien hace, para sí hace.

Cuando dijimos que todas las caras sonreian, dijimos mal; porque una habia que léjos de prestarse á hermosearse con esta gala del rostro, se habia encapotado mas de lo acostumbrado; era esta la de la tia Pavona, que decia á su amigo Florin: «¡Habráse gran picarona la que así haya abandonado á su hijo! amigo, no tenerlos; pero si se tienen, que cada cual cargue con su cruz. ¿Pues qué, no hay mas que echar hijos á puerta ajena? ¡Tunantona! ¡Rufiana! ¡Hereje! ¿Si se habrá figurado esa judía que esta casa es la inclusa? No, no, en esta casa no se quieren ruidos. ¡Niños! ¡de ellos nos libre Dios! ¡Con que los propios son, y no son mas que pesadumbres! Dos tuve, me harté de criarlos, me *destuetanaron*, Florin; y cuando fueron mozos, se los llevó el rey, y los franceses de Napoleon, ¡malditos sean! me los mataron; de manera, que despues que les di todo mi calor, no tengo en mi vejez la calor de nadie, y tengo que servir, en lugar de tener quien me mantenga en mi casa.»

Pero al oir la perentoria declaracion de Beatriz, de prohijar al pobre expósito, la tia Pavona se levantó erguida como Juno, fruncido el entrecejo como Júpiter, y como Aquíles á su tienda, se retiró á su cuartucho, muy resuelta á quedar completamente extraña á la crianza del niño.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

EL DIA DE REYES.

Los tres reyes del oriente
caminan con agua y frio,
hasta llegar al portal
á ver al recien nacido.

Los reyes magos caminan
guiados por una estrella,
hasta llegar al portal
donde hallaron la mas bella.

Seis años habian pasado; y seis años en un niño traen extraordinarias mudanzas. El pobre expósito, que tan feliz amparo halló en casa de Beatriz, se habia hecho un hermoso muchacho, que á la sazon contaba ocho años. Era tan bonito, y habia sido tan bien criado por su madre adoptiva, que era querido de cuantos lo conocian, hasta de la tia Pavona, que aunque no dejaba de regañarle, porque el regaño le era anexo como al suave arroyuelo su murmullo, se miraba en el niño como en un espejo. Cuando Beatriz, gozándose en su obra, le recordaba lo mal que habia recibido al pobre niño, la tia Pavona, por no dar su brazo á torcer, contestaba á su ama, que tambien era medio parienta suya: «¡Sí, sí, cria hijos, cria hijos para el rey! ¡Sí, sí! ¡Si hay una guerra con el frances, ya verás! Se te han de secar los ojos de llorar. ¡Hijos! ¡Hijos no son mas que pesadumbres!»

La viuda, aunque habia llegado á los cuarenta y cuatro años, se mantenia fresca, suave y serena.

El alcalde habia aun ensanchado un poco las pretinas de sus calzones, pero por mas que habia hecho, no habia podido estrechar los lazos que le unian á su parcera, que no queria mas parcería que la del rancho.

La pergaminosa tia Pavona no estaba ni mas vieja, ni mas flaca, ni mas fea; porque desde que tuve la honra de presentárosla, no cabia en estas tres *antigracias* el *mas*. Tampoco cabia el mas en su amistad con Florin. Seguia este en su apogeo, dando un mentís á los pesimistas, que niegan la constancia en la amistad, y un triunfo á los optimistas, que la creen austera y pura por íntima que sea.

Las fechas en que tuvieron lugar los sucesos que vamos refiriendo, son bastante atrasadas para que aun se celebrasen las fiestas religiosas y populares representando á lo vivo los hechos que solemnizan. No existian por entónces gacetilleros melifluos, de tan delicados órganos auditivos, que las zambombas y panderetas les causasen jaquecas, ni sábanas santas impresas y ambulantes que llevasen por todo el reino tan interesante noticia.

Entónces las zambombas y panderetas, que hoy dia atacan los nervios de los gacetilleros, causaban á todos un sentimiento de placer y alegría; entónces éramos todos españoles, práctica y teóricamente; lo éramos de alma y de corazon, de costumbres, gustos y lenguaje; éramos hermanos, y no enemigos; no teníamos mas que una bandera, una fe y una ley. Es cierto que no habia *dandys*, *coquetas*, ni la profusion y riqueza de palabras francesas, con las que los periódicos de la capital ostentan su valor y adelantos en lo *fashionable;* pero enseñábamos entónces al mundo á vencer al coloso ante quien Europa doblaba la cerviz, y cada español sabia ser un héroe para defender la independencia, el altar y el trono. Aprendiz ilustrado hay que está persuadido que desde entónces acá hay trescientos años, y que mira al noble vencedor de Bailen como un anacronismo.

El dia en que volvemos á anudar nuestra relacion era el

de Reyes. Afanábase Beatriz aquella mañana con algunas vecinas en vestir de ángel á Manolito.

Sobre un vestido ceñido al cuerpo de punto color de carne, le habian puesto una corta túnica blanca con mangas cortas y anchas bordadas de plata, sujeta en los hombros y pecho con broches de piedras. Rodeaba su talle un cinturon de plata. Ceñia su cabeza una corona de rosas; en los piés llevaba unas sandalias con cordones de plata, y en la espalda tenia colocadas alas de brillantes plumas. Cuando estuvo vestido, lo llevó su madre á la iglesia. Allí se habia puesto el misterio al pié del altar. La Vírgen y San José eran dos hermosas efigies, y entre ambos estaba el recien nacido echado sobre paja. A cada lado se colocaba un niño vestido de ángel, de rodillas, con sus manitas cruzadas en señal de adoracion. Como para esto se elegian entre los mas bonitos y acomodados que habia en el pueblo, uno de ellos habia sido Manolito el de Beatriz, que reunia estas circunstancias. ¡Difícil hubiese sido el ver un cuadro vivo mas lindo que el que formaban esos dos niños en adoracion ante el Dios de los ángeles! No habia ni un corazon frio, ni ojos secos en aquella santa fiesta. Entraron entónces gravemente muchos hombres vestidos de pastores, trayendo sus ofrendas al recien nacido; bailando luego al pié del altar con movimientos lentos y graves, baile que causaba la extraña y ferviente sensacion de devocion que causa la bellísima danza de los seises en la catedral de Sevilla, con su orígen tan antiguo, su estabilidad tan respetable, su santa poesía y magnífica sencillez. Toda innovacion se estrella contra aquel santo templo, como las olas del mar sobre una roca; el tiempo desgasta sobre ella su diente roedor; la impiedad se replega, baja su altiva cabeza y busca otro campo en que lidiar. ¡Salve, santo templo católico! Consérvete siempre España como su mas preciosa joya, como su mas santo tabernáculo, como el mas grandioso panteon del mas santo de sus reyes!

Siguieron á los pastores los mas pudientes del pueblo vestidos de reyes magos, y montados sobre bien enjaezados caballos y seguidos de su séquito. Precedíalos una luciente estrella. Llegado que hubieron á la iglesia se apearon. El

primero que entró, representando un majestuoso anciano con barba y cabello blanco, se arrodilló ante el recien nacido y ofreciéndoselo le dijo: Os traigo incienso como á Dios. El segundo, que representaba al rey Gaspar se arrodilló igualmente, y al deponer su ofrenda dijo: Os traigo mirra como á sacerdote. Por último, el rey negro Melchor, ofreció oro, diciendo: Os traigo oro como á rey.

Quien durante esta tierna ceremonia hubiese podido distraer su atencion del devoto cuadro que hemos descrito, y la hubiese parado en un forastero que se hallaba cerca de una columna, habria notado que aquel hombre fijaba sin cesar á Manolito, ó por mejor decir, á aquel ángel bello que estaba al lado del pesebre tan inmóvil, tan penetrado de la adoracion que le inspiraba el misterio, tan embebido en su contemplacion, que no parecia sino que era realmente lo que allí se representaba. Este hombre tenia muy buena presencia, y manifestaba como unos cincuenta años. Vestia, aunque con mal gusto bien y aseadamente, y tenia en la recta línea de su espalda y en lo erguido de su cabeza algo que indicaba al militar.

Cuando la funcion hubo concluido, se preguntaban unos á otros en los grupos que se formaron en los porches de la iglesia, quién era aquel forastero.

Solo podia contestar á esta pregunta el mesonero, el que lo hizo con la prosopopeya y el aire importante como lo haria el dueño de Mivarts hotel en Lóndres al decir que tal ó cual rey ó primadona, emperador ó barítono, Nabab, ó desterrado político honraba su establecimiento. Súpose que el forastero era un *teniente capitan* retirado que pensaba descansar sobre sus laureles, aunque todavía por lo visto no habia decidido dónde asentar sus reales, y fijar sus cuarteles de invierno.

Un *teniente capitan* mal vestido y de cincuenta años en un ejército, ó en una capital, no llama mayormente la atencion; pero no así en un pueblo del tenor de aquel en que hizo su entrada triunfal el susodicho veterano, en pos de los reyes, en contraposicion de la estrella, que iba delante; allí un *teniente capitan* llama extraordinariamente la atencion,

es un personaje muy visible, y si me apurais diré que es una notabilidad.

El militar observaba, haciendo algunas preguntas á los paisanos que se hallaban á su lado, á un grupo de mujeres, entre las cuales estaban Beatriz y la tia Pavona, que se esforzaban de sustraer á Manolito á los cariños de las mujeres, y envolverlo en una abrigada manta.

— ¡El demonio del *militronche* ese, que no nos quita ojo! dijo una muchacha.

La pobre tia Pavona, que conservaba cierto cariño á la tropa por haber pertenecido á ella sus hijos, volvió la cabeza, miró con sus disparatados ojos al forastero y dijo:

— Pues es un real mozo.

— Un real viejo, replicó la muchacha.

— Calla, pispireta, que los *meletares* no llegan á viejos en su vida de Dios.

— ¿Y cómo sabe Vd. que es *meletar* si no trae casaca? ¿Le ha echado á Vd. algun requiebro?

— No me ha dicho ni buenos ojos tienes, cuellisacada.

— ¡Ya!! Al ménos que los suyos no estuvieran hueros.

— Se lo conozco en lo guirocho, ¿estás?

— Tia Pavona, si la oye á Vd. Florin se va á amoscar.

— ¡Ay! Que nos viene siguiendo, dijo otra.

— Ya, como ha notado que á la tia Pavona le ha entrado por el ojo derecho, que es el que tiene como Dios manda.

— Eso lo llaman los que sirven al rey hacer la *reteguardia.*

— Tia Pavona, la decencia manda que le diga usted que toque la retirada estando por medio Florin.

— ¿Quereis callaros, cotorras descaradas? exclamó sofocada la tia Pavona. ¡Sobre que las mozuelas hoy dia no gastan ni respeto ni recato! alegrarme habia de que el *meletar* os plantase una fresca, que os sacase los colores á la cara, hato de cascabeleras, cabezas de chorlitos sin meollo ni sentido.

— Vaya, déjelas Vd., tia Pavona, dijo la buena Beatriz; los pocos años, señora, los pocos años; alegría y no mas que alegría.

Habian llegado á su calle: las muchachas se fueron á sus casas y Beatriz entró en la suya con el niño y la tia Pavona; pero ¡cuál no seria la sorpresa de la recatada viuda, cuando vió que en seguimiento suyo se entró marcialmente el militar como Pedro por su casa! Beatriz, que habia quitado la manta que envolvia al niño, para desnudarlo, se paró y preguntó al atrevido:

— ¿Qué se os ofrece, caballero?

— Señora, respondió este; tan solo, y con licencia de Vd., una pregunta y me retiro; porque yo no estoy de mas en ninguna parte.

— ¿Y cuál es esa pregunta, señor?

— ¿Ese niño es vuestro?

No es posible expresar el asombro que se pintó en el semblante de Beatriz al oir aquella inesperada pregunta.

— ¿Y con qué derecho, con qué motivo y con qué objeto me haceis tan extraña pregunta? dijo al fin haciéndose dueña de su conmocion.

— Si me asegurais que es vuestro, toco en retirada y excusado seria contestar á las preguntas que me haceis; si no fuese el niño hijo vuestro, os las contestaré una por una.

— Es que yo no tengo que dar cuenta á nadie de si ese niño es mi hijo ó no... y no responderé.

— ¡Hola! ¿Con que es un misterio como el Santo?

— No, no es misterio; el niño es mio y muy mio; ya estais contestado.

— ¿Y cuál es su padre? puesto que he averiguado que hay doce años que sois viuda?

La pobre Beatriz, viéndose cogida, se quedó tan cortada, que la sangre subió á sus mejillas y las lágrimas á sus ojos.

— Señora, prosiguió el militar con voz conmovida, ese niño lleva un sobrescrito en su cara con el nombre de su madre, y su madre era mi mujer.

— Ni fué madre, ni fué mujer la que abandonó á un hijo suyo, exclamó exaltada Beatriz, y si lo fué, con ese mero hecho dejó de serlo.

— Pero yo soy su padre, y no le abandoné yo, no.

— ¿Y qué pruebas dais para justificar lo que decís? Pues qué ¿no hay mas que venir á arrancar á un hijo de los brazos de la madre que la Providencia le deparó, cuando la suya dejó de serlo renunciando así á todos sus derechos y abandonando sus títulos?

— Las pruebas yo os las daré, señora, contestó el militar sentándose, porque estaba tan conmovido que se sentia vacilar sobre sus piés.

Entónces hizo con grandes pormenores la relacion que en breves palabras transcribimos á continuacion:

Era sarjento, cuando fué destinado su regimiento á la expedicion de Ultramar, confiada al mando del bizarro general Morillo. Fuéle, pues, forzoso enviar á su mujer, que era jóven y linda, y á un hijo de dos años, que de ella hubo, al pueblo en que esta tenia su familia, en la Mancha. En América se portó nuestro sarjento bien; tuvo suerte, ascendió é hizo algun dinero. A su vuelta á España, se apresuró á ir á reunirse con su mujer; pero en su pueblo supo que nunca habia llegado á él, que habia seguido á otro soldado por algun tiempo, y que viéndose abandonada por este, avergonzada y sin atreverse á poner delante de sus honrados padres, se habia echado á la vida airada y que se creia estuviese en Sevilla. El ultrajado marido, el angustiado padre, voló á aquella capital, y despues de minuciosas pesquisas, halló por fin á su mujer expirando, ética y llena de lacras en un hospital; pudo aun ántes que muriese perdonarla para que no acabase desesperada, y saber lo que habia sido de su hijo. La inicua, cediendo á las sugestiones de su amante, al pasar por aquel pueblo, habia depositado á su hijo en una casa, en la que con devocion, paz y alegría de corazon se celebraba la Noche-buena, y donde pensó que hallaria amparo en la caridad de tan buenas almas. El niño llevaba puesto un saquito de color de castaña y un gorrito de punto de lana encarnado.

— Despues de hacerla un buen entierro, pues al fin aquella desdichada era mi mujer, — concluyó el militar, — me puse temprano esta mañana en camino para venir aquí, donde llegué poco ántes de la funcion. Cuando en la iglesia entré,

lo primero que vi fué á ese ángel al lado del misterio, y ese niño era el vivo retrato de mi mujer. No parecia sino que allí estuviese con sus manos cruzadas rogando á Dios por su madre. Ahora bien, señora, ¿reconoceis el derecho, el motivo y el objeto de mi pregunta?

Por toda respuesta, Beatriz estrechaba al niño entre sus brazos, deshecha en lágrimas; el niño que veia la afliccion de su madre, la abrazaba llorando, formando así aquel grupo el cuadro alegórico mas propio de un ángel, compadeciendo y consolando al dolor.

— Pues qué, dijo al fin Beatriz sollozando, seis años de cariño, de esmeros, de cuidados y de desvelos ¿no son nada? y acaso ¿no da derecho á un bien que me dieron sin pedirlo y me quieren arrancar contra mi voluntad? ¿No clama esto al cielo?

— Bien conozco, repuso el militar, los sacrificios que ese hijo mio os habrá costado; los unos no los puedo pagar sino con agradecerlos; los otros... dinero traigo, señora: justo es, y mas que justo os los resarza.

— ¿Con dinero me quereis pagar? exclamó indignada la viuda, ¿á mí, que testado he de cuanto tengo en favor de mi hijo adoptivo? Así es que no me lo podeis arrancar sin causarle un grave perjuicio. ¿Dónde, señor, ha de estar el niño como á mi lado?

— Al lado de su padre, señora, que á la fuerza lo ha de querer mas. — Ven, hijo mio de toda mi alma, que yo soy tu padre.

El militar quiso coger al niño en sus brazos, pero este asustado, se asió con fuerza al cuello de su madre.

— Ya lo veis, exclamó esta, ya lo veis que no quiere dejarme.

— Será preciso, repuso el militar exasperado.

— Pues procuradlo por justicia y pleitearemos, porque solo á la fuerza me lo arrancareis.

— Y, ¿qué tribunal no otorga su hijo á un padre que lo reclama?

— El de la conciencia, el de la justicia, señor, que no deben reconocer el derecho que tiene á una cosa aquel que la abandonó y arrojó de sí.

— ¡No fuí yo, por vida mia!

— El niño estaba á mi puerta arrecido, gimiendo y abandonado.

Miéntras esta acalorada y aflictiva contienda tenia lugar, habia llegado Florin, què en el patio, absorto la escuchaba con su amiga la tia Pavona.

— Aquí de Salomon, dijo esta al alguacil.

— Tia Pavona, contestó este, siempre sucede así; en aquello que tiene uno puesto los ojos, viene el diablo y se lo lleva; lo propio me sucédió cuando se murió mi mujer.

— ¡Toma, y á mí con mis hijos!

Entretanto, el militar habia dado unas vueltas por el cuarto. El alejamiento que le habia demostrado su hijo, habia hecho correr por aquellas atezadas mejillas dos lágrimas, quizas las dos únicas que en su vida hubiese vertido; de repente se paró delante de la viuda.

— Señora, dijo volviendo á su tono marcial, ni vos quereis soltar al muchacho, ni yo me he de avenir á quedarme sin mi hijo; pues, señora, vamos á parcería, y que sea de los dos; si quiere Vd. al niño por hijo, tome Vd. al padre por marido.

Al oir hablar de marido, la viuda hizo un gesto y una exclamacion de repulsa.

— ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Casarme! No lo permita Dios!

— Pues venga el niño.

— Dejádmele por María Santísima, y vivid la casa de junto.

— ¡Pues no! ¡Tendria que ver! ¡De visita vendria yo á ver á mi hijo! ¡De planton á la puerta hasta que me la abriesen! Nada de eso; ó entro yo, ó sale él.

— Pues véngase Vd. á vivir acá, sin que sea preciso por eso casarnos.

— ¿Alojado? No, señora, no quiero patrona, que quiero mujer, y si Vd. no quiere ser la mia, busco otra, y madrastra tendrá el niño.

— ¡María Santísima! ¡Ni que Vd. lo piense, mal padre! ¡Hijo de mi alma y de mi corazon!

— Pues sea Vd. su madre con mil de á caballo, ó maldito

lo que creo en ese cariño. No le haga Vd. tanto feo á un marido, señora, que las casadas se van á la gloria por el mismo camino, y con la misma mortaja negra que las viudas, porque en cuanto á la palma *volaverunt.*

— Jesus, señor, que me está Vd. poniendo entre la espada y la pared.

— ¡Cabales! Así, escoged; en la inteligencia que esta espada está bien templada; que nunca *ni se sacó sin razon, ni se guardó sin honor* [1]).

— Pero caso que me echase las bendiciones, como tanto me cuesta el dejar el estado honesto, me parece...

— Nada de simulacros, señora, interrumpió el militar. Usted se casa para ser mi mujer, y colgar á un clavo su luto de viuda, ó yo me llevo á mi hijo, y hasta del lugar me lo habia de llevar, si no fuese este mi pueblo.

— Pues qué, ¿sois de aquí?

— Sí, señora, aunque falto de mi casa desde treinta y dos años; y despues de hallar á mi hijo, voy en busca de mi madre, que lo que es mi padre ya sé que murió; en gloria esté.

— Pues... ¿cómo se llama Vd.?

— Andres Pavon, para lo que Vd. guste mandar.

— ¿Hijo de mi tio el carpintero de basto, tio Mateo Pavon?

— El mismo, en propia persona.

— ¡Tia Pavona! ¡Tia Pavona, gritó Beatriz; acuda Vd., que aquí tiene Vd. á su hijo!

La tia Pavona entró, y Beatriz repitió la frase.

— ¡Anda á paseo! dijo la tia Pavona. ¡Qué habia de ser mi hijo, si entrambos me los mató el frances! ¡Maldito sea!

— Señora, dijo el militar dirigiéndose á su madre: ¡yo soy Andres, yo soy Andres!

— Oiga, *melitar,* repuso con muy mal gesto la tia Pavona, diviértase su mercé con el rabo de un gato, y no con una mujer *respetuosa.* Sobre que todo lo quiere su merced

1) Lema de las antiguas espadas hechas en Toledo.

ser: padre del niño, marido de Beatriz, y por último, hijo mio. ¡Vaya con el guason!

— Pues... dígole á Vd. que estamos bien, exclamó con impaciencia el militar: ni mi hijo me quiere reconocer por padre, ni mi madre por hijo. Señora, Vd. se llama Andrea; mi padre (en paz descanse), Mateo, mi hermano, José, y yo Andres. Usted siempre fué mas cascarrabietas que un sordo, y mi padre que era un merced chilindrinero, le habia sacado una cantinela que le cantaba con su sonsonete, dando con el martillo en el banco:

Andrea...
Mala ralea,
Muda te vea!

Al oir estas últimas señas mortales, la tia Pavona convencida, se echó al cuello de su hijo hecha un mar de lágrimas.

— ¡Hijo mio! ¿Pues no te mató el frances? repetia entre sollozos.

— Señora, ¿quiere Vd. que le enseñe la fe de vida? Ahí la traigo, que la necesito para cobrar la paga.

— Pero... ¿cómo escapaste del frances, hijo de mis entrañas?

— Matando al que me queria matar á mí, sin andarme con aquí las puse. Ea, pues, todo está bien y á la trinca; todo me lo hallo en casa, madre, hijo y mujer, porque ha de saber Vd., madre, que me caso con Beatriz, y cate Vd., añadió señalando al niño, el padre Cura que nos casa. Bien ve Vd., que en esta casa hacia falta un hijo, un padre y un marido. Todo lo traigo en una pieza, como quien dijera el fusil, la baqueta y la bayoneta. Y sepan Vds. que el que aquí se presenta, tiene bien ganadas y bien adquiridas una charretera, una cruz, y cien mil reales.

La tia Pavona se puso á persignarse con ambas manos y á bizquear de los dos ojos.

— ¿Con que ese niño es hijo tuyo? preguntóle al suyo.

— Y de Vd. nieto en línea recta y legítima, como yo su hijo, respondió el militar, abrazando con entusiasmo al niño que con su vestido de ángel aparecia ahora como el de la paz entre los dos contrincantes.

— ¿Qué tal, *Mae* Pavona, dijo Beatriz, si no hubiese yo recogido al niño aquella noche?

— ¡Ay! contestó la feliz vieja: ¡qué bien te dijeron en aquella ocasion, que *quien bien hace, para sí hace*!

Ni un terremoto hubiese conmovido mas á aquel pacífico pueblo, que la cuadruple alianza de noticias, que como un pájaro de lijeras plumas salió á volar por el lugar.

Primera. Habia llegado un *teniente capitan.*

Segunda. Era este el padre del niño de la tia Beatriz.

Tercera. Era igualmente el hijo de la tia Pavona.

Cuarta. Y era ademas marido para la viuda incasable.

La barriga del Alcalde tuvo un movimiento de oscilacion muy marcado. Intentó protestar contra esta toma por asalto de una plaza que él tenia pacíficamente sitiada desde doce años; pero se contuvo pensando que, no era ni prudente ni patriótico poner en lucha abierta las pretensiones y derechos civiles con los militares.

Se hizo una boda que fué sonada. En la cena hubo bríndis, cantos é improvisaciones.

El barbero compuso un trobo ó romance en que decia, que si el niño Dios le deparó un niño desnudito y pobre como él á la viuda, los Reyes, por premiarle la buena obra de haberlo recogido, le depararon un marido que traia una gran parte de la plata del Perú, y un corazon abrasado en llamas, como una barrica de alquitran en la noche de San Juan.

Aquella noche la tia Pavona hizo unos pestiños, obra maestra en su género, pero que se le sentaron en la boca del estómago á Florin, que en aquella sola y única ocasion abusó de la condescendencia de la amistad.

El vino puso al teniente capitan muy alegre, y al alcalde muy sentimental.

Cuando le tocó su vez de cantar, rebosó su melancolía en esta copla:

Confórmate, corazon,
A padecer y penar,
Pues quisiste á un imposible...

El militar acabó la copla con una voz como una corneta, con estas palabras:

Que se llevó un militar.

Añadiendo en seguida esta otra:

¡Que lástima de carita
Que fuese para un paisano,
Pudiéndosela llevar
Un soldado veterano!

— ¡Qué demonio de hechizo tiene la gente de tropa, decia con un suspiro que hizo vacilar la llama del velon, el Alcalde á la recien casada viuda, que no hacen mas que llegar y pegar!...

Andres Pavon que lo oyó, contestó muy pronto con esta copla:

Es táctica, y no es hechizo,
Es el saber atacar,
Y aunque manden retirada...
No hacer caso, y avanzar!

La tia Pavona fué tanto lo que gozó aquella noche en ver unidas á las dos personas que mas queria, que se rejuveneció como el Fénix, vivió veinte años mas, y murió há poco de noventa y cuatro años, dejando á Florin veinte duros.

CALLAR EN VIDA

Y PERDONAR EN MUERTE.

Me está reservada la venganza, y yo soy quien la ejerceré, dice el Señor.

Epístola de San Pablo á los Romanos.

CAPITULO I.

UNA CALAVERA ENTRE DOS FLOREROS.

Veíase en la populosa ciudad de M*** una extraña anomalía que chocaba á todo forastero; pero que habia llegado á ser para sus habitantes, por la costumbre que tenian de verla, cosa en que no paraban la atencion. Consistia esta en el mustio y extraño contraste que formaba en una de los barrios mas céntricos y de mejor vecindario de la ciudad, en una de las calles de mas tránsito, en la que las casas competian en compostura y buen parecer, una casa cerrada, sucia, descuidada y sombría, cuyo aspecto heria la vista y afectaba el ánimo. Las dos casas que tocaban á sus costados estaban tan blancas como si fuesen de alabastro; sus rejas y balcones se habian pintado, forzando de esta suerte al grave hierro á vestirse de alegre verde de primavera, como las plantas, que colocadas en sus tiestos, color de coral, los ocupaban. Asomábanse por encima de los tiradillos, con sus vestidos de varios colores, las vanidosas dahalias, que tanto ha embellecido el cultivo europeo; alzábanse las lilas, tan distinguidas entre las flores, como lo es en sociedad la persona que á un mérito real une la modestia. El heliotropo, que sabe cuánto vale,

y por lo mismo desdeña visuales colorines, se retiraba detras de los geranios, que variando y mejorando su exterior, han sabido conquistarse un buen lugar entre la aristocracia de Flora. En el sitio preferente se ostentaban las camelias, frias, tiesas, sin fragancia, que es el alma de las flores, haciéndose valer y *dándose tono*, sin acordarse de que la moda y la novedad que las ensalzan hoy, las desatenderán mañana, y que serán tanto mas olvidadas, cuanto que no dejan un perfume por recuerdo. Inclinábanse sobre los rodapiés los exquisitos claveles, la mas española de las flores, como si les doliesen sus hermosas cabezas por el exceso de su aroma. Detras de las vidrieras se veian extendidas esas cortinas formadas de pequeños juncos verdes, que vienen de China, sobre las cuales se miran pintados pájaros extraños y apócrifos, que parecen partos del arco íris, figurando así las casas grandes pajareras de aves fantásticas, en jardines encantados.

Por el contrario, la casa vacía, con sus paredes oscuras, sus negros hierros, sus maderas cerradas, como si huyese de la luz del dia y de las miradas de los hombres, parecia excluida de la vida alegre y activa y llevar sobre sí un anatema. — En el balcon solo se veian unos jirones de papel de cartelon que el viento y los aguaceros habian destrozado, y que su dueño cansado de renovar, dejaba ya en el mismo estado; con cuyo mal aspecto parecian poner en entredicho aquella tétrica y abandonada mansion. En fin, podíase comparar la sola, silenciosa y fúnebre casa, enclavada entre sus dos alegres y vistosas vecinas, á una calavera colocada entre dos floreros.

CAPITULO II.

CONVERSACION.

En una de estas casas recibia una señora amable y risueña gran número de visitas con motivo de ser los dias de su santo.

Dirigiéndose á uno de los caballeros que se hallaba sentado en el círculo formado ante su sofá, le dijo: ¿con que no habeis hallado casa?

— No, señora, contestó el interrogado, que era forastero; las que se me han proporcionado, unas son estrechas para mi numerosa familia, otras están en mal sitio; y mi mujer, que sale poquísimo, lo primero que me ha encargado es que la casa que tome esté bien situada.

— No hay duda en que este vecindario aumenta; no se hallan casas, dijo uno de los presentes.

— Pero señora, añadió el forastero, acabo de ver la inmediata á la vuestra, desalquilada; me convendria mucho, y no me habeis hablado de ella.

— Es cierto, es cierto, repuso la señora: ha sido una inadvertencia; pero estamos tan acostumbrados aquí á contar esa casa entre los muertos, que no debeis extrañar no se me ocurriese sacarla de su mortaja.

— ¿Entre los muertos? ¿es decir, entre lo no existente? preguntó asombrado el forastero.

— Así es, puesto que nadie la ocupa, ni le quiere dar vida

— ¿Y por qué? ¿está acaso ruinosa?

— Nada de eso; está en muy buen estado.

— ¿Es fea? ¿es destartalada?

— No, es buena y tiene comodidades

— ¿Ha muerto en ella algun ético?

— No, que yo sepa... Ademas ese miedo exagerado, que es ciertamente una preocupacion, se va desvaneciendo. Blanqueando las paredes, pintando las maderas, como se hace despues de cualquiera enfermedad todas las casas se habitan hoy dia luego que deja de existir en ellas la víctima de ese terrible padecimiento que solo curan los viajes de mar con privilegio exclusivo.

— ¿Pues entónces cuál es el que tiene esa casa para no ser habitada?... ¿tiene asombros? añadió sonriendo el caballero forastero.

— Justamente, contestó la señora.

— ¿Eso me decís en el siglo XIX enmedio del esplendor de las luces, en las barbas de la reinante despreocupacion?

— Sí señor, porque el asombro que se supone es el que selló en ella el crímen, y ese asombro, aun no han llegado á disiparlo, ni las luces, ni la despreocupacion. En esa casa, señor, se cometió un asesinato.

— Convengo, repuso el caballero, que eso debió de ser una cosa atroz para los que á la sazon la vivian, y terrible para los allegados y los parientes de la víctima; pero no creo sea razon suficiente, para que andando el tiempo, quede por ese motivo una casa condenada á ser demolida, ó á existir sin ser habitada. — ¿Cuánto ha que tuvo lugar el hecho?

— Seis años.

— Señora, entónces me parece el abandono de esa casa, inocente del atentado de que fué teatro, cosa de agüero, y sobremanera anómala en esta época, en la que sin extrañas influencias, llevan la utilidad y la conveniencia el timon de los hechos.

— ¿Qué quiere Vd., señor? repuso la dueña de la casa; estamos aquí, por lo visto, un poco atrasados, y no nos pesa. Pero lo horroroso del asesinato, la inocencia de la víctima, que fué una pobre é inofensiva anciana, el misterio que cubrió y cubrirá siempre al autor del crímen, han impregnado de tal horror el lugar en que se consumó y la sancion que ha dado el tiempo al desvío que esa casa inspira, es tan poderosa, que nadie se ha hallado que quisiese quebrantar el aislamiento que, cual una maldicion, pesa sobre el lugar del impune delito. Parece la soledad de esa casa un sello sobre un pliego cerrado, que Dios abrirá en su dia, si no ante los tribunales de los hombres, ante el tribunal supremo de que es juez.

Entraron en este momento nuevas visitas y la conversacion fué interrumpida.

CAPITULO III.

UN CRIMEN.

La curiosidad del caballero forastero excitada por lo que habia oido, hizo que volviese á los pocos dias con el determinado objeto de anudar la conversacion interrumpida.

Despues de los primeros cumplidos, dijo á la amable dueña de la casa:

— Señora, extrañareis quizas mi insistencia; pero es grande mi deseo de saber algunos pormenores sobre el crímen de que me hablasteis el otro dia, que tan pavoroso debe haber sido cuando no puede el tiempo, ese Saturno que hasta las piedras se traga, consumir las huellas que ha dejado.

— Con la mejor voluntad os comunicaré lo que sé, que es lo que sabe todo el mundo, contestó la interrogada. Pero es probable que la fecha, ya antigua, del hecho, así como el no haberlo presenciado, la despoje á vuestros ojos de la activa y siniestra impresion que causó á todos los habitantes de esta ciudad.

Habrá diez años que llegó aquí, y se alojó en la referida casa, un comandante, con su mujer, tres hijos pequeños y su suegra. Era él todo un caballero en su porte, así como en su conducta; al cariño que demostraba á su mujer, que era muy jóven y muy sencilla, se mezclaba la gravedad de un padre, y así formaban una familia tan unida como feliz. Era ella una paloma sin hiel, como dice la poética definicion popular, y se hallaba tan satisfecha y dichosa en ser la escogida de aquel digno marido, como en ser la madre de los tres ángeles que sin cesar la rodeaban. Era el tipo de aquellas ejemplares mujeres que solo existen en el estrecho círculo de sus deberes de hija, esposa y madre. En cuanto á la señora mayor, era de aquellas criaturas que denomina el mundo, para clasificarlas pronto, con el título de una *infeliz.* Siendo muy piadosa, pasaba su tranquila existencia en el templo rogando á Dios por los objetos de su cariño, y en el hogar doméstico alabando á los de su culto.

Eran estas señoras propietarias en un pueblo pequeño, por lo que muchos las denominaban *lugareñas* ó *provincianas*, como se dice ahora en frances traducido; pero yo siempre hallé en aquella casa, delicada urbanidad, porque era sincera, franqueza decorosa, y una conducta austera sin gazmoñería y sin aspirar á los elogios á que es acreedora: si es esto ser *lugareña,* no debe pesar el serlo.

Pàsaba yo en su casa muchos ratos, porque aquella paz interior, aquella felicidad modesta y sosegada, comunicaban bienestar á mi corazon: porque una simpatía grata me inclinaba hácia aquel hombre tan digno y tan estricto en el cumplimiento de sus deberes, me impelia hácia aquella suave mujer que gozaba en sus virtudes como otras en sus placeres, y me arrastraba hácia aquélla anciana sencilla y amante, que no hacia mas en la vida que sonreir y rezar. Puede que esta felicidad, aunque santa y modesta, fuese demasiado perfecta para ser duradera en un mundo en que por desgracia, aun los buenos se acuerdan ménos del cielo cuando la tierra les hace la vida dulce. Ello es, que una mañana entró mi doncella azorada en mi cuarto; traia la fisonomía desfigurada, y agitada la respiracion.

— ¿Qué hay, Manuela? le pregunté sobresaltada.

— Señora, una desgracia, una atrocidad sin ejemplo.

— Pero ¿qué es? ¿qué ha sucedido? explícate.

— Esta noche... en la casa de junto... no os asusteis, Señora.

— No, no, acaba.

— Ha sido muerta la señora mayor.

— ¡Muerta! ¿qué dices?

— Sí señora, degollada, cosida á puñaladas.

— ¡María Santísima! exclamé horrorizada, ¿y cómo? ¿han entrado ladrones?

— Es de presumir; pero nada se sabe.

El caso es, prosiguió la narradora, que aquella mañana salió el asistente, que dormia en un cuarto en el zaguan, para ir á la plaza. La puerta de la calle, segun afirmó, estaba cerrada, como la habia dejado la noche ántes. Así, era evidente que por la calle no habian entrado los asesinos.

Pero cuando volvió de la plaza, estrañó hallar la puerta de enmedio solo encajada, de manera que cedió á su presion, y pudo entrar sin ser necesario que nadie le abriese; mas ¡cuál no seria su asombro al ver enrojecida el agua en la blanca mar de la fuente del patio! Aumentóse este al ver en la tersa pared de la escalera, señalada con sangre una mano abierta. ¿Hubo acaso de darle al asesino al bajar aquellos escalones, y al verse cubierto de sangre humana, un desvanecimiento que le obligó á buscar un apoyo en la pared? ¿Conservó esta la marca de la mano homicida para acusar al culpable y marcar su senda?

Subió el asistente desalado, siguiendo el rastro de las gotas de sangre, que de trecho en trecho, y como dedos vengadores le señalaban por dónde ir á descubrir el crímen. Llega á la sombría y apartada estancia, que en el interior de la casa habitaba la señora mayor, aquella que nunca quiso creer en el mal, porque nunca pudo comprenderlo! ¡Hasta la puerta llegaba la laguna de sangre que iba extendiéndose en el suelo y que sus ladrillos no querian absorber! Sangre líquida, caliente, que parecia todavía conservar la vida que faltaba al lívido cadáver, que con los ojos desmesuradamente abiertos por el espanto con que terminó su vida, yacia sobre la cama, al lado de la que pendia un brazo blanco y yerto, como si fuese de cera, para testificar el abandono de aquella inocente víctima.

El asistente aterrado dió gritos, y corrió á llamar á sus amos. ¡Qué espectáculo para estos desgraciados!... La pobre hija cayó al suelo como herida de un rayo. El comandante pálido y demudado, pero mas dueño de sí, mandó cerrar la puerta de la casa, pues á los gritos del asistente se reunia gente, é hizo avisar á la justicia. Pero esta nada halló sino el mudo cadáver; vió sangrientas heridas, bocas que acusaban el crímen pero no al criminal; y era lo extraño, que ni aun las mas remotas sospechas pudieron caer sobre nadie, ni encontrarse el mas leve indicio, que sirviese de luz para seguir pista alguna. El asistente dormia al lado afuera del porton, en el zaguan; esta puerta, que solo por el lado de adentro

se abria; la halló abierta al volver de la calle, lo que hace probable que el asesino se hubiese ocultado el dia ántes en el interior de la casa, ó entrado por los tejados. Esta última version no era probable, ni casi posible en vista de que esa casa, la de la Condesa*** y la mia forman manzana. La criada habia pasado aquella noche en la fiesta de la boda de una hermana suya, como atestiguaron cuantos habian concurrido á ella. El otro asistente estaba malo en el hospital, y no se habia movido de su lecho. A pesar de esto, los dos primeros fueron presos; pero despues de algun tiempo, se les puso en libertad.

Notad hasta qué punto fué aterrador y horripilante el atentado, cuando solo la idea de que se le sospechara de haber tenido parte en él, hirió de tal suerte la imaginacion del asistente, que era un honrado mallorquin, que perdió la razon, y de la cárcel fué llevado á la casa de los locos. Sobre la criada cayó tal sombra, por haber sido presa y envuelta en aquel tétrico y misterioso proceso, que no pudo hallar casa en que la quisiesen admitir de sirviente: su novio la dejó, y así, presa de la ignominia y de la miseria, arrojóse á la mala vida y se perdió.

Entretanto la ciudad estaba aterrada. Nada pudo la justicia inquirir, sospechas que hubieran podido servirle ni aun de vislumbre en aquellas tinieblas.

El crímen con el misterio se hace pavoroso y crece como el terror en la oscuridad de la noche. La vindicta pública indignada gritaba: ¡*justicia*! y los jueces con la cuchilla alzada, no hallaban sobre quién descargar el golpe. Así, eran vanos los clamores para que se hiciese justicia, en vista de que esta se la habia Dios reservado para sí; pues, repito, que nada se supo entónces, nada se ha sabido despues: ¡nada se sabrá nunca!

— Y ¿qué fué luego del comandante y de su familia? Preguntó vivamente interesado y conmovido por la relacion que habia oido el forastero, para quien la casa que le habia parecido un inocente Paria se iba convirtiendo en un antro misterioso y lúgubre.

— Sabeis, respondió sonriéndose la señora, que los

extranjeros nos echan en cara á las españolas el proceder siempre de lijero, el ceder constantemente á nuestro primer impulso, y el tener en poco aquel estricto y severo círculo de accion de sus paisanas, que está á veces lleno de delicado decoro, y á veces hinchado de frio egoismo; las españolas, francas y ardientes de corazon, no reflexionan cuando este las arrebata: y si por esta razon aparecen siempre tiernas, valientes y generosas, á veces son irreflexivas; esto es, como dicen los franceses, *tener los defectos de sus cualidades.* Consiguiente á esto, apénas salió la justicia de aquella casa, cuando me arrojé en ella para prestar auxilio y consolar á mis desgraciados amigos.

No, nunca olvidaré, ni se borrará de mi alma, el lastimero cuadro que presentaba! ¡Fué tal la impresion que recibí, que costó la existencia al último hijo que Dios me destinaba! ¡El cadáver que aun permanecia en el cuarto en que se halló, no se veia, pero se notaba; enfriaba aquella atmósfera; la casa olia á sangre! El agua que llenaba la mar de la fuente, permanecia roja como si el líquido y corriente hilo que constantemente la renueva, pasase por en medio como yerto témpano, sin querer mezclarse con ella; ó como si una gota de inocente sangre vertida, bastase á enturbiar para siempre una fuente, así como basta á manchar para siempre una conciencia.

Mi pobre amiga, que tanto amaba á su madre, se estremecia en convulsiones; al verme pudo gritar, llorar y desahogar su comprimido dolor. Su marido estaba aterrado; el asombro parecia haber parado la circulacion de su sangre. ¡Tal era la lívida palidez que cubria su rostro, y la inmovilidad de sus labios comprimidos por el horror!

Me traje á su infeliz mujer á mi casa; y á poco tiempo, habiendo su marido logrado una permuta, pasaron á una lejana provincia, porque les era imposible permanecer en el lugar en que habia acontecido tan horrorosa catástrofe.

— ¿Pero con qué objeto se cometió ese asesinato? preguntó el caballero.

— Se infirió que por robar á la víctima, contestó la señora. Aquella mañana, segun dijo su hija, habia recibido

su madre una crecida suma de dinero, por manos de un escribano; sobre él recayeron violentas sospechas, y aunque nada se le ha podido probar, ha quedado completamente desacreditado. Las sospechas que llegan á hacerse unánimes y estables desacreditan á veces mas que un hecho probado y ventilado, en cuyo caso el interesado, aunque culpable, ha podido emitir descargos, alegar disculpas, y sobre todo demostrar arrepentimiento y obtener así el perdon, que el Dios de las misericordias no guardó solo para sí, sino que con su divino destello puso en el corazon del hombre, y al que elevó á precepto en su santo evangelio.

— Vuestra observacion es justa, repuso el caballero. La sociedad que es y debe ser clemente, despues de castigado el delito, es inexorable con el crímen impune. Eso es lógico. ¿Y habeis vuelto á saber de vuestros pobres vecinos?

— He sabido varias veces de ellos, hasta que últimamente los he perdido de vista. Les fué muy bien en el pueblo á que se trasladaron. El marido se retiró del servicio militar, se afincó y tuvo mucha suerte en cuanto emprendió: así sucede que es hoy uno de los hombres mas considerados de aquel pueblo, una *notabilidad* segun el estilo moderno. Ha sido alcalde y diputado provincial, y qué sé yo cuántas cosas mas, en el innumerable plantel constitucional de autoridades. En cuanto á ella, vivia siempre contenta en su vida doméstica y retirada.

— Por lo visto, dijo el forastero con una sonrisa agria y amarga, la casa conserva la impresion que se ha borrado en los corazones?

— La casa ha conservado la impresion del *crímen:* en los corazones se ha amortiguado la del *dolor.* El dolor no puede ser eterno en este mundo; así lo ha dispuesto Aquel que sabe lo que nos conviene. Cada dia un nuevo sol hace olvidar el que desapareció la víspera; cada flor que abre su seno, aleja la vista de la que se marchita. La ausencia es un velo poco transparente. Lo venidero absorbe lo actual, y su ardiente excitacion debilita las impresiones, como los rayos del sol desvanecen la viveza de los colores. Y no motejeis al olvido, ese bálsamo, esa panacea, ese dulce elixir de vida que Dios

envía á las criaturas, como á las plantas envía su refrigerante rocío: sin él, ¿qué seria de nosotros?

— No sé, repuso el caballero, si clasificar lo que decís, de sublime filosofía, ó de divisa del vulgar, *qué se me da á mí!*

— Ni tan alto ni tan bajo: es una verdad sencilla y práctica; una de las muchas disposiciones de la naturaleza contra las que se rebela en vano el orgullo del hombre. Pero decidme, ¿quereis habitar la casa? Mucho me alegraria que la presencia de una buena y amable familia disipase la sombra de esa fúnebre morada, como la sonrisa de la aurora ahuyenta el ceño de la noche.

— Gracias, señora. No la viviré yo: aunque hijo de este siglo despreocupado, no ha podido el carácter del positivismo que le preside, ahogar las impresiones del espíritu que reina en alta esfera; y puesto que aquella casa es la depositaria del misterioso y horrendo atentado, la única que conoce los impunes criminales: huyan de ella los buenos y quédese sola con su secreto como deberian estarlo todos los que llevan la conciencia manchada con algun delito.

CAPITULO IV.

VAL DE PAZ.

Existe un pueblo que nombraremos con el pseudónimo de *Val de Paz,* que ha escogido por asiento un valle, colocado entre las últimas ondas que forma el suelo de una vasta cordillera. Dórale un brillante sol sus mieses, riéganle claros manantiales sus huertas, en que el copudo naranjo cubre de perlas su manto como un rey; el fino granado se adorna de corales; el suave almendro, de guirnaldas de rosa, y los sencillos frutales se apresuran á ponerse su traje blanco, que es tan frágil, que se desprende aun ántes de partir la fugitiva primavera que se lo viste.

Separan á Val de Paz del resto del mundo, los montes que á su alrededor se levantan como inmensos biombos con los que hubiese rodeado la naturaleza la cuna en que durmiese uno de sus hijos. Alzase en su centro, digna y tranquila la no profanada iglesia. Descansa honrado bajo el techo del labrador el arado que enseña el trabajo, y en premio da el pan de cada dia. Las niñas aprenden la doctrina, besan la mano al cura, y piden la bendicion á sus padres. La ilustracion del siglo novador, segun se habrá notado, habia retrocedido desdeñosa al ver tanto oscurantismo, habia contado á Val de Paz entre las momias, borrándolo de la lista de los vivos, y cual á otro enterrado Pompeya le habia dicho con profunda intencion y grave solemnidad: ¡Séate la tierra lijera!

Era una tarde de primavera despues de un dia de verano; porque el suave vientecillo que corria, se habia, como hace un sibarita, refrescado en las nieves de las altas cumbres, y perfumádose despues entre las jaras que cubren sus laderas. La plácida hora del crepúsculo se anticipaba para el valle, no dorando ya los rayos del sol sino las cimas de los montes que lo rodeaban, en cuyas crestas todas parecia arder una hoguera; tal como sucedió en los montes de Asturias, en aquel famoso hecho guerrero que valió su nombre al progenitor de los Cienfuegos. No habia un celaje en el cielo que pudiese servir de refugio á los últimos y rosados esplendores del sol. Oíase el alegre murmullo del agua de riego esparciéndose en cien diferentes direcciones por los huertos. Dócil en seguir la senda que le traza el hombre, se veia á esta hija de las nubes y de las fuentes, ya rodear á un naranjo como un ceñidor de bruñido acero, ya esparcirse sobre un cuadro recien sembrado como una cubierta de cristal, y entónces pararse incierta entre ceder á las seducciones del sol que la atrae á sí para tejerse con ella sus velos, ó á la atraccion de la tierra, que la anhela para nutrir con ella las plantas tan lindas que le forman su rico vestido. Oíase el grillo, tocador del primer instrumento que hubo en el mundo, desesperado de que á pesar de su incesante reclamacion, no se le declare decano de la filarmonía. Oíase el balar de las

ovejas tan dulce como su índole, tan suave como su vellon, tan triste como el símbolo de la víctima que personifica; el prolongado mugido de la vaca que llama á su cria; el zumbido monótono del abejorro tonto y torpe, volando en derecho de sus narices sin cuidarse de tropezar con las ajenas. Veíanse los aviones surcar el aire en sus alegres y desatinadas evoluciones, dando sus gozosos pitíos, lo cual al contemplarlos, hace decir á los niños con fraternal simpatía: *ya salieron los muchachos de la escuela.* Empezaban su silencioso vuelo los inofensivos murciélagos, pobres pájaros sin plumas, que se esconden de la luz del dia, como pobres vergonzantes, tan feos, que llevan en las aldeas el nombre de *figuritas;* y tan perseguidos, que se preguntan: ¿Si considerará el hombre usurpada la existencia que les dió á ellos aquel mismo criador que al hombre le dió la suya? Entonaban sus claras serenatas las ranas, rústicas sirenas que convidan y seducen entre sus frescos juncos, á las delicias del baño. Las laboriosas abejas dejaban gruñendo su tarea, porque hallaban ya en las flores rocío mezclado á la miel. Oíase la triste y plañidera queja del mochuelo que impele á ir á consolarlo; suena tan melancólico su canto entre la armonía de la naturaleza, como para probar que hay en ella una voz, así como en el corazon hay una cuerda que vibra siempre melancólicamente, aunque el dia haya sido brillante y sea la noche serena.[1]) Solo la grave y misántropa lechuza, á la que chocaba este concierto general al acercarse la noche, se desprendia de la torre en que medita y censura, lanzando su enérgico ceceo como para imponer silencio.

Pero entre todas estas voces campestres, tan llenas de indefinible encanto para quien sabe gozar prácticamente de la naturaleza; sobresalia la sonora, modulada y expresiva voz del hombre, la de los trabajadores campesinos que al re-

---

1) En otros puntos de Andalucía denominan al mochuelo corneja. Dice el pueblo campesino que la corneja era el pájaro que mejor cantaba entre todos los creados, y que cuando el Señor expiró en la cruz fué el pájaro que se halló presente. Desde entónces olvidó el canto y aprendió el gemido con el que repite siempre: cruz, cruz, cruz. Oh! poesía religiosa ideal de fe, de ternura, de dulce melancolía y de pureza!

gresar á sus casas cantaban. ¿Quién ha enseñado á estos hombres? ¿Quién les ha infundido la elevada y aguda poesía de la letra, la encantadora y original melodía de sus cantos? El *sentir*, que no necesita del arte: entretanto que sin el sentir et arte es un cadáver, un bien formado cuerpo sin alma.

Mas prestemos oido á lo que canta este airoso jóven que se ha adelantado á los demas, y cuya voz ha atraido á la ventana á una linda muchacha, á quien oculta una cortina formada en la reja por la enredadera llamada *pajaritos*.

EL RETRATO.

Tiene tu cabeza
Hermoso peinado;
Con hebras de oro
Lo tienes formado.

Tienes una frente,
Que es plaza de guerra;
Donde amor triunfante
Puso su bandera.

Tienes unas cejas
Muy bien dibujadas,
No hay pincel que pueda
Tan bien colocarlas.

Tienes unos ojos,
Luceros del alba;
Que apagan sus luces
A la luna clara.

Es tu nariz, fina,
Cual filo de espada,
Que á los corazones
Todos los traspasa.

Tienes unos labios . . .
Son dos coralitos;
Ya esconden, ya enseñan
Tus dientes bonitos.

Tienes una barba,
Con un hoyo en medio:
Si en él me enterrasen,
Quisiera haber muerto.

Tienes la garganta
Tan clara, tan bella,
Que hasta lo que bebes
Se trasluce en ella.

Tienes unos brazos
Tan bien torneados...
No los tuvo Eva
Mejor acabados.

Tienes, niña, el talle
Como hermosa palma,
Que airosa descuella
Por entre las plantas.

Tienes unos piés,
Pisas tan airosa,
Que por donde pasas
Florecen las rosas.

Ya están dibujadas
Niña, tus facciones;
Ahora viene mayo,
Que te dé colores.[1])

CAPITULO V.

UN ALOJADO.

Como ya hemos hecho observar, en este pueblo español rancio, cristiano viejo, tan alegre y pacíficamente alumbrado por las luces de sus altares y por las del sol, no habian penetrado las del siglo. Donde sonaban las armonías que hemos descrito, no se habian oido ni arengas políticas, ni canciones patrióticas; no se tenia idea de un alistamiento *voluntario* para vestir casaca, ni ménos del objeto con que se hacia. ¡Cuál seria, pues, el asombro de los atrasados Valdepacíficos, cuando vieron una tarde un tropel semi-paisano, semi-militar entrar en el pueblo, dando desaforados gritos de ¡*viva la libertad*!

Al ver aquella banda de hombres armados y empolvados, al oir aquel grito extraño para ellos, los habitantes de Val de Paz quedaron consternados. Cundió luego la voz de que eran presos que se habian fugado de la cárcel de la capital,

---

1) Una lindísima tonada completa el encanto de esta preciosa cancion popular.

y que huian á la Sierra victoreando su reconquistada libertad. La consternacion fué general; pero poco despues se serenaron los ánimos, al oir el severo toque del tambor, y ver bajar por la cuesta, en buen órden y con paso mesurado, una columna de soldados.

Es de advertir, que el pueblo tiene por los soldados que salen de su seno una simpatía profunda, en que se mezcla la lástima y la admiracion; míranlos como víctimas sí, pero víctimas consagradas á una santa causa, esto es, la de su religion, la de su rey y la de la *Independencia*, no individual, sino la del país, como se defendia en la heróica é inmortal guerra, que por lauro y distintivo, ha conservado esta denominacion.

Todo, al llegar esta tropa, quedó aclarado. Decíase entónces (pero en Val de Paz no se sabia nada de eso) que existia en la Sierra una partida de facciosos, y venia en su persecucion una columna compuesta de voluntarios nacionales y de tropa de línea; los primeros eran los que entrando algo estrepitosamente, habian alarmado al pueblo; pero aclarado el asunto, los ánimos se sosegaron, y solo les quedó á los Valdepacíficos el asombro, primero, de que hubiese soldados sin haber entrado en quintas: segundo, que los hubiese de ménos de veinte, y de mas de cincuenta años: tercero, que se victorease la libertad, sin haber estado presa: y cuarto, que en la Sierra hubiese *facciosos*.

Los voluntarios recorrieron aquellos alrededores, se hicieron vejigas en los piés, y no encontraron nada; por lo cual se volvieron por donde habian venido, y llegaron á sus casas un poco tostados del sol. Los zapateros de su pueblo hicieron una funcion á San Crispin.

La tropa tenia órden de permanecer en Val de Paz. Venia mandada por un capitan, que fué alojado en casa de la viuda de un rico y honrado labrador. Tenia esta un hijo que seguia llevando la labor sin innovaciones en su marcha, sino tal cual habia enriquecido á su padre y abuelos, y una hija de quince años que era el sol de aquel modesto, cándido y virtuoso hogar doméstico.

El capitan, que se llamaba don Andres Peñalta, era un

hombre de no mala presencia, pero de carácter melancólico y agriado por repetidas decepciones en su carrera, en la que como muchos, en tiempos de trastornos y revoluciones, habia sido víctima de circunstancias adversas. Era esto aun mas sensible para este hombre, tipo de una clase que se ha hecho harto comun en nuestra época, esto es, de aquellos que se creen siempre superiores á la posicion que ocupan.

No obstante, la dulce atmósfera de aquella pacífica casa, pareció influir benéficamente en el ánimo tétrico y ensimismado que habia producido en él su no satisfecho orgullo. Inclinóse hácia aquella niña, ídolo de su casa y gala del pueblo, que tenia el encanto de la juventud y de la inocencia, las garantías de felicidad que aseguran las virtudes, y las de bienestar que prometen los bienes de fortuna. Esto último, sobre todo debia seducir á un hombre que tenia una ambicion por figurar y ser considerado, tanto mas ansiosa, cuanto contrariada se habia visto por las circunstancias.

Peñalta con su brillante uniforme y su porte *respetuoso,* segun calificaban su aire altivo en el pueblo, se habia captado la admiracion general, pero muy particularmente la de sus patronas; así fué que el dia en que pedió á doña Mariana á su hija Rosalía, no pudo ni intentó la señora ocultar su satisfaccion. La dócil niña, al ver que estaba contenta su madre, no lo estuvo ménos: las comadres y vecinas hicieron coro, y solo el hijo de la señora demostró desagrado, y decidida oposicion al proyectado enlace. Hizo presente á su madre que su caudal, que consistia en algunas fincas, pero principalmente en su vasta labor y numerosa ganadería, prosperaba unido; pero que si cada parte tiraba por su lado, si se dividia ó se realizaba, seria en perjuicio de todos. Demostró con buenas razones que su hermana debia casarse con un vecino del pueblo, sin salir del lugar en donde se habia criado, y en el que de padres á hijos todos habian vivido felices, bien quistos y considerados. Pero nada pudieron estas juiciosas observaciones sobre la ilusionada doña Mariana, que estaba llena de entusiasmo por la brillante suerte de su hija Rosalía: y el insistir su hijo en oponerse, solo sirvió para exasperar á su buena y limitada madre, que acabó por decirle,

que su empeño en que no se dividiese el caudal, seria por sacar él la mejor parte. A pesar de tan dura é injusta razon (que habia sido sugerida á la buena señora) su hijo siguió combatiendo abiertamente el casamiento de su hermana, de suerte que incomodada la madre con esta pertinacia, y arrastrada á ello por los extremos que tenia por su hija, declaró que nunca se separaria de ella, y sí de un hijo díscolo, y que seguiria á la primera á donde quiera que fuese.

Este proyecto de la bien acomodada viuda no podia ménos de convenir y agradar al capitan, que se apresuró á acogerlo y apoyarlo.

Poco despues se verificó la boda, y la nueva familia partió.

Siete años consecutivos vivieron en una paz no interrumpida, gracias al angelical carácter de la madre y de la hija, á su falta de toda pretension y exigencia, así como á la pequeñez del círculo doméstico en que se movian; puesto que la existencia de ambas se reducia á admirar al capitan, á la sazon ascendido á comandante, y á adorar á los tres niños habidos de este matrimonio. Fuera de esto caian en la nulidad mas completa, anonadadas por el prepotente orgullo del comandante Peñalta.

¡Triste mundo este, donde no se adquiere un lugar sino conquistándolo, ni se conserva sino atrincherándolo! ¡Flaca y débil humanidad que subyuga al que modesto cede, y acata al que insolente se encima! Esto solo basta para probarnos nuestra inferioridad humana, y hacernos ansiar aquella justicia superior, para la que no hay brillo deslumbrador ni oscuridad impenetrable.

Así fué que en aquellas mujeres, la modestia que aceptaba, la humildad que cedia, la bondad que se conformaba, léjos de ser apreciadas como las mas finas y perfectas perlas entre las joyas femeninas, no sirvieron sino para hacerlas aparecer como débiles y ruines, y para robustecer y entronizar en el que acataban, el menosprecio y el despotismo.

Siendo así, que don Andres Peñalta tenia un excesivo amor propio, y un ansia desmedida por ser apreciado como hombre de *virtudes*, sin tenerlas, (hipocresía *Catonesca* que ha reemplazado á la religiosa) trataba á su mujer y á su

suegra en presencia de extraños con gran consideracion y afecto, y se hacia, como dicen los franceses, *buen príncipe*, esto es, que se dignaba descender benévolamente á la esfera de aquellas que ante él se inclinaban; pero en la intimidad se desquitaba, tratándolas con suma altanería y recalcado desden.

Las torpezas ó impropiedades que solia cometer Rosalía en visita, le indignaban. Es consiguiente que la pobre jóven, criada en una aldea, nada sabia de los primores y etiquetas de una ciudad populosa; ni vestirse con elegancia, ni estar tres ó seis horas en su tocador; ni cantaba, ni bailaba, ni tocaba el piano; por lo cual el necio amor propio de su marido mortificado con estas cosas, habia tomado para demostrar su encono una muletilla con la que contínuamente heria y humillaba á su pobre mujer; era esta: *tú no sabes nada.*

Sobre dos cosas nada puede el malévolo é injusto despotismo: sobre el hierro que resiste siempre con igual fuerza; y sobre el junco, que al punto cede: así era que en aquella casa habia una paz profunda, pues el despotismo que la regia, solo hallaba suaves y débiles juncos. Pasaba la voluntad del déspota sobre aquel interior doméstico como una ráfaga del huracan sobre un campo llano; campo no estéril ni desolado, sino cubierto de suave y fresco césped.

CAPITULO VI.

LA PLANA.

En este transcurrido tiempo, las relaciones de doña Mariana con su hijo se habian ido agriando cada vez mas; porque esta buena señora, subyugada y en todo sumisa á su yerno, no se conformaba con las cuentas que le mandaba aquel, el cual habia seguido administrando el caudal de su madre, que continuaba unido al suyo. Conformándose al parecer, y dócil á los consejos de don Andres, acabó doña

Mariana por exigir la particion del caudal y la realizacion de su parte. Despues de muchos debates, se habia por fin verificado este arreglo, al poco tiempo de su llegada á M.*** Este suceso contentó á todos; y la buena señora se sentia alijerada de un peso grande, con haber cortado por este medio todo motivo de altercados para lo sucesivo, tanto con su hijo como con su yerno.

Una mañana, despues de volver de la iglesia, habia venido á hablar á la señora un escribano, que era el apoderado de su hijo, y la habia traido quinientas onzas en oro, última entrega de su capitalizado caudal. La señora habia á continuacion firmado el finiquito, y sentada al lado de su hija celebraba la conclusion de este negocio, cuando entró el mayorcito de sus nietos, que venia de la escuela. Traia muy ufano una plana escrita por él, la que enseñó á su abuela. Tomóla esta en la mano con aquel agrado y aquella complacencia que excitaban en ella cuanto hacian sus nietos, y leyó la máxima que escrita con firme pulso encabezaba la plana, y se repetia en cada renglon, copiada por el niño: decia así:

«*No cuentes con el dia de mañana; que no lo tienes seguro.*»

La señora miró cada renglon con aire de aprobacion, y dijo al niño:

— ¿Siempre dice lo mismo, Andresito?

— Sí señora, contestó este, todos los renglones dicen lo que la muestra, ménos el último.

La abuela bajó la vista y leyó. *La hizo Andres Peñalta el* 20 *de marzo de* 1840.

— Chiquillo, dijo la señora, si estamos hoy á 19, dia del Patriarca!

El niño se echó á reir, y repuso:

— Verdad es que me equivoqué; pero ¿qué le hace? supongamos que la escribiria mañana.

— ¿Tan pronto te olvidas de las sentencias que escribes, niño? le dijo su abuela. No dice acaso:

¿*No cuentes con el dia de mañana; que no lo tienes seguro*?

— Bueno, yo la enmendaré, repuso el niño, cogiendo la plana y echándose á correr. Un momento despues volvió y se la entregó á su abuela.

— ¡Muchacho! exclamó esta apénas la vió. ¿Porqué has enmendado estos números con tinta encarnada? ¡Jesus! parece una fecha sangrienta!

— Estaba la tinta encarnada sobre la mesa de padre, y es muy bonita, contestó el niño.

— Pues á mí me parece muy fea, observó su madre, y que hace muy notable la enmienda. Rómpela, hijo, y mañana, si Dios quiere, escribirás otra plana mejor á tu abuela.

— No, no, dijo esta; dámela, gloria mia. Para mí la hiciste, en ella me dices una cosa muy buena y muy santa, y es que no cuente con el dia de mañana; que no es seguro; esto es, que debemos estar siempre preparados para la muerte que nos lleva ante el tribunal del gran juez de las almas: así es que la quiero conservar como buena memoria y mejor consejo. Y mira (añadió tomando sobre la mesa una pila de veinte onzas) estoy tan satisfecha de tu aplicacion y de esta plana que la atestigua, que estas veinte onzas te las destino, y por mi muerte serán tuyas. Para que se sepa voy á escribir esta mi voluntad al pié de la plana y á liar en ella las onzas.

La señora cogió la pluma con la que acababa de firmar los recibos, y escribió al pié de la plana y debajo de la roja fecha y del nombre del niño, que era el mismo de su padre: «esto le deja en memoria *Mariana Perez.*»

En seguida lió las veinte onzas en la plana, las que guardó con el demas oro en una caja que cerró, y se llevó á su cuarto.

Aquella noche se consumó en la persona de esta anciana el atroz asesinato referido al principio de esta relacion, en la que queda tambien pintado el dolor en que tan inaudita desgracia sumió á la pobre Rosalía, y la profunda impresion que causó en su marido, el cual quizas se arrepentiria entónces de lo amarga que hizo la vida á aquella infeliz víctima, que tanto le habia querido y considerado.

La pérdida que experimentaron con tan considerable robo de que nada se pudo recuperar, el misterio que envolvió el

atentado, á pesar de las muchas diligencias é investigaciones que se hicieron, la conviccion de tener algun enemigo oculto pero perspicaz, hicieron insufrible al matrimonio su permanencia en aquel pueblo, y á instancias del comandante fueron trasladados á un punto lejano de aquel.

CAPITULO VII.

UNA NOTABILIDAD.

Diez años habian pasado en su nuevo domicilio, en el que desde que llegaron, habian hallado tanto el marido como la mujer, la mejor acogida. Su suerte mejoró mucho. Don Andres heredó á un tio muerto en América, se retiró del servicio, afincó y se dedicó con buen éxito á varias empresas, entre ellas á derribar conventos, cuyos materiales de gran valor vendia baratos. Habio sido alcalde y era en la actualidad diputado provincial; en una palabra, llegó á ser una *notabilidad,* y el tipo del ciudadano moderno, esto es, gran expendedor de frases retumbantes salpicadas de términos heterogéneos, celoso apóstol de la moralidad, ferviente pregonador de la filantropía, arrogante antagonista de supersticiones, entre las que contaba la observancia del domingo y dias festivos; preste de la diosa *Razon*, archipreste de *San Positivo*, gran maestre de prosopopeya, profesor en las modernas *nobles artes* del menosprecio y del desden, hábil arquitecto de su propio pedestal: nada faltaba á este moderno tipo, que era reputado por el Salomon de los juicios de conciliacion, y por el Demóstenes de una recien instalada junta formada para la construccion de un canal, cuyos trabajos á fuerza de juntas y expedientes, estaban muy adelantados, no faltando mas para la realizacion del proyectado canal, sino el dinero para abrirlo, y el agua para llenarlo.

No es nuestro ánimo personificar la época en el señor don Andres, sino sus influencias, y es seguro que en un órden de cosas opuesto, habria sido el centinela avanzado de la

intolerancia, el seide de la rutina, el Cancerbero de los aranceles y el carabinero de útiles y necesarias innovaciones. Esto lo decimos en honor de la verdad, y en favor de la exactitud del tipo que pintamos, y de ninguna manera por lavarle su feísima cara á la época.[1])

Con la ventaja que gozan las almas mansas de no dejarse abatir por la desgracia, la que tienen los temples suaves de estar exentos de sentimientos efervescentes y violentos, y la que es propia de los caracteres pacientes, de no irritarse ni aferrarse en sus sufrimientos, Rosalía habia vuelto á su estado natural de calma y de tranquilidad de espíritu, que es, á no dudarlo, una señal de predestinacion.

Habríase aun llamado feliz, á no haber sido por la manera con que la trataba su marido, el cual cada vez mas ensoberbecido, por su buena posicion, por el éxito de sus empresas, y por la consideracion general que habia sabido granjearse, trataba á su pobre mujer con una dureza y un menosprecio que iban en aumento cada dia.

La educacion de sus hijos, á quienes Rosalía mimaba, era el continuo tema de sus reconvenciones, y la ocasion de repetir su incesante ultraje: *tú no sabes nada.* A veces al oirlo lloraba Rosalía; á veces se resignaba paciente; pero nunca replicaba: haciéndose á sí misma esta reflexion: natural es que eso piense y eso diga mi marido, que tanto sabe, cuando yo nada sé, sino coser y rezar.

¡Cuán cierto es, que la virtud innata, lo mismo que la inocencia, se ignoran á sí mismas! Pero el tiempo habia de demostrar á don Andres cuánto sabe la mujer, que sabe ser cristiana, y cuán preferibles son las virtudes humildes á las heróicas.

---

1) Esta novelita se imprimió en mayo de 1850.

CAPITULO VIII.

EL LEGADO.

Un dia en que Rosalía enseñaba á su hija, suave niña, como lo habia sido su madre, lo que ella sabia, esto es, *rezar y coser*, entró el menor de sus dos hijos.

— Madre, le dijo alargándole un papel, mirad una plana hecha por Andres cuando era chico.

Rosalía lo tomó y leyó con ojos asombrados:

No cuentes con el dia de mañana; que no lo tienes seguro.

Al fin de la hoja, se veia roja y sangrienta la fecha del 19 de marzo de 1840, *lo hizo Andres Peñalta*, y debajo, de letra de su madre, de la víctima del misterioso é impune crímen este su solo testamento: «esto deja por memoria *Mariana Perez*.»

— ¿Dónde hallaste este papel? preguntó Rosalía con una voz tan estraña y demudada, que sus hijos la miraron sobrecogidos.

— En el cuarto de padre, entre unos papeles viejos, contestó el niño.

Rosalía se levantó lívida, corrió á su cuarto, echó el cerrojo, y cerró las ventanas para no ver la luz del dia.

El velo que por diez años cubria al asesino de su madre estaba descorrido á sus ojos; el horroroso secreto salia de su sombra; la víctima desde su tumba recordaba la sangrienta fecha en un documento guardado con el dinero robado que solo podia hallarse en poder del ladron y asesino, y este documento acusador se hallaba en poder de su marido!

Rosalía se dejó caer sobre un sofá, y ocultó su rostro entre sus manos. Así permaneció tres horas, inmóvil, como el estupor, fria como deja la falta de la circulacion de la sangre á un cadaver, muda como pone la parálisis á aquel á quien hace su presa.

La primera hora no pensó: todas sus ideas se confundieron en un espantoso vértigo. En la segunda, la desesperacion vagó por su alma como el leon por su jaula, viendo por dónde salir y buscando ancho ámbito en que lanzar su rugido.

En la tercera se presentó digna y severa la reflexion trayendo de una mano, á la moderacion cristiana, y de la otra á la prudencia humana: la primera, con su freno; la segunda, con su anteojo. Entónces la cristiana, la madre y la esposa, cruzó sus manos y esclamó: ¡tuya, tuya, padre y juez nuestro, es la justicia! ¡tuya, tuya la vindicta!

Levantóse animosa; encendió una vela, en cuya llama quemó con resuelta mano el papel acusador y se arrojó en su lecho.

A poco llegó su marido, y le preguntó con su usual aspereza lo que significaba aquel encierro.

Al oir la voz del asesino de su madre, al sentir su cercanía, un temblor espantoso se apoderó de la infeliz, la cual entrechocándose sus dientes, respondió que estaba enferma.

El marido se alejó impaciente; ¡no le concedia ni aun el derecho de estar enferma!

Ocho dias permaneció Rosalía encerrada, sin permitir que la viese nadie, ni aun sus hijos, pretestando para ello un agudo dolor de cabeza; pero en realidad, porque temia se exhalase en clamores desesperados, el tremendo secreto que queria ahogar en su destrozado pecho.

Queria ademas para lograr esto, perder fuerzas físicas, debilitando su cuerpo con ayunos y lágrimas; y cobrar fuerzas morales, en la oracion y en su amor de madre.

Cuando se levantó y la vió por vez primera su marido, retrocedió asombrado, ¡y razon tenia! El pelo de la jóven madre, se habia encanecido. Sobre sus facciones demagradas se habia extendido la palidez verdosa de la ictericia; sus ojos estraviados y hundidos brillaban calenturientos en un círculo morado.

— Es cierto, le dijo, que estás mala, y muy mala! ¡Debes haber sufrido mucho!

— *Mucho*, contestó la paciente.

— Pero ¿por qué no has llamado á un médico? repuso impaciente su marido. ¡*No sabes nada*, ni aun cuidarte cuando padeces!

¡Un año aun sobrevivió la mártir, con el golpe de muerte en el corazon, sin mas alivio que la certeza de que era mortal!

¡Un año entero duró su descenso al sepulcro! La vida es tenaz á los treinta años.

— Pero ¿qué tiene la señora? preguntaban sus numerosas amigos á don Andres Peñalta.

— Una ictericia negra que le aniquila el cuerpo y el espíritu, respondia este: mucho le mandan los médicos, pero nada la alivia. Estoy ciertamente con mucho cuidado. Y á su mujer á solas decia: «el médico dice que no acierta la causa de tus males; y que tú no se la indicas. ¡Si nada sabes, ni aun esplicar lo que padeces!»

Por fin, la quinta víctima del crímen cayó postrada. Los facultativos desorientados, agotados sus recursos, se cruzaban de brazos. La hora del eterno descanso era llegada; el confesor derramaba lágrimas y consuelos á la cabecera de la moribunda.

Ya preparada y pronta á aparecer ante el tribunal de Dios, y cuando sintió que solo pocos instantes de vida la quedaban, la noble víctima hizo seña á los presentes de que se alejasen, y llamó á su marido.

— ¡Padre de mis hijos! le dijo con voz solemne, dos cosas he sabido en esta vida.

— ¿Tú? esclamó asombrado el marido.

— ¡Sí!

— ¿Y cuáles han sido? exclamó aterrado el delincuente, con los ojos espantados y fuera de sus órbitas.

— *Callar en vida*, porque era madre: *y perdonar en muerte*, porque soy cristiana, respondió la santa mártir cerrando sus ojos para no volver á abrirlos mas.

FIN.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

